



¡CANDIDATO!

¡CANDIDATO!

POR

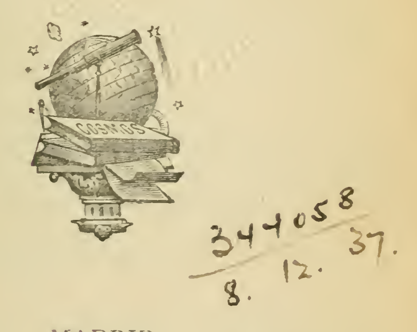
JULIO CLARETIE

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

VERSIÓN CASTELLANA

de

MIGUEL BALA



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1888

MADRID: 1888.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.°
Teléfono 934.

¡CANDIDATO!

I

¡CANDIDATO!

Emilio Ducasse se había instalado ya en un vagón, muy contento de ser el único viajero en el compartimiento, y empezaba á desdoblar los siete ú ocho periódicos que comprara momentos antes en la estación, cuando se abrió la portezuela y un señor de alguna edad gritó:

—Aquí... Ven... Aquí hay asiento.

Ducasse vió entonces una joven que miró al vagón, subió la primera y se sentó en uno de los rincones desocupados del mismo lado en que Ducasse lo estaba, en tanto que el viejo se sentaba á su vez enfrente de ella, después de colocar en la red un saquito de noche.

Emilio se levantó con presteza y recogió los periódicos, como disculpándose, para dejar sitio á la joven; pero ésta se había arrinconado ya de tal modo que hubiera podido sentarse á su lado más de un viajero sin estorbarla.

Emilio adivinó en ella un carácter tímido y algo extravagante.

Ya la había visto antes en el *restaurant*, en tanto que se desayunaba esperando el tren, y parecíale hermosa hasta el punto de que el joven abogado, embebido en la política, había suspendido la lectura del dictamen de la subcomisión de vinicultura para observar detenidamente á aquella muchacha pálida, morena y de aspecto modesto y dulce.

Sin duda era hija de aquel señor que la acompañaba, y en uno de los ojales de cuya levita se veía una cinta encarnada. Algún oficial, á no dudarlo.

Ducasse examinó entonces á aquellos dos seres tan distintos, y con la costumbre de generalizar, que se había esforzado en adquirir, les clasificó en el número de los extravagantes. Observó también que la joven parecía molestada por las insistentes miradas que él les dirigía. Al tomar el café, el viejo ofreció con la mayor naturalidad á la señorita un terroncito de azúcar mojado en café, costumbre familiar sin duda, pero que esta vez la hizo ruborizarse al ver que los demás lo habían notado.

—No, gracias—dijo;—pero al fin acabó por tomarlo, evidentemente por no desairar al viejo, que parecía admirado de aquella negativa.

Luego les había vuelto á encontrar en la sala de espera, y en tanto que el viejo recorría la biblioteca y se inclinaba un poco para ver los títulos de los libros, le había oído lamentarse de que sólo hubiera

allí libros frívolos. Emilio, frío y severo como un viejo, á pesar de su juventud, encontró muy justa la observación del militar, porque decididamente era un militar nuestro personaje.

—Buena señal—se dijo Ducasse;—es un hombre serio.

El ideal de Emilio Ducasse, abogado y vicepresidente de las Conferencias Montesquieu, era, en efecto, la formalidad. A la simple vista podía cualquiera convencerse de ello con sólo mirar su traje y sus maneras.

Guapo, aunque algo delgado, aprisionaba toda su elegante persona en una levita completamente abotonada, como la de un hombre del Parlamento cuando se dirige á éste; su sombrero, de última moda, tenía en las alas cierto reborde tribunicio, apenas perceptible, que hacía resaltar el aspecto meditabundo y voluntariamente severo de aquel joven rubio y de alisados cabellos, cuya raya, geométricamente trazada, parecía la de una peluca. La gravedad le parecía una cualidad superior á aquel aprendiz de político, la cualidad principal quizás, en un país como Francia.

Considerando la gravedad como un barniz del carácter y en vista de la escasez de caracteres, el joven, inteligente, rico y ambicioso, se había trazado, desde su salida del colegio, una línea de conducta de la que ninguna pasión ni capricho le había apartado hasta entonces. De París sólo tomaba la cien-

cia, desdeñando sus encantos y placeres, que juzgaba mortíferos para el resto de la nación. Había hecho un viaje á Londres, y allí se había encontrado en su elemento, entre la gravedad y la dignidad inglesas y el parlamentarismo de aquel pueblo, cuyas Cámaras de los Lores y de los Comunes le habían hecho caer en trasportes de entusiasmo.

En Westminster se detuvo largo espacio de tiempo ante la estatua de Pitt, como se detienen los amantes en el cementerio del *Père-Lachaise* ante el mausoleo de Abelardo y Eloisa, y allí, interrogando á la estatua del Ministro y tratando de dar á su juvenil fisonomía un vago reflejo de la del gran orador, se había sentido más ansioso que nunca de llegar á ser un Pitt francés. ¡Llegar á ser un Pitt francés! A eso aspiraba sencillamente aquel joven rubio, que creía buena señal para juzgar de la seriedad del viejo el que éste notase la falta de libros serios.

William Pitt era el Dios de Emilio Ducasse. El país de Shakespeare y de Byron no era para aquel joven amable y nacido para amar más que el país de William Pitt.

Así como César la vida de Alejandro, Ducasse había estudiado minuto por minuto la existencia política de Pitt, y se desesperaba sintiéndose humillado á la vez al pensar que cuando Pitt tenía siete años había exclamado: «Quiero hablar en la Cámara de los Comunes como mi padre,» en tanto que él

á esa edad jugaba al truco con los demás chiquillos de su tiempo.

Pitt había sido diputado á los veintidós años, y á los veintitrés Ministro de Hacienda, y él, Ducasse, ni siquiera era diputado. No podía aspirar, por lo tanto, ni aun á ser Subsecretario. No era nada. Admiraba á Pitt, le adoraba, le envidiaba; pero Pitt le anonadaba desde las alturas de su genio.

Sin embargo, al subir al vagón aquella mañana bullía la esperanza en el cerebro del joven. La señora Herblay, cuyo salón político de París era omnipotente y á quien el futuro Pitt se hizo presentar tan pronto como tuvo ocasión, le había invitado á pasar unos días en Dammarie-les-Lys, en el castillo que poseía cerca de Melun. Esta invitación había abierto de pronto ante el joven un vasto horizonte de ensueños. ¡Oh, encantadora señora Herblay! ¡Con cuánto gusto se hubiera postrado á sus plantas! No para hacerle una declaración de amor, por más que fuese hermosa y joven aún, sino en acción de gracias. Vagamente, y sin comprometerse aún á nada, como verdadera política y diplomática, la señora Herblay había hablado á Ducasse de la importantísima cuestión que entonces se agitaba en su país: *La sucesión Charvet.*

Sí, Charvet, el diputado Charvet, que, según la voz pública, debía á la señora Herblay su cargo y otras muchas amabilidades más íntimas, se había decidido á abandonar su asiento en el Congreso.

¡Eso sí, por un nuevo asiento, por supuesto! Los políticos no sueltan la sombra de una presa hasta que tienen entre los dientes la realidad de otra. Charvet aspiraba á ser senador. La señora Herblay se lo había indicado así á Ducasse, despertando con esto un mundo de ambiciones en el joven *Pitt*; pero como la alegría demasiado viva no hubiese sido compatible con la gravedad bien regulada, el joven había conservado ante la señora Herblay continencia diplomática, esperando la ocasión de proponer, correcta, pero resueltamente, su candidatura.

En tanto estudiaba el país. Consultaba y aprendía de memoria el anuario de la provincia, y hasta hubiera podido dar al mismo Charvet lecciones sobre la estadística de su distrito.

Así preparado y dispuesto para todo, habiendo aceptado con delirio la invitación de la señora Herblay, tomó el tren de Melun con la certidumbre de que, habiendo realizado Charvet sus deseos, puesto que ya era senador, y estando abierto el período electoral, se había pensado en él para dar sucesor al diputado dimisionario.

Soñaba, pues, amorosamente con el ángel de la política, que se le aparecía llevando en la mano derecha, á modo de bandera, una inmensa tarjeta en la que Emilio leía distintamente estas palabras, que le causaban calofríos de voluptuosidad: EMILIO DUCASSE, *diputado por Seine-et-Marne.*

Y el joven sentía fiebre, una fiebre especial, la fiebre de su candidatura...

En su cerebro se mecían esperanzas, esperanzas grandiosas. Después de todo, no tenía más que veintiséis años. ¡Aún podía llegar á igualar al gran Pitt!

Había comprado en la estación todos los periódicos de la mañana, buscando en ellos con preferencia noticias electorales de provincias, con objeto de saber si se hablaba de la sucesión de Charvet. En esa operación se hallaba cuando subieron al vagón sus dos compañeros de viaje.

Aunque disgustado al principio, pronto tomó su partido. Por más que hubiera dedicado sus veintiséis años á la política, esos mismos años le impulsaban á mirar de nuevo, y aunque no fuera más que por curiosidad, á la joven.

Algunas palabras del viejo habían llamado, por otra parte, su atención:

—Estaremos en Melun á las doce y doce, y en Dammarie cinco minutos después—había dicho el oficial abriendo la Guía.

—¡Oh! tardaremos diez minutos... por lo menos un cuarto de hora—había respondido la joven con voz dulce y armoniosa al par que penetrante y bien timbrada. (Ducasse estudiaba las voces desde el punto de vista de la tribuna.)

—No, siete ú ocho minutos á lo más... Dammarie está muy cerca... Con tal que no lleguemos retrasados...

El nombre de Dammarie había extrañado al joven. Le parecía raro que sus compañeros de viaje fuesen precisamente al mismo punto que él; pero después de todo, Dammarie tenía numerosos huéspedes durante el verano y acaso el oficial habitase en la aldea con su hija.

¿Su hija? Momentos después sabía Ducasse, por algunas palabras nuevamente cruzadas, que la joven era sobrina del militar y que se llamaba Gilberta. Volvió á mirarla y le pareció que la fisonomía de la joven—aquella fisonomía regular, tímida y tierna á la vez, que había admirado poco antes—era demasiado severa ó demasiado triste para el nombre de Gilberta, tan juvenil y sonriente.

La claridad que penetraba por la ventanilla parecía prolongar más las largas pestañas de la joven sobre sus hermosos ojos negros, y su frente se destacaba en el fondo luminoso que, á lo lejos, formaba la campiña.

Habían salido de París. El tren llevaba gran velocidad. La joven miraba sorprendida los alrededores. Se conocía que estaba poco acostumbrada á viajar. El oficial parecía también encantado del paisaje. Ducasse le oía dar á su sobrina explicaciones técnicas acerca de las fortificaciones, observando que aquella conversación no desagradaba á la muchacha.

—Buena señal—pensó de nuevo el joven Pitt.—También ella es formal.

Tomó un periódico y trató de leer; pero los perió-

dicos no decían una palabra de la sucesión de Charvet, y Ducasse los encontró insulsos. Entonces miró á su vez el paisaje, dirigiendo de vez en cuando una mirada á la joven para pasar mejor el tiempo.

El tío hablaba poco á la sobrina. Parecía inquieto y preocupado.

Gilberta leía los *Ensayos* de Macaulay.

El viejo dijo que tenía jaqueca y levantó el cristal á la altura de su frente, esperando encontrar alivio con el aire libre.

—Es preciso que no os preocupéis así—le dijo Gilberta dejando el libro.

—¡Ya lo sabes!... ¡Soy tan nervioso!... ¡La menor emoción!...

—¡Ah! ¡Estábamos tan tranquilos en nuestra casita de la calle de Mansart!...

—Sí, pero puesto que es preciso... ¡El Sr. Charvet me ha dicho que es preciso!...

El apellido Charvet despertaba en Ducasse nueva curiosidad. ¿Por qué estaría tan preocupado aquel hombrecillo de encanecida barba? ¿Qué tendrían que ver con el Sr. Charvet, el exdiputado y actual senador por Seine et-Marne, la señorita Gilberta y su tío?

Escuchó con avidez, al par que con disimulo; pero no pudo coger una palabra más. El viejo se había reclinado pensativo en el respaldo, y Gilberta había vuelto otra vez á su lectura.

De pronto el tío hizo un brusco movimiento. Se

inclinó un poco y se frotó los ojos con insistencia. Se le había introducido en uno de ellos un pedacito de carbón.

Llegaron por fin á Melun, y Ducasse miró instintivamente por la portezuela, buscando algún carruaje que la señora Herblay habría mandado á esperarle. Al bajar del tren vió un *breack*, cuyo cochero se mantenía en el pescante, fusta en mano, en tanto que el lacayo parecía interrogar con la vista á los viajeros que salían, que no eran por cierto numerosos.

Emilio se dirigió hacia el *breack* y oyó al cochero que decía al lacayo:

—¡Ah! Ahí está el comandante.

Y designaba con un gesto al viejo que se aproximaba, seguido de su sobrina.

Ducasse estaba más sorprendido cada vez. ¿Por qué casualidad se dirigía el comandante al mismo tiempo que él, no sólo á Dammarie-les-Lys, sino á casa de la señora Herblay? Porque aquel era indudablemente el coche de esta señora. No dejaban duda acerca de ello las dos iniciales entrelazadas en la portezuela del carruaje: E. H. *Enriqueta Herblay.*

¡De modo que la señora Herblay conocía al comandante y á Gilberta! No lo sintió el joven Emilio, La vecindad de una muchacha bonita es agradable hasta para un hombre formal. El contemplarla sirve de entreacto á los problemas políticos. Ducasse se separó cortésmente para dejar paso á Gilberta y

á su tío. Después, con ligereza, pero con cierta gravedad, tomó asiento frente á ellos en el *breack*, diciendo sonriente:

—Celebro el honor de vuestra compañía.

El comandante contestó al cumplido saludando con amabilidad y la señorita Gilberta se ruborizó un poco, sin que pudiera explicarse el por qué de este rubor.

El carruaje se puso en movimiento.

—La segunda parte del viaje no será larga—dijo Emilio, que ardía en deseos de saber el objeto que llevaba á Dammarie á aquel comandante cuyo nombre ignoraba.

El comandante, por decir algo, contestó:

—Sí, pronto llegaremos.

Sacó el reloj, y dirigiéndose á su sobrina, añadió:

—Creo que no nos esperarán para almorzar.

Y la idea de llegar retrasado, la inquietud de ser inexacto, marcaba aún más lo anguloso de su pálida fisonomía.

Ducasse miraba con curiosidad el paisaje, enteramente desconocido para él.

—Ya estamos... Ved el castillo—dijo Gilberta.

—Ya, ya lo veo...

Y Ducasse observó que el militar se ponía muy pálido y temblaba imperceptiblemente al recoger los paquetes y el saco de noche que llevaba como equipaje.

Emilio preguntó, como última precaución, si era aquél el castillo de la señora Herblay.

—Sí, señor—respondió la joven.

Entonces Ducasse bajó el primero, y, siempre cortés, ofreció la mano á Gilberta para ayudarla á bajar.

La sobrina del comandante apenas rozó la mano que se le tendía y saltó á tierra con ligereza, en tanto que su tío interrogaba con la vista las profundidades del *breack*, como si temiese olvidar cualquier cosa, ó por mejor decir—Gilberta lo había adivinado,—como si temiese entrar en el castillo y tratase de ganar tiempo.

Los criados se apresuraron á recoger los equipajes de los huéspedes de su señora, y el comandante preguntó á uno de ellos:

—¿Están almorzando?

—No, señor; os esperaban.

—¡Ah! ¡Nos esperaban! ¿Ves, Gilberta? Nos esperaban, y venimos muy retrasados.

—No mucho, señor—respondió el criado con tono que parecía decir lo contrario.

El pobre comandante miraba al portal de aquel castillo, en que era preciso entrar, con más ansiedad que á una trinchera que hubiera tenido que tomar, y se abotonaba los guantes, en tanto que Ducasse se quitaba el polvo del traje con la extremidad de los dedos, cuando apareció en la puerta una mujer, joven aún, esbelta y elegante, envuelta en una bata de verano y seguida de un señor grueso y calvo cuyo cráneo hacía resplandecer el sol. La señora se

adelantó, y tendiendo la mano á los recién llegados:

—Bien venidos—les dijo con voz armoniosa.

—¡Por fin!—añadió el señor grueso, apoyándose familiarmente en el hombro del comandante, desolado por aquel «*¡por fin!*» que le parecía un reproche. Luego, empujándole suavemente hacia la puerta de entrada, dijo volviéndose á Emilio:

—¿Conocíais, á lo que veo, al comandante, señor Ducasse?

—No, señor senador—respondió el joven con la sonrisa deferente que un aprendiz de política debe mantener ante un hombre célebre ya en ella.

—Pero habéis venido juntos.

—Y en el mismo vagón, señor de Charvet... Una casualidad... dichosa—añadió Ducasse, cuidando siempre el epíteto.

El señor Charvet se detuvo en lo alto de la escalera, y en tanto que la señora Herblay entraba ya en el salón, en el que aparecían cierto número de levitas negras, el senador dijo al militar:

—Querido comandante, permitid que os presente al señor Emilio Ducasse, abogado, vicepresidente de la Conferencia Montesquieu y una de las esperanzas del foro y de la tribuna.

Ducasse, muy orgulloso, saludó correctamente.

El señor Charvet añadió:

—¡Querido Sr. Ducasse, el comandante Verdier... mi sucesor!

Ducasse se puso lívido. Balbuceó algunas palabras, preguntando:

—¿Vuestro su...?

—Sí; yo he reemplazado al Barón de Marly en el Senado, y el comandante Verdier ha consentido en ser mi sucesor en el Congreso.

El comandante no dijo una palabra. Ducasse quedó como petrificado.

—¿De modo... que ya ha sido elegido... el candidato?

—Sí, ayer, en una reunión pública. Yo telegrafié al comandante...

—Pues los periódicos no dicen nada.

—¡Ah! ¡Los periódicos!—dijo Charvet.—Sabéis que los periódicos rara vez hablan de nada en fuerza de ocuparse de todo.

Y encantado de su bonita ocurrencia, el senador se separó para dejar paso á Verdier y á Ducasse, diciendo al comandante estas palabras, que se introducían como espinas en los oídos del *futuro rival* del gran Pitt:

—Vamos, querido comandante, pasad. Sólo por el escrutinio pasaréis después que yo.

Detrás de Charvet y de Verdier entró Emilio, desencantado ya de aquel castillo, en el que había esperado coger, como una flor en un jardín, una instantánea candidatura.

II

Sabido era de todo el mundo que Mederico Charvet, diputado por Seine-et-Marne, deseaba pasar al Senado. Aunque no tenía más que cincuenta años, sentía ya, efecto de su carácter apacible y comodón, necesidad de reposar. Alcalde de un pueblo en 1870, había sido candidato á la diputación en 1871; pero le había derrotado por 157 votos su contrincante el Sr. Zavouillet. Esta derrota, lejos de desanimarle y hacerle apartarse de la política, había excitado su amor propio en tales términos que el bueno de Charvet, el comerciante Charvet, no pensaba en otra cosa que en un próximo desquite que le permitiera tomar asiento en la Cámara de Versailles.

No tenía, sin embargo, por qué quejarse de la suerte el señor Mederico Charvet. Hijo único y millonario á los treinta años, después de terminar la carrera de derecho y de haber viajado mucho y probado la alegre vida de París, se decidió á suceder á

su padre en la dirección de las fábricas de tejidos que tenía en Vermond, y entonces se casó con una muchacha muy guapa que le quería mucho, la cual murió á los pocos años de una unión dulce y tranquila, «sin nubes, pero sin gran sol,» según decía el propio Mederico.

Viudo á los cuarenta y cuatro años, la vida se le presentaba bien fácil.

No tenía más que seguir el consejo que varias veces le había dado en vida su mujer: «Volverse á casar.» Pero Mederico quería tener, como la tienen otros, su parte novelesca en la vida. Una novela de amor, de fiebre, perturbadora y original, era con lo que él soñaba.

Al par que le agitaba este deseo sentía con igual vivacidad el despecho de su derrota electoral. Se operó en él una metamórfosis completa. Tomó horror á las fábricas y á la vida de provincias, y empezó á soñar con París, con su vida alegre y bulliciosa y con las intrigas de la política, las enmiendas y los discursos. Le desagradaba en alto grado oír hablar de sus fábricas y de los negocios y hasta parecía humillarle el que le hablasen de aquellos artefactos, orgullo de su padre, á él, á Mederico Charvet. Pues qué, ¿no sabían que sólo por 157 votos había dejado de ser *padre de la patria?* ¿A qué recordarle, pues, á él, á un hombre público, sus antiguos negocios mercantiles?

Aquellos 157 votos se le habían subido á la cabe-

za como si fueran un poderoso alcohólico y le habían trastornado.

Su despecho subió de punto de tal modo que se decidió á vender las fábricas á una compañía extranjera y á lanzarse á toda vela en el mar de la política. Se puso desde luego en campaña y empezó á remover cielo y tierra, trabajando sin descanso el campo electoral; sembró amabilidades y promesas, la simiente más reproductiva en los escrutinios, y con la paciencia de un santo ó de un candidato, lo cual es lo mismo, pasó años enteros preparando el soñado desquite.

No le fué difícil granjearse la voluntad de los electores influyentes por su amable carácter y agradable presencia. Los aldeanos le juzgaron sencillo y falto de orgullo y los obreros le perdonaron que fuera *burgués* á cambio de algunas concesiones favorables á la doctrina socialista, que él cuidó de que escucharan de sus labios.

Pero de poco le hubiera servido todo esto si no hubiera conquistado las simpatías de la señora Herblay. Mederico Charvet sabía perfectamente lo que significaba esta señora en la circunscripción que trataba de representar.

Viuda de un hombre político, cuyas tradiciones continuaba, é hija de un hombre del Parlamento de los tiempos de Luis Felipe, que se había hecho radical en 1848, la señora Herblay, muy hermosa según decían, y siempre joven, parecía no tener más

que una pasión: la política. Durante el invierno se ocupaba de política en las reuniones que daba en París, y durante el verano continuaba ocupándose de ella en su castillo, situado en las cercanías de Melun. La política era su única ocupación, siempre y en todas partes, y en ella empleaba la actividad febril de su naturaleza nerviosa y de una inteligencia muy viva.

Enriqueta había vivido desde pequeña en aquella atmósfera especial, en un mundo particular, en que la caída de un Gobierno es un suceso de grandísima trascendencia, que se considera como un cataclismo ó una fortuna, según las opiniones y los tiempos. Había oído muchas veces á su padre hablar de *interpelaciones*, de *mayorías facticias* y de *coaliciones inmorales*. Apenas había dejado el seno de su nodriza cuando ya sabía lo que era el seno de una comisión. En vez de tener horror á aquella cocina especial, cuyas verduras y guisados veía en su casa, se aficionó con entusiasmo á ella, y, habiendo tenido por padre á un viejo y constante individuo del Parlamento, soñaba con tener por marido á un hombre político.

El Sr. Herblay, con quien contrajo matrimonio, reunía todas las condiciones necesarias para ser uno de esos niños mimados de la política.

Enriqueta hubiera hecho de él un Ministro. Desgraciadamente el Sr. Herblay murió muy joven y Enriqueta se encontró á los treinta años sola y llo-

rando á aquel marido á quien amaba como á esperanza viviente, como á la encarnación misma de sus ambiciones.

Mientras duró la guerra, Enriqueta, encerrada en París, se multiplicó, se hizo enfermera y olvidó hasta la política, para no ocuparse más que de los heridos; luego, cuando llegaron las elecciones, se volvió á su castillo de Seine-et-Marne, y con la mayor naturalidad, como si Herblay hubiese vivido y ella hiciese propaganda en favor de su esposo, empezó á dirigir la opinión pública. Trabajaba en favor de Zavouillet tan sólo porque había sido conocido de Herblay y porque había tenido el cuidado de visitarla y solicitar *su protección*.

—¿Mi protección? Pero si yo no voto, Sr. Zavouillet.

—No os pido vuestro voto, señora, sino vuestro apoyo. Las mujeres no votan, pero hacen votar á los hombres. Si yo fuera el candidato de las mujeres, bien asegurada estaba mi elección.

Aquella visita aseguró al obeso Zavouillet una importantísima ayuda.

La señora Herblay recorrió el país en todos sentidos, invitó á reunirse en su castillo á todos los alcaldes de los alrededores y les dirigió un verdadero discurso, digno de ser reproducido por un taquígrafo: «El derecho, la razón y el patriotismo estaban de parte de Zavouillet... En aquellos momentos de prueba, en que el país oscilaba, nada mejor podía hacer-

se que buscar refugio bajo la égida del señor Zavouillet.»

Los oyentes de la señora Herblay abrían considerablemente los ojos y oían con placer que el grueso Zavouillet tenía una égida.

Esta égida contribuyó indudablemente en gran manera al triunfo del señor Zavouillet.

Acaso los famosos *ciento cincuenta y siete votos* que tanto martirizaban y humillaban á Charvet se los debía á la señora Herblay y á la égida con que ella había amparado al candidato.

El bueno de Mederico lo comprendió así, y en cuanto se decidió definitivamente á lanzarse á la *arena de la política* pensó desde luego en asegurarse, por lo menos, la neutralidad de la señora Herblay.

Mederico sabía muy bien que Enriqueta no estaba satisfecha de su diputado.

Zavouillet se había mostrado ingrato demasiado pronto. No se doblegaba á la necesidad de figurar durante el invierno en las reuniones de la señora de Herblay, en las cuales se discutía el *Libro amarillo* y se hacían cálculos sobre el resultado de las futuras votaciones de las Cámaras. Zavouillet prefería pasar la noche en los teatrillos en que se dan funciones de hora, y la señora Herblay le criticaba el no saber guardar la austeridad debida á su cargo. Se le había visto pasear repetidas veces su égida por *Folíes Bergères*, y esto no era serio.

—¿Por qué no váis con más frecuencia á casa de

la señora Herblay?—le preguntaba el Gobernador de Seine-et-Marne, que en sus frecuentes viajes á París no dejaba nunca de visitar á Enriqueta.

—Porque me aburro allí—respondía Zavouillet. —Se ocupa demasiado de política, y á mí me gusta más oir á la Judic.

Mederico supo hacer llegar estas cosas á oídos de Enriqueta, corregidas y aumentadas algunas de ellas, y luego empleó su diplomacia en hacer conocer indirectamente á la señora Herblay sus esperanzas. Para ello se valió de su médico, que lo era á la vez de Enriqueta, y que se prestó desde luego á trasmitirla cuanto Charvet pensaba y decía de ella.

Una mañana que la señora Herblay estaba ligeramente indispuesta, el doctor la dijo en tanto que extendía una receta:

—Ahora voy á ver á vuestro admirador.

—¿A qué admirador?

—Verdad es que tenéis muchos. Pero éste es fanático.

—¿Al señor Charvet?

—Al mismo. Sin duda os ha hecho adivinarlo una secreta simpatía.

Enriqueta acabó por suplicar al doctor que presentase á Mederico en su casa, y Charvet quedó encantado de la facilidad con que había obtenido tan poderosa alianza.

Toda la tarde que precedió á la presentación la empleó Mederico en buscar una fórmula respetuosa

y delicada para saludar á la joven. Quería ser galante sin tocar en la familiaridad y presentarse gozoso sin aparecer humilde.

Ocurrió, además, que el Sr. Charvet, pensando encontrar en Enriqueta tan sólo una mujer política y razonadora, se sorprendió al encontrar una joven llena de atractivos, con ojos brillantes, preciosas manos, nariz fina y frente de niña bajo sus rizosos cabellos negros.

Mederico Charvet quedó desvanecido. Había ido á casa de la señora Herblay para hablar de política, y salía de allí sin pensar siquiera en su elección, sin ver ante sí más que dos hermosos ojos negros, más espirituales que arrebatadores y los bucles oscuros que revoloteaban sobre una frente blanca.

Desde la primera visita se sentía impulsado á presentar otra clase de candidatura, y recordaba de pronto la recomendación de su Estefanía: «Tú has nacido para casado.»

¿Y por qué no? A los cuarenta y cuatro años, fuerte y vigoroso, bien podía casarse con una mujer de treinta cumplidos.

La señora Herblay, por su parte, había encontrado á Mederico amable é inteligente, y aquellas dos personas, unidas ya por la misma ambición, el deseo de figurar y por su cólera común contra el pesado Zavouillet, se encontraban en el momento más oportuno para que una simpatía bien natural se trasformase en un verdadero afecto. Zavouillet, con sus

instintos bajos de provinciano ávido de la vida de París, no podía ser para la señora Herblay el diputado influyente que hiciera de las reuniones de la mujer de moda el centro de la provincia, y, mejor aún, una de las reuniones célebres de París. Además Zavouillet estaba casado, y la enorme señora Zavouillet, con sus manazas rojas y sus modales grotescos, no podía figurar, sin hacer un papel ridículo, en ninguna reunión elegante.

Charvet, por el contrario, era viudo y libre; era el diputado soñado por Enriqueta, un diputado cuyos votos inspiraría ella, cuya conciencia política formaría, siendo á la vez la encargada de preparar sus futuros destinos.

¡Oh! Sí, sí; Mederico era el candidato de sus sueños. La serviría de muralla, tras de la cual podría ella ocuparse de política trascendental.

Jamás se le ocurrió la idea de ver en las relaciones naturales que se establecían entre vecinos del campo otra cosa que relaciones de política y de amistad. Pero Mederico creía que podrían estrecharse aún algo más aquellos vínculos políticos y campestres.

Expuesto habría estado á estropearlo todo por querer trasplantar—esta era su expresión—aquellas relaciones del «terreno político al del amor;» pero cuando dejó traslucir sus proyectos de *trasplante*, se habían hecho ya tan afectuosas las relaciones entre ella y él, que Enriqueta no se enfadó. Se limi-

tó á rogar al doctor, que había sido el encargado por Mederico de preguntar á la joven viuda si consentiría en pasar á ser la señora Charvet, contestase al contrincante de Zavouillet que ella no pensaba volverse á casar nunca. «¡Oh! Nunca, ¡decididamente nunca!... ¿Para qué?»

La pregunta y la respuesta hicieron sonreir al doctor y desolaron á Mederico.

Cuando, después de este incidente, volvió Charvet á ver á Enriqueta, la preguntó si no sería una indiscreción continuar sus visitas como antes después de su negativa.

—¿Y cómo ha de haber en eso indiscreción, mi querido señor Charvet?—contestó la señora de Herblay.—Pues qué, ¿no somos dos asociados?

—Sin duda; pero... la sociedad...

—¡La sociedad! ¡La sociedad! Yo no hago caso de sus opiniones. Sólo creo en el sufragio universal.

—¡Oh! ¡Tened cuidado con lo que afirmáis! ¡El sufragio universal! ¿Y si él votara que debéis casaros conmigo?

Enriqueta sonrió, encontrando ocurrente á Mederico, y éste observó que ella abandonaba por más tiempo que de costumbre su bonita mano entre las suyas.

Así habían pasado los años sin que el sufragio universal hubiera votado el matrimonio de la señora Herblay con Mederico, pero no sin que la socie-

dad, esa sociedad cuya opinión importaba poco á Enriqueta, no hubiera insinuado que Charvet estaba unido, muy unido, estrechamente unido á la señora Herblay. Zavouillet, á quien Mederico había derrotado en las últimas elecciones, decía que estaban *cosidos*.

Lo que era indudable para toda la provincia era que Mederico Charvet, convertido en diputado perpetuo por Seine-et-Marne desde 1876, había debido en gran parte su elección á Enriqueta. También se sabía que él se mostraba agradecido y que era inamovible durante el invierno en las reuniones de la *Chaussée d'Antin* y durante el verano en las recepciones de la señora Herblay en su castillo.

Y hasta ocurrió que un periodiquillo satírico, al publicar los votos de los representantes de Seine-et-Marne, hizo figurar entre los votantes el nombre de *Enriqueta Herblay* en lugar del de Charvet.

Mederico habló aquel día de abofetear al autor de aquella crítica; pero Enriqueta, como verdadera mujer política, le aquietó.

—¿Pará qué? Tratáis de castigarle, y os castigáis vos mismo rebajándoos al mediros con él. Además ese periódico no se ha leído, de seguro, más que en Melun; si os batís por ese artículo se leerá en París, y lo que habréis conseguido será secundar los propósitos de su autor.

—Pero vuestro nombre, querida amiga...

—¿Mi nombre? El día que yo quiera que ese ga-

cetillero me dedique un laudatorio y lisonjero artículo no tengo más que invitarle á que coma con nosotros. ¡Pero ese artículo es cosa de Zavouillet, á quien aguijonea la envidia, pues sabe que el día menos pensado haré de vos un Ministro!

La señora de Herblay aspiraba á hacer de Charvet un Ministro, pero él no codiciaba tanto: se daba por satisfecho con ser senador. Enriqueta combatía este deseo, que consideraba como una jubilación; pero no pudo conseguir que, al vacar una plaza en el palacio del Luxemburgo, dejase de ocuparla el bueno de Charvet. La gran cuestión, la cuestión palpitante en todo el distrito, era en la actualidad saber quién ocuparía en el palacio Borbón el asiento de Mederico Charvet.

El notario Cappois, el veterinario Guenaut y todos los caciques del partido en el distrito se hacían la misma pregunta. ¿Quién será el candidato? No se podía volver á pensar en Zavouillet, quien, despechado por su anterior derrota, se aproximaba cada día más á los clericales, hasta el punto de que ya se le llamaba jesuita en los cafés de Melun.

Había aparecido en el periódico oficial el decreto convocando á nuevas elecciones, y la herencia de Charvet aún no se había adjudicado. ¡Oh! ¡La herencia de Charvet! ¡El único, el exclusivo objeto de todas las conversaciones en la comarca! Se sabía que algunos intrigantes, como Dulaurier, antiguo notario, y Belleydier, bonapartista en la noche del 3 de

septiembre y radical al amanecer del día 5, ambicionaban la sucesión de Mederico; pero uno y otro eran demasiado conocidos para que ningún comité pudiera aceptarlos, y los políticos del departamento buscaban con cierta ansiedad patriótica un candidato que pudiera representarlos dignamente.

Consultaron á Charvet; pero éste se mostró digno. «No es á mí—les dijo—á quien corresponde elegir entre tantos ciudadanos aptos para el cargo y todos amigos; mi deber es mostrarme completamente neutral en la designación de candidato, y lo cumpliré en absoluto. Elegid vosotros al más digno, y yo le apoyaré con todas mis fuerzas.»

El Gobernador fué quien buscó la solución de tan intrincado problema, diciendo confidencialmente al oído de algunos diputados provinciales:

—¿Queréis que os diga quién buscará sucesor á Charvet?

—¿Lo sabéis vos, señor Gobernador?

—Lo adivino. Será...

Esperó un instante, como el que desea producir gran efecto, y luego continuó sonriendo:

—¡Será la señora Herblay! Ella formó y anuló á Zavouillet, formó á Charvet y formará á su sucesor... Pedid un diputado á la gran electora. Ella lo encontrará, no lo dudéis.

Y los políticos se preguntaron entonces cómo no se les había ocurrido pensar en aquella solución. Verdad es que algunos burlones hicieron observar

que Charvet y la señora Herblay eran *para el caso* una misma persona, y, por lo tanto, que si Charvet era neutral, había grandes probabilidades de que también lo fuese Enriqueta.

Pero el Gobernador tuvo también una frase ocurrente para combatir esta opinión.

—¡La señora Herblay no será jamás neutral!— dijo.

Y luego añadió:

—Cuando esa señora sea neutral será porque haya muerto, y, á Dios gracias, mi bella administrada está muy lejos de hallarse en ese caso. La herencia de Charvet está sin adjudicar. ¡Consultad, señores, á la señora Herblay!

Y en tanto que se ponían á votación las más graves cuestiones administrativas de la provincia, los diputados provinciales, cuyo espíritu buscaba en los espacios un candidato, olvidaban los caminos, los canales y las escuelas, para no pensar más que en la terrible, en la primordial, en la palpitante cuestión: ¡en la sucesión del diputado Charvet, ascendido á senador!

III

La señora Herblay había sido efectivamente quien, en vista de la penuria de candidatos, había pensado en el comandante Verdier. En su entusiasmo de mujer había conservado el recuerdo de algunos rasgos de bravura del soldado y de su heroismo modesto. Entre las innumerables invitaciones que hacía repartir en París nunca había olvidado á Verdier, que habitaba la capital desde que había pedido la excedencia del servicio, ni á la sobrina del comandante, á la hermosa Gilberta, que distraía hasta al mismo Ducasse de la lectura del periódico oficial. Aquella niña tímida y triste se había captado desde luego las simpatías de Enriqueta, quien, en su afán de meterse en todo, había concebido en seguida la idea de casarla. Concertar un matrimonio era una especie de entreacto para la que concertaba la manera de formar diputados.

Por Gilberta había sabido Enriqueta la causa de

haber pedido la excedencia el comandante. El comandante se separó del ejército á impulsos de la cólera en presencia de una injusticia. Verdier era republicano, hijo de Seine-et Marne, muy querido y estimado allí: era, en una palabra, el candidato más apropósito.

No cabe duda que Ducasse, cuyas ambiciones adivinaba Enriqueta, podía aspirar á la herencia de Charvet; pero sólo tenía veintiséis años y era desconocido en el distrito, faltándole además, y á pesar de sus buenas aptitudes para el caso, la representación necesaria para reemplazar á Charvet. En cambio, un oficial del ejército condecorado con la cruz de la Legión de Honor podía satisfacer todas las aspiraciones de la localidad. Charvet se adhirió por completo á la opinión de la señora Herblay, y los electores influyentes no tardaron en participar de ella. Todos convinieron en que el comandante Verdier era el hombre de la circunscripción, y la víspera del día en que el comandante llegó á Dammarie había sido proclamado oficialmente, sin saberlo él, candidato... ¡candidato de la señora Herblay!, según decía con rabia Zavouillet.

Enriqueta reunía aquel día á su mesa, para celebrar la llegada del candidato, á la mayor parte de los electores influyentes, figurando en primer lugar las dos grandes potencias locales: el señor Guenaut, veterinario de Chailly, hombre grueso y coloradote, fuerte como un Hércules, barbudo, calvo y sudoro-

so, cuya influencia política era grande, y el señor Cappois, el notario de Melun, pequeño, negruzco, seco y anguloso, de movimientos rápidos y automáticos y palabra punzante, breve y decisiva. La señora Herblay sabía muy bien que aquellos dos hombres de diferente importancia reanimarían el espíritu del país.

Enriqueta acababa de discutir largamente con ellos para pasar el rato, y todo lo que le había dicho Guenaut, el veterinario, podía resumirse en tres palabras repetidas con encarnizamiento: «¡Escrutinio por lista!... ¡Escrutinio por lista!...» El pensamiento del señor Cappois, más nebuloso, se encerraba en este programa: «El progreso sin locura; la autoridad sin abuso bestial; la libertad sin peligro.»

—Vamos, son muy amables—pensaba Enriqueta;—pero todo lo que me han dicho ya lo había yo leído en los periódicos, sólo que Guenaut me recuerda un periódico de la mañana y Cappois uno de la tarde.

Y hubiera continuado hablando con ellos de los artículos de fondo si el *breack* no hubiese llegado conduciendo al comandante y á su sobrina en compañía de Ducasse.

—¡Gracias á Dios!—dijo Guenaut á Cappois por lo bajo.—Ya tenía el estómago en los talones. ¡Ah, estos militares siempre llegan tarde!

—¡Calla! Pues si ha adelgazado más aún—dijo Cappois;—si fuera más alto se parecería á D. Quijote.

—Lo que parece más bien es una cabra—respondió el veterinario, observando el bigote y la barba del comandante.

Cuando al entrar en la sala el comandante saludó respetuosamente á Enriqueta, un movimiento de contrariedad se notó en las fisonomías de Cappois y del veterinario, dirigiendo el primero sus miradas hacia el señor Charvet, como interrogándole... «¿Es este el famoso candidato? ¿El héroe de la señora Herblay? ¿La esperanza del distrito?» Entre tanto Guenaut murmuraba entre dientes:

—¡Es curioso esto!... ¡Le he visto cien veces y se me figuraba que era más alto!... ¡Lo que tiene ser candidato! ¡La buena presencia del candidato da influencia moral al país; pero la presencia de éste!...

La sobrina del comandante, la señorita Gilberta, produjo contraria impresión: pareció á todos encantadora. Estaba de pie, elegantemente vestida de negro, sonriendo con angelical dulzura á Enriqueta, que la ayudaba graciosamente á quitarse el sombrero. Al quitárselo con cierta viveza, uno de los agujones de éste se enganchó en los hermosos cabellos castaños de la joven, la cual, un tanto confusa y enrojeciendo ligeramente, se puso delante de un espejo, con el agujón entre los dientes, á arreglar sus trenzas, dejando ver, al levantar los brazos, un talle tan esbelto y unos contornos tan delicados que no tenían nada que envidiar á los de las estatuas griegas.

Emilio Ducasse, que había entrado detrás del comandante, pálido y muy disgustado del papel de comparsa que se veía obligado á desempeñar, él, que había soñado con ser el candidato, la observaba atentamente. Estaba resuelto á volverse á París, propósito que ocultaba diplomáticamente, tan pronto como sufriera la más pequeña contrariedad, perdonando en parte á un candidato que se hacía acompañar por tan linda sobrina.

—¡Vamos!—dijo Charvet como si se encontrase en su propia casa.—¡A la mesa! ¡Nos morimos de hambre!

Fué aquello una especie de reproche involuntario para el comandante, el cual se excusó repetidamente por su retraso, y ofreciendo el brazo á la señora Herblay, saludó á los circunstantes, dirigiéndose en seguida todos al comedor.

—¿Será elocuente al menos?—preguntó, señalando al comandante, el veterinario Guenaut al notario Cappois.

—¡Oh! ¡Oh! No creo que lo sea tanto como Demóstenes; pero fijaos en la roseta que lleva en el ojal.

—Demóstenes, después de todo—añadió,—no fué oficial de la Legión de Honor.

—¡Bah! Es verdad—respondió el veterinario, que no tenía más que una idea muy superficial de Demóstenes;—¡pero falta saber si Demóstenes, siendo más radical, rehusaría esa condecoración!

Antes de sentarse á la mesa, el comandante saludó individualmente á todos los convidados, encontrándose con que conocía á la mayor parte de ellos. Aunque éstos habían de ser sus electores al propio tiempo que sus jueces, Verdier se inquietaba poco por ellos; preocupado con sus nuevas funciones, tenía la idea fija en un punto. ¡Candidato!... ¡Candidato!... Comprendía que aquel almuerzo en casa de la señora Herblay era para él el primer paso dado en la vida pública y estaba arrepentido de no haberse quedado en París, viviendo tranquilamente en su casita de la calle Mausart, ó si no la hubiera alquilado, en Melun, en su casita de la calle de San Ambrosio, en que había nacido. No era ambicioso, ni deseaba gloria. Hijo de un soldado del primer Imperio, que sólo había llegado á capitán, encontrábase satisfecho con haber superado en graduación á su *viejo* en el ejército. Este, que vivió en Melun, y no era rico, hizo muchos sacrificios para poder dar carrera al mayor de sus hijos.

El comandante Verdier habría llegado á obtener más altas graduaciones á no haber tenido un rapto de acaloramiento en presencia de una de esas injusticias; por desgracia tan frecuentes en lo militar como en lo civil, por la cual creyó de su deber presentar la dimisión del cargo que desempeñaba y pedir la separación del ejército, cerrándose él mismo la puerta á todo porvenir y condenándose á vivir de sus escasas rentas. Después de todo, tenía un

consuelo y le quedaba un deber que cumplir. Su sobrina Gilberta, huérfana, hija de su hermano menor, quien, por no ser gravoso á su padre y ayudar en lo posible á la carrera de su hermano, se había establecido en Orleans siendo aún muy joven. Allí se casó y llegó á reunir con muchos apuros una fortuna de 60.000 pesetas en el comercio de hierros. Sorprendidos los cónyuges por prematura muerte, dejaron á Gilberta sin más amparo en el mundo que el de su tío el comandante.

Este pensó que, habiéndose sacrificado su hermano por él, estaba en la obligación de hacerlo á su vez por su sobrina, y la acogió como si fuese su propia hija. Aprendió entonces para Gilberta cosas que ignoraba casi; por ejemplo, el arte de contar su dinero. El, matemático, que resolvía todos los problemas, sabía mejor el álgebra ó la trigonometría que la economía doméstica.

Verdier había heredado de sus padres una casa en Melun, en el *Boulevard Saint Ambrose*, y á más unas 20.000 pesetas: con éstas, con las economías que realizara durante su carrera, los productos de varios Manuales que para uso del ejército había publicado y el dote de Gilberta reunían una rentita que les permitía vivir con bastante desahogo, sin tener nada de sobra, pero sin necesitar nada de nadie.

No vivían en la casa paterna, aun cuando ésta encerraba grandes recuerdos para el comandante, razón por la cual no había querido venderla,

porque no se aburriera Gilberta en ella. Además á él le gustaba la vida de París y tenía allí sus aficiones, las bibliotecas, los archivos, etc., y luego, que aquella calle de Mausart, situada en el Boulevard exterior, donde vivían, tenía muchas comodidades para él, pues podía pasearse hasta en zapatillas por todo el barrio, pasando además por allí el ómnibus que le llevaba directamente á la Biblioteca Nacional. Es verdad que el pueblo de Melun—adonde solía hacer sus excursiones de uno ó dos días, en el buen tiempo,—con sus árboles, sus paseos á orillas del Sena y las calles de *Saint-Etienne* y de las Campanas, que no habían cambiado en nada para él desde su infancia, le recordaban los días más felices de su vida; pero si vivían allí, no podría alquilar su casita, que le producía más de lo que él pagaba en París por la que habitaban, y restaría esa economía del dote de Gilberta.

Al pasar un día por delante de la iglesia de *Saint-Barthelemi* en Melun, dijo á su sobrina:

—Aquí fué donde yo hice mi primera comunión; acaso ¡quién sabe! será donde tú te cases.

Gilberta sonrió.

—¡Casarme! No pienso en ello. Soy muy joven aún.

Ni siquiera había pasado por la imaginación del comandante lo de presentarse candidato á diputado por ningún distrito; pero la señora Herblay, que le apreciaba mucho, y le invitaba siempre á sus re-

uniones de la *Chaussé d'Antin*, se encargó de pensarlo por él. Mederico Charvet estaba de acuerdo con esta elección, porque sabía muy bien que en aquel hombrecillo, de temperamento nervioso, se encerraba un alma grande y noble.

Había visto á Verdier, cuando era capitán, apenas convaleciente de una grave herida, atravesar solo las líneas prusianas para incorporarse á su regimiento. Conocía además, desde que estuvo en la Academia Garín, en Melun, en donde había estudiado nueve años antes Verdier, la firmeza de convicciones de éste.—Las convicciones del comandante eran legendarias en la Academia.—Y puesto que él no podía ejercer á la vez los cargos de senador y diputado, vería con gusto que una persona tan digna como Verdier le reemplazara en el primero de estos cargos, y ¡tanto mejor para Verdier si recogía la sucesión de Charvet!...

El comandante no hubiera aceptado nunca esta proposición, si la señora Herblay, teniendo en cuenta su carácter, no le hubiera hecho comprender que había peligros que arrostrar y deberes que cumplir al aceptar aquella candidatura.

—¡Vamos á ver, mi querido comandante!—le decía.—Sois libre, independiente... Tenéis cincuenta años y estáis más fuerte aún que muchos de treinta... Tenéis el deber de no rehusar ese puesto. ¡Hay en él un bonito papel que desempeñar en un Congreso compuesto de gentes interesadas, de farsantes

ó de majaderos: el de representar la honradez, diciendo y exigiendo la verdad! ¡Vamos, mi comandante, un poco de ánimo, y al asalto!

Hablaba así para animar al pundonoroso y digno soldado. Este, vacilando si aceptaría ó no, se rascó un poco la oreja, decidiéndose, después de esto, á preguntar:

—¿Es posible que en todo el país no haya un hombre apto para reemplazar á Charvet?

—No lo hay, comandante, no lo hay. ¡Ah! Sí, Garousse, quizá lo sea Garousse. Es radical, acaba de comprar un pedazo de tierra y ha organizado reuniones en los cafés de Dammarie; pero Garousse no sirve para ocupar la vacante que deja el señor Charvet. Ese puesto necesita ocuparlo un hombre honrado y del valor y la energía que vos. ¡No lo rehuséis, comandante! Además, si os presentáis vos candidato, protegido por Charvet, Garousse no será temible...

Verdier tenía muchos motivos para pensarlo con calma. Sabía que una elección acarrea muchos gastos, y que, aunque fuera elegido diputado, esto, dada su rectitud y honradez, no le proporcionaría más que muchos disgustos y no pocos sinsabores. Se conocía demasiado bien á sí mismo, y estaba convencido de que daría dinero á diestro y siniestro; á los electores pobres, á los establecimientos de beneficencia, etc., etc. ¿Y después de todo esto le quedaría para vivir? ¿Sus trabajos como escritor de asuntos

militares sufragarían los gastos de su nueva posición?

Esto era lo que le tenía indeciso, haciéndole repetirse á cada momento: «¿Me quedará lo suficiente para atender á las necesidades y á los gastos de mi sobrina y á los míos propios cuando me haya lanzado á una vida en que éstos crecen y crecen sin que se alteren los ingresos?» Si al fin y al cabo pudiera sufragarlo todo sin tocar al dote de su sobrina, se hubiera decidido desde luego

Enriqueta abordó otra cuestión, poniendo el dedo en la llaga. Pensó en Gilberta, á quien quería mucho, cosa que no ignoraba el comandante.

—Veo—le dijo—que no pensáis en la felicidad de nuestra pobre niña... ¡Sobrina de un diputado! Los diputados son los reyes del momento. Gilberta, sobrina de un diputado, encontraría pronto un marido digno de ella. ¿Y sería esto abusar de vuestra posición? ¡De ningún modo!

Este argumento pareció decir á Verdier al oído: «Eres un egoísta; por no sacrificarte un poco, perjudicas el porvenir de tu sobrina.» Sin embargo, no fué esto sólo lo que le decidió. Se olvidaba de sí mismo, y, por consiguiente, de su sobrina, que era todo su cariño, en sus preocupaciones; le habían hablado de deberes, y esto fué lo que le decidió, aunque no sin nuevas luchas. Le gustaba cumplir con su deber como al primero; pero creía que cargos tan importantes debían ser desempeñados por hom-

bres de inteligencia clara, de vastos conocimientos y exquisito tacto para la dirección de los asuntos del país.

¿A las puertas de París, cerca del templo en honde se cultivan las ciencias y abundan los grandes pombres, no había encontrado Charvet ningún otro digno de reemplazarle más que el viejo oficial de la Legión de Honor?

La sola idea de su insuficiencia le aterraba. Pensar en que tendría que presentarse en la tribuna si había de cumplir bien el mandato de sus electores, le causaba calofríos.

—No tenéis necesidad de hablar, podéis trabajar. ¿No tenéis vuestros proyectos de reformas para el ejército?—le decía el senador.

¿Que si abrigaba proyectos de reformas en el ejército? Y tanto como los abrigaba y los había estudiado. Jamás había hablado de ellos en el ejército; la disciplina se lo vedaba; pero ciertamente que hubiera tratado de plantearlos si hubiese formado parte de la Cámara.

—Pues bien, entrad á formar parte de la Cámara. ¿Quién tendrá la culpa de que esos proyectos no lleguen á plantearse más que vos, puesto que yo os ofrezco la diputación?

«Podéis prestar grandes servicios al país sin necesidad de tomar parte activa en las discusiones»—le decía Charvet.

«Nadie puede defender los intereses del país

como vos—le había dicho Enriqueta.—Un hombre desinteresado y que reuna á un excelente corazón una rectitud á toda prueba, es lo que éste necesita.»

—Si creéis que puedo ser útil al país siendo diputado, tomad mi nombre y recoged mi palabra, que os empeño desde luego—dijo, decidiéndose por fin á ir á la lucha electoral, como si se tratase de ir á campal batalla.

Lo que acabó de decidirle fueron algunas frases hábilmente deslizadas á su oído por Enriqueta para hacerle comprender que, como había peligros que arrostrar para sacar triunfante la candidatura, se creería que había tenido miedo si no la aceptaba.

El comandante tenía por divisa: *Haz siempre lo que temas hacer*, lo cual significa: *No tengas miedo á nada*... ¿Y á qué había de tener miedo? ¿A los *rayos* oratorios de Garousse? ¿A las vociferaciones de los partidarios de éste? ¿De qué habían de vociferar? Se había visto en mayores peligros que los que ahora tenía que arrostrar, y, sin embargo, no se había arredrado... Además, le parecía que un hombre honrado, recto y de arraigadas convicciones, no necesitaba más que presentarse ante las gentes para ser escuchado de todos los honrados y buenos ciudadanos.

—¿Sois orador?—le había preguntado Charvet, hinchándose como un pavo, orgulloso de serlo él, porque había formulado alguna vez preguntas (á esto lo llamaba él discursos) en las comisiones.

No era orador; pero en cuantas ocasiones se había visto precisado á hablar habíase expresado con bastante claridad, como lo probó muchas veces al dirigir la palabra á los oficiales de los cuerpos á que había pertenecido. Bien es verdad que el tomar la defensa de todos los obreros de un distrito tan grande y el satisfacer á todos con sus discursos era obra harto más difícil que la de dirigir arengas á sus subalternos; pero puesto que ese era su deber...

—Está bien, señora—dijo:—estoy decidido y os diré, empleando vuestras mismas frases: ¡Al asalto!...

Aunque se mostró tan resuelto no dejó de encontrarse un tanto perplejo al llegar á su casa y verse en presencia de Gilberta, tímido como un niño que ha hecho algo malo.

—¡Vas á reñirme!—la dijo.

—¿Por qué decís eso?

—¡Ah! ¿Por qué?... Acabo de aceptar... Te vas á reir. Acabo de aceptar... la candidatura... sí, yo... ¿Qué quieres? Es un deber como otro cualquiera... Sólo que... este deber cuesta dinero, y si yo gasto, pobre niña, de lo tuyo ha de ser, pues no tengo otra heredera; pero te prometo hacer todas las economías posibles en lo que me queda de vida... No más libros, no más caprichos... Además, el que yo sea diputado puede influir mucho en tu porvenir... Lo he tenido muy en cuenta al aceptar la proposición.

Gilberta, llena de emoción, abrazó al comandante.

—¡No penséis nunca en mí, querido tío! ¡Soy muy feliz cuando vos lo sois y me envanezco con vuestras determinaciones!...

Tal era el candidato á quien la señora Herblay había invitado á almorzar en Dammarie-les-Lys para presentarlo á las personas influyentes del país y dejar *planteada la cuestión.*

Al contemplarlo en su asiento, flaco, con la frente grande y despoblada y la larga y colorada nariz inclinada sobre el plato, Cappois, que, como sabemos, no había recibido la mejor impresión al verle llegar, decía por lo bajo á su vecino de mesa:

—¡No causa mucho efecto el comandante!... ¡Si no fuera por la condecoración, no reuniría cuatro votos! ¡Pero está condecorado!...

—¡Sí... condecoración que puede darle un mal rato en una reunión electoral! ¡Hay ya tantos que gritan contra las condecoraciones!...—contestó su vecino de mesa.

Cappois sonrió maliciosamente.

—Si yo fuera el comandante, bien sé lo que contestaría. «Después de todo, si estoy condecorado no será por haber estado en presidio, ¿no es así?»

—¡Quizá conteste eso!—dijo noblemente el veterinario.

—¡Allá veremos!—contestó el notario.

Y comenzó el almuerzo.

IV

El bueno del comandante, sentado en la mesa al lado de la señora Herblay, estaba tan violento como suele estarlo un actor la primera vez que se presenta en las tablas de un teatro de primer orden. Miraba de cuando en cuando á su sobrina, que estaba sentada frente á él, mientras que, sin saberlo, era él mismo el blanco de las miradas de todos los comensales, los cuales analizaban hasta el más insignificante de sus movimientos. El veterinario y el notario cambiaban miradas de inteligencia y Ducasse inclinaba su blonda cabeza hacia adelante para inspeccionar mejor al candidato, á quien no veía más que de perfil. Este, que era de complexión nerviosa, se hallaba en aquel momento bajo el influjo de los nervios, que se acentuaba por contracciones en un lado de la cara, dejando el otro sin movimiento.

Emilio, á quien la presencia de Gilberta no consolaba del todo, sentía deseos de preguntar al veterina-

rio si su candidato había sufrido algún ataque de hemiplegia, pues se le notaba cierta parálisis en uno de los lados de la cara.

Evidentemente Verdier sufría. Su sobrina lo notó, y levantándose, le preguntó con mucha dulzura y naturalidad si seguía molestándole el pedacito de carbón...

Charvet, que presidía la mesa con una majestuosidad ya senatorial, interrumpió, casi riéndose, á la joven:

—¿Qué pedazo de carbón es ese?

—¡Ah! ¡El carboncito!—pensó Emilio, encantado al ver al candidato rayar en lo cómico.

El comandante enrojeció como si hubiera cometido una falta, y mirando á Gilberta con gesto de reproche, se apresuró á decir:

—¡No es nada... absolutamente nada... Una chispita apagada de la máquina que me entró en un ojo en el vagón!... ¡Esto no vale la pena!

—Laváos un poco el ojo y se os quitará—dijo Enriqueta.

—Gracias... gracias... Esto no es nada...

—¡Ah! ¿Si habrá venido ese buen viejo á este castillo á curarse de sus heridas?—murmuró Duccasse al oído de Guenaut.—¿Por qué no le llevan á la enfermería?

El veterinario comenzaba á encontrar admirable á este parisiense, á quien el despecho hacía olvidarse un poco de su gravedad. Después de todo, ¿quién

sabe si el gran Pitt habría caído también alguna vez en la tentación de burlarse del prójimo?

Felizmente la sobrina del comandante no pensaba en el ridículo, ó si pensó en él no temió arrostrarlo. Pidió la venia á Enriqueta, á cuyo lado estaba sentada, y obtenida ésta, se dirigió á su tío, rogándole la dejara ver si tenía el ojo inflamado.

—Con vuestro permiso—dijo Verdier á los comensales al propio tiempo que se ponía en pie.

Gilberta le llevó hasta el hueco de una ventana para poderle ver con luz bastante, y alzándose ligeramente sobre las puntas de los pies, separó con sus lindos dedos los párpados del comandante, dispuso los labios, y un ligero soplo, pasando suavemente á través de ellos, delicados y finos, fué á expulsar la molécula de carbón que, raspando el ojo del comandante, le había puesto tan colorado que parecía iba á echar sangre.

Ducasse miraba á Gilberta con el interés que lo hiciera momentos antes en el vagón. Era en verdad una jovencita en todo el esplendor de su encanto y en plena inocencia.

Toda la mesa debió encontrar esto perfectamente risible, sobre todo Guenaut y Cappois, que hacían poderosos esfuerzos para no reirse.

Verdier era para Gilberta como un niño. Como su tío vacilara en llevarla con él á Dammarie, á pesar de la insistente invitación de la gran electora, le había dicho poniéndose muy seria: «Es preciso que

yo vaya. Si no voy yo, ¿quién os hará el lazo de la corbata?»

Había en ella algo de la madre, mejor dicho, de la mamá, para aquel buen hombre á quien adoraba.

—¿Qué?—preguntó Charvet, quien encontraba el incidente bastante vulgar...—¿Salió?

—Por completo—contestó Verdier, volviéndose á sentar.

El senador contempló á Gilberta, que volvía á ocupar su asiento, y le ocurrió pensar que valía la pena de pasar un mal rato molestado por el carboncito el recibir un soplo de la señorita Verdier.

—Apostaría, comandante—dijo, siguiendo la ilación de sus ideas,—á que habéis introducido vos mismo ese carboncito entre los párpados para tener la buena fortuna de que os lo expulsara de ellos vuestra sobrina.

Y el señor senador dirigió una mirada de satisfacción á los comensales, como pidiendo una sonrisa de aprobación, que le prodigaron largamente Cappois y Guenaut.

Enriqueta, comprendiendo que para borrar el mal efecto que esto había causado era preciso presentar al comandante bajo otro aspecto que el de un pobre hombre á quien su sobrina expulsa carboncitos del ojo, y sabiendo que en la vida del soldado, entre otros rasgos, había uno de lo más conmovedor, le rogó que lo refiriera á los postres. «Sí, sí,

era preciso que contara la historia del salvamento de los mineros de Meóns.»

—¡Ah, sí, comandante!—dijo Charvet.—¡El salvamento!... ¡La historia del salvamento!

—Un hecho en que el comandante se portó como un héroe—dijo la señora Herblay dirigiéndose á sus convidados, como si fuera el Presidente de una Asamblea.

Charvet levantó la voz para que todo el mundo oyera bien, y el silencio se hizo. Todas las miradas se dirigieron á Verdier, quien pareció muy molestado por esta curiosa atención. Y, cosa extraña en un político novel, nada le molestaba como oír hablar de él, aparecer él en escena. La especie de anuncio de la bella electora le molestaba tanto que hubiera querido meterse siete estados debajo de tierra. Por su parte, Enriqueta había elegido su candidato y quería darlo á conocer. Ducasse experimentaba ahora por el comandante cierta compasión. Pensaba que si le hubieran reprochado alguna mala acción no le habrían puesto en mayor aprieto.

—¡Tiene la palabra el comandante Verdier!—dijo solemnemente Charvet pensando en la actitud de su Presidente en el Senado.

—¡Oh! No hablemos de eso, os lo ruego... no hablemos de eso—decía el soldado tratando de sonreir. —¡Eso es ya tan viejo!...

La curiosidad aguijoneaba á Ducasse como á todo el mundo.

—¡Oh!—dijo con viveza.—Las buenas acciones no prescriben nunca. Es precisamente la única ventaja que tienen sobre los crímenes... ¿Qué salvamento es ese, comandante?

Los ojos de Gilberta parecieron decir al joven: «Ponéis en gran aprieto á mi pobre tío; pero ya veréis cómo vale la pena de que lo cuente.»

—¡Vamos, comandante, vamos, contadnos esa historia! ¡La historia del salvamento!—decía Cappois.

—¡El salvamento! ¡El salvamento!—repetía Guenaut golpeando la mesa con el mango del cuchillo como para acompañar un aire de opereta.

—Os lo suplico—repitió la hermosa castellana con acariciadora y argentina voz al oído de Verdier, que estaba colorado como un pavo.

Viendo que no podía pasar por otro camino, el comandante se encogió ligeramente de hombros, y un tanto contrariado y como si hubiera hablado de otro, de una noticia tomada de un periódico de la mañana, ó de una anécdota ya olvidada por lo vieja, evocó el recuerdo del suceso al cual Enriqueta acababa de hacer alusión:

Después de todo, ¿qué era lo que iba á referir?... La cosa más sencilla del mundo y que cualquiera hubiera hecho en su lugar. Uno de esos hechos afortunados de su vida de soldado, puesto que había tenido la dicha de evitar á infelices mineros el caer bajo un desprendimiento que les hubiera aplastado.

Hacía de esto diecisiete ó dieciocho años. Fué el 66. Verdier era entonces capitán y se encontraba en Meóns, cerca de Saint-Etienne, ocupado con los hombres de su batería en ensayos de artillería, cuando ocurrió en la mina hullera de Meóns un derrumbamiento producido por una terrible explosión de grisu:

—Algo así como un gigantesco cañonazo, como la explosión de un polvorín... Era por la tarde... El ingeniero y el maestro minero estaban en la mina... El ingeniero para examinar no sé qué reparaciones necesarias en los andamiajes... Nosotros estábamos acantonados en las inmediaciones... Al oír temblar la tierra bajo nuestros pies, como si fuera á estallar, uno de mis hombres me dijo:

—Capitán, debe de haber ocurrido alguna desgracia y apostaría á que ha sido en la mina.

—¡Pues, ea, muchachos—dije,—á la mina!

Cuando llegamos, una gran muchedumbre rodeaba las entradas de la mina. Las mujeres gritaban; los mineros, prontos á descender, se colocaban en sus cestos, que eran rechazados del fondo de los pozos como balas de corcho dentro de un tubo obedeciendo á una fuerte presión de aire. Toda aquella muchedumbre enloquecida se oprimía y se empujaba, casi sobre el vacío del negro agujero, en cuyo fondo se hallaba la muerte...

—Veo todavía—decía Verdier animándose un poco—aquellas linternas yendo y viniendo como

fuegos fatuos y á los valientes mineros tratando de bajar por las hendiduras á salvar á sus camaradas... El grisu flotaba como un veneno en la mina... Fué preciso improvisar una ambulancia para los que intentaron bajar. ¡Valientes! Dos de ellos que bajaron, cuando se tiró de la cuerda para subirlos se vió que estaban asfixiados. La madre de uno de ellos estaba presente.

—¡Hijo de mis entrañas... Clemente... Pobre hijo mío!...—exclamaba la inconsolable mujer.

Pero ¡ay! estaba muerto como el otro. Entonces me pregunté á mí mismo, con el corazón destrozado por tan triste espectáculo, cuántos habría en aquel subterráneo que aún podrían ser el sostén y el consuelo de sus familias si una mano generosa les sacase de aquel infecto y peligroso lugar.

Sabía que estaban dentro el ingeniero, el maestro minero, algunos obreros y un niño. Pues bien, me dije, es preciso salvar á los vivos y dar sepultura á los muertos; y sin hacer caso de nadie, guiado tan sólo por los impulsos de mi corazón, descendí al fondo del pozo. Mi gente y los mineros que allí había, viendo mi decisión, me siguieron... Estaba la atmósfera tan cargada que no nos servían de nada las linternas de que íbamos provistos; todas las luces se apagaban, y hubimos de recorrer las galerías al azar. Cuando hacía ya unos momentos que estábamos dentro empezamos á ver algo, presentándose á nuestra vista un cuadro aterrador. Estábamos

como enmedio de un bombardeo... Por todas partes se oían estallidos... Uno de mis artilleros quedó aplastado casi al lado mío, sin que apenas me diera cuenta de ello, bajo el peso de uno de los bloques de hulla que se desprendían á cada paso. Sin que estos desprendimientos nos amedrentaran, seguimos adelante, envueltos, puede decirse que por completo, en las tinieblas y sin encontrar aire respirable. Dábamos voces constantemente preguntando si había alguien que necesitara de nuestros auxilios; de pronto, tropecé, y caí. Había tropezado con un cadáver.

El comandante refería esto con una emoción tal que parecía encontrarse en aquellos momentos presenciando la catástrofe. Mostraba en su narración una brillantez y elocuencia que admiraban, sin cuidarse de dónde estaba ni de quiénes era las personas que le escuchaban; hasta su fisonomía había cambiado. Esta metamorfosis dejó admirados á los electores y amigos reunidos en el comedor de la señora Herblay. Refería ingenuamente que cuando empezó á encontrar por todas partes cadáveres, su desesperación era infinita, pues tenía ardientes deseos de arrancar á la Parca algunas víctimas, no por propia vanidad, sino por llevar el consuelo á muchas familias desgraciadas.

Apenas puesto él en pie y retirado el cadáver, oyó una voz casi exámine. Era la voz de un hombre que esperaba la muerte debajo de un montón de es-

combros. A él fué á quien cupo la honra de librar á aquel infeliz de una muerte segura. Después encontró á otro desmayado y con el pelo, las cejas, las pestañas y hasta la epidermis completamente abrasados, pero cuyo corazón latía aún. Vuelto en sí, no se daba cuenta de lo que le ocurría. Uno de los obreros le conoció.

—¡Calle! Es Gobert—dijo.

Gobert se volvió hacia él:

—¡No te conozco! ¡No te veo!...

¡Estaba ciego el infeliz!

También salieron otros, aunque con mucho trabajo y exposición de sus vidas. Se había entablado una encarnizada lucha para arrancar de manos de la muerte á los que gemían bajo los escombros... Todos trabajaban con coraje, los mineros y los artilleros, consiguiendo extraer de debajo de grandes moles de hulla á dos hombres y al niño, al pobrecito niño, que muerto de hambre, mordía el cuero del cinturón que llevaba puesto... (Verdier tenía todavía en su casa, en la calle de Monsart, aquella correa, marcada por los dientes del niño.) Total, cinco seres salvados milagrosamente de una horrible muerte: cuatro padres de familia y un niño.

Cuando salimos, la muchedumbre, tan ansiosa ya por los mineros como por sus salvadores, nos recibió con inmensa alegría. Entre aquella multitud estaban las familias de los muertos, sus mujeres, sus padres, sus hijos y también las de aquellos á

quienes creyendo muertos, veían salir de la mina con nosotros y que fueron arrebatados por las pobres gentes, que se disputaban el placer de abrazarlos. Llegué á temer que en su entusiasmo acabaran con el pobre niño: tal era la locura con que besaban sus negras mejillas. Entre tanto los cuatro hombres, atontados todavía, sentían correr por las suyas las lágrimas de las mujeres. Toda aquella multitud de hijos del trabajo dispensó á mis artilleros una gran ovación... ¡Ah! ¿Una ovación?... Era preciso oirla. «¡Vivan los artilleros!... ¡Bravo por los artilleros!... ¡Viva el ejército!...»

Y mis pobres artilleros, que habían bajado al anochecer y salían medio ciegos en pleno sol de mediodía, después de quince horas de batallar, no sabían dónde estaban, contestando á las mujeres que les besaban las manos: «¿Pero, por qué? ¿Por qué? ¡Eso no vale la pena! Estábamos aquí para eso...» Y en efecto, habíamos estado allí para eso.

—Preguntad á Fournerel—dijo el comandante:— debe acordarse bien de Meóns.

—¿Fournerel?

—¿El cantero de Chailly?—preguntó Enriqueta.

—¡Muy influyente entre los obreros!—añadió Guenaut.

—No me ha hablado nunca de Meóns—dijo Charvet.

—No será porque no se condujera muy bien. Pero no es de los que se alaban—dijo Verdier.

Se olvidaba al decir esto de que á él le pasaba lo propio, y olvidando también su propio desinterés, se detuvo en su narración cuando fué preciso referir cómo, después de haber arriesgado su vida, insistió con las viudas de los desgraciados muertos en la catástrofe en que aceptaran sus economías, y que las pobres mujeres, embrutecidas por el dolor, le respondían: «Gracias, no necesitamos nada. La caja de socorros nos pensionará.»

Pero esto que Verdier se calló lo adivinó Emilio Duccasse, que estaba un poco conmovido á pesar de su británica flema, notando que las miradas dirigidas ahora por los comensales al candidato habían perdido la expresión de ironía que tuvieran antes.

Mederico Charvet rebuscaba en su mente algunas frases de cortesía que realzaran las heroicidades del candidato, y el notario Cappois, entusiasta por los hechos heróicos, parecía presa de la más profunda admiración.

La señora Herblay estaba satisfecha de ver colmados sus deseos, y Gilberta se mostraba orgullosa de su tío.

Cappois decía á Guenaut por lo bajo:

—¡Me parece que es lo que se llama un hombre este hombrecillo!

A lo cual el veterinario, más desconfiado, contestó:

—Sí; pero todo eso nada nos dice en concreto de cómo piensa en política.

Se levantaron de la mesa. Enriqueta se apoyó en el brazo del comandante, y pasaron, seguidos de todos los convidados, al jardín, en donde se les sirvió el café.

Al pasar por delante de Ducasse, la señora Herblay, separándose un poco del comandante, preguntó al admirador de Pitt qué le había parecido el candidato.

Emilio sonrió ligeramente.

—Os he mirado varias veces durante el relato del comandante, y he visto en vuestros ojos algo más que la chispita desprendida de la locomotora...

—¿Algo más? ¿Quizás un carbón?

—¡Malo! ¡No, no... lágrimas, lágrimas!...

El joven político trató de sonreir de nuevo.

—¡Una emoción después de los postres no tiene importancia! ¿Estáis decidida á apadrinar su candidatura?

—Sí; os lo juro. ¡Sois ambicioso!... No lo neguéis, porque vuestras ambiciones son legítimas... ¡Ya os llegará vuestro turno!...

—¿Mi turno? ¿La sucesión Verdier? Hubiera preferido suceder á Charvet.

A todo esto se hallaban en el cenador del jardín, que, rodeado de odoríferas flores y cubierto de magníficas enredaderas, resultaba un lugar muy ameno, en donde, además de estar á cubierto del sol abrasador del estío, se respiraba una fragancia exquisita.

Charvet, mirando su reloj, dijo al oído de Enriqueta:

—Es necesario no perder tiempo. De dos á seis tiene que presentarse el comandante en dos reuniones y á las ocho de la noche en otra.

—¿Ya?...—preguntó con sencillez Verdier, que había oído esto á pesar de haberse dicho en voz baja.

—Sí, señor, y será preciso concurrir á otras muchas dentro de algunos días.—¡Oh! *el tiempo es oro* y Garousse se agita mucho—añadió Charvet dando muestras de impaciencia.

—Hemos improvisado esas reuniones... literalmente improvisado... y aún habremos de improvisar muchas más hasta asegurar el triunfo.

—¡Puesto que es preciso, obrad como gustéis! —dijo el comandante, y se dejó guiar como un autómata. Estaba arrepentidísimo de haber tomado parte en semejante empresa. ¡Vivía tan tranquilo en su casita de la calle Mansart en París, pasándose horas enteras á la ventana, fumando su pipa y viendo crecer sus rosales!... Existencia de egoísta, es verdad; y puesto que era un deber luchar contra Garousse, lucharía. Empezó, pues, á prepararse para el primer ataque.

La señora Herblay parecía algo pensativa. Recordaba las palabras de Guenaut: «¡Escrutinio por lista!... ¡Escrutinio por lista!...»

Cappois, deseando conocer en definitiva el progra-

ma político del comandante, le dirigió una pregunta al efecto. Este, comprendiendo, por el tono en que se le hacía, que no se trataba de una conversación amistosa, sino de que contestara categóricamente, contestó con tanta dignidad y con acento tan sincero que satisfizo á Cappois; no así á Guenaut.

—¡Diablo!—se decía el comandante;—si dos hombres no se entienden, ¿qué va á pasar en una reunión de doscientos ó trescientos electores?

Pronto iba á saberlo, pues el señor Charvet, tomando el sombrero, dijo que era ya tiempo de encaminarse hacia la reunión.

Los caballos piafaban ya impacientes al pie de la verja del jardín. Salieron con intención de ir primeramente á Chaylli, á la fonda de *El León de Oro*, en donde pensaban encontrarse con Garousse. Cappois y Guenaut acompañaban también al candidato, puesto que formaban parte del comité Verdier.

Emilio Ducasse pidió y obtuvo que le dejaran acompañarles. Interesaba mucho al presunto Pitt conocer el resultado de esta reunión.—¡Quién sabe... en caso de una desavenencia!...

Cappois y Guenaut tomaron asiento juntos en el coche de Charvet, y el diputado de ayer daba la preferencia al candidato de hoy en la calesa de Enriqueta. Este, excusándose de una manera muy fina, cedía el puesto al senador.

—Vamos—dijo Ducasse,—sois el héroe de la fiesta y debéis pasar delante, señor Verdier.

—Sea—dijo éste, y excusándose, puso el pie en el estribo, que perdió, y dando con la barba en el filo del carruaje, cayó al suelo.

Enriqueta no pudo menos de sonreir ligeramente á su pesar.

Gilberta, que acudió como un relámpago, preguntó á su tío si se había herido.

La señora Herblay y todos los allí presentes le dirigieron, como si estuvieran de acuerdo, esta pregunta:

—¿Os habéis hecho daño, comandante?

—No... no, gracias...

—Un romano hubiera retrocedido—hizo observar Ducasse.—¡Morder el polvo en el mismo instante de ponerse en camino!...Eso es un mal presagio.

—¡Diablo de candidato!—decía Guenaut.—¡Tengo un miedo!... Ese Satanás de Garousse es capaz de derrotarlo! ¡En fin, el ser oficial de la Legión de Honor *viste bien* todavía en las proclamas!

Los carruajes se pusieron en movimiento, y Enriqueta despidió á sus amigos diciéndoles: «¡Buena suerte!»

Gilberta, pálida y conmovida, atravesó el jardín bajo la sombrilla con que la cubría la señora Herblay. Las dos hermosas criaturas se dirigieron al salón con el pensamiento fijo en un mismo objeto, pues Enriqueta estaba tan emocionada por el éxito del candidato como la sobrina de éste.

—¡Si pudiera contar alguna de sus mejores haza-

ñas delante de los electores, le votarían por unanimidad!

—Es verdad, pero eso no lo hará; me sorprende hayáis conseguido que refiriese aquí una de ellas. Vivo con él casi toda la vida, y jamás le he oído contar nada que le realzase.

—¿Es muy reservado para con su sobrina? ¿No os cuenta todo lo que hace?

—Todo lo que hace sí, pero no todo lo que ha hecho.

—¿Y vos no tenéis algún secreto para él?—dijo Enriqueta sonriendo.

—¿Por qué he de tener secretos para él?

—No tendría nada de extraño: ¡á vuestra edad!

—Si tuviera alguno lo diría.

—¿A mí?

Llegaron á la puerta del salon, y Enriqueta cerró la sombrilla.

—Sí, señora; á vos mejor que á nadie—contestó la joven con toda espontaneidad.

—Eso prueba que me queréis un poco, mi buena Gilberta.

—Mucho, señora. Mucho por mí, y mucho por mi tío.

—Y tenéis razón en quererme, hija mía. Ya sabéis que yo no puedo vivir sin ocuparme de algo... Pues bien; quisiera, después de haber conseguido trasformar al militar en un hombre civil, en un diputado, convertir á la sobrina, que es una encanta-

dora joven, de señorita en señora; pero en señora muy amada y muy dichosa.

—¿A mí?—preguntó Gilberta poniéndose muy colorada.

—¡Sí, á vos... á vos! ¡Se me ha puesto en la cabeza que he de casaros, y lo conseguiré!

—¡Casarme!

Entraron en el salón, el cual convidaba con su frescura á permanecer en él.

—¡Os admira que hable de casaros! ¿No habéis pensado nunca en ello?

—No, señora—dijo Gilberta.

—¿En qué pensáis entonces? ¿Nada más que en vuestro tío?

—En él tan sólo.

—¿Siempre?

—Siempre, sí, señora.

Enriqueta se echó á reir.

—Es muy bueno, y también yo le aprecio mucho; pero no querréis hacerme creer que el afecto que sentís por vuestro tío, y que él tanto merece, es suficiente para llenar el vacío que existe en el corazón de una joven tan linda como lo sois vos. ¡Miradme de frente!... ¡Ah! Os turbáis...

La tomó una mano entre las suyas y la rogó que la confesase la verdad.

—¿Amáis á alguien?

—A nadie, señora.

—¡Si no podéis negarlo! Decidme cuál es el tipo

que os ha aprisionado. ¿Es rubio? ¿Es moreno? ¿Es alto? ¿Es bajo? ¡Describídmelo! ¡Os lo ruego!

Gilberta trató de sonreir; pero era tan grande su turbación que le fué imposible hacerlo. Un criado que entró preguntando si la señora estaba visible, la sacó de aquella embarazosa situación.

—Según quien sea la visita—dijo Enriqueta.

—Es el señor de Montbrun—contestó el criado.

—¿El padre?... ¿El Marqués?

—No, señora, el señor Conde.

—Decidle que pase—y volviéndose á Gilberta:—¡Un legitimista en casa de la ciudadana Herblay!... ¿No os admira?... Se trata de una obra de caridad, y en ese terreno mueren todos los partidos... ¿Pero, qué tenéis?... ¡Os habéis puesto muy pálida!

—¡Yo!

—Sí, estáis muy pálida... Vuestra mano tiembla... ¡Oh! ¡Algo os sucede!

—No, no tengo nada... no me pasa nada...

—¡El señor de Montbrun!—anunció el criado.

No se le ocultó á Enriqueta la emoción que causaba á Gilberta oír pronunciar el nombre de Montbrun, y con sonrisa un tanto maliciosa la dijo en voz baja:—¡El secreto está á punto de descubrirse!... —Y luego, dirigiéndose al Conde de Montbrun, le saludó.

V

Un joven alto, elegantemente vestido con traje de campo, guante negro y una cinta encarnada en el ojal de la americana, saludó á las dos señoras.

Enriqueta notó en el Conde la misma turbación que había observado en Gilberta:—«Se conocen»—dijo para sí.

El Conde, aunque próximo á cumplir sus treinta años, no representaba más que unos veintitrés. Era rubio, delgado, de fisonomía triste y de mirada penetrante. Ducasse hubiera pasado por ser su hermano mayor en lo físico como en lo moral. El Conde era sumamente galante; pero muy reservado, dejando ver en todos sus movimientos la elegancia que distingue á ciertos hombres de la aristocracia cuando ésta va acompañada de una sólida instrucción. Tenía aspecto de militar, y se le hubiera tomado por un oficial de caballería, perteneciente á la clase noble, en traje de paisano.

Se sentó en un sillón enfrente de la señora Herblay, y ésta, con marcada intención, se apresuró á presentarle á Gilberta, aparentando extrañeza al oír la respuesta del Conde:

—¡Oh! Tengo el honor de no ser desconocido para esta señorita.

El joven la preguntó por el comandante, de quien era amigo desde el 70, en que había tenido la dicha de servir á sus órdenes.

—¡Desde el 70!—dijo Enriqueta.—¡Seríais muy joven entonces!

—Tenía dieciocho años, señora.

—¿Y qué graduación?

—Ninguna. Fuí simple voluntario.

Y mirando á Gilberta, sonrió con melancolía, añadiendo:

—Sería un ingrato si olvidara que vuestro tío me concedió los galones de sargento. ¡No los llevé mucho tiempo!...

—¿Los devolvísteis después de la paz, porque no queríais servir á esta *horrorosa* República?

El *Pitt* hembra acentuó estas palabras con cierta malicia, pero con la sonrisa en los labios.

—No. Los hubiera conservado; pero al día siguiente, cuando tenía ya derecho á coserlos en la manga de mi capote, una bala me hirió y fué preciso llevarme á la ambulancia.

Después, con una expresión singular, añadió:

—¡Hubiera obrado más cuerdamente permane-

ciendo en el regimiento una vez curado! Y como para distraerse de alguna idea triste, habló de otra cosa. Sacó del bolsillo una cartera, y cogiendo de ella un sobre, se lo entregó á la señora de Herblay, diciéndola que se consideraba muy dichoso en cooperar á la buena obra, iniciada por ella, de abrir una suscrición para dar trabajo á los pobres de la localidad.

Enriqueta abrió el sobre: ¡Quinientos francos!

El señor de Montbrun se mostraba verdaderamente espléndido. Merecía ser nombrado miembro de la Asociación.

—No hagáis tal cosa—dijo el Conde.—Os lo ruego. Si puedo ser útil tendré el mayor gusto en hacer cuanto esté de mi parte; pero que mi nombre permanezca oculto. Os lo suplico.

Enriqueta, que todo lo atribuía á la política, meneó la cabeza.

—Comprendo. No queréis apoyar ostensiblemente á mis radicales.

—Os aseguro, señora, que no me ha preocupado la opinión de vuestros protegidos; y estoy seguro de que vos no os detendriaís, tratándose de una obra de caridad, á averiguar cómo piensan los infelices á quien queréis proteger.

Gilberta, conmovida al oír los términos tan dignos en que se expresaba el Conde, le miró cariñosamente, encontrándole más triste, más pálido ¡y más delgado que cuando le vió la última vez en la

fonda de Trouville, adonde su tío la lle-vara para distraerla.

Había trascurrido ya un año; pero aquella fecha no debía borrarse nunca de su memoria. Parecíanle los más felices de su vida aquellos días pasados en la fonda, bajo el mismo techo que el Conde, á quien la casualidad condujo, no tan sólo á la misma fonda, sino que también á su lado en la mesa redonda.

Al principio cruzáronse muy pocas frases entre ambos jóvenes; pero la desgracia ocurrida á unos pobres pescadores los atrajo por un común sentimiento, estrechando más y más los lazos de la amistadque ya se profesaban.

El Conde y Gilberta se encontraron también el uno al lado del otro, como en la fonda, á la orilla del mar, con el corazón oprimido y las lágrimas en los ojos, viendo la barca de unos infelices pescadores próxima á sumergirse bajo montañas de espumantes olas.

Fué tanta la tristeza que experimentaron las personas allí reunidas, que no se oían más que súplicas dirigidas al Hacedor, por la salvación de aquellos desgraciados.

Gilberta, el Conde y el comandante parecían movidos por un mismo sentimiento y atormentadospor la misma idea.

¿Qué hacer para salvar á aquellos infelices? Furtivas lágrimas se desprendían de los ojos de ambos

jóvenes mientras que elevaban sus plegarias al cielo.

Después de luchar largo tiempo con las olas, los salvavidas consiguieron sacar á tierra á los náufragos de la barca pescadora, perdiéndose ésta por completo.

Los que presenciaban tan triste espectáculo pasaron del mayor terror á la alegría más extremada.

Gilberta y el joven Conde, que habían visto recíprocamente deslizarse sus lágrimas por un común sentimiento, comprendieron que una simpatía secreta les impulsaba, sin darse cuenta de ello, el uno hacia el otro.

Nunca se borró aquella fecha de la mente de ambos jóvenes. Apesar de esto, el Conde estaba cada vez más triste y pensativo, pareciendo que un secreto sufrimiento le atormentaba de continuo.

La barca perdida era propiedad de un pobre padre de familia que no contaba con otros recursos para hacer frente á las necesidades de ésta. El pobre hombre estaba muy enfermo, y esta desgracia agravó aún más sus dolencias, por los golpes recibidos al chocar con unos escollos, la mucha agua que había tragado durante el naufragio y el desconsuelo que le causaba la imposibilidad de recuperar su vieja barca.

Al día siguiente se abrió una suscrición en la fonda de Trouville, iniciada por el comandante y por

los dos jóvenes. El Conde obtuvo sumas de importancia en el casino, á las que agregó una, respetable, de su bolsillo, y Gilberta entregó todas sus economías monetarias.

Grande fué la alegría de aquella desolada familia cuando, reunidos los tres amigos, fueron á entregarles la suma que habían podido obtener de las almas caritativas.

Los pobres padres y sus tres hijos se deshacían en llanto de agradecimiento. ¡Cuántas bendiciones les echaba aquella desconsolada madre, que se creía momentos antes sumida en la mayor miseria, sin más amparo que el del cielo y rodeada de un esposo moribundo y tres hijos, que por su corta edad no podían ayudarla en nada! ¡Qué honra, añadida á las virtudes del comandante, haber y contribuído, haciendo sacrificios superiores á sus fuerzas, á llevar el consuelo á una desgraciada familia, sacándola de la indigencia!

Desde aquella época era tanta la dicha que experimentaba Gilberta al ver al Conde, que el joven lo comprendió, y ¡cosa extraña! pareció aumentar más con esto su tristeza y melancolía.

Permanecían juntos siempre que se les presentaba ocasión. Muchas veces se sentaba Gilberta al piano, y deslizando sus delicados dedos por el teclado, hacía vibrar las notas con tanta melodía que Roberto se creía trasportado á un mundo desconocido...

Gilberta compadecía al Conde sin saber por qué.

Su corazón no la engañaba, sin embargo. Un dolor, más bien moral que físico, se veía reflejado en aquel triste y melancólico semblante. La joven hubiera dado con gusto la mitad de su existencia por penetrar en el fondo de aquel lacerado corazón para calmar sus sufrimientos.

Una tarde que la joven paseaba con su tío por las orillas del Gracia, por la parte de Villerville, se encontró frente á frente con el Conde. Esta coincidencia la hizo sospechar en parte el secreto de su amigo.

Gilberta se había apeado del carruaje para correr por las verdes praderas, contemplar los numerosos rebaños que pacían en aquellos valles y escuchar el murmurio de los manantiales, uno de los cuales, naciendo en medio de un bosque de cedros, se perdía en lontananza, alimentando á su paso multitud de arroyuelos.

—¡Qué perfecta es la naturaleza! ¡Cómo se eleva el alma al contemplarla! ¿No es verdad que la vista retrocede asustada ante obra tan grandiosa?...

El tío estaba conmovido y atónito al escuchar frases tan filosóficas de labios de su sobrina, encontrando que ésta había cambiado mucho, pues estaba muy alegre, durante su estancia en Trouville.

—¡Sí, tenéis razón!—dijo Gilberta, comprendiendo el pensamiento de su tío.—Viviendo en una fonda situada en paraje tan ameno y respirando am-

biente tan puro y perfumado por mil nacientes florecillas...

No pudo acabar la frase: su rostro se cubrió de una palidez mortal, y hubiera caído al suelo á no haber hecho un supremo esfuerzo para evitarlo.

A cierta distancia había visto un hombre que, retrocediendo como para no encontrarse frente á frente con el comandante y su sobrina, marchaba con precipitado paso, llevando en brazos una niña, á la cual acariciaba. Una mujer de aspecto vulgar y traje de nodriza le seguía, desapareciendo con él casi momentáneamente por un desfiladero que terminaba á la orilla del mar.

Verdier miró á su sobrina.

—Es el Conde de Montbrun—la dijo.

Gilberta, que se había quedado inmóvil, no respondió. Parecía buscar por el camino á aquellos tres seres, que aparecían á su vista como una fantasmagoría.

—¿Le has reconocido?—dijo el comandante dirigiéndose de nuevo á su sobrina.

—Perfectamente—contestó ésta. Y suplicando á su tío que subiera al carruaje, se volvieron á la fonda.

Sentía un malestar y una angustia tan grandes que parecían ahogarla impidiéndole la respiración. Un abismo insondable se abría entre ella y el Conde de Montbrun.

Ni el tío ni la sobrina desplegaron los labios en todo el trayecto hasta la fonda.

El comandante no podía comprender lo que significaba aquella huída del Conde y aquel niño en sus brazos.

—¿Por qué ocultarse de nosotros con tanta precipitación?—se preguntaba.

Al llegar á la fonda, Gilberta rogó á su tío que olvidara lo que habían visto y no la hablara más de ello. Al día siguiente marcharon á París por indicación de Gilberta, alegando que el ruido del mar no la dejaba dormir.

—Tú, de temperamento tan apacible, ¿vas á volverte nerviosa ahora?

Después de este viaje no se notó un momento de alegría en la joven. Tenía el alma acibarada y multitud de confusas ideas se agitaban, atormentándola, en su mente.

El Conde visitó al comandante dos ó tres veces durante el invierno; pero estas visitas llevaban la inquietud más bien que la tranquilidad á Gilberta. ¡No se había equivocado!... ¡Una historia, ó más bien un drama sordo y cruel, de esos que pasan ignorados de todo el mundo, debía amargar la existencia del Conde, á juzgar por su tristeza y por alguna que otra frase escapada inconscientemente de sus labios!

Sin embargo, ni la menor alusión al encuentro en las costas del Gracia salió jamás de labios de ningu-

no de ellos, y eso que Gilberta hubiera deseado recordarle hasta el último detalle del encuentro en cuestión.

La conversación del Conde, durante sus visitas al señor Verdier, se concretaba á cosas de milicia y á alguna que otra palabra cambiada con Gilberta de cosas insignificantes. Esta, por su parte, aparentaba una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Aquellos dos seres, que sufrían por una misma causa, á quienes agitaba una misma inquietud, cuando se encontraban juntos demostraban hasta la evidencia que sus almas habían nacido para unirse algún día.

La señora Herblay no necesitó mucho para comprender que se amaban en silencio. Les creyó, desde luego, digno el uno del otro, y como era en ella una necesidad irresistible el mezclarse en todo y arreglar todos los asuntos, veía ya en su mente, y la daba por realizada, la unión de ambos jóvenes. Estando en estas agradables preocupaciones la asaltó una idea: era ésta que el Marqués de Montbrun había sido propuesto por la junta legitimista como candidato probable para suceder á Charvet, y que el hijo de un Marqués legitimista era imposible que se casara con la sobrina de un candidato republicano.

—¡Qué aturdida soy!... Me había olvidado... ¡Ah! ¡Qué lástima!... ¡Y ellos parecen amarse tanto!... Pero la disciplina, la división de partidos, el deber...

¡No se debe jugar con la política!... ¡Con el amor es otra cosa!...

No queriendo ignorar nada, preguntó al Conde si era verdad que el Marqués de Montbrun se presentaba candidato legitimista.

—Mi padre se encuentra perplejo entre las instigaciones de los amigos y la promesa hecha á mi madre antes de morir de no mezclarse para nada en política.

—Sí, es verdad. Vuestra madre no creía digno de un aristócrata el ocuparse para nada del desenvolvimiento actual.

Gilberta notó en el Conde un sacudimiento nervioso cuando la señora Herblay nombró á la difunta Marquesa.

Levantóse el Conde para saludar y retirarse, comprendiendo que su visita se hacía un poco larga; pero Enriqueta le retuvo preguntándole si el partido legitimista renunciaría á la lucha, en el caso de que el Marqués renunciase á presentarse candidato.

—No lo sé, porque el partido se reserva sus intenciones.

—En caso de luchar el Marqués de Montbrun, será un adversario terrible—afirmó.

—¿Lo creéis así, señora?

—Seguramente; y si vuestro padre no se presenta, sentiremos no haber tenido la gloria de combatir á un hombre que goza de tantas simpatías y á quien todo el país quiere y respeta.

—¡Ah! Sois muy galante, señora. Mi padre sabe muy bien las fuerzas con que cuenta y no se forja ilusiones. El día en que tenga que combatir por su bandera será otra cosa.

—¿De qué bandera habláis? Sólo conozco la tricolor.

—Esa es la que yo defendía cuando tuve el honor de servir á las órdenes del tío de esta señorita.

Pronunció estas últimas palabras volviéndose hacia Gilberta y saludando á la señora Herblay. Esta, dejando la política á un lado, le acompañó con Gilberta por el jardín hasta la verja de entrada. A tiempo que iba á salir sonó la campanilla. Traian un telegrama para la señora Herblay; ésta lo abrió, y so pretexto de contestar se fué, dejando solos á los dos jóvenes.

Gilberta hizo un movimiento para saludar y seguir á Enriqueta; pero se detuvo ante una mirada que la dirigió el Conde, y en la cual se traslucía una súplica.

—¿Es cierto que vuestro tío se lanza á la lucha electoral?

—Sí—dijo Gilberta.—Le han dicho que era un deber, y ha obedecido.

—¡El deber de los hombres honrados es dejar á los intrigantes bogar por los mares de la política! Eso es lo que digo á mi padre, quien desgraciadamente no piensa como yo, y quien es muy capaz de

lanzarse, como el comandante, á la lucha para reemplazar á Charvet.

—Después de todo—dijo Gilberta,—vuestro padre y mi tío tienen razón. Si todo el mundo declinase este deber, ¿á dónde iríamos á parar?

—No estaríamos peor de lo que estamos.

—¿Sois pesimista?

—Quisiera no serlo; pero también desearía que no siguiéseis el ejemplo de la encantadora señora Herblay. ¿Supongo que no aspiraréis á ser una mujer política?

—¡Yo!... No lo temáis; la política me causa miedo.

—¿Entonces no cambiaréis nunca de sentimientos?

—¿Qué queréis decir con eso?

Gilberta estaba apoyada en la cancela de hierro, que se hallaba entreabierta. El sol, penetrando por entre las ramas de los castaños plantados á la entrada del jardín, daba un tinte dorado á los cabellos de la joven y un resplandor tan angelical á su fisonomía que Roberto envidió la libertad de acción del astro...

Contemplándola la absorto, contestó á la última pregunta de Gilberta con una mirada tan sólo, mirada que delataba un mundo de amor y de sufrimiento.

La joven vió en ella una confesión de amor y algo del sentimiento secreto y profundo que agobiaba al Conde; pero no podía desechar el recuerdo

de aquella niñita, á quien el Conde llevaba en brazos y acariciaba, induciendo todo á creer que era su hija.

Roberto comprendió lo que preocupaba en aquel instante á la joven; la tendió la mano, y sin contestar aún á su pregunta, dijo:

—Aunque somos adversarios, según parece, decid á vuestro tío que mi amistad y respeto hacia él en nada disminuirán. ¿Se lo diréis así, señorita?

Trató de sonreir al pronunciar la palabra «adversarios,» sin encontrar después de esto más que palabras de efusión que decirla. Permanecieron largo rato cogidas las manos, confusos, sin saber qué decirse.

Gilberta, sintiendo que los dedos del Conde temblaban al estrechar los suyos, no se atrevía á retirar la mano, por temor de sacarle de su dulce abstracción.

Lentamente, sin embargo, muy lentamente, la desprendió de la del Conde, y toda confusa y con precipitación:

—Hasta la vista, adiós—le dijo, y huyó apresuradamente sin darse cuenta de lo que hacía.

Comprendía que aquel silencio era el preludio de una confesión, para oír la cual no estaba dispuesta.

El joven permaneció inmóvil, viéndola marchar, hasta que desapareció por completo. Entonces em-

pujó la reja, y subiendo al coche que le esperaba, dijo casi bruscamente al cochero:

—¡A Melun!

El carruaje desapareció y Gilberta se sentó al piano como para distraerse y ahogar los suspiros que exhalaba su alma, tocando algunas melodías de sus autores predilectos.

VI

Las fiestas del patrón de Chailly-en-Biére se celebraban el primer domingo de julio, ocho días antes de las de Dammarie-les Lys, y este era el día destinado para presentar la señora Herblay su candidato á los electores.

Antes de llegar á Chailly, el señor Verdier y los que le acompañaban cruzaron algunas palabras. El pobre comandante se sentía lleno de miedo... ¡Candidato! ¡Era candidato! Su nueva dignidad le parecía una carga tan pesada que no se creía con fuerzas para sobrellevarla.

El carruaje se detuvo en Dammarie, donde sufrió el candidato la primera prueba. Le obligaron á beber un aguardiente tan seco que se le llevó tras sí la epidermis de la garganta.

—¡Muy bien por el comandante!—dijeron todos al verle apurar el contenido del vaso, y un: ¡viva el candidato! resonó en aquel momento.—¡Que venga

Garousse! No le tememos.—¡Garousse!... ¡Sí! El *famoso* Garousse...

Verdier iba á encontrarse frente á frente con él, en Chailly, y tres días después en Dammarie, que era el lugar destinado para que el comandante pronunciara su discurso preliminar.

—Los aplastaréis—decía Charvet mientras que se aproximaban á Chailly.—No es precisamente la personalidad de Garousse lo que hay que combatir. Nuestro deber es derrotar al candidato de oposición, haciéndole perder la fuerza moral con que cuenta en el país. Creo que sería muy conveniente comenzaséis vuestra propaganda tan pronto como para ello se presente ocasión favorable, hoy mismo á ser posible.

—¿Se puede saber quién es ese famoso Garousse? —preguntó el comandante.

—¡Quién lo sabe!—contestó Charvet.—Un solapado; un propietario á quien han dado en llamar por aquí el *Tartufe del Danubio* (1), sobrenombre que le sienta á las mil maravillas.

Después, con misterioso tono, hizo una ligera reseña biográfica del candidato á quien tenían que combatir: un tendero retirado que se había hecho rico con la política, en la cual había pasado de partido en partido, explotando á cada uno en lo que le había sido posible.

(1) Prototipo de la hipocresía.—(N. del T.)

Verdier comprendió perfectamente con qué clase de persona tenía que habérselas y concluyó por convencerse de que no tenía mucho que temer de tal adversario, pues era ni más ni menos que lo que ellos llamaban en su regimiento al bombo, que, como es sabido, mete mucho ruido y no tiene nada dentro: *una calabaza de música.* Sólo que el símil no era exacto, porque esta calabaza encerraba algo: picardías y maldades.

Garousse, que, aunque muy rico, no era orgulloso, bebía y comía en cualquier taberna, acompañado no importa de quién, «despreciaba—decía—las murmuraciones de los que, dejando sus muchos defectos á un lado, se ocupan de corregir y censurar los de los demás.»

Le temían en Melun, aunque en realidad era poco temible.—¡Ah! Le temían porque con su voz de bronce, que ahuecaba como cómico de la legua representando un melodrama, decía las verdades á los burgueses y á los aristócratas este Bossuet de la canalla.

En el fondo, en este revolucionario, aficionado á las grandes frases de odio y de terror, había algo más que un burgués satisfecho: un dogo receloso, mostrando siempre sus dientes y jugando al lobo, á fin de que los perros vecinos, aun hambrientos, no le disputasen su puñado de oro. Burgués en su traje, en la corbata, en su aspecto de ventrudo notario de pueblo, lo era más aún en su adoración por el dine-

ro, por las tierras compradas por él, por las piedras de su castillo—tenía un castillo éste Garousse,—en su terror íntimo á aquella revolución que él hablaba de desencadenar y que en su pellejo de propietario temblaba ver aparecer un día. Era burgués hasta la médula de los huesos. En tiempo de la reacción le habían dicho que era preciso pertenecer al partido clerical para conservar ciertas acciones, y respondió sin vacilar: «Seamos clericales, y adelante con la cruz.»

No era socialista, no porque le importara progresar en sus opiniones, sino porque quería conservar su hacienda. Tenía mucho apego á su castillo y á sus masías. *Defendía los intereses de los pobres*, y con estas frases, que no eran más que de efecto para su negocio, ilusionaba á su auditorio de las tabernas de Dammarie y Chailly.

Las casas de Chailly-en-Biere empezaban á distinguirse á lo lejos en el camino y Verdier experimentó una sacudida nerviosa considerando que durante muchas horas iba á ser el blanco de todo el mundo, agitándose, hablando con unos, dando apretones de manos á otros, discutiendo con la mayor parte de ellos, bebiendo con casi todos y estudiando su carácter, para sacar el mejor partido posible en su empresa: «¡Puesto que es necesario—se decía,—no retrocederé en la empresa!... ¡La suerte está echada!»

Charvet dijo al comandante que era necesario tener en cuenta que Garousse, comprendiendo la fuerza moral que da la prensa, había publicado un pe-

riódico que titulaba *La Anguila de Melun*, redactado y dirigido por un periodista de París enviado expresamente á Melun.

—¡Eso importa poco!

—¡Ah! No me acordaba de que manejáis la pluma con facilidad y habéis escrito varias obras.

—Libros de ciencia; pero ningún artículo de polémica.

—No importa; sabiendo expresarse bien, lo mismo se escribe de una cosa que de otra, aunque lo mejor de todo es no ocuparse de lo que dicen los periódicos. Los periodistas, cuando atacan, ó están pagados para ello, ó desean algún puesto lucrativo.

Diciendo esto llegaron frente á las dos fondas de Chailly: la de *El caballo blanco* y la de *El león de oro,* en las cuales se disputaban los candidatos.

Garousse había almorzado en la de *El caballo blanco.*

Después debía verificarse la reunión, por no haber en el pueblo otro lugar más apropósito, en el taller de un pintor americano, especie de salón inmenso edificado recientemente cerca de la escuela municipal. Terreno neutral este taller, en donde hubiera podido coger á sus anchas todo Chailly.

Echaron pie á tierra, y Emilio Ducasse examinó con rápida ojeada la multitud allí reunida, como pudiera hacerlo un grande hombre de Estado, para darse cuenta de lo que podría esperar de aquella muchedumbre.

Los vecinos de Chailly, sabiendo que en el carrua-

je de Charvet venía un candidato, se agruparon á su alrededor para conocerle.

Ducasse siguió á Guenaut y á Cappois, quienes, saludando y dando apretones de manos acá y acullá, se fijaban en la impresión que producía el candidato á los electores. Estos no habían encontrado muy apropósito para el caso la figura del comandante, creyendo que pecho tan raquítico no podía encerrar un corazón grande. Afortunadamente, y como para producir buen efecto moral, un hombre alto y de fisonomía agradable, saliendo de entre aquella masa de gente, se presentó delante del comandante, y llevándose la mano al sombrero según el uso militar, le saludó con estas frases:

—Salud, mi comandante.

En el rostro de Verdier se pintó la alegría al reconocer á Fournerel, uno de sus antiguos subalternos de la séptima brigada de artillería y el primero que le siguió cuando bajaron al pozo de la mina de Meóns á socorrer á las víctimas de aquel siniestro.

—¡Ah! ¡Querido amigo, cuánto me alegro de veros! —y estrechándole la mano con efusión, añadió que era una dicha para él encontrar á un hombre que había sido su compañero en los trabajos y su camarada en los peligros.

Aquella multitud veía con gusto que Verdier no era orgulloso, cuando con tanta fraternidad hablaba á un subalterno suyo.

El comandante aceptó un vaso de aguardiente que le ofreció el antiguo soldado.

—¡Aún bebe más!—se dijo Ducasse al verle tomar el vaso.—¡Oh! ¡Se va á poner enfermo!...

Entraron en la fonda de *El caballo blanco*, y ya en ella, en un salón en donde hablaban y fumaban infinidad de personas allí congregadas para conocer al candidato. Sentóse éste, y dirigiéndose á su antiguo conocido y subalterno, le preguntó:

—¿Qué hay de bueno, amigo mío? ¿Cómo vamos?

—¿De salud ó de elecciones?... Si preguntáis por la salud, la mía es perfecta; la máquina está corriente y es sólida; os doy las gracias por vuestro interés; y si preguntáis por la elección, tampoco creo que va mal, apesar de ese farsante de Garousse y de su *bocina.*

—¿Qué *bocina*?—preguntó Charvet, que estaba sentado á su lado en la misma mesa que el comandante.

—*La Anguila de Melun.* ¿La habéis olvidado ya, Sr. Charvet? La introduce en la faltriquera de todo el mundo... Poniche es el repartidor de ese inmundo periódico, y más de una vez me han dado intenciones de hacérselo tragar á puñetazos.

—No hagáis eso—dijo el senador.—Dejad el arma de la violencía para nuestros adversarios. El desprecio es lo más digno cuando se trata de adversarios innobles.

—¿Dejarles propalar toda clase de absurdos, aun

los más descabellados?... ¡Como la estúpida historia referente al comandante!...

Verdier dió un brinco en su asiento al verse aludido, y preguntó:

—¿Qué decía ese periódico de mí?

—Nada. Contaba una historia estúpida. Preguntaba si el Sr. Verdier, candidato oportunista, no era el mismo que, siendo capitán, fué sentenciado en Consejo de guerra por abusos cometidos exigiendo fuertes sumas á los árabes en Guelmá.

—¡Por robo! ¡Qué indignidad!...

—Conozco la vida del comandante como la mía propia, y sé que no ha servido nunca en Argelia—añadió Fournerel dirigiéndose á los que le escuchaban.

Verdier, muy pálido, deseaba saber quién había sido capaz de semejante calumnia.

—Todo eso no vale la pena—decía el diminuto Cappois.—Las injurias de los adversarios son lodo que no mancha; se cepilla uno, y no queda nada. Y además, ¿quién lee ese periódico, *La Anguila?*

—¡Oh! en cuanto á eso, señor Cappois, todo el mundo. Yo no sé de dónde sacan el dinero; pero lo cierto es que Poniche ha distribuído ya montones de su *Anguila.*

—¿Dónde está Poniche?—preguntó el comandante.

—En la fiesta ó en *El león de oro*, no lo sé; quizás en algún bodegón, poniéndose como una cuba. Y el

caso es que, después de todo, no es malo Poniche. No es un canalla ni un granuja.

—Según eso—concluyó filosóficamente Duccase, —¿hay granujas en política?

Verdier no tenía ahora más que una idea fija: la de encontrar á Poniche.

No podía explicarse cómo un hombre que había compartido con él las fatigas y penalidades, y también la gloria de la guerra, podía amoldarse á estar al servicio de un cacique para ultrajar á su antiguo jefe.

—¡Diablo! Ahora no pertenece á la milicia, no es más que un elector—dijo Ducasse.

—¿Por ventura es elector siquiera?—objetó Fournerel concluyendo de beber el aguardiente que le habían servido.

Salieron con objeto de recorrer todos los grupos y animar á la gente.

Cappois mostró un celo que satisfizo á Charvet y al candidato.

—No es una notabilidad—decía á los electores;—pero reparad en la cruz que lleva en el ojal de la levita. Se dirigía al comandante, y le obligaba á presentarse á los grupos para arengarlos y animarlos con su presencia.

De cuando en cuando deslizaba al oído del candidato estas ó parecidas palabras: — «¡Desgraciadamente no tenemos todavía el escrutinio por lista!... ¡Ya lo tendremos; pero mientras esto llega es pre-

ciso sacar partido de vuestra presencia aquí! ¡Adelante, pues, adelante!»

Y le empujaba hacia los electores, como el cazador empuja al perro mal enseñado, sobre la caza.

El pobre comandante sentía en la garganta algo que le ahogaba cuando era preciso abordar á alguno de los electores influyentes que Cappois y Guenaut le señalaban. El veterinario le tocaba con el codo, y entonces Verdier se aproximaba, y, respirando con dificultad, como si tuviera anginas, le saludaba cordialmente.

Aquellos aldeanos endomingados, aquellos burgueses de la pequeña villa, juzgando la «capacidad» del candidato por la suya propia, aterraban al soldado y le volvían mudo. ¡Hubiera afrontado de mejor gana el fuego de una línea enemiga que aquellas miradas inquisitoriales y sonrisas maliciosas!

—Vamos, comandante, un esfuerzo más... un esfuerzo más—decía el notario:—aquel tratante en carneros que véis allá abajo dispone de doce votos lo menos en la parte de Barbizón... ¡Habladle del último concurso regional!... ¡Embaucadle!

¡Embaucar! La palabra producía calofríos al comandante. Ducasse notaba con qué oculta y ahogada emoción de dolor se medía el veterano soldado con sus jueces. Y por muy satisfecho que estuviese de este pequeño desquite, tomado de un candidato tan poco acostumbrado á las luchas oratorias, el

joven Pitt sentía una especie de compasión profunda y verdadera al ver la timidez de un hombre que, una vez al menos en su vida, había sido un héroe, supeditarse á la protección de un vendedor de carneros.

Y Emilio, al mismo tiempo que contemplaba el rostro casi convulso por el esfuerzo, del tío, trasportaba con el pensamiento, creyendo tenerla á su lado, la linda, dulce y reflexiva fisonomía de la sobrina. Evidentemente la señorita Gilberta pensaba en aquel momento en el pobre comandante, y sufría por todo lo que éste tenía que soportar. ¡Pero, qué diablo! ¿Por qué se meten á políticos los militares?... ¡Ah! ¡Si él hubiera sido candidato, él, Ducasse! ¡Cómo hubiera brillado en sus discursos, arrebatando, conquistando con ellos la Sucesión Charvet!

Entre tanto Verdier, empujado por Guenaut, se aproximaba á un hombre grueso, mofletudo y colorado, como un cuarto de buey sangrando, que se pavoneaba á la puerta de su casa—Era Lamoche el carnicero,—quien saludó á Charvet, á Guenaut, á Cappois, á Ducasse, al comandante y á todo el mundo; pero á la primera palabra de Guenaut respondió con viveza mostrando sus blancos dientes, que resaltaban notablemente por el color de su cara:

—Caballeros, tengo muchísimo gusto en veros... Mi satisfacción es grande, por la honra que me dispensáis... sois amables, muy amables... Pero debo deciros que, en mi posición, me veo obligado á per-

manecer neutral... Comprenderéis... Yo abastezco un poco á todos los partidos... ¡Legitimistas, bonapartistas, republicanos, al diablo y su equipaje! ¡Tengo mi opinión, pero me la callo! ¡Antes que todo es la venta de mis *bifteaks*, y si se sabe por quién voto habría siempre, por lo menos, un partido que no me compraría mis chuletas!... Así, pues...

Y el carnicero jugueteaba satisfecho con la gruesa cadena del reloj que ostentaba sobre enorme vientre.

—¡Quedo disgustado, muy disgustado, por tener que guardar mi voto en el bolsillo, comandante!—añadió Lamoche, á quien Verdier había sentido impulsos de responder con brusquedad.

—¿Vuestro voto? ¡Yo no os lo he pedido!

—¡Es muy nervioso este candidato!...—pensaba Ducasse al ver el gesto colérico de Verdier.—¡Siempre hará alguna barbaridad el comandante!

Y Charvet, dejando á Lamoche, que, saludándole en voz muy baja, le había llamado «señor senador:»

—Es un pícaro este carnicero—dijo.—¡Apostaría á que vota por vos!

—Sobre todo si tenéis la suerte de vencer—añadió Cappois en tono burlón.—Es de los que van siempre en auxilio de la victoria.

De pronto, en medio de aquella multitud curiosa que se paraba á la vista del candidato, examinándole, vió Charvet, perorando en medio de un gru-

po, un hombre alto y robusto, de subido color, que vociferaba á guisa de charlatán de plazuela.

—Esperad — dijo el senador al comandante.— ¿No queríais conocer á Garousse? ¡Allí está Garousse!...

—¡Ah! ¡Es ese Garousse!—dijo Emilio Ducasse, que había oído las palabras de Charvet, y examinó con curiosidad á aquel hombre de barba canosa, que iba acompañado de un joven como de unos treinta años, elegantemente vestido.—Sin duda—se dijo— ese que le acompaña es el director de *La Anguila de Melun*, contratado por Garousse en París.

Verdier, deseando ver á su adversario más de cerca, y pensando que aquel joven de quien iba acompañado podría saber quién era el autor de la peregrina noticia origen de tan infamante artículo como el publicado contra él, dijo á Charvet:

—Acerquémonos. Garousse nos ha visto áno dudarlo, y no conviene crea que huimos.

Se dirigieron hacia el grupo en que estaba Garousse, y Ducasse quedó sorprendido al ver la viveza con que lo hizo el comandante.

Garousse y los que le acompañaban, gentes de su comité, Voisvier, el maestro empedrador, Mouzín, el constructor de zuecos, y el tonelero Bouillard, se echaron á reir cuando le vieron algo más de cerca.

—¡Ah! ¿Es ese el comandante?—dijo Garousse. —Es un politécnico tímido y nada más. Caerá en el garlito como un ratón en la ratonera.

Todos los que le acompañaban celebraron la ocurrencia. Sin embargo, al aproximarse el senador y sus amigos, el grupo tomó aspecto de seriedad y de respeto, excepto Garousse, que sonrió burlonamente. Saboureau, el redactor de *La Anguila*, á quien todo aquello era indiferente, y el empedrador, Voisvier, que estaba un tanto confuso porque debía algún dinero á Charvet.

Los espectadores tenían la mirada fija en los dos adversarios, que se encontraban por primera vez.

El comandante andaba deprisa, pero algo pensativo, resultando, á medida que se acercaba más á Garousse, un contraste muy desfavorable, comparada su presencia con la de su contrario.

Garousse, aunque de vientre muy abultado y de no muy noble aspecto, era al menos alto y grueso, y estas cualidades físicas del adversario hacían aparecer más diminuto al comandante, quien, al ver de cerca á Garousse, pensó: «¿Y es un revolucionario estes eñor? De lo que tiene trazas es de un hombre muy astuto y desvergonzado.»

Este espectáculo divertía á Ducasse, á quien preocupaba una idea tan sola: la de cuál de aquellos dos hombres, el honrado soldado ó el heraldo de la revolución, tendría influencia decisiva sobre los electores, y este pequeño problema de la política corriente le interesaba en gran manera. Pitt, *the great Pitt*, debió hacer las mismas comparaciones allá en las aldeas de Inglaterra.

Nunca hubiera intentado Verdier dirigirse el primero á su adversario, á no tener vivos deseos de saber quién había inspirado aquel artículo de *La Anguila* de que le habían hablado y que aún no había leído; pero Charvet, que iba á su lado majestuoso y tranquilo, le rogó que se mostrase atento y cortés en apariencia; fué, pues, Garousse quien saludó primero con cierta solemnidad y ligero acento irónico.

—¿El comandante Verdier?—preguntó á su adversario, como si no supiera que era él.

Habiendo contestado Verdier con un ligero movimiento de cabeza tan sólo, el otro añadió, presentándose á sí mismo, como para fijar bruscamente la posición de cada uno con una sola frase:

—¡El ciudadano Garousse!

Ducasse notó que en los rostros de Mouzin y de Bouillard, del tonelero y del constructor de zuecos, se pintaba el orgullo. Veían, henchidos por él, el que su candidato abordase desde luego la cuestión. El maestro empedrador Voisvier hacía signos de aprobación, pero disimuladamente, para que no lo notara Charvet.

—Vamos, comandante—añadió Garousse;—no es una razón el que vos representéis todos los privilegios y yo todas las revindicaciones para que no nos demos un apretón de manos, vos burgués y yo obrero, antes de cruzar nuestros aceros.

El comandante se quedó estupefacto. Aquel hombre enarbolaba el nombre de obrero como si desple-

gase una bandera, mientras que él, el pobre diablo que había consagrado toda su vida al país, representaba *los privilegios*, como decía Garousse. Se quedó tan sorprendido ante aquella especie de cortesía, de brutal quijotismo, proclamado con estridente voz, que no pudo encontrar respuesta, contentándose con no estrechar la mano que Garousse le presentaba.

Después de todo, esto era una respuesta, la mejor que podía darle. La multitud, que iba engrosando alrededor de ellos, no lo comprendió, no viendo más que una cosa que la impresionaba: que el comandante se había callado.

—Decidle—apuntó rápidamente el senador á Verdier por lo bajo—que le pediréis cuenta de esas palabras, *reivindicaciones*, *privilegios*, en la reunión pública á que nos dirigimos ahora mismo.

Verdier comprendió que, en efecto, no podía dejar sin respuesta aquel saludo de Garousse, que no era otra cosa que la primera escaramuza, y le repitió poco más ó menos lo que el senador acababa de decirle. Pero estaba muy sofocado y pensando en otra cosa. Miraba á Saboureau, el redactor de *La Anguila de Melun*, quien sonreía burlonamente, retorciéndose el cosmetizado bigote.

Emilio Ducasse creyó conocer al periodista, y haciendo un esfuerzo de memoria, le recordó en efecto. Era Saboureau de Reville su antiguo camarada en el *Liceo* y compañero en las *Conferencias Mon-*

tesquieu. Legitimista en París, defendía ahora en provincias una candidatura casi socialista.

Saboureau, por su parte, vió á Ducasse sin aparentar conocerle.

En tanto que Charvet presentaba al comandante á sus amigos, el joven parlamentario saludó al redactor de *La Anguila*, diciéndole: «Buenas tardes, Reville.»

El periodista de aventura se estremeció ligeramente.

—¿Qué hacéis aquí, Reville? ¿Vivís ahora en este pueblo?

—¡Cómo! ¿Reville?—dijo Garousse.

—¡Sí, ciudadano Garousse, Saboureau de Reville! Un antiguo conocido.

Saboureau se había sobrecogido en un principio al ver al joven; pero hombre avezado á la intriga, se rehizo muy pronto y contestó:

—No, estoy aquí accidentalmente llevando á cabo una campaña periodística. He aquí mis armas—y le enseñó un número de *La Anguila*, que Ducasse supuso que más que anguila sería víbora.

—¡Guárdatelo!—dijo el joven Pitt siempre prudente.—¡Guárdátelo!... ¡El comandante se atufa fácilmente!...

—No importa, estamos decididos á todo. El que no quiera sentir los efectos que haga desaparecer las causas. ¡Es tan fácil dejar de ser candidato!...

—Muy fácil; pero cuando hay que abdicar de la

dignidad, para que desaparezcan *las causas* vale más combatir sus efectos ó despreciarlos.

El notario Cappois se había colocado entre tanto entre ambos interlocutores.

—¡Oh!—dijo friamente y con amable sonrisa—candidato á la diputación ó candidato al dinero, todo el mundo es más ó menos candidato hoy en día.

Saboureau tenía demasiado clara inteligencia para dejar de comprender... Saludó á Ducasse, que se alejó con Cappois, Charvet y el comandante, y se reunió á los suyos, en el momento que Garousse, dirigiéndose á ellos, les decía:

—¡Me parece que el peso del comandante no hará inclinar hacia él la balanza del sufragio universal!

Sin embargo de esto, muchas personas se agruparon en torno del senador para saludarle, así como al comandante, dejando buena impresión en muchos que habían sido militares la roseta que este último ostentaba.

Garousse, á quien daba celos ver los grupos que rodeaban al comandante, decía á Saboureau:

—¡Tengo deseos de presentarme ante los electores para aplastar á ese *artillero!*

Verdier, sin desistir de su propósito de averiguar quién había escrito el artículo que tanto le molestaba, aplazó la cuestión para más adelante, y, dejándose guiar por sus amigos, hizo lo que éstos le indicaron.

Muchos electores le habían ya formulado peticiones y hasta dado notas por escrito de los empleos á que aspiraban para después de la elección. Eran tantos los estancos solicitados que , aun cuando hubiera podido disponer de todos los que hay en París, no hubieran sido suficientes para complacer al número de solicitantes. La fisonomía del comandante se oscurecía, pintándose en ella un marcado disgusto.

Ducasse, viendo que éste, sin darse cuenta de ello, retorcía continuamente el encanecido bigote con nerviosa mano, comprendió los pensamientos que se agitaban en el cerebro del comandante. El bravo militar le hacía el efecto de un bulto de mercancías que trasportasén de un punto á otro para ser desembalado y, despojado del embalaje, ofrecido al comprador. ¡Dichoso oficio!

Un buen hombre que no pertenecía al distrito se acercó al comandante para decirle:

—Si queréis tener contentos á todos los electores, debéis seguir el ejemplo de *mi* diputado, el Sr. Falochau. Es el mejor diputado que se ha conocido; un modelo que deben imitar todos los diputados.

—¿Qué es lo que ha hecho ese Sr. Falochau?...—preguntó Veidier.

—¿Qué es lo que ha hecho? No ha hecho nada; pero ha conseguido multitud de empleos y de gracias, condecoraciones, títulos de todas clases y para todas las carreras y no ha dejado un solo instante de

presentarse en los Ministerios, pidiendo concesiones para sus electores. ¡Es asombroso, asombroso! ¡Es el mejor de los diputados!

Verdier se estremeció ante la idea de tener que imitar á tan famoso modelo.

—*¡Títulos de todas clases y para todas las carreras!* ¡Pasar todo el día en los Ministerios mendigando credenciales que tal vez se arrancarán de manos de personas aptas para entregarlas por el favoritismo á inutilidades! ¡No, no es para mí el ser diputado!—se decía.

Charvet, no queriendo aparecer como interesado *oficialmente* en la candidatura de Verdier, se retiró sin asistir á la reunión, abandonando á Verdier á su suerte y prometiéndole que le esperaría en el Ayuntamiento.

—Guenaud y Cappois os acompañarán para apoyaros, y el mismo Ducasse puede pasar entre la multitud sin que lo noten. De otro modo no podría hacerlo, porque no es elector.

Al subir el comandante á una especie de tribuna reservada á los candidatos, sintió que toda la sangre se le subía á la cabeza. Las 600 ó 700 personas allí reunidas tenían la vista fija en él. Estos, presentándose en la tribuna de los candidatos que daba frente á la de los espectadores, tomaron asiento. Garousse se cruzó de brazos y miró con descaro á la reunión. Aquella multitud, compuesta de aldeanos, comerciantes en pequeño, canteros y jor-

naleros parecía toda ella influída por el candidato del terror. Un joven alto, delgado, de cabellos rubios y pálido semblante, semejándose á un Cristo de pueblo, que había determinado una gran ovación á Garousse, cuando éste se presentó en la sala, apostaba ahora á que la victoria sería de él. Es verdad que Verdier no inspiraba otro sentimiento que el de la curiosidad en mayor ó menor grado.

El veterinario Guenaud, á quien, como sabemos, no había causado el comandante la mejor impresión desde el primer momento, decía por lo bajo á Cappois:—Ese perro no muerde... Es como la espada de Bernardo...

Verdier estaba sentado á la derecha de Garousse, pareciéndole un sueño todo lo que le rodeaba y preguntándose á sí mismo si, en efecto, era su personalidad la que estaba en juego en aquella especie de pantomima.

—Ciudadanos—dijo Bouillard:—tenéis en vuestra presencia á dos hombres que representan principios distintos; á vosotros toca elegir... El ciudadano Garousse os manifestará cuál es su programa y cuáles sus ideas políticas, y el ciudadano Verdier hará lo propio. Habrá probablemente un tercer candidato; pero ese no tiene importancia, es un Marqués. ¡Sí, un Marqués, ciudadanos! Un legitimista que persiste en entablar la lucha en defensa de sus ideas. Aunque, según se dice, duda en afrontar la lucha. ¡Eso prueba que conoce el terreno de la batalla *el señor Mar-*

qués! Este distrito... como todos los de Francia, abolió hace mucho tiempo un régimen que reposa sobre el impuesto y la gabela y el derecho señorial.

¿Un Marqués? Era la primera vez que Verdier oía hablar de un tercer candidato, y miraba instintivamente á su alrededor para ver si llegaba este tercero en discordia.

Bouillard, que hablaba en calidad de presidente de la reunión, añadió en medio del murmullo de los concurrentes:

—Tiene la palabra el ciudadano Garousse.

El antiguo agitador se levantó con mucha lentitud, y esperó, por su hábito de orador de club y en actitud de tenor de provincia, á que el silencio se restableciera, aparentando no oír los frenéticos aplausos que el joven escuálido y de pálida fisonomía le prodigaba con entusiasmo.

Habló, y desde las primeras palabras su batalladora y guerrera elocuencia, su palabra de violenta sátira hizo vibrar y agitarse en el alma, endurecida por el sufrimiento, de sus oyentes, el recuerdo de sus miserias.

Evocaba para aquellas pobres gentes el recuerdo de penosos días sin trabajo ó de trabajos sobrehumanos; el espectro de sus sufrimientos y enfermedades, y sobre todo el de los días de hambre.

Hablaba para el pueblo, que le escuchaba con candidez, y le mostraba al labrador cavando y trabajando la tierra afanoso, para que otro utilizara sus

productos; al albañil cayéndose del andamio é inutilizándose para toda su vida al construir el palacio del banquero; al cantero ciego por el polvillo de la piedra al trabajarla, ó muerto por la explosión de la mina... Todas las pobrezas, en fin, todas las privaciones, todos los males que afligen al pobre... (y mientras hablaba, sus pupilas parecían echar fuego.)

Aquellos obreros, resignados con su suerte hacía un momento, acaso sin pensar en ella, se sentían como arrancados á su estupor, despertados de su letargo, y decían en voz baja: «Es verdad, es verdad,» viendo sus heridas, ya cicatrizadas, abrirse y sangrar de nuevo.

Al oirle hablar así, el pueblo se animaba, dándole muchos vivas y hasta por unanimidad la razón.

Aseguró que si le elegían diputado desaparecería tanta miseria y se cortarían los abusos con medidas enérgicas que para el caso adoptaría. En una palabra, aseguró que llevaría el consuelo á todos y que todos vivirían felices y contentos.

Sus parciales aplaudían estrepitosamente; pero apesar de su elocuencia, entre aquellos aplausos se oyeron algunas protestas.

—Cuando se reflexiona—continuó inclinando su canosa cabeza—que en el camino de Chailly hay un palacio, un monumento, levantado por un señor Chateaudillac, que ha costado muchos millones y que este palacio no se erigió con otro objeto que el

de servir de morada á un hombre, una mujer y seis perros, ¡seis perros, ciudadanos, mientras que vosotros os encontráis muchas veces sin un pedazo de pan que dar á vuestros hijos!...

Una tempestad de aplausos siguió á estas últimas palabras, y Verdier se preguntaba cómo iba á poder hacerse escuchar, después de esto, de un auditorio influído de antemano por aquel hombre.

—¡Todos los ricos son unos canallas!—exclamó un aldeano, ya de edad, conocido por el apodo de *el tío Jovi*, hombre muy sagaz y muy querido en el pueblo y que hizo reir á todos con su interrupción.

Garousse se puso pálido, y aunque contrariado por la malicia con que aquel hombre, sentado frente á él, le miraba, trató de sonreir. El viejo *Jovi*, que tenía la barba apoyada en su cayado, miraba de un modo muy significativo al orador, como queriendo hacerle comprender que él también era uno de los aludidos. Pero éste, sin darse por entendido, le preguntó:

—¿Sois labrador, ciudadano?

—Labrador, sí, para serviros.

Garousse miró con lástima á aquel viejo, pequeño, encorvado y con la cara tostada por el sol, y como enterneciéndose, dijo dirigiéndose al auditorio y levantando la mano hacia el techo con ademán de cómico de la legua:

—¡Labrador! ¡Labrador!... ¡Ah! ¡Pobre hombre!...

El anciano sonreía mientras que algunos murmuraban:

—¡No está mal pobre *el tío Jovi!* ¡Tiene sus buenos reales ahorrados!

— Pues bien—añadió bruscamente Garousse;—puesto que sois labrador, ¿sabréis que tenéis vos, vos que habláis de riquezas, veintidós millones de pesetas de deudas hipotecarias?

—¿Yo?

—Sí, vos, los labradores. ¡Veintidós millones de deuda!... Francia está hipotecada en veintidós millones; y yo pregunto: ¿Cómo se ha de pagar esa deuda pública si se gasta el dinero del pueblo en lujos y bacanales? ¡Si no hay una mano de hierro que contenga este desbordamiento, iremos á parar á la más completa bancarrota!...

El aldeano se rascó la cabeza y quedó pensativo después de estas últimas palabras. La sola idea de una deuda de veintidós millones de pesetas, la brusca revelación de que debía él, el pobre viejo, veintidós millones, parecía embrutecerle y aterrarle. Veía ante sí muchos años, más de los que él viviría, de fatigas y de miserias antes de llegar á saldar esta deuda.

—Un medio hay de arreglarlo todo—añadió Garousse:—que el pueblo despierte de su letargo, empuñe las armas en su defensa y sacuda de sobre la patria á esos parásitos que la devoran.

El tonelero y el herrero, partidarios y amigos de

Garousse, se deshacían en aplausos, y el joven que poco antes había predicho la victoria de éste daba grandes voces, diciendo:

—¡Bravo, bravo!...

Pero el resto del público parecía hallarse poseído de un frío glacial, y Saboureau de Reville pensó que el *patrón* había ido más lejos de lo que debía.

—¡Oh! ¡oh!—murmuraba por lo bajo el viejo aldeano;—eres un farsante, y veo que todos te han conocido como yo. ¡No seré yo quien te vote!

El agitador de aquella muchedumbre creía estar perorando en alguna taberna de París; pero comprendió bien pronto que el público no estaba satisfecho, y mudando de tono, añadió:

—Lo que he dicho ha sido tan sólo para haceros comprender la situación porque atravesamos; pero la verdad es que la gente de las aldeas no debe dejar que chupen su sangre los vampiros de la política. ¡Yo no digo que os lancéis á una guerra civil; he hablado de defensa tan sólo para que no os dejéis pisotear por los caciques, civiles ó militares!... Hecho constar esto, continúo.

Esta vez algunos le vitorearon, y él cobró ánimos para desarrollar su nuevo plan.

Abandonando la idea de la revolución, que veía asustaba al pueblo, tomó otros rumbos. Atacó con astucia á todos los partidos contrarios, acusándoles de haber prometido al pueblo *más manteca que pan*, guardándose después para sí hasta el *mantequero*

(risa general...); dijo también que debían arrojar de su seno á los explotadores: «El pueblo—prosiguió—debe arreglar sus asuntos por sí mismo.»

El auditorio se rehizo de la mala impresión que le causaran las anteriores palabras de Garousse, y éste, advirtiéndolo y comprendiendo que no había tiempo que perder, hizo concebir lisonjeras esperanzas por su parte y atizó la tea de la discordia contra los demás partidos, tronando muy especialmente contra la clase media, sin duda porque pertenecía á ella Verdier, el adversario más temible que tenía por el momento.

—¡No más ídolos ni pantomimas, ciudadanos; son hombres como nosotros! ¡No más parlamentos ni monárquicos de conveniencia: despleguemos la bandera de las ideas populares y desechemos los llamamientos belicosos inútiles! ¡No más fronteras, no más guerras! La guerra, que se enciende siempre bajo el pretexto del patriotismo, es hoy un arma antigua; la civilización la rechaza. Lleguemos al día en que al preguntar á un hombre: «¿Sois francés?» conteste: «No, soy de la tierra.»

Esta vez Garousse había herido en lo vivo, y la reunión en masa le aplaudió.

El joven alto y delgado que estaba en un extremo de la sala saludó frenéticamente á su candidato.

Aquella evocación á la tierra ante los labradores, que la aman y la veneran como á un ídolo, les ha-

8

bía trasportado de entusiasmo, salvo á algunos maliciosos y desconfiados, como el viejo *Jovi*.

Rouillard, inclinándose ligeramente hacia Garousse, le dijo:

—Muy bien; habéis dado en el *quid* de la dificultad: proseguid por ese camino.

Escuchando á Garousse, comprendió el comandante que Charvet tenía razón al decirle que era un deber combatir la candidatura de su adversario. «Sí, es necesario—se decía—que las personas de corazón combatan esas ideas de odio social, que, ultrajando á la patria, ultrajan á la razón y al sentido común.»

Verdier se levantó indignado para combatir las ideas emitidas por su contrincante en su discurso, y lo hizo con tanta mesura y tal lógica que dejó admirado al auditorio. Muy pálido y muy tieso, sin otra acción que los movimientos de la mano derecha, atacó ardientemente la teoría de Garousse.

—Según la teoría del señor Garousse—dijo—el hombre debe renunciar á sus más caras afecciones... ¿La felicidad del hombre no estriba más que en ser hijo de la tierra? Pasando sin dignarse parar mientes ante el rincón de la tierra en que yacen sepultadas las cenizas de sus antepasados y donde él mismo recibiera el sér que le anima, ¿dónde está la grandeza del alma, lo que diferencia al hombre del irracional? Yo creo, señores, que sin una aberración del entendimiento no se puede olvi-

dar el suelo en que se han derramado las primeras lágrimas, concebido las primeras esperanzas y forjado nuestras primeras ilusiones. ¿Se forman acaso las naciones como los montones de arena en los desiertos del Sahara? ¿Es ese el progreso con que nos brinda el señor Garousse, después de haber visto aún no hace catorce años hollado el suelo de la patria por la planta del ejército alemán? ¡El presunto diputado no ha comprendido que, al hablar con tan poco patriotismo, lastimaba á los que han derramado su sangre con efusión en defensa de este pedazo de tierra que él tanto desprecia y que tan querido nos es á los que hemos nacido en él! El que ama á muchas personas á la vez no ama, en realidad, á ninguna... El que mucho abarca...

Hablaba con tanta animación y se expresaba con tanta claridad que los asistentes comprendieron bien la diferencia de ideas entre ambos candidatos, diferencia tan grande como la que separa lo fantástico de lo real, parecióles, sin embargo, que éste también tenía razón y un murmullo de simpatía acogió el discurso del militar.

Los que no hacía un momento habían aplaudido con tanto calor á Garousse comprendieron que habían sido engañados por un espejismo, y percibiendo ahora la verdad, clara como la luz del día, se adhirieron á las ideas del comandante, prodigándole á la vez calurosos aplausos por sus patrióticas ideas.

Cappois estaba admirado, y decía á su amigo Guenaut:

—El comandante no tiene una gran figura; pero tiene cualidades muy superiores, y son: el valor personal, la dignidad de conceptos y la energía de carácter.

—Sí, pero es algo fanático por las clases—respondió el descontentadizo veterinario.

Apenas hubo acabado Verdier su discurso, se presentó el joven alto y rubio que había apostado por la victoria de Garousse, pidiendo al presidente le concediera la palabra.

—¿Para qué queréis la palabra?

—Para hacer una pregunta al candidato.

—¿Vuestro nombre?—preguntó el presidente.

—Tivolier (León-Juan Bautista)—respondió el joven con arrogancia, como si aquel nombre, ya célebre en las reuniones populares de París, fuera conocido en Chailly-en-Bierre.

Rouillard le concedió la palabra, y el comandante se preguntaba qué podría alegar en pro ó en contra de su discurso aquel hombre á quien él no conocía ni había visto nunca, y estaba impaciente por saber la pregunta que iba á hacerle.

Garousse estaba en pie en la tribuna, desde donde se entendía con los suyos por medio de señas, y Saboureau de Reville, sentado frente á él, sonreía sardónicamente al ver á Tivolier agitar en la mano, á guisa de bandera, un periódico que Sabou-

reau sabía muy bien era *La Anguila de Melun.*

—Ciudadano—dijo el joven dirigiéndose á Verdier con ademanes de orador improvisado,—cuando se solicita el sufragio del pueblo se debe dar cuenta á éste de todos los actos de la vida. Yo no soy más que un operario que trabaja en la fábrica de almendras y dulces secos, domiciliada en Dammarie; pero se puede saber lo que hago y lo que he hecho toda mi vida minuto por minuto, y si queréis saberlo mejor os lo contaré yo mismo.

—Nadie os pregunta lo que hacéis ni lo que habéis hecho—dijo el presidente.—Habéis pedido la palabra para hacer una pregunta ó presentar una cuestión al candidato; pero no para hacer vuestra biografía; os ruego, pues, que concluyáis presto.

—Está bien—dijo Tivolier molestado por esta interrupción, que le privaba de hacer su biografía;—vamos al asunto.

—¿Qué es lo que hizo el comandante Verdier, que está aquí presente, cuando estuvo de guarnición en Argelia, para ser llevado ante un Consejo de guerra en... en...

Tivolier desplegó el periódico que tenía en la mano y leyó en él el nombre que no recordaba.

—¡En... Guelmá... eso es, en Guelmá!...

—¿Un Consejo de guerra?—preguntó el comandante, que continuaba aún en pie.

Aunque habían llegado hasta él algunos rumores de aquella calumnia, y estaba, por lo tanto, preve-

nido, no dejó de sorprenderle la pregunta de Tivolier, á quien miraba con extrañeza, pero sin cólera.

—¡Cómo! ¿Un Consejo de guerra?

—Sí, ¡en Guelmá! ¡en Guelmá!—respondió el joven, admirándose de haber podido encontrar tan pronto aquel nombre.

—Responded á ese cargo—gritó el auditorio en masa dirigiéndose al comandante.

—¡Explicaos, Sr. Verdier!—añadió el presidente.

—¡Despreciad esa calumnia!—dijo Cappois, que rugía de cólera.

—¡En Guelmá! ¡En Guelmá!—gritaba Tivolier con encarnizamiento.

—¡Silencio!—interrumpió el presidente Rouillard. —Tiene la palabra el ciudadano Verdier.

Garousse no cabía en sí de regocijo al ver el giro que tomaban las cosas.

El comandante quiso hablar; pero la sangre, agolpándosele á la garganta, ahogó su voz. En sus oídos resonaban, aturdiéndole, las frases: ¡Un Consejo de guerra en Guelmá!... ¿Con qué objeto habían inventado semejante calumnia?

—Está impreso—dijo el obrero,—y si queréis—extendió el número de *La Anguila de Melun*—leeré.

—Sí, leed—dijo el comandante;—quiero saber todo lo que han inventado sobre ese particular...

Un hombre alto, delgado, que tenía trazas de militar (Fournerel), se levantó como un relámpago, y, atravesando por en medio de la multitud, se preci-

pitó en la tribuna de los electores, pidió la palabra, concediéndosela á sí mismo, apoyó la mano sobre el comandante y, lleno de indescriptible cólera, dijo con energía:

—Es inútil. Ese inmundo papel no se leerá aquí. Yo lo prohibo. ¡Yo!... ¡Fournerel!... ¡No hay una palabra de verdad en todo ese asqueroso y repugnante papelucho, ni una sola palabra! El comandante Verdier, del 5.º de artillería, no ha sido nunca acusado de nada, jamás ha habido quien dude ni por un segundo de su honradez. Os lo juro. ¡Y si esos que le acusan tienen tanto valor personal como indignos son al herir por la espalda... este veterano, que se haría matar mil veces por defender la honra sin tacha de su comandante, les espera para hacerles comprender lo que vale la honradez y demostrarles el crédito que merecen gentes tan sin conciencia ni temor de Dios!

Fournerel había permanecido, durante el curso de su peroración, delante de Verdier, como si se tratara de recibir por él una lluvia de proyectiles del enemigo.

Miraba al redactor de *La Anguila* con tal coraje y de manera tan insultante que no había provocación que aventajase á aquella mirada.

Saboureau se había levantado en ademán de contestar á Fournerel; pero se contentó con retorcerse el bigote y sonreir. La intervención del veterano causó gran impresión en los ánimos.

Verdier, aunque agradeció mucho las muestras de cariño y el entusiasmo de su subalterno, se conceptuó un tanto humillado por haber tenido necesidad de su defensa.

Tivolier, volviendo de la impresión que le causaran las palabras del veterano, dijo:

—¡Eso no nos explica lo que pasó en Guelmá, que es lo que queremos saber!

—Es verdad, ciudadano comandante—dijo el ciudadano Rouillard;—poco os costaría dar una explicación acerca de ese malhadado asunto.

La multitud estaba convencida de que todo aquello no era más que una trama urdida contra el candidato. La cuestión de Guelmá «ese mal, hadado *asunto,*» como decía el presidente, no existía.

El veterinario Guenaut, que no dudaba del comandante, encontró mal que éste se obstinara en guardar silencio en asunto que tanto podía perjudicarle. Viendo la reunión que no había medio de saber lo ocurrido en Guelmá, y dejándose llevar de esa volubilidad que es tan frecuente en las masas, levantó á una la voz entonando una canción, cuyo estribillo era: ¿Y Guelmá?... ¿Y Guelmá?

—¡Guelmá!—dijo Verdier recobrando su sangre fría.—El redactor de la hoja que el señor lee—y señaló á Tivolier—debe informaros é informarme á mí mismo acerca de ese asunto; yo no puedo saber de lo que se trata, toda vez que nunca he estado en Argelia.

—¿Nunca?—exclamó Tivolier algo sorprendido.

—¡Jamás!... Por eso digo que *La Anguila de Melun*... el periódico de Garousse...

—El redactor está presente—dijo Fournerel señalando á Saboureau de Reville.—¡Que se explique! El es quien debe dar explicaciones.

Garousse, algo confuso, hizo señas á Saboureau para que se explicase y lo hiciese pronto, porque la cuestión iba tomando muy mal cariz.

Saboureau pidió la palabra á Rouillard:

—Es verdad que se ha publicado en *La Anguila* una historia á la cual no es ajeno el comandante, cosa que deploro con toda mi alma. Ha sido una mala inteligencia, y soy el primero en declarar que el hecho en cuestión no atañe en nada al comandante y mucho menos al candidato.

—¡Bravo!—exclamó Garousse, que no creía salir tan bien parado de aquel mal paso.

Muchos de los circunstantes repitieron la frase de Garousse; tan sólo Tivolier parecía desconcertado.

—¿La cuestión de Guelmá?...—repitió.

Saboureau refirió lo que había ocurrido:—El oficial sometido al Consejo de guerra en Guelmá—dijo —no era comandante de artillería, sino teniente de cazadores; no se llamaba Verdier, sino Richommer, y no fué acusado de exacciones ilegales, sino de heridas causadas en duelo. Todos estamos sujetos á errores—añadió—y el periodista más que nadie por el poco tiempo de que dispone para comprobar la

verdad de los hechos antes de publicarlos. Tengo, pues, una gran satisfacción en restablecer la verdad de éstos en este caso concreto, y deploro con toda mi alma el error de que ha sido víctima, afortunadamente por poco tiempo, el señor Verdier.

Garousse se felicitaba del giro que había tomado la cuestión, esperando que no dejaría de perjudicar al comandante á pesar de las explicaciones de Saboureau, conociendo, como conocía, la tendencia de la humanidad á creer más fácilmente en lo malo que en lo bueno, aunque para esto último haya pruebas más concluyentes.

Los electores parecieron desde aquel momento neutrales en la lucha entre ambos candidatos; pero el señor Rouillard, queriendo deslindar los campos y conocer el número de partidarios del uno y del otro, pidió á la asamblea su opinión, siendo contestado con una salva de aplausos á ambos candidatos, quedándose, por consiguiente, sin saber á cuál de los dos se daba la preferencia.

El comandante, deseando respirar el aire libre, salió á la calle acompañado de Ducasse y demás amigos, encaminándose hacia el Ayuntamiento, en donde les esperaba Charvet.

—Ha sido una gran lástima—decía Ducasse al comandante—que no hayáis tratado la cuestión del periódico desde el punto de vista que debíais hacerlo. *La Anguila de Melun* representa á Garousse, y debíais haber indicado á éste como inventor y propa-

gador de esa infame calumnia con el propósito de obtener, por tan degradante medio, el triunfo de su candidatura. Triunfo que le será muy difícil obtener por medios lícitos.

—¡Qué buen golpe si hubiérais dicho: *La Anguila de Melun*, ciudadanos, no lleva su verdadero título. Su verdadero título es: *El Aspid de Melun!*

Guenaut y Cappois, que escuchaban la conversación, pensaron que era hombre muy oportuno aquel Ducasse.

—Oportuno y de sangre fría, que son las dos virtudes que necesita un hombre político—dijo Cappois.

—¿Quién no necesita virtudes?—preguntó sonriendo Ducasse, que había recibido á quemarropa las lisonjas de los dos miembros del comité Verdier.

Llegados que fueron al Ayuntamiento, Charvet preguntó algo inquieto:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Os habéis defendido bien?

—No lo sé; lo que sí puedo aseguraros es que he sentido deseos de estrangular á un imbécil...

—¡Oh!—dijo el senador.—¡Estrangular!... Un candidato debe sufrir los ataques con mucha sangre fría, pues es la única manera de poderse defender bien de ellos.

—Pero ¿puede conservarse la sangre fría ante una absurda é infame calumnia?...

—¡Bah!... ¿qué importa eso? ¿Sabéis lo que contes-

to yo cuando por cuestiones políticas me recriminan mis adversarios?

—No—dijo Verdier.

—Fijaos bien en las frases, pues siempre han surtido el efecto que yo me proponía.

Y aquí el senador, como si estuviera ante un numeroso auditorio, pronunció con voz gruesa, pero con ademán digno y levantado, estas palabras:

«Si se pudiera abrir mi corazón, señores, no hallaríais en él más que estas dos palabras profundamente grabadas, que son mi divisa: «Honor y Patria.» Esta es mi respuesta.»

—¡Bravo!—exclamó Cappois.—El señor senador tiene razón, esas palabras responden á todo.

Verdier se estremeció, levantándose vivamente de su asiento. Por las ventanas de la Casa Consistorial, que estaban abiertas, llegaba hasta ellos el griterío de ruidosas aclamaciones, sintiéndose el rodar de un coche:

—Es Garousse que se retira en su coche—dijo Guenaut.

—¡Su coche!—exclamó Ducasse.—¡Un socialista en coche!

—¡El socialismo no está reñido con la riqueza y las comodidades!

Verdier y sus amigos salieron juntos, y una inmensa multitud les siguió vitoreándoles: la voz de Fournerel sobresalía entre todas gritando:

—¡Viva el comandante Verdier!...

El candidato estaba muy triste. Tenía deseos de dejar á Chailly y de hallarse á solas con su sobrina. Su primera prueba ante el sufragio universal había sido muy dura. Acusado de una infamia en la cual ni remotamente había tenido parte, su elección le causaba el efecto de un calvario en que las estaciones no estaban exentas ni de improperios ni de heridas.

—¡Qué tranquilo me encontraba yo en París! ¡Hoy domingo estaría paseando con Gilberta por Versalles... y...!

—Comandante—dijo Charvet tocándole en el hombro,—es preciso que penséis en vuestra proclama y que la redactéis sin pérdida de tiempo.

—En efecto—dijo Verdier pasando de repente de la fantasía á la realidad.—No me acordaba de tal cosa.

—Antes de imprimirla es necesario leerla y corregirla bien. ¡No hay tiempo que perder! Sed claro y conciso, hablad de todo en pocas palabras. Guenaut y Cappois os harán las indicaciones que necesitéis; yo mismo os puedo suministrar algunos datos.

—¡Os doy las gracias, señor Charvet! ¡La arreglaremos lo mejor posible!

El pobre comandante no tuvo desde aquel momento más que una idea fija; pero cruel como una agonía lenta. ¡Aquella profesión de fe obligatoria en donde era preciso hablar poco y decir mucho!...

—Yo creo—añadió el senador—que lo mejor de todo, el supremo arte en estos casos, es no decir absolutamente nada y que parezca que se dice mucho.

Gilberta esperaba la vuelta de su tío con ansiedad; así es que cuando la señora Herblay entró en el salón anunciándola su llegada, experimentó verdadera alegría, si bien embargaba su alma un vago temor de que su tío no volviera satisfecho.

En efecto, el comandante, acompañado de las mismas personas que á la ida habían salido en carruaje con él, volvía al lado de su sobrina más triste y más pensativo que cuando salió. Gilberta, yendo á su encuentro, le preguntó por lo bajo:

—¿Estáis contento de vuestra excursión?

—¡No estoy disgustado!... ¡Es una cosa que fatiga algo... pero se hace uno superior á la fatiga!

Y al pronunciar estas palabras trataba de sonreir para tranquilizar á su sobrina.

—¿Ha aniquilado el comandante á su enemigo Garousse?—preguntó la señora Herblay.

Verdier, inclinándose, contestó:

—¡Aún no!... ¡Se necesita más tiempo para eso!

—¡Ah! comandante — dijo graciosamente Enriqueta,—¡pensad en que el partido republicano camina al abrigo de nuestra égida!

Cappois y Guenaut se miraron. Ambos conocían esta palabra, que había servido ya para Charvet y para Zavouillet...

Ducasse buscó, sin encontrarla, una frase ingenio-

sa en que la palabra *espada*—la espada del comandante—fuera la antítesis de la famosa égida.

La señora Herblay quiso detener á Cappois y Guenaut algún tiempo más; pero les fué imposible complacerla; tenían que ir á casa del Gobernador, á cuya mesa estaban invitados.

—¡Cómo! ¿Está el Gobernador en Melun?—preguntó Enriqueta.—Apostaría á que está en París.

—No hay opereta esta noche—murmuró Cappois—y...

—El círculo de los entusiastas del *can-cán* libre está cerrado—añadió Guenaut.

La señora Herblay le señaló á Gilberta con una mirada y el veterinario enmudeció. Después, despidiéndose de Enriqueta, dijo á Verdier tendiéndole la mano:

—Si queréis tomar mi consejo, comandante, es necesario que os mostréis muy enérgico, que os *acentuéis*. El país está muy adelantado en ideas... y Garousse es capaz de llevarse los votos con sus patrañas... Muchas gentes os aconsejarán que echéis *agua en el vino:* yo en vuestro lugar le echaría un poco de alcohol.

El comandante no respondió; pero se convenció aún más de que era de su deber combatir para hacer respetar la ley de la libertad, que creía ver en peligro. *¡Acentuarse!* El no podía ser más que lo que era: un hombre honrado que creía en el deber y en el respeto á las leyes.

—Guenaut tiene razón—añadió Cappois con majestuoso tono.—Vuestra profesión de fe debe ser muy enérgica en sentido liberal... ¡con ciertas restricciones!...

Dejaron al comandante bajo esta impresión y tomaron el coche de Guenaut, que había de conducirles á Melun, y, ya en él, recapitularon los pequeños incidentes del día.

—¿Qué os parece el candidato?—preguntó Guenaut á su compañero.

—Es un hombre honrado y bueno—dijo Cappois; —pero me parece que no es muy apropósito para las intrigas de la política.

—Lo mismo creo.

—En cambio Garousse...

—¡Ah! ¡Garousse es precisamente lo contrario!... ¡Mal adversario tenemos! Los que hayan leído en *La Anguila* la cuestión de Guelmá creerán siempre culpable al comandante. ¡La lava hace sus estragos por do quiera que pasa!... ¡Mucho me temo que el comandante escape muy mal en esto!

—Y nosotros con él—añadió el notario algo inquieto, y mirando el reloj.

Tenían el tiempo preciso para llegar al Gobierno. Se trataba de una comida íntima para de sobremesa tratar los asuntos del día, pudiendo hacerlo con entera libertad, pues el Gobernador era soltero, y no tenían, por consiguiente, atenciones que guardar al bello sexo.

Al llegar al Gobierno les dijeron que el Gobernador estaba ausente, de lo cual quedaron ambos muy sorprendidos, porque no habían recibido aviso alguno comunicándoselo. El Sr. Gobernador, sin embargo, lo había expedido por correo, según aseguró el conserje...

—¡Yo no he recibido nada! ¡Ni yo tampoco!—dijeron Guenaut y Cappois.—¡Venimos de Chailly!...

—El señor secretario—dijo el conserje—aclarará este enigma.

—¡Ah! ¡El señor de Berlemont! ¡Está el señor de Berlemont!... Pasadle nuestras tarjetas.

Boulier de Berlemont recibió á Cappois y Guenaut con amabilidad suma.

—El señor Gobernador—les dijo—se ha ido disgustadísimo á París, adonde le ha llamado por telégrafo el señor Ministro.

Decía esto con tanta seriedad que hizo sonreir á los dos amigos, quienes sabían muy bien que lo que le habría hecho ir á París sería alguna intriga amorosa, sospechando que lo del Ministro era tan sólo un pretexto.

El secretario dijo que tendría mucho gusto en dispensar los honores de la casa á los huéspedes de su jefe.

Guenaut y Cappois cambiaron una mirada de inteligencia, como preguntándose si debían aceptar el convite no estando allí el Gobernador.

—¿Por qué no?...—se dijeron con la vista.

La comida estuvo muy animada. El señor de Berlemont habló con mucha imparcialidad de los diferentes Gobiernos. Dijo, entre otras cosas, que, á pesar de los pesimistas, el progreso seguía matemáticamente una marcha ascendente con todos los Gobiernos.

—Lo cual quiere decir que si un Gobierno nuevo subiese al poder... el señor de Berlemont...—dijo Guenaut con la franqueza que da el *Kummel*, parándose sin terminar la frase al ver la actitud fría y severa en que se colocaba el secretario.

A las nueve se separaron, quedando los huéspedes sumamente satisfechos de la amabilidad del señor secretario, aunque sin dejar de notar que lo que con ellos había cometido el Gobernador era una falta de cortesía que no hablaba muy alto en favor de la educación de aquel elevado funcionario.

—¡A menos que los negocios de Estado!...

—¡Oh!—murmuró Guenaut.—¡Los negocios de Estado!... ¡Tienen buenas espaldas los negocios de Estado!...

Al pasar por la Alcaldía se pararon delante del antiguo edificio para contemplar la estatua de Jacques Amyot, que daba la espalda á la fachada del edificio en que se proclama en los días de elecciones el resultado del escrutinio.

—Aquí es donde sabremos quién va á suceder á Charvet—dijo Guenaut.—¿Por quién apostáis vos, Cappois? ¿A quién le adjudicáis la sucesión de Charvet?

—Apostaría por nuestro candidato.

—¡Nuestro candidato!... Si no ha de cumplir bien con su misión, valiera más elegir otro. ¡Yo elegiría otro!

—No tenemos á nadie que...

—Ya encontraríamos—dijo Guenaut.—Cualquier cosa es mejor que un mal candidato.

Siguieron á lo largo de la calle, y al revolver de una de sus esquinas, el veterinario se detuvo ante la fonda, en cuyas cuadras, como de costumbre, había metido el coche y el caballo.

—Hasta la vista—dijo á Cappois.—¿Váis esta noche á Chailly?

—Me parece que no, porque es ya muy tarde y tengo gana de descansar—dijo el notario tendiendo la mano á Guenaut, que se disponía á empujar la puerta.

En aquel momento se abrió ésta, dejando paso á una dama envuelta en una especie de mantilla de encaje, y á quien acompañaba un joven elegante y vivo en sus movimientos.

Guenaut se desvió un poco para abrirles paso, y Cappois se arrimó á la pared, dejando toda la acera á los dos jóvenes, que apresuraron el paso.

Al ver á los dos amigos la joven se echó el manto á la cara con la prontitud del rayo; pero la luz de un mechero de gas que daba de lleno sobre ella hizo dar un grito de sorpresa al veterinario.

—¡Esto es chocante! ¿Les habéis conocido?—dijo vivamente.

—¡Pardiez! Ya lo creo. ¡El joven Montbrun!

—¡En el *Gran Monarca* á estas horas, estando tan cerca su casa!... ¿Y quién es la mujer?

—Eso es lo más asombroso—dijo el notario, que, en efecto, parecía, no sólo asombrado, sino también aturdido.—Si os dijera que he creído reconocer...

—¿A quién?

—¿A quién? A la sobrina del comandante Verdier.

—¿La jovencita? ¿La que le soplaba en el ojo?

—¡Sí!

—¡Qué idea!

—¡Sí... sí... delgada... pálida... con traje negro¡ ¡Ella es, no hay duda!

Y el notario mostraba á la joven, que, en efecto, al contemplarla á lo lejos hacía pensar en la sobrina del comandante.

—¿Pero cómo queréis, Cappois?... ¡Vamos!...

Y bruscamente bulleron en la imaginación del veterinario una porción de complicaciones, que crecían y crecían con la rapidez de visión que hace de la vida de provincia una vida al microscopio, en la que los más pequeños acontecimientos toman gigantescas formas, microbios convertidos súbitamente en monstruos.

Sin embargo, Guenaut (porque Cappois creía en él) no quería creer en este microbio.

—¡Es imposible, Cappois, es imposible!

—¿Imposible? No, no es imposible. ¡Lo he vis-

to yo, lo he visto!—repitió el notario con firmeza.

—Vamos, el *Kummel* que hemos bebido nos ha rastornado el cerebro.

—No, no; yo os afirmo que la he conocido perfectamente.

—¿Y cómo vamos á votar á un candidato cuya sobrina tiene amores con un Conde? ¡Con el hijo del candidato legitimista! ¡El Conde de Montbrun! ¡El hijo del Marqués, del candidato legitimista, con la sobrina del comandante! ¡Oh! ¡Las mujeres, las mujeres!...

VII

Verdier, que había pasado muy mala noche soñando con todo lo que le había ocurrido en su primer ensayo de candidato á la diputación á Cortes, comenzaba á pensar seriamente en su nueva empresa, disgustadísimo de haberla emprendido.

—¡Qué majadero he sido! ¡Yo que estaba tan tranquilo en mi casa, sin que nadie me molestase, tener ahora que sufrir tantas inconveniencias de todo el mundo! ¡El día de ayer no pudo ser más agitado, y otro tanto se presenta el de mañana!... ¡Dar un manifiesto en el que uno tiene que estampar sus futuros pensamientos, como si al hombre le fuera dado el don de presciencia!... ¡En fin, en la guerra como en la guerra!...

Y daba vueltas y más vueltas nerviosamente en el lecho.

Al amanecer ya estaba en pie. La frescura de la mañana le sentó bien. Paseó un momento en el jar-

dín y después salió al campo, volviendo con la cabeza despejada y los nervios más calmados. En la casa no se notaba aún movimiento alguno. Los blancos muros en que el sol reflejaba conservaban entrecerrados, como grandes párpados soñolientos, los verdes maderos de las ventanas.

Se sentó en un banco en el fondo del jardín y contempló la fachada, por la que trepaban verdes enredaderas frondosas, parras y hermosos rosales, sintiéndose allí muy á gusto y respirando con placer el aire de la mañana, que decididamente acababa de calmar su fiebre.

—Hoy habrá de seguro otra reunión pública—pensaba deshaciendo un cigarrillo entre los dedos.

De pronto se volvió bruscamente, al sentir crujir la arena á sus espaldas, encontrándose con Gilberta, que, fresca y hermosa como aquella mañana, le presentaba sonriente un montón de papeles.

El beso que la joven estampó en su frente acabó de calmarle.

—Buenos días, hijita. ¿Has dormido bien?

—Como un lirón.

—¿Y qué es lo que me tıaes aquí?

—Periódicos... cartas... El señor Charvet ha dicho que se os entreguen todas las cartas y periódicos que traigan para vos, aquí, en su casa ó en donde quiera que os halléis.

—¡El señor Charvet es muy amable! ¡Ah! ¡Cuántos papelotes, Dios mío!

Puso á un lado los periódicos, entre su sobrina y él, y mientras su tío leía las cartas, Gilberta se entretenía en quitar las fajas á los periódicos.

En el fondo todas las cartas decían lo mismo, con corta diferencia. Le hacían ofrecimientos para facilitarle la elección, pidiéndole por adelantado el importe de los gastos: cinco francos por día, incluyendo en ellos la manutención. Un impresor solicitaba para sí los trabajos tipográficos de todo lo concerniente á la elección, alegando que su colega Tourteran, que evidentemente le sería recomendado al comandante, no era tan liberal como él. Otro decía que pagaba «tanta contribución como el mismo Marqués de Montbrun, y eso que hacía un bien al país, pues era expendedor de vinos.» Este contaba con que no pagaría un cuarto tan luego como Verdier fuera diputado. Los electores le pedían ya recomendaciones para las oficinas del Estado. Uno de ellos, á quien perseguían por no pagar la contribución, le ofrecía reunir *cien votos* á condición de que después se *arreglara* de modo que se le condonara la deuda.

El candidato sonrió sin ganas al ver tanta sandez, y comprendió que era preciso revestirse de una paciencia á prueba de bomba para poder aguantar tanta majadería.

Concluídas las cartas, leyó los periódicos. *El Nouvelliste de Seine-et-Marne* anunciaba simplemente su candidatura. *El Indicador Republicano* le era favorable. Hacía un grande elogio de la honradez y

del valor personal del comandante. Un periodiquillo que llevaba por título *La Anguila de Melun*, contenía un aviso á los electores y un retrato por bajo del cual se leía: *El candidato Verdier*.

—¡*La Anguila de Melun*! ¡Ah! sí, el periódico de Garousse, el mismo que agitaba ayer en sus manos Tivolier.

El antiguo soldado había visto muchas veces su nombre en letras de molde precedido de este honroso título que tantas fatigas le había costado ganar y que tanto le honraba: *El comandante Verdier*; pero este otro, el de *candidato*, le hizo el mismo efecto que cuando Bouillard, dándole este mismo título, le pidió en la asamblea de Chailly que manifestara á los numerosos electores allí congregados sus ideas en materia de política. Hasta entonces nunca había solicitado otro derecho que el de ceñir la espada.

—¡El candidato Verdier! No hay remedio—pensaba,—estoy comprometido y no puedo retroceder. Es preciso seguir adelante, apesar de *La Anguila*, de las canalladas de Saboureau y de las estratagemas de Garousse.

Aunque pensaba de esta suerte, el comandante, no podía olvidar el incidente del día anterior. Había quedado grabada en su mente la mala fe de Saboureau y de Garousse y el solo recuerdo de éstos le ponía fuera de sí. Un candidato sin pudor y un periodista sin escrúpulos habían echado por tierra el edificio

de su honradez, á tanta costa levantado y sostenido.

—Siento deseos—dijo á su sobrina—de ir á buscar al inspirador de esa *Anguila* y aplastarle la cabeza con el puño del bastón.

—¿Por qué?—preguntó Gilberta levantándose y tomando á su tío del brazo con mucha dulzura.

—¡Oh! Porque ese imbécil... pretende...

—¿Qué es lo que pretende, mi querido tío?

—Nada... ¡Tonterías!... Se mofa de mí por lo que conté ayer en la mesa... Según parece, cometí una tontería con salvar á los mineros de Meóns. La *Anguila* opina que hice bien en separarme del ejército, porque pagándome para matar á los enemigos de Francia, robaba mi sueldo al país entreteniéndome en otra cosa: «En cargar el cañón con obras de caridad.» ¡Cuánta depravación!

—¡Y eso os choca!—dijo Gilberta.—Se habla muy amenudo de la cobardía de algunos: razón es que alguna vez se hable, aunque sea con el caritativo objeto de burlarse, del valor y de la honradez de otros: ¿os disgusta que se burlen de que habéis hecho un bien á vuestros conciudadanos?...

—No puedo menos de indignarme siempre que veo mala fe en las personas para lograr un fin cualquiera.

—¡Ah! Comprendo... ¡Por eso dejásteis el ejército!... No conozco la política; pero creo que en ella, más que en ninguna otra parte, hallaréis constantemente ocasión de indignaros.

Verdier no tenía, á la verdad, ganas de reir; pero lo hizo, á pesar suyo, al contemplar la seriedad con que su sobrina exponía sus filosóficas máximas.

—Veo que quieres, sin conocerla tú misma, enseñarme lo que es la vida...

—¡Ay, querido tío! Cuando se ha estado mucho tiempo sola y estudiado los acontecimientos, se adivinan muchas cosas, aunque no haya uno pasado por ellas. Y luego, que yo me podré equivocar al juzgarme; pero no al juzgaros. ¡Sois el hombre mejor del mundo!

—No he hecho mal á nadie, y por eso me irritan semejantes adversarios.

Comprendiendo Gilberta que pensaba aún en el periódico, le interrumpió con viveza:

—Sabéis muy bien que esas gentes no tienen criterio propio. La mayor parte son personas asalariadas, y, por consiguiente, sus estómagos ó sus ambiciones son los que les hacen escribir ó hablar. ¿Por qué, pues, os habéis de preocupar?

—La verdad es que yo no debí nunca mezclarme en nada.

No teniendo nada que hacer hasta la hora del almuerzo, Gilberta rogó á su tío que la acompañase á dar un paseo por el campo.

—No podemos tardar en volver; el señor Charvet debe venir pronto para decirme su parecer acerca de la impresión causada por mí ayer á los electores.

—Es muy bonito Dammarie—dijo Gilberta.—Anoche, mientras hablábais de política con el señor Charvet y Enriqueta, dí un paseo.

—¡Tú sola!... ¡Salir tú sola!...

—Sí... ¿No notásteis mi ausencia?

—No.

—¡Es verdad! Me olvidaba de que los asuntos de Estado os absorben por completo. A mí me dan sueño. Bajé al jardín, y encontrando la puerta abierta, salí maquinalmente sin saber hacia dónde dirigirme... Cuando reflexioné que iba sola estaba ya muy lejos. Hacía una noche deliciosa, y en medio de su silencio pude contemplar la multitud de estrellas de que el cielo estaba tachonado. A la vuelta tuve miedo, pero no tenía más remedio que volver sola. ¡Ah! me sobraba tiempo para haber ido más lejos... Aún hablábais de política.

Mientas hablaba así á su tío, reía con la gracia que le era tan peculiar, y que, por cierto, formaba á veces raro contraste con su tímida gravedad.

En esta conversación llegaron hasta el puente del ferrocarril de Melun, desde donde vieron que un carruaje se dirigía hacia ellos. En él iba Guenaut. Al acercarse detuvo el caballo y se apeó, dando orden al cochero de continuar al paso, mientras que él hablaba con Verdier, y después de saludar á Gilberta, un tanto maliciosamente, tomó del brazo al comandante con mucha familiaridad y fueron á pie, hablando hácia Dammarie.

Gilberta, obedeciendo á una seña de su tío, se adelantó, llegando bastante antes que ellos al jardin, situado entre el puente y la estación, donde se sentó en un banco á esperar la llegada de su tío y del veterinario.

Este no debía tener gran cosa que comunicar á Verdier. ¡Alguna nueva complicación ó intriga apropósito de la candidatura!...

Gilberta, que, como hemos dicho, se había sentado en un banco, contemplaba el agua que caía de una cascada artificial, cuando sintió pasos cerca de sí, volvió la cabeza y se sonrojó al ver al Conde de Montbrun, que se dirigía hacia ella un tanto admirado de encontrarla allí tan sola.

—¿Cómo aquí tan sola, señorita?—la preguntó después de saludarla.

La joven se quedó sorprendida y confusa, como si hubiera cometido una falta, pues experimentaba singular impresión siempre que veía al Conde. Además la idea de encontrarse allí sola con él, en un jardín público, le causaba espanto.

El Conde mostró tanta alegría al verla, que esto mismo aumentó la turbación de Gilberta.

Iba—según dijo—á Fontainebleau á visitar á un amigo; pero había llegado demasiado pronto á la estación, y fumando un cigarro para hacer tiempo, se había ido á dar una vuelta por el jardinillo, cuando reparó en Gilberta.

—Mi buena suerte ha querido que en dos días os

haya encontrado dos veces... después de haber estado tanto tiempo sin veros... ¡tanto tiempo!...

Pronunció estas palabras con tal ternura que Gilberta experimentó, á la par que placer, algo de angustia, porque creía llegado el momento de escuchar de sus labios lo que tanto temía escuchar, y lo que, sin embargo, los latidos de su corazón la hacían comprender que debía escuchar algún día. Sin responder levantó sus hermosos ojos, y miró al Conde con una tristeza que sorprendió á éste.

—¿Por qué me miráis así?—la preguntó.

Gilberta no se daba cuenta de la compasión que reflejaba en sus ojos siempre que miraba al joven:

—¡Parece que me tenéis lástima! — añadió éste con débil y melancólico acento.

La joven se sorprendió y trató de disculparse.

—¡Oh! ¡No os disculpéis! La conmiseración me humillaría si proviniese de una persona indiferente ó incapaz de sentir; pero proviniendo de vos, me hace el más feliz de los mortales... y estoy seguro de que me compadecéis...

Temiendo ir más lejos de lo que debía, mudó de conversación y se puso á hablar de política... ¡De la cuestión más importante del día!... ¡La sucesión Char vet!... Y apropósito, era ya cosa decidida que el Marqués, su padre, renunciaba á toda candidatura. Sus amigos habían perdido el tiempo animándole, de lo cual se alegraba el joven.

El Marqués había recibido cartas de un primo

suyo, el Barón de Luzaney, diciéndole que no podía comprender cómo todo un Marqués de Montbrun abrigaba el propósito de mezclarse con la turba de diputados del día. El señor de Luzaney se había retraído en absoluto.

Roberto de Montbunr estaba contentísimo de que su padre hubiera desistido de su empeño, y sentía en el alma que personas tan honradas como el se ñor Verdier se lanzaran á una lucha semejante.

—¡Acaso el comandante no encuentre tantos abrojos en ese camino!... Pero yo creo que el hombre pierde hasta la libertad de sus acciones... Sin ir más lejos, ¡si nos vieran en este momento!...—¡La sobrina del candidato republicano y el hijo del excandidato legitimista conversando sin sacar á relucir la Inquisición ó el Terror para motejarse!...—Esto, además de causar una revolución, haría que mi padre pasase por un hereje y que vuestro tío no reuniera cuatro votos.

En tanto que así hablaba estaba de pie al lado de Gilberta contemplando el estanque del jardín, en el cual bullian multitud de pececillos que pasaban rápidamente asemejándose á flechas de plata.

Habló con tristeza de las ironías de la vida, que habían estado á punto de poner al Marqués, su padre, frente á frente de Verdier después de aquellos felices días de Trouville, días de dicha y de consuelo para ellos y hasta para aquellos infelices náufra-

gos, á quienes fué imposible recoger los humildes restos de su desastre...

Y, sin notarlo, se dejó llevar por los recuerdos, deduciendo que á la mayor parte de los hombres les pasa lo que á aquellos pobres pescadores: «Una ráfaga de viento en la existencia, una tempestad y después ¡mucho tiempo... mucho tiempo de lucha para reparar las averías!...»

—¡Se arrastra amenudo durante años y años, á veces toda la vida, el peso de los desaciertos de una hora!

Gilberta adivinó las amarguras que encerraba para Roberto esta comparación de su vida con la barca perdida de los pescadores de Trouville, y comparó á su vez el momento presente con los días que precedieron al encuentro en las costas de Gracia con el Conde y aquella niñita de que jamás le había hablado el joven. Reparando en su palidez, pensó que alguna nueva tristeza embargaba su alma desde su entrevista del día anterior, y estuvo á punto de interrogarle, comprendiendo instintivamente que podría calmar su dolor. Roberto, que se había quedado pensativo, levantó bruscamente la cabeza y dijo con tono que hizo sufrir á la joven:

—¡Bah! ¡Tanto peor para los que no han sabido manejar el timón de su vida! ¡La torpeza se paga como la deshonra!... ¡A veces más cara que ésta!

Daba la mano á la joven para despedirse cuando aparecieron Guenaut y el comandante. Guenaut,

que había terminado de dar sus consejos al comandante, se detuvo bruscamente al verles en tal actitud.

—¡Ah! es el señor de Montbrun...—dijo admirado.

—¿El señor de Montbrun?—preguntó Verdier,

El veterinario quedó tan sorprendido que no pudo articular una palabra más, contentándose con señalar con el dedo al Conde y á Gilberta.

—¡Ah!—dijo el comandante.—El señor de Montbrun hijo... Creí que era el Marqués... y como apenas conozco al Marqués...

—¡Ah!—dijo Guenaut con fingida naturalidad. —¿Conocéis al Conde?

—Sirvió á mis órdenes el 70.

—¿Y luego?

—Después... le he visto rara vez. Pero le estimo, le quiero mucho.

El veterinario no pudo contener una sonrisa, y *como era hombre leído*, según se decía interiormente, pensaba que «tutores ó maridos, Bartolos ó Sganarelos, todos son lo mismo.» ¡Pobre comandante!... ¡Menos mal si no era ciego en política!...

—¿Queréis que os diga mi parecer?—dijo á Verdier.— Estimad cuanto gustéis al señor de Montbrun; pero no lo digáis muy alto. ¡No se deben tener otros amigos que los de su partido! ¡Y aun entre éstos debe haber sus distinciones!...

Hablando así habían llegado adonde estaban Ro-

berto y Gilberta, y la joven preguntó sonriendo á Guenaut si había enseñado bien la lección «á su tío,» en tanto que el Conde, descubriéndose, se inclinaba ante su antiguo capitán. El veterinario, que se jactaba de ver claro en este asunto, pensó que mostraban demasiado aplomo los dos jóvenes. ¡No parecía que habían sido sorprendidos! ¡Oh! ¡A él no le engañaban! ¡No; no se habían equivocado la víspera al verlos salir del *Gran Monarca*! ¡A no dudarlo, la sobrina del comandante se entendía con el hidalgüelo! ¡Diablo! ¡Si el comité Verdier hubiera sabido esto á tiempo otra hubiera sido su elección!

Iba á pasar el tren de Fontainebleau y el Conde no tenía más que el tiempo preciso para llegar á la estación. Mientras el joven emprendía precipitadamente el camino de la estación, el veterinario, muy sofocado, pensaba en las consecuencias que podría acarrear la amorosa pasión de los dos jóvenes, aunque hasta entonces no la conocían más que él y su amigo Cappois.

—¡Esto es grave, muy grave!—murmuraba.—¡Y más que grave horroroso! ¡Si *La Anguila de Melun* se enterase de ello, la elección estaba completamente perdida!... Habríamos andado más acertados apoyando á Garousse desde un principio. Al fin y al cabo Garousse es republicano... La señora Herblay nos diría que éste no tiene *égida*. ¡No la tendrá; pero la del comandante no me parece muy buena!...

Todas estas ideas se sucedían en la mente del ve-

terinario mientras contemplaba á Verdier y á su sobrina, la cual siguió al Conde con la vista hasta que desapareció por completo. «¡Era mucho descaro seguir con la vista al Conde hasta que éste desapareció!»

Viendo que se le acababa la paciencia, se despidió del comandante, no sin que mediase antes entre ellos el siguiente diálogo:

—Conque una proclama clarita, ¡eh!, clarita... ¡Si queréis seguir mi consejo, sed enérgico, os lo repito, muy enérgico! ¡El hombre nunca es demasiado enérgico en los principios fundamentales!... Haced lo que os digo: «El país no quiere más diezmos, ni más gabelas, ni más autos de fe...»

—¿Pero creéis que alguien pueda quererlos?

—¡Preguntad al padre del joven Conde de Montbrun!—respondió en tono irónico, casi colérico y tan extraño, que Gilberta tuvo instintivamente miedo sin saber por qué. La parecía que Guenaut amenazaba á Roberto.

Después de esto volvió á montar en su tílburi, y fustigando al caballo, desapareció dejando tras sí una nube de polvo.

La hora del almuerzo se acercaba y el comandante y su sobrina apretaron el paso para no llegar tarde. El pobre Verdier pensaba por el camino en la proclama que debía redactar sin pérdida de tiempo. Gilberta, por su parte, creía oír aún la melancólica voz del Conde hablándola de «los naufragios de la vida.»

¿Qué tempestad había, en efecto, descompuesto el timón de su existencia, dejando tan honda huella marcada en su semblante?

Joven, agradable y muy querido, reuniendo á su elegancia y gran fortuna relevantes prendas morales, no se explicaba la causa de su sufrimiento.

Gilberta se deshacía en conjeturas sobre esto.

Al llegar cerca de la casa de la señora Herblay un mismo pensamiento asaltó la mente del tío y de la sobrina, si bien no se lo comunicaron. «¿Por qué estamos aquí?» «¿No disfrutábamos de tranquilidad y dicha en nuestra casita de la calle Mansart, en París?»

Alegrábase Gilberta cuando veía á Roberto; pero estas entrevistas la sumergían en un caos de nuevas amarguras y divagaciones.

El silbido de la locomotora de un tren que pasaba les distrajo de sus confusos pensamientos.

—¡Qué bien haríamos en montar en ese tren que va á París, y dejándonos de luchas electorales, no pensar más en Garousse, en Cappois, en Guenaut, en nadie... ¡pero el deber!... ¡Ah! ¡El deber sacrifica muchas veces á los hombres!

El pobre comandante pensaba así é inclinaba la cabeza ante esta idea.

Silenciosos y taciturnos siguieron su camino hasta llegar á la verja del jardín de la señora Herblay.

—¿En qué habéis pensado durante el camino, que

habéis guardado tan sepulcral silencio?—preguntó Gilberta sonriendo á su tío.

—En nada. ¡Ah, sí!—añadió tratando de sonreir.—En tu dicha. No tengo en el mundo en quien pensar más que en ti, y sentiría morir antes de verte colocada y feliz.

—¡Ay! querido tío, no habléis así. Mi dicha consiste en la vuestra, y todos mis deseos se reducen á no separarme nunca de vos.

—¿Acaso se tiene nunca lo que se desea en este mundo?

La joven se apoyó suavemente en el brazo del comandante, y dándole un apretón de manos entraron en la casa. Esta nueva prueba de cariño de su sobrina hizo olvidar por algunos momentos al comandante su penosa situación.

VIII

El Marqués de Montbrun vivía con su hijo en un ángulo de la plaza del *Petit Paris*, cerca del Gobierno civil. Su casa, en forma de hotel, era vieja. Las ventanas, que permanecían siempre cerradas, las blancas paredes y la colosal y pesada puerta, entreabierta constantemente, la daban el aspecto de uno de esos palacios inhabitados que halla uno cerca de las catedrales en algunas poblaciones de provincia.

Desde la puerta se veía un patio, cuyo piso era de azulejo, y en el cual estaban las habitaciones de los porteros, y más adentro un jardín, al que separaba de una puerta que permanecía siempre cerrada una pequeña alameda. Aquella puerta conducía á las habitaciones del Marqués, que vivía allí encerra docon sus libros y sus papeles, sin salir de casa más que cuando tenía que hacer un viaje ó iba de caza. No recibía casi á nadie; verdad es que la mayor parte de sus amigos vivían en el barrio de

Saint-Germain, en París, los unos, y en el de San Luis, en Versalles, los otros. Tenía gusto en habitar aquél triste palacio, en donde había nacido su hijo y en el que su idolatrada esposa había muerto.

La señora de Montbrun dejó en el mundo gratos recuerdos de su bondad y de sus virtudes. Aunque algo orgullosa y muy preciada de su elevada alcurnia, no por eso eran menos estimadas sus cualidades morales. Educada al calor de las ideas estrechas y reaccionarias de su padre, el señor de Courtenay-Lusignán, y no habiendo sido tampoco desheredada del orgullo de su progenitor, combatía á todos los Gobiernos, sin encontrar ninguno que cuadrara suficientemente á sus ideas reaccionarias. Casó por amor con el Marqués de Montbrun, y, amándose mutuamente, pasaron una larga luna de miel sin que la menor nube viniera á empañar la dicha de que gozaron por mucho tiempo.

Mientras que el cariño de la Marquesa se estacionó, creció sin límites el de su esposo, y comprendiendo ella la superioridad que ejercía sobre éste, le dominó por completo, convirtiéndole en autómata de su voluntad. Vivían en Melun, cosa que estaba en contradicción con el carácter del Marqués. Letrado, joven, elegante y poseyendo como poseía la facilidad de la palabra, le gustaba frecuentar la sociedad de París; pero no siendo dueño de su voluntad, se resignaba con gusto á los caprichos de su esposa.

El Marqués de Montbrun, que no amaba menos á su hijo que á su esposa, empezaba á inquietarse por el porvenir de su heredero.

—Se va á volver misántropo encerrado en esta soledad—se decía el angustiado padre.

Expuso con cierta timidez estos temores á la Marquesa y ésta le envió á París, á casa de sus padres, para que asistiera á las clases del Seminario. Salió del Seminario, y temerosa de que se contagiara con las ideas liberales que predominaban en la Universidad, le puso un preceptor en casa, volviéndole á Melun. El preceptor era de ideas avanzadas y esto disgustó á la Marquesa, quien no se dió cuenta de ello hasta mucho tiempo después de la permanencia del sacerdote en su casa; pero era tal el respeto que la infundía el traje talar que ahogó sus temores sin exhalar una queja, aunque en sus oraciones rogaba á Dios por el abate Hurtaud, á quien creía en camino de condenarse.

No quedó poco sorprendida cierta tarde al explicarla el abate que Virgilio, con su dulce melancolía y su piedad para los seres humanos, había mostrado tener corazón y aun alma de verdadero cristiano.

La Marquesa quedó, no sólo sorprendida, sino que también asustada, pues la parecía que era un sacrilegio hablar así de un pagano.

El señor de Montbrun preguntó sonriendo á su esposa si se acordaba de las muchas obras de Horacio

que había hecho consumir por el fuego y que ahora era preciso que estudiara su hijo con alguna profundidad para desenvolverlas y aplicarlas con acierto cuando tuviera necesidad de ello.

La Marquesa, aunque resignada, no podía evitar el estremecerse cada vez que oía leer al abate las obras de Horacio, y más bien que un sacerdote de la Iglesia católica le parecía un pagano. No estaba exenta de buen sentido; pero tenía horror á las ideas avanzadas y no quería que su hijo fuese presa de esa especie de galimatías en que hoy nos vemos envueltos por el progreso.

El joven Montbrun sirvió á las órdenes del comandante Verdier, con el beneplácito de su madre, para defender al país contra la invasión extranjera; pero una vez pasados los días de peligro para la patria, le hizo dejar las armas y volver á su lado.

—Has cumplido como buen francés—le dijo;—cumple ahora como noble, dejando á los republicanos que se entiendan con su República.

El Marqués no se opuso, porque amaba con tanta vehemencia á su hijo, que la dicha de tenerle á su lado le hacía olvidar la obligación que tenía como padre de velar por su porvenir.

Roberto pagaba al autor de sus días, no solamente con un gran cariño filial, sino también con una confianza sin límites; más que padre é hijo parecían hermanos é íntimos amigos. No sentía el mismo afecto por su madre, pues si bien no dejaba de que-

rerla, era más respeto que amistad lo que la profesaba.

El Conde obedeció á su madre sin objetar una sola palabra y se resignó á vegetar en aquella desierta y monótona morada; pero como no tenía secretos para el Marqués, presto le comunicó su aburrimiento.

Este le consolaba, diciéndole que todo tenía fin en este mundo y que aquella situación no podía ser duradera.

El señor de Montbrun esperaba que por medio de un casamiento cambiaría la situación de su hijo; pero éste, que profesaba cierta aversión al matrimonio, no pensaba más que en gozar á su libre albedrío de la libertad de que disponía.

El Marqués hizo presente á su esposa, aunque de manera muy delicada, la exposición que había en sujetar á un joven de imaginación tan viva y soñadora á reclusión tan estrecha.

—De puro sabido tengo olvidado todo lo que me dices; pero un joven educado por el abate Hurtaud y de imaginación tan exaltada como la de nuestro hijo, corre mucho peligro si se le abandona á sus instintos. ¿Leiste lo que decía *El Universo* del abate cuando éste murió?

—¡Bah! ¡Quién hace caso de los periódicos! Los periódicos canonizan ó no, á su gusto, según también, que se sea ó no, de su devoción.

Mientras el Marqués y su esposa sostenían diaria-

mente estos ó parecidos diálogos, el tiempo, que no obedece más que á la gravitación del firmamento, se deslizaba tranquilamente, dando lugar á que la primavera sucediese al invierno, el otoño al estío y á que con las estaciones trascurriesen los días, los meses y los años, y el hijo del Marqués se consumiese en tanto en aquella monótona é inactiva existencia.

Al notar la Marquesa que su hijo podría enfermar de inacción, consintió en que pasara un verano en Fontainebleau y que á su vuelta se dedicase á la caza é hiciese algunas excursiones á los pueblos inmediatos.

La primera estancia de Roberto en Fontainebleau no fué de las más divertidas; pero poco á poco se fué aficionando hasta el extremo de que en cada alameda llegó á encontrar un encanto y una seducción en cada estatua de aquellos jardines, como si unas y otras hubieran sido testigos de escenas de imperecedero recuerdo para él.

Comprendió la Marquesa que su hijo había cambiado por completo; mas no sabía á qué atribuirlo.

El Conde, aunque parecía más contento, no dejaba de estar preocupado y pensativo, trasluciéndose en su semblante cierta agitación que le era impropia.

Cuando le preguntaba su madre en qué había empleado el tiempo en Fontainebleau, se adelantaba el Marqués á contestar por él:

—¿En qué lo ha de haber empleado? En echar pan á las carpas del lago ó en pasearse por los jardines.

La Marquesa empezaba á sospechar, al ver el obstinado silencio de su hijo á sus reiteradas preguntas, que había alguna pasión amorosa de por medio. Además, Roberto salía más amenudo que de costumbre; iba con bastante frecuencia á Fontainebleau y á París, y hasta, so pretexto de una invitación de sir Harley, condiscípulo suyo en el Seminario, hizo un viaje á Londres, en donde permaneció tres semanas.

La alegría que con tal motivo manifestó hizo comprender á la Marquesa que no se había equivocado al pensar que algo extraordinario pasaba por su hijo, y no queriendo rebajarle á que la contestase con alguna mentira, guardó silencio, tomando otra determinación práctica lo antes posible. Proyectó casarle.

Había muchas jóvenes bellas, nobles y con buen dote en Melun, y más que en Melun en Versalles, donde vivía una sobrina de la Marquesa, la señora de Courtenay-Surgéres, y ésta fué quien se encargó de buscar una buena esposa á Roberto. Pero el joven se apresuró á manifestar á la Marquesa su firme propósito de no casarse tan pronto.

—¿No casarte? ¿Por qué?

—No, mamá... porque...

—¿Por qué no quieres casarte?

—Quiero esperar... quiero continuar siendo libre... No tengo ni vocación ni posición...

—Un noble no necesita vocación para casarse, y siempre tiene posición, cuando lo quiere, aun en los malos tiempos por que atravesamos...

—¡Ah! ¿Por qué me hicísteis dejar el ejército? Tengo inclinación por la carrera de las armas, y mi vida estaría trazada sin quiméricos ensueños ni aburrimientos... ¡Una vida trazada por el deber es lo que yo hubiera necesitado!

La Marquesa quedó dolorosamente sorprendida al oír á su hijo lamentarse. ¡Y ella que le conceptuaba feliz, ó al menos satisfecho de su existencia!... Desde entonces no cesó de inquirir cuál podría ser la causa que de tal modo había podido cambiar al joven Conde.

Debía morir antes de saberlo, y de haberlo sabido, su muerte hubiera sido más prematura. Porque lo comprendía así, Roberto guardaba tan obstinado silencio, apesar de lo mucho que le hacía sufrir el no ser franco con su madre. Una mujer que se había cruzado en su camino durante su estancia en Fontainebleau era, en efecto, la causa de la súbita trasformación del joven. Se encontraron por casualidad en el bosque y luego en la mesa redonda del hotel; trabaron conversación, y poco á poco aquella mujer interesó el corazón de Roberto hasta que acabó por enamorarse perdidamente de ella.

Era una joven enigmática como una esfinge y ha-

lagadora como una visión. Una inglesa, rubia, fina, fría en apariencia, delicada y con sonrisa de niñita, que pasaba el verano en Fontainebleau después de haber pasado el invierno en Niza y la primavera en Italia. Una inglesa parisién, educada en uno de esos colegios especiales que hay en París para los extranjeros. Una de esas bellezas cosmopolitas que conocen todas las mesas redondas de Europa; una de esas extranjeras nómadas que tienen por gabinete un coche-salón y por dormitorio un *sleeping-car*; aves de paso que en todas partes dejan algún signo de su fugaz estancia, pero que en ninguna hacen su nido.

Miss Elena Morgan viajaba con su madre, una inglesa mofletuda, de tez tostada y de colores tan subidos que á su lado era pálido el de la escarlata. Esta madre era viuda y pretendía serlo de un coronel muerto en la última guerra contra los *ashantees* (1), lo cual podía ser verdad. Sin embargo, hablaba muy amenudo del encuentro en que fué muerto su marido, y se notaban diferencias muy marcadas en el relato, lo cual hacía dudar de su veracidad, cada vez que lo refería, si bien es cierto que cuando se daba cuenta de esto se apresuraba á manifestar que la versión dada por el *Times* difería de la publicada por el *Daily Telegraph*.

---

(1) Cultivadores de ajenjo.

Roberto encontraba tan ridícula á la madre como seductora á la hija. Se había dejado llevar de una afección que era cada día mayor, y que absorbía por completo su vida; pero afortunadamente para todos, cuando la Marquesa murió ignoraba por completo el imprevisto desenlace de los amores de Roberto, desenlace vulgar y desconsolador en su cruel vulgaridad. Era una criatura admirablemente bella y seductora aquella inglesa, de ojos azules, en los cuales se reflejaba el dulce mirar de una virgen, y cabellos de oro, formando un nimbo alrededor de su linda cabeza, pero una aventurera en suma. Maravillosa criatura, que, nacida en la opulencia y sumergida de pronto en la pobreza á la muerte de su padre, se había jurado á sí misma llegar á ser rica á toda costa, calculando que la bastaría para conseguirlo su buena educación y el pasear por todo el mundo su imperturbable rostro, sus perturbadores ojos verdes y la indefinible sonrisa que vagaba siempre en sus finos labios, deliciosamente arqueados.

¿Cómo? ¿Por qué prodigio esta madre y esta hija, errando de balneario en balneario, podían sostener la especie de lujo aparente que exhibían por todas partes? ¿Qué oculta mina proveía á todos estos gastos? ¿Quién podría contestar á esto, puesto que nadie las conocía?

Pero ¿qu le importaba todo esto á Roberto? Por desgracia, no había vivido lo bastante para explicarse lo que podía haber de temible en la fina y fría

seducción de Elena Morgan. Todas las pasiones de su juventud, excitadas por la continencia, se desbordaban cuando la veía. Se embriagaba y sentía sed, verdadera sed de su hermosura. Con tal de vivir una hora de la vida de Elena, estaba dispuesto, absolutamente dispuesto á cometer toda clase de locuras. Elena no le pedía más que una; pero ésta era decisiva: le pedía que se casase con ella. ¡Puesto que la amaba, y ella le correspondía, porque era agradable, guapo y de buena familia, casarse era lo mejor!

Roberto estaba perplejo y sin saber cómo arreglarse. Amaba á Elena con el delirio de un primer amor, y estaba, por otra parte, convencido de que su madre no consentiría jamás en que se uniese á una mujer extranjera, que profesaba diferente religión que la suya y que además no era noble.

Con la sencillez que caracteriza á las personas honradas, expuso los obstáculos con que tenía que luchar para satisfacer los deseos de Elena. Esta no pareció sorprenderse con la noticia; estaba perfectamente enterada de todo lo que podía servir de obstáculo á sus propósitos, y, con inocencia y candor fingidos y bien estudiados, contestó que el tiempo podría muy bien modificar las resoluciones de la Marquesa de Montbrun, y que ni ella ni su madre querían causar el más leve disgusto á la Marquesa.

—El Conde de Montbrun está en libertad de casarse, si quiere, por la ley inglesa—dijo la madre,—

y esto bastará á constituir la dicha de Elena, á quien importa muy poco tardar más ó menos en llevar públicamente el título de Condesa.

La pasión, siempre creciente, del joven por Elena embargó sus sentidos, haciéndole pasar por todo. El mismo fué quien la instó para que le concediese su mano y le disculpase por no darla su nombre sino en secreto, al menos durante algún tiempo... Pero tenía razón Elena... Más adelante... quizás muy pronto, sería presentada á la Marquesa su angelical hija. Lo que interesaba, por el pronto, era llevar á cabo su unión; lo demás vendría después...

Cuando el Conde fué á Inglaterra llevó consigo á Elena y á su madre. La invitación de sir Hartley le proporcionaba un pretexto con que encubrir sus locos propósitos.

—¡Ahora ya tengo derecho á amaros! ¡Amadme también vos; pero con un amor eterno!

Después de esta unión Elena se fué con su madre á París, donde Roberto las visitaba con toda la frecuencia que le era posible. No cambió de nombre su esposa; pero más de una vez la sorprendió recibiendo facturas en las que se leía: «*Señora Condesa de Montbrun.*» Esto causaba muy mala impresión en el joven. Se le figuraba que el título de Condesa en Elena era una usurpación, y, sin embargo, él había sido quien, con tanta generosidad como falta de previsión, se lo había entregado.

—Sé prudente, te lo suplico — la decía.—Deja

que encuentre oportunidad para anunciárselo á mi madre...

—Tienes razón; la mía es la que me hace cometer esas tonterías; pero sé indulgente con ella. ¡Está tan orgullosa porque su hija lleva tu nombre!...

Roberto se lo perdonaba todo. ¡Amaba tanto á Elena!

Además su esposa iba á ser madre, y esto traía trastornado al joven. ¡Ah, un hijo! El sería quien con sus diminutas manos acariciase á la Marquesa y aplacase su orgullo, abriendo paso á Elena para elevarla al rango que la correspondía... ¡Pobre Roberto! ¡Aún no veía el lazo en que había caído! Creía á su esposa inocente y buena y la juzgaba muy digna de llevar su nombre.

La Marquesa falleció antes de nacer su nieto, y Elena hizo saber al Conde, en carta dirigida á Melun, que puesto que el obstáculo había desaparecido, quería figurar en las esquelas de defunción como Condesa de Montbrun, añadiendo que haría valer sus derechos ante la ley si fuese necesario.

La palabra «obstáculo» cuando el cadáver de su madre estaba aún caliente hizo estremecer al joven despertando en él la sospecha de que el interés tan sólo, y no el cariño, era lo que había determinado á Elena á unirse con él.

Estando tan reciente aún la pérdida de su querida madre recibir una carta en que tan á lo vivo se reflejaban los inhumanos y ambiciosos sentimientos

de Elena era una desgracia mayor de lo que podían soportar las fuerzas de Roberto. Por primera vez se preguntó á sí mismo si se había equivocado en el concepto que formara de la joven inglesa; desgraciadamente una carta que recibió de cierto joyero de Londres, á los pocos días de recibir la de Elena, le dió una respuesta cruel, pero categórica. En aquella carta el joyero reclamaba al Conde, como esposo de su deudora, una respetable suma: «Aunque esta deuda ha sido contraída por la hija de la *señorita* Luisa Thompson, conocida por *la señora* Morgan, antigua corista del teatro *Adelphi*, supongo—decía entre otras cosas la carta—que no tendréis inconveniente en pagarla, pues estoy decidido á llevar ante los tribunales á la señorita Elena, y entonces todo el mundo sabrá la procedencia de la joven Condesa y futura Marquesa de Montbrun.»

El desgraciado Roberto leía y volvía á leer la carta fijándose en la gran suma que se le reclamaba. ¡Los brillantes y demás alhajas que llevaban madre é hija para «correr el mundo»—pensaba—era él quien debía pagarlos, después de haber sido villanamente engañado! ¡La hija de una aventurera, de una corista del teatro *Adelphi* y de padre desconocido, llevar ahora el nombre de su madre!... ¡Si ésta levantara la cabeza, se moriría otra vez avergonzada!

—Después de todo, acaso ese joyero sea un impostor... Preguntaré á Elena... No puedo creer que

una cara de ángel como la suya oculte un corazón tan perverso. Además, su madre, que tiene siempre en los labios el nombre de su difunto marido el coronel, y que parece una persona tan formal, ¿había de mentir con tanto descaro?—se decía para tranquilizarse.

Marchó á París con objeto de indagar la verdad. Al llegar encontró á madre é hija almorzando, y ya en los postres. Ambas estaban enlutadas, pero muy contentas. La señora Morgan se apresuró á tragar una ciruela en aguardiente para limpiarse los dedos y tenderle la mano. Dijo Roberto que tenía que hablar á solas con Elena, y se retiró la madre. Entonces supo el Conde con espanto, que, desgraciadamente, el joyero de Londres decía la verdad.

Elena oyó y contestó con tanta flema, con tan apacible tranquilidad las recriminaciones del Conde, que á éste se le helaba la sangre en las venas á cada palabra de la joven.

—¡Bien, y qué! Todo eso es verdad—le decía sin dejar de sonreir, y con su fría mirada de virgen sajona.—Cada uno busca lo que más le conviene. Si tú te has casado conmigo, no ha sido por complacerme, sino por complacerte. Yo he hecho, por mi parte, lo mismo. ¿Qué tiene eso de particular?

—Según eso, ¿es verdad que debéis trece mil duros á Smithfield?

—Sí. Lo cual prueba sencillamente que he encontrado crédito por esa suma en mi país.

—¿Vuestra madre ha trabajado en el teatro *Adelphi* como corista?

—Sí... Pero también ha declamado con gran éxito durante largo tiempo, y no hubiera abandonado el teatro á no ser por seguir al coronel Morgan.

—¿Vuestro padre?

—Mi padre. Hombre muy agradable y todo un caballero. Le conocí muy poco. Estaba casi siempre en la India.

—¿Por qué habéis ocultado vuestra historia hasta que la casualidad la ha descubierto?

—Porque todo eso no tiene importancia alguna para mí.

No la faltaba razón. Que fuese hija de una comedianta ó lo fuese de una gran señora, no por eso dejaba de ser lo que era: una criatura encantadora, nacida para amar y ser amada, que había entregado al Conde su hermosura, á cambio de un nombre y una fortuna. Esto era sencillamente lo ocurrido.

Si contrajo una deuda tan exorbitante, fué para poder pasar á los ojos de la sociedad por una gran señora y lograr su intento; si el joyero la concedió ese crédito, sería porque estaba seguro de que, con una hermosura como la de Elena, cobraría algún día. Roberto debía comprender muy bien que si no se había casado antes con algún lord millonario sería porque no hubiese encontrado uno que la agradase entre los muchos que la habían

hecho la corte, pues ella buscaba amor á la par que dinero.

—Os ruego—acabó por decir—que no me pongáis muy nerviosa, pues estoy á punto de daros un hijo, como sabéis, y pudiera suceder que la inocente criatura sufriera las consecuencias de cualquier disgusto mío...

Todo el sér del Conde se estremeció, y una especie de embriaguez se apoderó de sus sentidos al pensar en aquella criatura, carne de su carne, á quien estrecharía antes de muy poco entre sus brazos. Le adoraba cuando aún no había nacido, y se creía bastante recompensado de todos sus disgustos á la sola idea de ser padre. La esperanza de esta criatura le hizo olvidar los defectos de Elena, y no vió en ella ya más que á la madre de su hijo.

Sí, ese nombre de Elena, apesar de las intrigas que traía á su memoria, era ya al presente, sagrado para él. Dió al olvido todas las mentiras y todos los enredos que había descubierto para no acordarse más que del amor de aquella encantadora criatura, que iba á darle un hijo á quien querer con idolatría. Fué una niña la que vino al mundo, y el Conde de Montbrun, al día siguiente del nacimiento de Cipriana, reveló á su padre el secreto de aquel matrimonio que había tenido oculto por no desagradar á la Marquesa.

En uno de aquellos momentos de expansión que solía tener con su padre, para quien no guardaba

secretos, le refirió todo cuanto le había ocurrido desde el día en que conoció á las dos inglesas.

Al escuchar un relato tan funesto, el Marqués apesar de lo mucho que quería á su hijo, le trató con mucha severidad, cosa que no acostumbraba á hacer, y cubriéndose de mortal palidez, le dijo:

—Temo que hayáis confiado vuestro nombre á una aventurera, y casi estoy por considerar hoy como una dicha el que vuestra madre haya dejado de existir.

Añadió que no vería ni recibiría á la Condesa de Montbrun hasta haber quitado el luto por la Marquesa. Obrar de otro modo hubiera sido una ofensa á su memoria.

—Roberto asintió á todo, y viendo la severidad con que el Marqués le trataba, se limitó á preguntarle con lágrimas en los ojos:

—¿No me odiáis?... ¿No odiaréis tampoco á mi hija?

—¡Pobre hijo mío!—exclamó el Marqués fuera de sí;—y estrechando á Roberto con fuerza contra su corazón, se echó á llorar también. Por desgracia, no debía ser esta la última vez que lloraran juntos.

Elena Morgan, dueña de la situación, se había ensoberbecido.

Casada con el Conde, quería ser Condesa hasta que en su día fuese: Marquesa de Montbrun. La aventurera, que había recorrido el mundo de polo á polo para encontrar marido desplegaba ahora ante

Roberto, que seguía adorándola, todas sus gracias y seducciones, afectando un amor que estaba muy lejos de sentir, sin que por eso le ocultase que amaba también en él al descendiente de los Montbrun, que un día ú otro había de presentar en la sociedad á la hija del coronel Morgan.

A la par que el título estimaba la fortuna. A fuer de mujer práctica, estaba por lo positivo. Esperaría con paciencia á que el Marqués abriera las puertas á su nuera, permitiéndola además usar un título que ya la pertenecía.

Los meses trascurrían, y, sin embargo, el Marqués no se quitaba el luto. Un día que Roberto fué de improviso á casa de Elena, la encontró en su cuarto á solas con un hombre muy guapo, á quien le presentó como un amigo suyo. ¡Un amigo con quien se encerraba en su cuarto y del cual no habían hablado nunca al Conde! Apesar de su sangre fría y de su gran presencia de ánimo, Elena dejó adivinar en el primer momento, en el balbuceo de una primera explicación, un secreto más vergonzoso que el anterior, secreto que encendió el rostro de Roberto.

El hombre que allí estaba era una especie de empresario y de *Mime* (1), de nacionalidad dudosa. Nadie, ni aun él mismo, sabía dónde había nacido. Era uno de esos vividores que á creer lo que ellos dicen,

(1) Autor de comedias obscenas.

ni Mozart ni Beethoven han obtenido en toda su vida tantos aplausos, ni alcanzado la undécima parte de triunfos que estos artistas de pacotilla.

En la manera que tuvo de presentárselo su mujer y en la turbación de ésta adivinó el Conde una traición, bien que no supiera hasta qué punto insultante y vergonzosa. Hizo un esfuerzo supremo para no perder la razón y aparecer tranquilo, aunque sólo fuera en apariencia, hasta que se retirara aquel hombre, Baresco, como dijo su mujer que se llamaba.

Una vez solo con Elena la habló como hombre ultrajado, después de lo cual la manifestó que no quería escándalos; pero que su dignidad no le permitía continuar dándola el nombre de esposa, ni volverse á ocupar más de ella; que la dejaba en libertad para revolcarse á su gusto en el fango, quitándola á su hija para siempre y prohibiéndola terminantemente intentara dar á conocer á ésta, cuando fuera mayor, que tenía una madre tan degradada. La señaló una pensión para que pagase sus deudas y viviera con holgura donde mejor le acomodase; pero advirtiéndola que se la retiraría tan pronto como le molestara en lo más mínimo.

Efectivamente: una gran parte de la fortuna de Roberto pasó á manos de Elena, y el joven se conceptuó feliz con desembarazarse así de una mujer tan sin pudor, conservando además su tesoro, que era su hija.

Elena fué dichosa al verse dueña de una fortuna y en libertad de hacer lo que mejor la pareciese. La importaba muy poco abandonar á su hija, toda vez que salía bien pagada en aquella especie de venta que de ella hacía, y que podría volver de este acuerdo reclamando sus derechos cuando la conviniera.

Amó á Roberto en un principio, ó por lo menos la agradó éste; pero al presente sólo sentía el deseo de explotarle, deseo del que no desistiría nunca. ¡La que había convenido en un precio á cambio de quedarse sin su hija, y por consiguiente sin sus derechos de madre, capaz era de acceder á todo lo demás!...

Roberto corrió al viejo castillo de Melun, diciendo á su padre:

—El luto de mi madre durará toda la vida. No os presentaré jamás á la persona de quien habíamos hablado.

Era el Marqués hombre de mucha inteligencia, muy delicado y muy indulgente. Nunca preguntaba á su hijo nada; pero en los momentos de expansión que tenían entre ambos se comunicaban hasta lo más tribial é insignificante.

Roberto refirió en esta ocasión todo lo ocurrido á su padre, sin omitir ni el menor detalle.

El Marqués sufría horriblemeute al escuchar tanta infamia; pero no queriendo abrumar más á su hijo, á quien consideraba harto desgraciado, se limitó á decirle:

—Has estado metido entre canalla. ¡Pobre hijo mío!—Añadiendo:—¿No habría medio de salir de entre las garras de esa gente de baja estofa?... Consultaré á los abogados de nota; lo ensayaremos todo...

No podía dejar á su hijo á merced de tales gentes, y estaba dispuesto á hacer cuanto de él dependiese para su tranquilidad.

—¡El diablo cargue con esa bribona!—exclamaba.

Roberto le suplicó que guardase silencio y no se ocupase de este asunto, á fin de evitar el escándalo.

—Esa mujer—le decía—se conforma con llevar el nombre de Morgan y me ha cedido á su hija. ¿Qué más se puede pedir? Mi vida es triste, lo sé; pero mi hija y vos endulzaréis mi acibarada existencia.

Amaba locamente á su hija y eligió para criarla á unos antiguos servidores del Marqués que vivían en Villerville, su país, donde habían comprado un campo y una barca pescadora, y Cipriana crecía muy robusta á la orilla del mar en casa de los Ruaud.

Un día fué el Marqués á conocer á su nieta, y quedó absorto al notar el parecido de ésta con su hijo cuando era niño.

—Lo que consuela al hombre al llegar á la decrepitud—decía el Marqués—es que la vida que se

extingue se ve reproducida en la prole que uno deja.

De buen grado hubiera llevado consigo á su nieta; pero consideraba el disgusto que recibirían aquellas pobres gentes, que la querían más que si fuera su propia hija; además de que la niña, enfermiza de suyo, se iba desarrollando admirablemente merced á los cuidados de los Ruaud. A pesar de esto, pensaba constantemente en su nieta y decía á su hijo á menudo:

—Es preciso que Ciprianita venga á nuestro lado, porque, mirándolo bien, ¿qué debemos temer aquí? Además, tú no me bastas; eres ya muy viejo para que yo me entretenga contigo, y necesito á mi nieta, para que con sus juegos é infantiles caricias endulce los últimos días de mi existencia.

Tres años habían trascurrido sin que Elena Morgan diera señales de vida, y en este intervalo, Roberto, que había olvidado ya todas sus desventuras pasadas, se entregó en cuerpo y alma á nuevos amores; pero esta vez no era la embriaguez ni la fantasmagoría de poseer un hada durante una hora lo que le hubiese empujado á todas las locuras imaginables. No, no era esa especie de locura que enerva los sentidos y pone al hombre fuera de sí mientras dura su impresión.

Lo que sentía ahora era un amor muy profundo, lleno de pureza y de respeto. Lo que experimentaba por Gilberta era una ternura llena de timidez,

un afecto dulce y tranquilo. Era el amor de toda una existencia, sustituyendo al amor de una hora. La quería con efusión, pero la respetaba tanto como adoraba en ella. Comprendía que si no era rechazado le habría concedido Dios el privilegio de gozar de una dicha con la cual no había soñado, y esto, que lógicamente debiera alegrarle, le entristecía porque no se creía digno de tanta dicha.

Con la resignación de un mártir ahogaba en su pecho los latidos del corazón al pensar que Gilberta no podía ser para él más que una especie de hermana de la Caridad.

Cuando la encontró en las costas de Gracia debió haberla dicho que era casado y que aquella niñita era su hija. Esto hubiera evitado la mala impresión y las mil conjeturas que Gilberta formara al verle huir con tanta precipitación. El mismo amor que la profesaba le hizo huir despavorido á la sola idea de que la joven le retirase hasta la compasión que sentía por él... Pero... ¿y si ella le amaba? Este pensamiento le hacía estremecerse y tenía accesos de rabia contra sí mismo.

—¡Yo no era ya un niño...—se decía—no me han seducido! Fuí yo quien suplicó. Ella pretendería ser Condesa ó Marquesa, ¿quién sabe cuáles serían sus propósitos?... Pero la verdad es que me hizo casi una concesión al aceptar el título de Condesa. ¡Yo lo quise!...

Pensaba muchas veces en el divorcio; pero el es-

cándalo que este paso podía producir le contenía. Parecíale estar viendo á la vieja Marquesa imponiéndole silencio con su severa fisonomía y diciéndole: «¿Vas á dar armas á los periodistas y á los maldicientes para que se ensañen en el nombre de tu familia?»

Veía poco á Gilberta y trataba de olvidarla, á fin de consagrar toda su vida y todo su cariño á la pequeña Cipriana; pero su estrella, que burlaba todos sus designios, hizo que el comandante Verdier, enemigo de toda intriga, fuera á Dammarie á presentar su candidatura á la diputación, al propio tiempo que el Marqués de Montbrun trataba de presentar la suya y cuando asuntos particulares obligaban á Roberto á visitar á la señora Herblay, encontrándose de nuevo á Gilberta en su camino.

Todos sus planes se desbarataron al ver á la joven.

Tenía el propósito, que descuidó al hallarse en presencia de Gilberta, de no volverla á ver, de olvidarla, si es que esto podía ser posible, y si Gilberta se casaba, tendría el consuelo, cuando fuera madre de familia, de decirla lo mucho que la había amado y lo feliz que hubiera sido uniéndose á ella. Esto creía el joven Conde que habría bastado para llevar á su alma la tranquilidad y el consuelo. Se imaginaba verse ya con el cabello blanco refiriendo á Gilberta, madre de familia, lo mucho que por ella había sufrido en silencio. Pero su entrevista con la jo-

ven en casa de Enriqueta le hizo volver á la realidad de las cosas.

Cuando se encontró á solas en su habitación, tan oscuro y sombrío vió su porvenir que le faltó poco para llorar. Parecía un prisionero á quien después de prometer la libertad se sumergiera en un calabozo más lóbrego aún, arrebatándole todo género de esperanza apropósito de esta libertad. Todas las esperanzas y dichas soñadas desfilaron de nuevo ante él en presencia de la joven; pero cuando volvió á encontrarse solo en su cuarto y echó una rápida ojeada á sus desventuras, comprendió el abismo en que había vuelto á caer.

Ensimismado se hallaba en estas reflexiones cuando un criado vino á anunciarle que el Sr. Marqués le esperaba con impaciencia. El joven bajó de sus habitaciones y se dirigió á las de su padre, entrando en el salón encarnado, donde, según el sirviente, le esperaba el Marqués. La humedad de aquel aposento, en donde estaba el retrato de su madre, que parecía hablar aún, y dirigirle tiernas pero severas miradas, hizo comprender al joven que algo grave acontecía, y que el abrirse aquel salón por primera vez después de la muerte de la Marquesa, era tan sólo para que fuera testigo de sus debilidades y con el fin de darle ánimos para resistir la noticia de alguna nueva desgracia.

La puerta se abrió; el Marqués, pálido como un muerto, adelantó hacia su hijo, y tendiéndole la

mano sin pronunciar una sola palabra, esperó á que el criado, que estaba descorriendo las persianas, saliese de la estancia.

El Marqués de Montbrun era hombre de unos sesenta y cuatro años, cargado de espaldas, de ojos azules y melancólicos, manos muy finas y maneras y exterior bastante rígidos. Envuelto en su larga levita, abotonada hasta el cuello, en uno de cuyos ojales se ostentaba una cinta encarnada, parecía uno de los miembros de la liga del siglo XVI vestido á la moderna y conservando su visible energía.

—Mi querido hijo—dijo bruscamente á Roberto cuando estuvieron solos,—tengo una mala nueva que darte...

—¿Sobre qué?—preguntó con ansiedad Roberto.

—¡Es un mal negocio! ¡Toma, lee esto que he recibido!

Metió la mano en el bolsillo de la levita y sacó de él una carta muy arrugada, que entregó á su hijo.—El Marqués la había estrujado con cólera al leerla.—Roberto se aterró cuando pasó la vista por ella.

Era una carta de Elena.

Pedía una entrevista al Marqués, pretextando tener que hablar con él de cosas muy serias, añadiendo que trataba de evitar un gran escándalo, que habría de perjudicar el buen nombre de los Montbrun, y que como ese nombre era el suyo (había subrayado las palabras «ese nombre») estaba tan inte-

resada como ellos en evitar el menor disgusto á la familia.

—¡La familia!—exclamó Roberto fuera de sí.

La carta estaba redactada en términos irónicos y amenazadores, añadiendo en ella que esperaría la respuesta del Marqués de Montbrun durante todo aquel día y el siguiente en el hotel del *Gran Monarca*, que estaba muy cerca de allí.

—Supongo que no habréis contestado nada.

—No, esperaba verte para decidir lo que convenía hacer, pues no sabemos qué intento será el suyo.

—¿Cómo?—respondió admirado Roberto.—¿Qué intento será el suyo?

—Sí, para mí es evidente que fragua alguna infamia y que corréis peligro tú y tu hija.

—No sabe dónde está Cipriana.

—Eso te figuras tú. El malvado no duerme cuando se trata de hacer daño. En fin: sea lo que fuere, es preciso escucharla y saber qué es lo que quiere, lo que espera... Yo tenía la esperanza, te lo confieso, de que no volvería á presentarse; pero me he equivocado. Es, pues, preciso tomar una determinación y escucharla.

—¿La recibiréis aquí? Eso no puedo consentirlo: la memoria de mi madre me lo impide. Profanaría este salón, en donde los pasos de la que está ahí presente se han deslizado tantas veces. Puesto que quiere hablar á un Montbrun, yo iré al hotel del *Gran Monarca* á hablar con ella.

Tomó su sombrero, que había dejado encima de una silla, y añadió, tendiendo la mano á su padre con cierta tristeza, en tanto que miraba fijamente al retrato de su madre:

—Hasta la vuelta; voy allá. Si fuera yo solo el que sufriera las consecuencias de mis locos devaneos; no lo sentiría; pero mi falta de reflexión os ha envuelto en ellos para haceros sufrir, y...

—¡Pobre hijo mío! Tu madre y yo tenemos en ellos nuestra parte de culpa, y sobre todo tu madre. No se puede sujear á un joven de tu edad de la manera que ella lo hizo contigo, porque resulta que en cuanto el joven tiene una hora de libertad, falto de experiencia, labra su desgracia y la de todos. La responsabilidad es de los padres; pero olvidemos el pasado y tratemos de remediar sus consecuencias en el presente lo mejor que podamos.—¡Tu mano abrasa!—dijo interrumpiéndose con cierto sobresalto.—¿Tienes fiebre?

—Quizás... Sí, acaso tenga algo de fiebre... No será nada.

—Cálmate; saldremos bien de todo, ¡qué diablo! —continuó el Marqués tratando de sonreir para tranquilizar á Roberto, aunque estaba tan intranquilo como él. Este salió en dirección del hotel más preocupado aún que si se encaminara á un duelo.

Al llegar al hotel, Roberto, preguntó por la señora Morgan y le contestaron que no sabían si había alguna viajera de este nombre. El joven se estre-

meció al pensar que quizás se hubiese inscrito en el libro de viajeros con el nombre de Condesa de Montbrun... Pero pronto se tranquilizó, porque le dijeron que la señora Morgan había salido después de haber esperado una carta con mucha impaciencia, y que volvería pronto, pues no había salido con otro objeto que el de dar un paseo en carruaje para visitar los alrededores.

—¡Entonces, hasta la noche!—dijo.

Volvió á su casa y comió con el Marqués. De cuando en cuando le miraba furtivamente, encontrándole muy agitado.

Este hacía lo propio con su hijo, y, movidos ambos por un mismo sentimiento, hubieran sacrificado su vida con gusto mutuamente si esto hubiera redundado en beneficio del otro.

Cuando Roberto se dirigía por segunda vez al hotel en que se hospedaba Elena, era de noche. Los viajeros tomaban el fresco sentados en un banco, respirando el aroma de algunos arbustos próximos á ellos, y el fondista, al ver al Conde, se levantó para indicarle el aposento en donde debía encontrarse la señora Morgan.

Elena estaba sentada al lado de una mesa leyendo un periódico.

El título de la hoja llamó la atención de Roberto: Era *La Anguila de Melun.*

Con una rápida ojeada examinó á aquella mujer, siempre bella, que tan amada había sido en otro

tiempo por él y cuyo sólo recuerdo le causaba ahora horror. No había perdido ninguno de sus atractivos. Pálida, esbelta, con negro traje, cuyo talle sumamente ajustado, hacía resaltar las redondeces de su pecho, pecho joven y vigoroso, tenía una extraña delicadeza en sus formas. Nerviosa, fría, el rostro regular como el de un mármol antiguo, los ojos verdes y dorado el cabello, cubriendo á medias su frente de niña y de irónica y virginal pureza, era un peligro para el joven.

Al ver á Roberto, dijo con tono seco, pero con voz vibrante y ligero acento inglés que tomaba por coquetería ó por táctica, pues no la era habitual:

—¡Ah! ¿Sois vos?

—Sí. Habéis escrito al Marqués de Montbrun, y es el Conde el que viene.

—Eso no es lo mismo.

—Evidentemente, no. La prueba es que el Marqués no os ha recibido.

—¡Bah! ¿Es para decirme esas lindezas para lo que os habéis molestado en venir? Podíais haber permanecido tranquilo en el palacio Montbrun, puesto que lo que he de comunicar á vuestro padre no debe interesaros mucho á vos.

—Mi padre y yo somos uno mismo. Lo que interesa al uno no deja de interesar al otro.

—Sea—dijo mordiéndose las sonrosadas uñas, que limaba suavemente con un cortaplumitas muy fino.

El joven contemplaba aquellos dedos, aquellas manos que parecían modeladas en cera, besadas tantas veces por él, embriagado, loco de amor y que ahora le parecían afiladas y terribles garras.

—Espero que no dudaréis—añadió la joven—de la sinceridad del aviso que quería dar al Marqués de Montbrun. ¿No es candidato por la circunscripción?

—No, no lo es.

—Tanto peor. Está aqui un excelente amigo mio, periodista, que es radical por ahora, pero hombre muy capaz de cualquier sacrificio por una persona á quien estima tanto como al Marqués.

—¿Cómo se llama ese señor tan amable?

—¡Saboureau!... ¡Saboureau de Reville!

La diminuta mano de Elena acercó á la lámpara el número del periódico de Garousse.

—¿Habéis leído *La Anguila*?

—No, vos la leeréis por mí...

—¡Ya la leeréis, descuidad! Quería advertir á vuesto padre que es preciso entenderse con Saboureau, y que éste defendería su candidatura con ardor, si así conviniera al Marqués.

—Mi padre os quedará muy reconocido por tan buen aviso. ¿Os habéis convertido en agente electoral?

—¡Yo!... Me burlo de la política, y no me gusta mezclarme en los asuntos de Francia... aunque yo sea francesa ahora.....—Miró al Conde, acen-

tuando con malicia la palabra francesa, y éste no pudo menos de mudar de color al escuchar tan sarcásticas palabras.—Pero creo deber mío, añadió, servir la causa de los Montbrun siempre que lo juzgue necesario.

Pronunció estas últimas palabras con arrogancia y con intención evidentemente provocadora, levantando al propio tiempo su preciosa cabeza con altanería.

—Lo cual significa—dijo Roberto—que sois vos quien se encargará de defender la causa y... ¿quién sabe si también el honor de los Montbrun?

—¿Por qué decís eso?

Roberto dejó bruscamente su sombrero sobre una mesa, y cogiendo una silla, se sentó frente á Elena, mirándola fijamente.

—Vamos á ver—dijo;—hablemos claros y con franqueza. Una mujer como vos no hace un viaje á Melun para advertir al Marqués tonterías y sandeces de elecciones... Eso no es más que un pretexto... ¡Algo más importante para vos debe ser lo que tenéis que comunicar al Marqués!... Pues bien, ¿qué es lo que queréis?

—Quería...

Calló, mordiéndose el labio inferior con sus diminutos dientes durante la pausa, y después dijo:

—¿Queréis saber absolutamente lo que deseo?

—Absolutamente.

—Es muy justo; sois mi marido, y tenéis derecho á interrogarme.

Sus ojos brillaron con infernal malicia.

—Eso era lo que recordaba en mi carta al Marqués, por si no se lo habíais dicho.

—Mi padre sabe el motivo que causa mis desventuras y el dolor de mi alma.

—Gracias por la galantería. Pero con vuestro dolor ó sin él, ese casamiento es un hecho... Sí, un hecho... Y en adelante deseo ocupar mi puesto.

—¿Es decir?

—Es decir.

La joven sonrió maliciosamente, y después añadió en tono breve:

—Nada más justo; soy vuestra esposa y estoy cansada de ocultarlo...

Miró al Conde, tratando de escudriñar el efecto que estas palabras habían causado en él, y cruzándose de brazos aguardó la respuesta.

Roberto, revistiéndose de paciencia, la dejó concluir sin interrumpirla. Respetaba en ella el recuerdo de la mujer ideal que creyó haber encontrado en otro tiempo.

—¿Me habéis comprendido bien?—dijo Elena al cabo de un momento.—Soy la Condesa de Montbrun, y quiero que me reconozcan por tal.

—Creía que estábais satisfecha con el precio recibido por la venta que me hicísteis—dijo el Conde con mucha frialdad.

—¿La venta? ¿Qué venta?

—La libertad absoluta de ambos, quedándome yo con Cipriana y dándoos, en compensación de esto, como lo hice, una parte de mi fortuna.

—Sí, acepté eso, es verdad. ¿Pero es suficiente el dinero para renunciar á un nombre tan ilustre como el vuestro y á mi hija además?

Un relámpago de paternal amor iluminó los ojos de Roberto, y como pensaba en Cipriana, sus labios se plegaron como para besarla.

—La niña debe haberme olvidado; pero quiero creer que vos la habréis repetido el nombre de su madre...

—Las honradas personas que la educan la hacen repetir nuestro nombre todas las noches, mezclado á sus oraciones.

—¡Ah!...—dijo—añadiendo bruscamente un: «gracias» que por la rapidez con que lo pronunció parecía respirar el mayor despecho.

—Quisiera verla—añadió pasado un momento.

—Sea, mientras no intentéis llevárosla.

—¡Ah, querido Roberto!... ¡Andad con cuidado! Estáis muy insolente... ¡Es un defecto que no os conocía!... Es verdad—dijo volviendo otra vez al tono irónico—que los caracteres cambian, según los gustos... Sois agresivo cuando se trata de mí y... ¿cómo diré yo? *idílico*, sí, esa es la frase, cuando se trata de otra...

—¿Qué queréis decir con eso?

—No necesito explicarme; me entendéis perfectamente.

—Yo no comprendo más que lo que se me dice clara y francamente. ¡Las indirectas y las perfidias son para inteligencias más claras y perspicaces que la mía!

—Bien; pero debo advertiros que es muy difícil vivir en una provincia, sobre todo cuando uno se titula Conde de Montbrun y viaja poniendo su nombre con todas sus letras en las listas de las fondas, como en la de Trouville, sin que se sepa todo lo que hace.

—¿Trouville habéis dicho?—preguntó Roberto.

—Sí, Trouville. Había allí al mismo tiempo que vos, una joven muy amable que, según dicen, no os era indiferente... El señor de Reville, el periodista de quien os he hablado, es quien me lo ha dicho. El lo sabe todo. Y yo sé también que la señorita Verdier...

—¿Queréis hacerme un favor?—interrumpió bruscamente el Conde.—No mezcléis jamás el nombre de esa joven en vuestras explicaciones. Es un aviso que os doy.

—¡Lo dáis como si diérais una orden!

—¡Algo de eso tiene!

—Parece más bien una amenaza.

—Admitamos que sea simplemente un aviso. Os ruego que respetéis ciertos sentimientos que no podéis comprender, y á ciertas personas á quienes, según parece, no conocéis.

—La Condesa de Montbrun tiene el derecho, yo al menos así lo creo, de conocer á las personas que interesan más particularmente á su marido—dijo Elena.

—¡Ah, Condesa de Montbrun! Volvéis á la misma cuestión...

—Sí. He venido para resolverla.

—Vamos á ver: hablemos claros, de una vez para siempre: ¿qué es lo que queréis?—dijo el Conde ya incomodado.

—Dos cosas: mi nombre y mi hija.

—¡Vuestro nombre!

—El que me habéis dado, que es hoy el mío.

—Escuchad—dijo el Conde.—Os he amado mucho; más que eso, os he adorado. No es posible que exista un amor más puro ni más vehemente que el que yo sentía por vos. Os adoré con tal frenesí que hubiera contrariado hasta la voluntad de mi madre, y desafiado su cólera por vos, que lo érais todo para mí... No lo hice é hice bien. Hoy estaría lleno de remordimientos y me reprocharía como un sacrilegio el haberla causado el menor sufrimiento. Mi madre, gracias á Dios, no supo jamás la locura de su hijo... Y os aseguro que aunque ahora hablo así, al casarme con vos al amparo de las leyes de vuestro país, no pensaba en otra cosa que en aseguraros una existencia de dicha y de bienestar á cambio del amor que necesitaba, y que creí haber encontrado en vos...

—¡Muy bien!—dijo Elena, viendo que se detenía como torturado por los recuerdos de otro tiempo.—¡Continuad! Os escucho, y no comprendo por qué os detenéis, pues debéis saber de memoria frases tan admirablemente preparadas.

—Tenéis que escucharme. Puesto que habéis venido á turbar nuestro reposo, tened también la paciencia de oír lo que me sobra razón para deciros: Sí, os amé. ¿Quién no lo hubiera hecho en mi lugar? ¿Quién hubiera adivinado que bajo esa hermosura, bajo esa angelical apariencia, se ocultaba un corazón tan pervertido? ¡Pobres ilusiones mías!... ¡En el mundo no existía otra cosa para mí que vos, y el día en que consentísteis en ser mía, os lo confieso, me sumergí en un mar de ilusiones y soñé con vos un cúmulo tan grande de placeres y de dichas como jamás hombre alguno ha podido soñar!

—Mi querido Roberto—interrumpió Elena con cierta sequedad,—cuando un hombre puede pronunciar frases como las que acabáis de pronunciar, aun después de la desilusión, no tiene derecho á quejarse, ni á condenar el pasado. Yo no he sentido nunca—hablo seriamente—esa loca alegría de que me habláis; de modo que no tengo por qué reprocharme, ni por qué lamentar lo que ya pasó.

—Yo sí, tengo vivo el recuerdo de que entregué mi felicidad en vuestras manos, y de que la destrozásteis sin piedad entre vuestras garras.

—¡Romanticismo puro!—dijo Elena levantándose

de pronto.—Os amé tanto como yo podía amar. Fuí sincera como vos. Si me equivoqué, no fué culpa mía... Sois muy espiritual, y yo demasiado... americana, si vale la frase. ¡Qué le vamos á hacer; esa es la vida! Cuando comprendí que hice mal en aceptar vuestra mano, era ya tarde... Eso es todo. Y como en vuestras quejas vendréis á recaer en los celos, os diré que Baresco ha muerto en Buenos Aires, adonde fué con objeto de poner en escena uno de sus dramas. Ahorraos, pues, vuestras disertaciones sobre este capítulo.

—No se trata de ese hombre, cuyo nombre, ya que no su recuerdo, me es indiferente... Pero sí debo deciros que desde el día en que faltásteis á vuestros deberes, arrastrando por el fango el nombre que podía y debía perteneceros, desde aquel día no habéis sido para mí la madre de Cipriana, la Condesa de Montbrun, sino una aventurera cualquiera; Elena Morgan, á quien después de haber adorado era preciso olvidar, olvidar á todo trance y para siempre, desechando su recuerdo como el más vergonzoso y execrable de mi vida.

—¡Execrable! ¡Qué cosas tenéis! ¡Lo que hay en esto de malo para vos—dijo lentamente Elena—es que no puede romperse con palabras lo que la ley ha ligado, y bien ligado!... ¡No podéis impedir que yo sea la Condesa de Montbrun, ni evitar que sea la madre de mi hija... Y si contáis con el divorcio...

—¿El divorcio?

—Sí, si contáis con el divorcio, podéis desechar esa esperanza. Para divorciaros necesitáis mi consentimiento, y ese no lo tendréis jamás.

—No necesito vuestro consentimiento para permanecer separado de vos.

—¿Separado?

—Para siempre, y ser tan extraño á vos como una persona á quien no hayáis visto nunca.

—¡Vos un extraño para mí! ¿Y nuestro casamiento?...

—Nuestro casamiento es nulo. Creo haberoslo advertido ya; pero si no fuera así, os lo anuncio ahora.

—¿Nulo?... ¿Nuestro casamiento nulo?

—Enteramente nulo. Comprad un Código civil y hojead el libro I, título V.

—¿Capítulo?

—Capítulo IV.

—¡Oh! estáis muy bien informado, querido. Se ve bien que habéis aprendido sus páginas de memoria... ¡Ese es un trabajo muy noble! ¡Digno de un hombre honrado! ¿No lo creéis vos también así? ¿Pero estáis bien seguro? ¿Yo no soy nada para vos? ¡Una extraña! ¡Una cualquiera! ¿Es esa vuestra opinión?

—Esa es mi certidumbre.

—¡Y me lo decís con la mayor tranquilidad del mundo, como un hombre de negocios que arregla sus cuentas!... «¡Tomad, mi querida esposa; esto es

todo lo que os resta!...» Eso es muy cómodo, muy fácil y sobre todo muy agradable para vos, sólo que tiene un inconveniente, uno solo, y es que eso es imposible.

—¿Lo creéis así?

—Estoy segura de ello. Hay jueces en París y hombres de Estado en Londres. ¡Puesto que invocáis la ley, atengámonos á la ley! Y con ella en la mano, pregunto yo: ¿Dónde encontraréis un tribunal que declare que la mujer que ha dado una hija al Conde de Montbrun no es Condesa de Montbrun, cuando además el Conde ha jurado y empeñado su palabra de honor ante un sacerdote?... Demostradme, con el Código en la mano, que mi hija no es mi hija. ¡Sabed que no ignoro dónde se encuentra!...—añadió con tono amenazador, poniéndose delante de Roberto, que se había levantado.

Le miró de manera tan extraña que Roberto vió en aquella mirada una amenaza y un peligro.

—En resumen, sé todo lo que deseaba. Vine á pedir al Marqués de Montbrun que recibiera á su hija y á su nieta en su casa, y no se ha dignado recibirme. En cuanto á su hijo, me ha dado unas esperanzas tan halagüeñas que me han dejado encantada. Está bien. ¿Queréis guerra? Pues la tendréis. La Condesa de Montbrun os hará saber dentro de muy poco que no es una aventurera y os obligará á reconocerla y á respetar sus derechos.

Y alargando el brazo, tiró con mucha violencia

del cordón de la campanilla. Como Roberto pareciera algo sorprendido de esto, Elena se echó á reir y le dijo con tono seco y nervioso:

—¡Oh! No es al camarero á quien quiero hacer mis confidencias: tranquilizaos. Tengo prisa por volver á París, y quiero aprovechar el último tren.

Miró el reloj y tiró por segunda vez del cordón de la campanilla, mostrando grande impaciencia porque nadie acudía á su llamamiento.

Una doncella entró por fin.

—La cuenta, un carruaje y bajadme mi saco de noche.

—Está muy bien, señora.

Se volvió hacia el Conde, le miró de arriba abajo y, sonriendo con irónica insolencia, le dijo:

—Hasta muy pronto, *darling* (queridito).

Esta cariñosa frase penetró en el corazón del joven como un hierro candente.

Roberto bajó la escalera al propio tiempo que Elena. No se había encontrado coche, y uno de los mozos del *Gran Monarca* había llevado el saco de noche de la joven á la estación.

—Está bien—dijo.—¡Iré á pie hasta el tren!

Se volvió á Roberto, y con cínica sonrisa:

—No os pido que me acompañéis—le dijo.

A las nueve de la noche en Melun no se encuentra ya por la calle más que alguno que otro transeunte que se retira tranquilamente á su casa. Cuando Elena salió con el Conde, la calle estaba de-

sierta y Melun dormía; los dos hombres que les entrevieron al salir del Gobierno civil eran los únicos que pasaban por delante del hotel, cuyas puertas estaban ya cerradas, y, á la vacilante luz del gas, Cappois y Guenaut, estupefactos, miraron á Elena, á quien no conocían.

Entonces fué cuando su *perspicaz* mirada creyó reconocer en ella á otra mujer.

Elena se fué muy deprisa, perdiéndose en la oscuridad de la noche por las calles que conducían á la estación, y Roberto, acordándose de lo que ésta había dicho de Cipriana, volvió precipitadamente al hotel, y una vez en su cuarto, redactó un telegrama para Román Ruaud, en Villerville, que entregó á un criado á quien encargó que lo llevase á toda prisa al telégrafo, diciéndole antes de despedirle:

—Mañana iremos á Fontainebleau. Vuestros primos Debray están en Avon, ¿no es verdad?

—Sí, señor Conde.

—¿Querrían encargarse de cuidar á una niña?

—¡Una niña!... Si el señor lo ordena...

—¡Mañana me acompañaréis á su casa!

—Como el señor Conde guste.

—Ahora id todo lo deprisa posible y poned ese telegrama.

IX

La señora Herblay, en tanto que esperaba al comandante Verdier, interrogaba hacía más de media hora á Emilio Ducasse acerca del incidente de la víspera en la fiesta de Chailly, y *el joven Pitt*, aprovechando la ocasión, manifestaba á la encantadora dama sus ideas políticas y la manera que tenía él de juzgar la táctica que debía emplearse en cuestiones electorales. ¡Ah! ¡Si él hubiera sido elector, cómo hubiera influído el peso de sus discursos en la balanza de la victoria!

—¿Es decir—preguntó Enriqueta un tanto intranquila—que el comandante?...

Ducasse inclinó ligeramente su blonda cabeza.

—¡Oh! Es un hombre digno... honrado... una excelente persona el comandante; pero el manejo de una pieza de artillería no se parece en nada al de una reunión política... Ese Satanás de Garousse tiene sobre el terreno electoral más táctica que Verdier.

—¿Garousse?

—Sí, señora... Garousse.

—Sería una desgracia, una verdadera desgracia, el que Garousse se llevara la herencia de Charvet; ¡pero eso es imposible!

Había dejado algunos segundos de intervalo entre la primera frase y la segunda, y Ducasse sintió que todo su sér se agitaba al oír pronunciar las frases *herencia de Charvet*, y miró á la gran electora como si hubiera estado delante de una persona muy amada con quien por primera vez tuviera la dicha de encontrarse á solas.

El honorable sucesor del señor Charvet. ¡El honorable sucesor del señor Charvet! Emilio oía ya en su fantasía estas palabras, que evidentemente serían pronunciadas en el Palacio Borbón dirigidas á él, y no existía nada en el mundo que le impresionara tanto como esta idea.

El joven hablaba con la señora Herbláy sin reparar siquiera en ella, y sin embargo, era una mujer encantadora y digna de atención, tanto por su hermosura como por su vasta inteligencia.

Llevaba aquella mañana un traje de blonda de color crema, y rodeaba su esbelto talle, en cuyas ondulaciones había infinita gracia, un cinturón de plata en forma de serpiente. En sus pequeñas manos revolvía un librito, dándole un millón de vueltas y manejándolo como si fuera un abanico. Ducasse, al mismo tiempo que contemplaba las ma-

nos, que eran lindas, se fijaba en el título del libro, que era algo serio: *¡Darwin!*

—Veo que os he interrumpido. ¿Estábais leyendo á Darwin?

Enriqueta sonrió.

—¡Lo releía!—dijo.

Ducasse emitió su opinión acerca de Darwin con frases que llevaba él estudiadas para ciertos casos, y en seguida hizo recaer la conversación en su *ídolo Pitt.* ¡En el gran Pitt!

—¡Ah, qué hombre Pitt! ¡Francia no ha tenido jamás otro hombre como ese!

—Ni Francia, ni Inglaterra—rectificó Enriqueta —han tenido *otro.*

Emilio era del mismo parecer; pero al menos la Gran Bretaña sabía honrar á sus grandes hombres. El primer Ministerio de Pitt había durado diecisiete años. ¡Diecisiete años! ¡Eso valía la pena de aceptar una cartera! Y cuando Pitt estuvo enfermo, sí, cuado estuvo enfermo, al recobrar la salud, se iluminó Londres como si se hubiera tratado de una gran victoria. ¡Eso es lo que se llama respetar la sabiduría! ¡Dichoso el pueblo que tiene ese talento!

Y Ducasse se iba exaltando poco á poco.

—La moción de un voto particular para los funerales públicos y para elevar un monumento á Pitt—continuó—tuvo 288 votos contra 89, y la Cámara de los Comunes votó *un millón cuarenta mil*

libras para pagar todas las deudas de Pitt. ¡Qué país, señora, y qué tiempos!

Hablar así al lado de aquella encantadora mujer tan elegante y que fijaba sus hermosos y rasgados ojos en él, escuchándole con atención, le exaltaba, pero no por la seductora sonrisa ni por la contemplación de las nacaradas y pequeñas manos de aquella hermosa criatura. ¡Nada de eso!... ¡Por Pitt, por William Pitt! *¡Billy!* como él le llamaba. Y Ducasse recitaba, comentaba y daba detalles del famoso discurso de *Billy* sobre la reforma electoral, refiriendo cómo, al hablar de aquel hombre universal, un fabricante de algodón de Mánchester decía después de haberle oído: «¡Se creería que ha pasado su vida entera en una fábrica de hilados!»

—Y pensar—añadió Emilio—que la noticia de la batalla de Austerlitz acabó con él... ¡Esta noticia fué su verdugo!

Llegó casi á maldecir á Austerlitz, que tenía la culpa, según él, de la destrucción de tan grande hombre. Austerlitz tomaba de repente ante Ducasse la apariencia de una gran desgracia para la *humanidad*, y costó mucho trabajo á la linda señora consolar al joven, que realmente se había puesto enfermo comentando la pérdida de William Pitt.

—¿Por qué os disgustáis tanto? ¡Pitt no existe ya, y es preciso resignarse! ¿Cómo váis á remediar tan gran desgracia!

—Yo, señora, no me consolaré nunca de semejan-

te pérdida — respondió Ducasse con toda sinceridad.

Entonces Enriqueta, sonriendo, contó con sus preciosos dedos:

—Pitt... nació en 1759... Murió en 1806... Hoy, ¡ah! siento decíroslo, hace mucho tiempo que hubiera desaparecido del mundo sin necesidad de Austerlitz... ¡Tendría ahora 125 años! ¡No es lógico esperar que hubiera vivido á los 125 años! ¡Cómo estaría William Pitt de 125 años!...

Estas reflexiones, aunque acertadas y justas, no convencieron á Ducasse, porque los centurios, si bien son raros, decía, no son seres imaginarios. ¡Vivir al mismo tiempo que Pitt, codear y saludar al gran Pitt, aunque tuviera 125 años, hacía palidecer de emoción al exaltado joven, que encontraba decididamente vacío el mundo sin esta gran figura.

—¡Si no podéis respirar en el vacío formado por la muerte del hijo de lord Chatam—dijo Enriqueta con ternura,—hacedle revivir!...

—¡Ah! señora, ¡no sabéis la herida que abrís en mi corazón con esas frases!

El pobre Emilio parecía ante ella un enamorado á quien la eterna palabra sube á los labios y tiembla y titubea sin osar pronunciarla.

—¡Hay algo que me halaga, que me tortura y que me humilla!...

—¿Queréis un vaso de agua?—preguntó Enriqueta en tono irónico.

—Gracias. Cuando pienso que á mi edad Pitt... el gran Pitt, había pronunciado ya el famoso discurso de que acabo de hablaros, mientras que yo... yo...

La gran electora sonreía y observaba atentamente á Emilio, deduciendo de sus observaciones que tenía una voz clara y bien timbrada, aspecto de orador y modales severos y parlamentarios.

—¡Oh! Sois muy joven todavía, Sr. Ducasse.

Este mudó de color como si le hubieran insultado. ¡Muy joven!... Hubiera deseado estar ya en la decrepitud, para no ser consolado por aquella horrible juventud de que se le acusaba.

—¡No os desesperéis tanto! ¡Día llegará en que se abran las puertas de las tribunas para daros paso, como á vuestro *ídolo!*

—¿Como á *él*? ¡Oh, señora! ¿Y si ese día no llegase nunca?...

Había tal dolor en las palabras de Emilio y tanta severidad en su mirada que Enriqueta empezó á pensar seriamente en que aquel joven había nacido para el Parlamento y que llegaría á ser algún día una gloria patria.

—¡Si no hubiera entregado la *égida* en manos de Verdier!... ¡Tal vez Ducasee la desplegara hoy ante el país con más energía y mayor acierto que aquél!

Estaba admirada de ver el acierto con que juzgaba Emilio todos los acontecimientos políticos. ¡Si Verdier poseyera esta ciencia particular en materia de elecciones!... Rogó á Ducasse que la con-

tara más por extenso todo lo ocurrido en la víspera, á fin de seguirle observando desde el punto de vista de su oratoria.

—¡Ah! si hubiérais estado allí, señora, cuánto mejor hubieran andado las cosas; porque creo que haríais por nuestro candidato lo que la Duquesa de Devonshire hizo por el suyo.

Enriqueta se echó á reir.

—Ya sé—dijo—que la Duquesa de Devonshire propuso á un carnicero cambiar su voto por un beso. ¿Es eso lo que queríais decir?

—Ciertamente.

—¡Cuidado!... ¡Ya sabéis que fué por Fox, y no por vuestro amigo Pitt, por quien la Duquesa hizo votar! ¡Pero, en fin, fuera por quien quisiera! ¡Tenéis razón; yo haría los imposibles porque nuestro candidato saliera triunfante!

Se levantó viendo aproximarse á Verdier y á su sobrina, que atravesaban el jardín.

—Aquí están—exclamó, y mientras que Ducasse se levantaba, siempre correcto y fino, la señora Herblay. envolviéndole en una mirada, dijo hablando como consigo misma:

—¡Es lástima!

—¿Qué? ¿Qué es lástima, señora?

—Nada. Pensaba... en que sois *elegible*... ¡Bah! ¡Todo llega!...

El joven, comprendiendo por completo su pensamiento, vió abrirse un mundo de esperanzas ante

él. ¡Elegible hoy, y mañana quizás candidato!... ¡Candidato!... Sintió impulsos de coger la mano á Enriqueta y estampar en ella un ósculo de agradecimiento.

El almuerzo no se hizo esperar. El comandante no tenía apetito, se le oprimía la garganta y no podía tragar. ¡Volver á presentarse ante sus electores, y antes de esto dar al público y á Mederico Charvet su proclama¡ ¡No podía acostumbrarse á esta idea, y le disgustaba soberanamente!

No había tiempo que perder, y apenas almorzaron, Enriqueta dictó al comandante el plan que debía seguir durante el día. Desde las doce hasta las dos, paseo á pie, apretones de manos y conversaciones familiares. Distribución de cigarros acá y allá.

—Emilio Ducasse los llevará y se encargará de eso—añadió.

—¡Oh! ¡El cigarro! El cigarro es muy importante—dijo Emilio.—Conozco á personas que el dar un cigarro á tiempo les ha hecho llegar á ser Ministros. La cosa más insignificante forma algunas veces los cimientos de una gran fortuna. El señor Laffitte llegó á ser millonario por recoger un alfiler á tiempo. ¡No despreciemos el aviso y cuidemos los cigarros!

Después de las dos, y de conocer á los electores de *Dammarie*, era preciso visitar la fábrica de dulces secos y en conserva situada en el camino de Melun, y en Melun hacer una visita al Gobernador.

Volverse á *Dammarie*, comer, y después de la comida leer la *profesión de fe* ante el comité, que se compondría de Guenaut—opinión exaltada—Cappois—opinión moderada—y Charvet, que sería el juez más bien que el consejero.

Son casi de la misma edad Verdier y Mederico—pensó Enriqueta mirando á Ducasse involuntariamente.

El comandante obedecería punto por punto esta orden del día; estaba acostumbrado á las consignas, de suerte que reunía, á sus buenas cualidades, la pasiva obediencia del militar. Contaba con que Fournerel, su antiguo soldado, le guiaría á través del distrito, en donde él era muy popular, y le indicaría las puertas á que debía llamar. ¡Llamar á las puertas pidiendo favor! La perspectiva de ese nuevo oficio de solicitador acabó de disgustar al pobre comandante, y los acontecimientos de la víspera se reprodujeron en toda su triste desnudez en su imaginación.

¡De nuevo las mismas discusiones en presencia de los electores, en las calles y en las tabernas, hablando un lenguaje que no comprendía! ¿Qué iba á pasar en esta nueva reunión electoral?

Un criado anunció á la señora Herblay que Fournerel había llegado. Esto sacó del letargo en que se hallaba, distrayéndole de sus cavilaciones, á Verdier.

—¡Me alegro!—dijo Enriqueta.—¡Ahora, coman-

dante, á las armas! ¡Vuestra égida está enhiesta! ¡Buena suerte!...

Y tendiéndole aquella diminuta mano, que había contemplado Ducasse poco antes, le dejó paso.

Emilio, que se había levantado al mismo tiempo que el comandante, preguntó á Gilberta:

—¿No nos acompañáis, señorita?

—Lo haría con gusto, si pudiera.

—La política debe interesaros mucho, ¿no es verdad?

—¿La política? No; pero sí mi tío, que no es hombre apropósito para esas intrigas y que va á pasar hoy otro mal rato.

—Sí, pero cuando haya sido elegido todo quedará compensado... Entonces os enorgulleceréis de ser la sobrina de un hombre que gobierna el país... le aconsejaréis y hasta le dirigiréis.

—¿Yo?

—No sería del todo malo que la mujer tuviera participación en los Gobiernos... John Stuart Mill es de ese parecer...

Gilberta se echó á reir, preguntándole qué harían las mujeres en el Gobierno, dirigiendo la opinión, cuando no saben dirigirse á sí propias.

Y con melancólica sonrisa, como si el recuerdo de tristezas pasadas la asaltara, continuó:

—Eso se queda para la señora Herblay—decía esto risueña y sin malicia alguna,—que es una inteligen-

cia superior... pero no para el común de los mortales. No, no es eso lo que me preocupa.

—¿Y qué es lo que os preocupa, señorita?—preguntó Emilio.

—Todo, y nada.

—Eso es mucho y no es nada como decís.

—¿Lo creéis así?

Enriqueta se acercó instintivamente, curiosa por saber lo que podían decirse aquellos dos jóvenes, y sin darse cuenta de ello preguntó á Gilberta si hablaban de elecciones.

—Casi, casi; pero sí diría de buena gana al señor Ducasse lo que no me he atrevido á decirle, y es que le quedaría muy agradecida si quisiera emplear su talento en favor de mi tío.

—Señorita—dijo Emilio moviendo la cabeza,—os complacería con gusto; pero me es imposible. No soy elector.

Miró con ironía á la señora Herblay, y añadió:

—Podría tomar la palabra como *elegible*... ¡Como elector me está prohibido!

Quedó como ensimismado después de pronunciar estas palabras, armóniosas para él como una sonata de arpa eólica.

La señora Herblay decía por lo bajo á Gilberta:

—¡Tenéis razón en recomendarle á vuestro tío! ¡Buen abogado, vicepresidente de la conferencia Montesquieu y con la costumbre de buscar las pa-

labras! ¡Tiene mucho de Montesquieu: de Montesquieu, que legislaba con tanto talento!...

El comandante, que estaba apercibido para emprender la peregrinación, metía y remetía los guantes en las manos, preguntándose qué sería más conveniente hacer en semejante caso, llevar guantes ó no. Emilio Ducasse le sacó de este apuro.

—Llevar guantes es más aristocrático y no llevarlos más democrático—dijo.—Cortad, pues, por medio, comandante, es decir, quedaos en el término medio. No os pongáis más que uno.

—Es una oportunidad en la que no hubiera caído nunca.

Enriqueta empezaba á encontrar á Ducasse muy ingenioso.

Acompañaron al comandante hasta la puerta de la verja, en donde Fournerel, alto y seco como un poste, esperaba al comandante como si estuviera á la puerta del cuartel.

—Salud, mi comandante — dijo llevándose la mano á la frente y sosteniendo con la otra el sombrero de fieltro.—¡Tendremos jaleo, mi comandante! ¡Garousse está en Dammarie!

—¿Estáis seguro?...

—Le encontraremos siempre, hasta el fin de la jornada, en nuestro camino.

Ya estaban á algunos metros de distancia del castillo, y Verdier volvía aún la cabeza á cada paso para despedirse de su sobrina, como si le costara un gran

trabajo alejarse de ella. Ducasse encontraba muy sentimental al comandante. ¡Tanta emoción por una aventura tan insignificante! ¡Se despedía como si fuera á dar la vuelta al mundo dentro de un globo!...

Llegaron por fin á Melun, y varios electores se les acercaron con objeto de hablar y conocer al candidato. «Al candidato de la señora de Herblay»—decían ellos. Al atravesar la plaza, un caballero de barba canosa, que salía de una casa próxima á la iglesia, se paró mirando atentamente al comandante. Uno de los que le acompañaban le dijo, señalando á Verdier:

—Ese es el candidato republicano.

Cuando Verdier estuvo á dos pasos del caballero, éste le saludó como pudiera haberlo hecho un oficial de Fontenay y le dijo:

—Celebro el favor de la fortuna que me depara la ocasión de manifestaros lo mucho que os estimo antes de combatiros con todas mis fuerzas.

Verdier, aunque sorprendido, se quitó el sombrero y miró fijamente al que le hablaba. Tenía idea de haberlo visto otra vez, y encontraba en él cierta semejanza con Enrique IV, aunque la mirada de éste era más melancólica y se notaba más tristeza en su semblante.

—¿A quién tengo el honor de saludar, caballero?

—Habéis sido el capitán de mi hijo. Soy el Marqués de Montbrun.

El comandante le reconoció, experimentando grande alegría en volver á encontrar al padre del simpático joven á quien había visto conducirse con tanto valor en el Loire, y olvidándose de que era su adversario político—y lo era, aunque el Marqués no había aceptado la presentación de su candidatura—conversó con él largo rato.

—A Emilio Ducasse le parecía que Verdier cometía una falta de táctica, y los electores se miraban unos á otros sorprendidos. ¡Ponerse á hablar en medio de la calle el candidato de la señora Herblay con el Marqués de Montbrun! ¡Si al menos hubiera estado el Marqués solo!... Pero iba acompañado del antiguo secretario del Imperio, Potermet, y esto variaba. El comandante no sabía indudablemente quién era aquel hombre; pero los electores sabían muy bien que había sido el sostenedor de todas las candidaturas oficiales en otro tiempo, y que no había perdonado bajeza alguna para conseguir ser condecorado.

Ducasse veía en el disgusto que esto causaba á los habitantes de Dammarie, y Fournerel, más impaciente que nadie, murmuraba entre dientes: «El comandante comete una tontería. Se deben ahogar las afecciones. Antes que ellas está el deber. ¡Mostrarse con Potermet ante todo el mundo!»

Por otra parte, Potermet miraba con desconfianza al comandante, en tanto que éste hablaba tranquilamente al Marqués de su hijo Roberto, atestiguándole

además el placer que sentía en ver de nuevo al padre del Conde á quien apreciaba tanto. Ni una palabra de política habían hablado. Sin embargo, los cuchicheos no cesaban y todo el mundo estaba atónito al notar tantas deferencias entre dos personajes de tan opuestas ideas.

—Comandante—dijo el Marqués al cabo de unos momentos,—deploro haber retirado mi candidatura de la circunscripción, por verme privado de la honra de teneros por adversario. Vencido, tendría al menos la certeza de que nuestro rincón de tierra estaba representado por un hombre digno y de excelente corazón. ¿Queréis dispensarme el honor de estrechar mi mano antes de lanzaros á la batalla?—añadió, tendiéndole la mano, que Verdier estrechó sonriendo, visiblemente satisfecho.

—¡Diablo! — pensó Ducasse.— ¡Un apretón de manos!

Los electores no sabían á qué atenerse.

—Es un hombre admirable este Marqués—dijo el comandante viéndole alejarse.

—No debéis hablar así, querido comandante—interrumpió Emilio.—Delante de mí no importa, pero si os oyeran...

—¿Qué queréis decir con eso?... ¡Si me oyeran!... Pues bien, si me oyeran, me oirían.

—¡El Marqués es legitimista!

—¿Qué tiene que ver eso con sus buenas cualidades?

—Consultad al Sr. Fournerel—dijo el joven parlamentario como si declinase la responsabilidad en el debate.

El veterano pensaba que, en efecto, era muy peligroso hablar y dar apretones de manos á un legitimista en el momento de presentar la batalla decisiva á electores republicanos. ¡Y si al menos el Marqués hubiera estado solo!... ¡Pero acompañado de Potermet!... ¡Hablar á Potermet! ¡Conocer á Potermet!

—¡Pues no le conozco después de todo! ¿Quién es ese Potermet?

—El antiguo agente electoral de Dulaurier y de Balleydier.

Todos esos nombres causaban al comandante el mismo efecto que si fueran vocablos de idiomas extranjeros y desconocidos por él. ¡Balleydier! ¡Dulaurier! ¡Potermet! ¡Jamás los había oído nombrar hasta aquel momento!

—Sepamos— interrumpió — ¿qué pueden influir esos nombres, desconocidos para mí, en mi elección?

—Comandante, en los escrutinios como en las revoluciones, la menor cosa, el más ligero incidente, á veces, hace cambiar por completo el triunfo. ¡Quizás os arrepintáis algún día de ese apretón de manos!

—¡Nunca se arrepiente uno de haber estrechado la mano de un hombre de honor!

Ducasse se encogió de hombros, como diciendo: ¡Tú contento!...

Un hombre apareció pregonando un periódico: *La Anguila de Melun.*

—¿Quién es ese que vende el periódico?

—Le conocéis, mi comandante. Os he hablado de él. Es un antiguo soldado de la batería... ¿No os acordáis de Poniche?

—¡Poniche!—dijo el oficial, á quien recordaba este nombre el de un artillero que estaba siempre castigado en la corrección.

El vendedor continuaba gritando con toda la fuerza de sus pulmones y con voz aguardentosa:

—¡El nuevo periódico de Melun!... *¡La Anguila!* ¡Quién pide *La Anguila!...*

Se paraba á las puertas de las casas, de donde salían apresuradamente á comprársela. Sacaba un número de su cartera, recibía los cinco céntimos y, haciendo un gesto burlón, continuaba pregonando la mercancía.

—¿Sabe siquiera lo que vende?—dijo en alta voz Verdier, á quien el ver que compraban el periódico exasperaba.

¡Se reirían de él, de Verdier, en las tabernas y figones! ¡Aquellas gentes repetirían la sangrienta burla del gacetillero! «¿Qué artillero es ese á quien se paga por matar á los hombres y les salva? ¡Que nos devuelva nuestro dinero! ¡Quitarle los galones!»

Se fué derecho á Poniche, apesar del sol que abrasaba, y se puso en medio de la plaza delante del antiguo artillero, quien al fijarse en él se quedó con la boca abierta y llevando instintivamente la mano, como á la visera del ros, á la de la gorra en que se leía el título del periódico del escándalo, exclamó:

—¡Mi comandante! ¿No me equivoco? ¿Sois vos mi coman...

—¿Y eres tú—dijo Verdier—el que hace la propaganda de *La Anguila?*

—¿Qué queréis, mi comandante? Las circunstancias...

—¡Un magnífico periódico!... ¿Sabes lo que trae contra mí?

—Lo sé y no lo sé, mi comandante... Lo sé; pero no entiendo una palabra del particular...

Poniche pronunciaba estas palabras mirando la cartera donde llevaba los números del periódico, que Verdier parecía estar dispuesto á echar al diablo.

—¡Oh! el comandante no tiene la sangre fría que requiere la política—pensó Ducasse adivinando la cólera que ahogaba á Verdier.—¡Muy fino hace un instante con el Marqués, con el candidato legitimista! ¡Muy violento ahora con ese pobre diablo!... ¡Malo!... ¡malo!...

El comandante, advirtiendo la turbación de Poniche, le preguntó:

—¿Te pagan mucho por ese *honrado* oficio?

El antiguo soldado no contestó.

—Vamos á ver, Poniche: tú sabes bien que no hay ni una palabra de verdad en todo lo que cuenta ese periódico de mí, y sin embargo...

—Eso es verdad, mi comandante, ni una palabra. ¿A quién se lo contáis?... Es preciso ser muy perverso y tener miras particulares muy bajas y rastreras para proceder así.

—¡Sí; pero así y todo, tú distribuyes y vendes ese infernal papel!

—¡Es verdad... pero no hago en ello más que ejercer un oficio!

—¡Un oficio infame!

—¡Oh! Sé muy bien que no me darán una cruz de honor por eso, mi comandante; pero es preciso trabajar en algo para ganar la comida, y uno toma lo que encuentra.

—Lo que yo creo que tratas tú de ganar es la *bebida*...

—También. Cuando se ha tomado la costumbre de empinar el codo, no se pierde tan fácilmente. Es el defecto que tiene también el Sr. Guenaut, con el cual hace mucho daño al partido.

—¡El Sr. Guenaut!...

—Sí, señor, mi comandante, el veterinario de Chailly.

—¿Qué daño hace el señor Guenaut?

—¿Qué daño hace?... Le pedí que me dejara distribuir, llegada la ocasión, vuestras proclamas,

y me respondió que estaba ebrio al pedirle semejante cosa; y en verdad que quien lo estaba era él, como lo prueba el que tenía todavía granos de uva aplastados en la frente. Entonces me dije:— ¡Ah! me niegas la distribución de las proclamas del comandante; pues bien, tomaré las de Garousse. ¡Y como Garousse publica un periódico, yo lo vendo! Y esto no lo hago por perjudicaros, mi comandante. ¡Me importa muy poco Garousse, como debéis comprender, y me alegraría mucho de que!... Vendo *La Anguila*, es verdad. ¿Pero no la vendería otro si yo no lo hiciera? Si siguiera mis impulsos, desdoblaría los números de *La Anguila,* diciendo: «Tomad, leed; pero no creáis una palabra... Garousse y todos los que hablan mal del comandante son unos canallas...»

Verdier se desarmó al oirle hablar así. No guardaba rencor ni á Poniche, ni al redactor de *La Anguila*. Todo esto le parecía ahora una bufonada irónica, de la cual no debía hacer más que reirse. ¡Ah! ¡la política! ¡La política!

Se encogió de hombros y echó á andar sin decir una palabra más al vendedor del periódico. Este alzó la aguardentosa voz diciéndole:

—¿Me odiaréis por eso, mi comandante? ¿Me odiaréis? Si me habéis de odiar, arrojaré *La Anguila* al Sena.—Y cambiando de tono continuó:

—Pedid el periódico de Melun, la infame *Anguila*. ¿Quién compra *La Anguila?*

Los vecinos de Dammarie, que rodeaban á Fournerel, saludaron al comandante cuando éste se reunió á ellos, después de dejar á Poniche. Los apretones de manos que distribuyó entre ellos les hicieron olvidar la conversación de hacía un momento con el Marqués de Montbrun.

El droguero, que era un táctico como Ducasse, deslizó al oído del comandante que estando Garousse en el tiro público, muy cerca de allí, parecía prudente presentarse en él, donde además había mucha gente del país que podría influir no poco en las elecciones.

—¡Pues vamos al tiro!—dijo el comandante.

Las secas detonaciones de la carabina del Tiro se oían más distintas cada vez. A medida que se acercaban, y poco á poco, se fué formando numeroso cortejo alrededor del candidato. El estanquero, el droguero, el panadero y el maestro de escuela iban á derecha é izquierda de Verdier y detrás otros muchos. Ducasse y Fournerel cedían el puesto á estos electores influyentes, que, según se dirigían hacia el tiro, trataban de separar al candidato de los demás acompañantes para hacerle en tono confidencial y lastimero alguna petición.

El estanquero había sido maltratado por la autoridad de una manera inicua... innoble... con motivo de una riña habida en su casa entre dos operarios de la fábrica de dulces secos, y le pedía una carta para el juez de Melun.

El panadero estaba agobiado, sumamente agobiado; se llevaban á su oficial mayor á las grandes maniobras y tendría que buscar otro. ¿Y dónde encontrarlo? Además; su oficial mayor, su contramaestre, era un modelo de obreros por lo trabajador y lo honrado. En cuanto á votar... no había necesidad de indicárselo... ¿Por quién había de votar más que por el comandante? ¿No habría medio de lograr que le dispensasen de asistir á las grandes maniobras? ¡Cuatro letritas del comandante bastarían! Muchos habían conseguido esta dispensa. Y aquí el panadero citaba nombres.

El maestro estaba furioso con el arquitecto de la nueva escuela. ¡Era demasiado pequeña! El señor Verdier tendría ocasión de juzgar por sí mismo. Puesto que el Ayuntamiento había contraído deudas, se había empeñado para hacer la escuela, era preciso que al menos fuera extensa, *palaciega,* —palaciega, esta era su frase.—Los palacios de los Reyes de abolengo debían ser sustituídos por los palacios de los Reyes de la inteligencia. Y él tenía el propósito de mandar grabar sobre la puerta de entrada á la escuela la siguiente inscripción: «Aquí se forma el pensamiento.» El Sr. Verdier aprobaría este proyecto á no dudarlo.

El comandante oía, como el día anterior, zumbar en su oído estas diversas confidencias y no sabía qué hacer ni qué decir. Trataba de contestar con una palabra, con un gesto; pero las peticiones y los rue-

gos continuaban sin interrupción. Al percibir á lo lejos á Garousse en la puerta de entrada del tiro, respiró un poco tranquilo. ¡Su contrario! ¡Al menos éste no le haría ninguna petición!

El tiro estaba establecido en el camino de Chailly, y las detonaciones que se oían se asemejaban á los chasquidos de un látigo.

Verdier se aproximó, y al verle Garousse, le preguntó, después de saludarle con acento en que se notaba ligera ironía, si le guardaba rencor por la escaramuza de Chailly.

—Ninguno—dijo Verdier con frialdad.—Cada uno de nosotros estuvo en su puesto. Yo cumplí con mi deber y vos desempeñásteis vuestro oficio.

La frase fué lanzada con tal claridad que alegró á Fournerel y no desagradó á Ducasse. Garousse adoptó el mejor partido que podía adoptar: aparentó no haber comprendido.

—Después de todo—dijo,—eso no ha sido más que el preludio de la lucha. El comandante debe apercibirse para ella, pues será encarnizada, violenta, sin cuartel.

—¡Tanto mejor!—dijo Verdier.

Había tal firmeza en sus contestaciones que Garousse se preguntaba si era el mismo hombre de la víspera: ¡Como no fuera que la picadura de *La Anguila* le hubiese irritado como la banderilla irrita y enloquece al toro! ¡Tanto mejor! ¡Eso probaba que el artículo era oportuno!

Garousse no estaba, como la víspera, acompañado de Saboureau: éste había quedado en la redacción del periódico; pero tenía á su lado á los más ardientes partidarios de su causa, entre los cuales se contaba Germán Trouillard, quien, esperando obtener una buena plaza cuando Garousse fuera *padre de la patria*, hacía todo lo que él se imaginaba que podía agradar al *magnate*...

Trouillard examinaba la fisonomía del comandante con cierta fijeza pensando que un buen dibujo á lápiz, publicado por *La Anguila*, que representase á Verdier con su larga y roja nariz y la barba puntiaguda, tendría un ruidoso éxito en el periódico. ¡Ya lo pensaría más despacio! Entre tanto se disponía á burlarse un poco del artillero, que seguía abrigando la imprudente pretensión de medirse con Garousse, quien tan maltrecho le había dejado el día anterior.

Pero Trouillard y su señor se miraron instintivamente como contrariados cuando Fournerel, que tenía su proyecto, encaminado á dar importancia á su comandante entre los electores, aproximándose al dueño del tiro, le preguntó:

—¿Pueden tomar parte en el concurso los candidatos?...

—¡Ya lo creo que sí!—dijo el hombre que tenía en la mano la carabina. ¡El concurso está abierto!... ¡Faltan aún algunos tiros! Yo inscribo el nombre del tirador y la fecha en el cartón... Coloco el cartón en una caja cerrada y después, cuando se han com-

pletado los puntos, se adjudica el premio. ¡Esto es sencillísimo!

—¡Si gustáis, comandante!—añadió alargando la carabina á Verdier.

Este trató instintivamente de cogerla; pero Fournerel se interpuso, y volviéndose hacia Garousse, dijo con maliciosa sonrisa:

—¡No, no! Debe darse la preferencia al adversario!... ¡A vos, ciudadano Garousse, es á quien toca tirar primero!

Garousse, que se había puesto colorado como la grana, miró á Fournerel con rabia; pero el antiguo artillero, con burlona sonrisa, mostró la carabina y saludando militarmente al enemigo del comandante:

—¡Vamos á ver, ciudadano, cómo os portáis!—añadió.

Germán Trouillard, tratando de atenuar el mal efecto que había causado la actitud de Garousse por su vacilación en coger la carabina, preguntó si por acaso estaba la candidatura en el blanco.—¿No sería mejor—añadió—ponerla en lo alto de una cucaña?

Fournerel, recogiendo la frase, hizo reir, á costa de Trouillard, á las gentes de Dammarie con su buen humor de soldado viejo.

Garousse comprendió que era preciso obrar, y cogiendo bruscamente la carabina de manos de Fournerel, hizo fuego casi sin apuntar.

—Muy á la derecha—dijo el dueño del tiro con frialdad.

La bala había pasado á gran distancia del cartón, yendo á clavarse en lo alto de la pared. Los espectadores guardaron silencio, esperando un nuevo disparo.

Al segundo tiro se aproximó un poco más al blanco el tirador.

—Mejor; pero todavía muy á la derecha—repitió el hombre del tiro.

Garousse buscaba una frase para salvar su amor propio, y Trouillard miraba con encarnizamiento la impasible fisonomía del comandante.

—¡Apuntad bien ahora!—dijo el hombre, presentando de nuevo la carabina á Garousse, que sentía impulsos de tirarle con ella.

La bala horadó ligeramente el cartón—siempre á la derecha,—y esta insignificancia provocó un murmullo de aprobación entre los partidarios de Garousse. Este se irguió, y mirando con altanería á su alrededor:

—¡Tiraré siempre lo bastante bien—dijo—para derribar á los que intenten menoscabar las libertades del pueblo!

—¡Bravo! ¡bravo!—gritó Trouillard.—¡Eso basta!

Su mano buscó la de Garousse, y alrededor de ellos se agruparon sus partidarios, «con más apresuramiento—pensaba Ducasse—que si se tratase de correr á las armas.»

Siempre con la misma frialdad, el dueño del tiro presentaba ahora la carabina á Verdier.

—¡Ahora os toca á vos, caballero!

—¡Vamos, mi comandante!—dijo Fournerel.—¿Os acordáis de vuestro triunfo en Bayona? ¡Teníais un ojo!

—Y sigo teniéndolo—dijo el comandante sonriéndose.

Tomó la carábina, y con mucha sangre fría hizo tres disparos seguidos, atravesando las tres veces el centro del blanco como si éste hubiera estado pegado al cañón de su escopeta.

Eran de oír á cada tiro del comandante las exclamaciones y los bravos; Fournerel celebraba la destreza del comandante con el entusiasmo verdadero del soldado que se dejaría matar por su jefe.

Los demás espectadores batían palmas. Trouillard miraba desdeñosamente á Verdier, y Garousse, con no menos desdén, murmuraba, lo bastante alto para que lo oyesen los que le rodeaban y con la suficiente precaución para que no lo oyera el comandante:

—¡Cualidad de soldado!

El hombre del tiro había sacado el cartón del cuadrito de hierro que lo sostenía, y mirándolo al trasluz se extasiaba pensando en la destreza del tirador. ¡Soberbio! ¡Ni una centésima de milímetro se habían desviado una bala de otra! ¡Qué ojo!...

—¡Tan sólo de ese modo se puede pertenecer al

7.° de artillería!—exclamaba Fournerel riéndose.

Ducasse, viendo el efecto producido en las gentes de Dammarie por la destreza del comandante, no pudo menos de pensar filosóficamente en la acción que ejercen sobre las masas «los triunfos de la fuerza.»

El panadero, que era al mismo tiempo teniente de la compañía de bomberos, proponía á voz en grito nombrar á Verdier comandante honorario de bomberos-zapadores de la villa.

El sable tenía aún en Francia un prestigio que el mismo Pitt hubiera envidiado.

—Yo no creo que haya nadie—dijo el hombre del tiro, introduciendo en la caja el cartón, avalorado con el nombre y apellido del comandante, Anselmo Verdier—que posea un cartón de más valor que este.

—¿Y qué es lo que gana con eso?—preguntó en tono de burla Germán Trouillard.—¿Un cubierto de plata? ¡Oh! ¡Eso arregla una casa!—añadió.

Y se fué entonando la canción de *La gracia de Dios*:

¡Y con la misma cuchara,
podremos comer los dos!

El comandante se alejaba ya, dejando á los espectadores asombrados de su puntería. Garousse podría decir lo que quisiera; pero los que habían presenciado el tiro pensaron que, después de todo, no se

podía jugar con un hombre que tenía tan fina puntería.

—¡Buen negocio, mi comandante!—decía Fournerel siguiendo á Verdier.—¡Esto vale más que todos los discursos de Garousse!

—Pueblo de sentimientos crueles—pensaba Ducasse.

Y Verdier se encogía de hombros oyendo la voz de Poniche, que, más ronca que antes, seguía gritando:

—¿Quién deja de leer *La Anguila de Melun?*... ¡Magnífico periódico *La Anguila*... para los unos! ¡Desesperante para los otros!... ¡Comprad, comprad *La Anguila*!

X

El comandante no quedó este día tan disgustado como el anterior. Es verdad que lo había perdido en conversaciones y charlatanerías inútiles, y que después de los certeros tiros de carabina, había tenido que sufrir en el camino nuevas preguntas, peticiones é interrogatorios interminables y absurdos. Pero si bien era cierto que volvía al castillo fatigado por la perpetua y eterna repetición de las mismas palabras y de las propias peticiones, también lo era que volvía mejor impresionado de los vecinos de Dammarie que había vuelto la víspera de los de Chailly. En Dammarie se había mostrado tal cual era en realidad, y podido decir más de cuatro verdades que le ahogaban.

La forzada y visiblemente respetuosa actitud de Garousse después de los tres blancos hechos, disparo tras disparo, por el comandante, satisfacía el amor propio de éste, que pensaba eran además una

especie de respuesta al absurdo artículo de *La Anguila.* La sesión de tiro debía enseñar á Garousse que el artillero, si la ocasión llegaba, podía levantar la tapa de los sesos á alguien.

Así lo debió haber comprendido, en efecto, su contrincante cuando le trató con tanto respeto después de este incidente.

Al llegar el comandante al castillo, comprendió Gilberta que no estaba tan preocupado como el día anterior.

—¿Se ha portado bien mi tío? — preguntó á Emilio.

—Admirablemente, señorita.

—¿Ha hablado bien?

—Ha hecho algo mejor que eso... ¡Ha hecho hablar á la pólvora!

Y como rogara á su tío que la refiriera todo lo ocurrido en su excursión, éste la dijo:

—¡Bah! Más tarde... Eso no vale verdaderamente la pena de entretenerse.

Ella no insistió más; pero conocía muy bien al comandante y estaba convencida, desde que le vió llegar, que no volvía descontento de sí mismo.

La señora Herblay, á su vez, interrogó á Ducasse:

—¿Cómo se ha pasado el día?

—¡Muy bien, querida señora!

—¿Entonces... mi candidato... progresa?

—¡Así lo creo, señora!

—¿Y Garousse?

—¡Hoy no estaba en su terreno!... El comandante ha tirado al blanco... y ha hecho desviar á mucha distancia de él á Garousse.

—¡Ah!—dijo Enriqueta.—¡Es una especialidad el comandante!... Si ganamos las elecciones le haremos disparar el cañón, y Garousse quedará pulverizado.

—Sólo que—dijo Emilio por lo bajo—ha cometido una falta.

—¿Grave?

—Bastante grave. ¡El Sr. Verdier ha encontrado al Marqués de Montbrun y...—el correcto rostro del joven expresó un tácito reproche—le ha dado la mano!

—¡Bah!—dijo Enriqueta.—¡Eso no tiene nada de particular! ¡Yo recibo en mi casa al joven Conde, sin que por eso se dude de mis convicciones políticas!

—¿Vos, señora? ¡Vos—dijo graciosamente Ducasse—le recibís, quizás para seducirle! ¡Estoy seguro de que hariais de él un buen republicano si le tuviérais algún tiempo bajo la influencia de vuestra mirada!

Enriqueta encontró la galantería muy delicada y tendió su pequeña mano al joven, quien, decididamente y sin darse cuenta de ello, se expresaba con un tacto... con un *esprit*... con una delicadeza...

Charvet llegó á tiempo de interrumpir la conversación. Anunció que Guenaut y Cappois, los dos

personajes más importantes del comité del partido, irían después de la comida á escuchar la lectura del manifiesto del comandante.

—¿Está ya concluído? Porque ya es tiempo de fijarlo por todas partes y repartirlo á todo el mundo... Eso os costará, os costará—añadió dirigiéndose á Verdier;—pero después el comité contribuirá... Es preciso fijarlo hasta en los árboles. La propaganda es el arma principal en las elecciones.

—Haré cuanto sea necesario hacer—dijo el comandante;—he empeñado mi palabra y cumpliré con mi deber, puesto que es un deber...

Esto decía; pero cuando pensaba en que se iba aproximando el momento de leérselo á los electores, se estremecía.

¡Leerlo como un doctrino ante aquellos dos hombres, á la vez protectores y jueces, le humillaba! En cuanto á Charvet, leérselo á Charvet no le rebajaba, porque al fin y al cabo era un respetable miembro del Senado. ¡Pero el notario!... ¡Pero el veterinario de Chailly!...

—¡Jamás pensó mi coronel en conocer mis ideas; era obedecido, y eso le bastaba!—decía para sí el soldado.

Estuvo nervioso toda la tarde hasta la llegada de Guenaut y de Cappois, quienes, después de saludar á la señora Herblay, saludaron á Gilberta de manera muy significativa.

Guenaut miró á la joven con impertinente curio-

sidad, y la preguntó con tono que la disgustó si «había dado un buen paseo el día anterior.»

—Muy bueno, gracias— contestó ésta.

Enriqueta, á quien nada se le escapaba, sorprendió entre los dos amigos miradas de inteligencia, que dejaban comprender se trataba de alguna cuestión de faldas. ¿En qué podrá interesar Gilberta á Cappois y Guenaut? —se preguntaba.—Pero no habiendo reunido á tan importantes personajes para tratar de pequeños detalles íntimos, trató de que, sin más dilación, se leyera el manifiesto del comandante.

Pasaron al salón y el solemne acto dió comienzo. Verdier se preguntó una vez más por qué se encontraba él en aquel aprieto y qué tarantela política le había picado para hacerle salir de sus casillas.

La señora Herblay dijo á los criados que no entraran hasta nueva orden, y el comandante, desplegando su papel, se acercó á la lámpara para empezar la lectura.

Gilberta le miraba con intranquilidad, inquieta por conocer el efecto que causaría entre los concurrentes el escrito de su tío.

La señora Herblay se sentó al lado del comandante y arregló el tubo de la lámpara, que estaba un poco torcido. Ducasse, reparando, contra su voluntad, en las graciosas y diminutas manos de la gran electora, suspiraba.

El señor Cappois, con los labios apretados, y Guenaut cruzado de brazos, se prepararon á oír al co-

mandante. Arrellanados en su silla, parecían individuos de un Jurado en el acto de pronunciar una sentencia.

Sentado en un sillón en actitud digna, y con los párpados entrecerrados por la especie de sopor que solía apoderarse de él en cuanto se sentaba en los bancos del Senado, Charvet se disponía á escuchar cómodamente la lectura.

—Leed, comandante—dijo Enriqueta con la sonrisa en los labios.

El comandante comenzó á leer. Era un manifiesto exento de toda palabrería, sobrio y sencillo como el mismo Verdier. Empeñaba en él su palabra de servir bien al país, y se excusaba por solicitar un asiento en el Congreso, él, cuyo único deber era acudir á la frontera cuando la patria le llamase.

La palabra frontera alarmó á Guenaut, haciéndole saltar en su asiento:

—¡Oh! ¡oh! ¡La frontera! ¡A qué hablar de la frontera!—dijo gravemente el veterinario.

—La frontera—dijo con cierta timidez Cappois—es palabra peligrosa. Los aldeanos no quieren la guerra, y es inútil traerles á la memoria lo que detestan.

—¡No se trata aquí de recuerdos! Lo que quiero decir es que tanto en paz como en guerra defenderé el país siempre y en cuantas ocasiones necesite mis servicios.

—¿Cómo habéis dicho?—preguntó Guenaut mi-

rando á Verdier con cierta desconfianza.—No se trata de defender la patria. ¿Quién habla de defender la patria? No estamos aquí para exclusivismos. ¡Si os mostráis *exclusivista* sois hombre perdido!...

Emilio Ducasse era del mismo parecer que el veterinario. Un candidato político debe pensar ante todo en la política interior. Lo demás, en tales casos, no son más que *inconveniencias*.

—¿Cómo inconveniencias?

Verdier, perdiendo su serenidad, sintió impulsos de levantarse, coger el sombrero, marcharse y no parecer más por aquella casa.

—Vamos á ver, comandante—dijo Cappois viendo que éste estaba á punto de estallar.—Nosotros no negamos que los sentimientos patrióticos sean una virtud... No, no lo negamos. Pero creemos que no estamos ahora en el caso de defender el patrio suelo, puestro que no está amenazado... Os hemos elegido para derrotar á Garousse, y es preciso derrotarle; eso es todo...

—A Garousse y á los amigos del señor de Montbrun—añadió Guenaut mirando á la alfombra, como si viera allí al Marqués tendido y derrotado.

Verdier, que había dejado de leer, volvía la cabeza á derecha é izquierda, según del lado de que venían las filípicas. Con el manuscrito en la mano y deslumbrado por la luz de la lámpara, se inclinaba, tratando de leer en la sombra proyectada por la pantalla los rostros de sus interlocutores.

—¡Parece—continuó el notario—que no os preocupan más que los enemigos del exterior!...

—¿Y qué mal encontráis en eso?...

—¡Cappois tiene razón—interrumpió Guenaut;—el ser patriota no basta!... ¡Es preciso ser republicano sin epítetos!... ¡Dejad, pues, el patriotismo á Zavouillet, que es un jesuita, ó al señor de Montbrun, señor de horca y cuchillo, y haced frente con las ideas republicanas!... ¡Garousse no se alaba de ser patriota!...

—¡Ya lo creo! ¡Como que es internacionalista!

—Eso es peligroso—replicó Guenaut;—pero al menos envuelve la idea de progreso, que ilusiona á los electores. ¡El patriotismo ya se sabe adónde llega, y... se desconfía de él, en tanto que el internacionalismo!...

—Es á menudo la cobardía la bajeza individual al abrigo de la grandiosa idea del desarme general. ¿Eso es muy agradable, verdad? ¡Ser de todo el mundo es fácil! ¡Cuesta menos que tener un hogar y una patria y sacrificarse por ellos!

La voz del comandante se había hecho sombría, y la señora Herblay, viendole colérico y que trataba de levantarse de su asiento, temió que iba á descomponer todos sus planes con su cólera y se apresuró á poner su linda mano, como para contenerle, sobre una de sus rodillas.

—¡Apelo al señor Charvet!—dijo Cappois, que preveía un estallido; en tanto que Guenaut, viendo

la actitud de Verdier, murmuraba entre dientes:

—¡Ah! ¡Cómo se revela el soldado!...

Y él, que se había resignado, más bien que la había aceptado, á la candidatura Verdier, pensaba que decididamente no era posible la política con el militarismo.

Charvet, así aludido, no sabía qué hacer. Se concebiría lo embarazoso de su situación, decía. El no podía manifestar de una manera *oficial* su parecer. Su situación le obligaba á permanecer neutral, muy neutral. ¡Se trataba de su sucesión, y no era él el llamado á designar su sucesor! El sufragio del número es siempre el soberano... Era ya mucho, quizás demasiado, por lo excepcional de su situación, haber acompañado al comandante á Chailly... El Sr. Verdier era el candidato de un comité honroso, honrado, importante—y Charvet saludaba con dignidad, mientras esto decía, á Cappois y al veterinario,—pero no podía ser, en buena lógica, el candidato del senador Charvet...

Mas si se le permitía no explicarse, sino dejar, entrever su opinión (recalcó la palabra *entrever*) diría que Cappois tenía razón... No era necesario hablar de patriotismo á los aldeanos. Los aldeanos entendían poco de patriotismo:

—¡Su patria es el campo! ¡Habladles del campo, comandante! Además—dijo gravemente Charvet,—no se trata ahora de patriotismo, se trata de elecciones. Decidles, si os place, que haréis todo cuanto os

sea posible por que la agricultura llegue á su apogeo...

—Si puedo, ¿quién duda que lo haré?

—¡Que reduciréis el servicio militar!

—¿Reducir el servicio militar?... ¡Eso es imposible!

—De prometerlo... es de lo que se trata—dijo Guenaut.

El comandante palideció.

—¡Oh! qué importa eso—continuó Guenaut.—¡Ardid de guerra! ¡Se promete cuando se sitia una plaza, y cuando se está dentro!...

—Querido Guenaut— interrumpió Enriqueta,—viendo que el soldado iba á enfadarse. No es ese el consejo que debéis dar al comandante. Que sea prudente en lo que concierne á la guerra, soy de vuestra opinión: que no figuren en su *manifiesto* palabras de doble sentido... conforme... Pero pedirle más...

—¿Puede haber doble sentido en el patriotismo?—exclamó Verdier amostazado.

—Quiero decir, querido comandante, que los electores rurales podrían dar á esa palabra un sentido belicoso... y por consiguiente, lleno de peligros para lograr vuestro triunfo.

—¡Mi triunfo, mi triunfo! ¡Me tiene sin cuidado mi triunfo si he de obtenerlo por medios poco serios!

Se había levantado y maquinalmente se abotonaba la levita como para dejar el salón.

—Os tendría sin cuidado á vos; pero á nosotros no—dijo Guenaut con cierta exaltación.

—¡Es preciso vencer!—añadió noblemente Cappois.

Y viendo que el comandante parecía dispuesto á echarlo todo á rodar, continuó con forzada sonrisa:

—¡Os hemos elegido candidato porque tenéis la buena costumbre de llevaros siempre la victoria!

Ducasse estaba encantado. Su corazón de diplomático latía sin exceso, pero latía bajo el chaleco de piqué blanco. Una esperanza renacía para él en el fondo de esta discusión. Le había parecido ver por ella que el comandante no llegaría como candidato al fin de la jornada, y se figuraba verse él ya en numerosas reuniones, sucediéndose las unas á las otras, en las cuales dejaba oír su palabra, lenta, mesurada, hábil y llena de concesiones, á muchedumbres inmensas que le aplaudían, más por lo que insinuaba que por lo que decía... ¡Ah! ¡qué visiones tan bellas! Las paredes del saloncito de la señora Herblay crujían desapareciendo como decoración de teatro. Emilio se encontraba entonces en una inmensa sala en que los electores, embriagados, pedían á voz en grito su candidatura... *¡La candidatura del señor Ducasse está en votación!* oía exclamar al Presidente. ¡Qué hermoso sueño!

También el comandante encontraba el salón demasiado estrecho. Se ahogaba en él. Estaba excesiva-

mente nervioso y se preguntaba á sí mismo si no sería mejor que hiciera pedazos el papel que acababa de leer y arrojara los pedazos por la ventana. ¡Exclusivista! ¡Era demasiado exclusivista! ¡Guenaut, aquel político de pueblo, opinaba que los aldeanos se asustarían si se les hablaba de la frontera!

Cappois logró, sin embargo, calmarle, y la discusión continuó aún por largo rato, siendo combatido el texto del manifiesto, frase por frase, por el jurado. Hasta el mismo Ducasse deslizó sus observaciones tímidamente, en forma de consejos; pero con la bastante habilidad para hacer admirar su talento de político por Guenaut, Cappois y el senador Charvet.

El señor senador hasta se inclinó una vez al oído de la señora de la casa, diciéndole con entusiasmo:

—¡Qué gran hombre de Estado sería este joven!

Pero se arrepintió en seguida de esto al recordar que la hermosa Enriqueta tenía particular predilección por el joven Emilio, á quien sonreía constantemente, animándole á hablar, con sus sonrisas.

Cappois pensó también en su interior que el vicepresidente de la conferencia Montesquieu tenía mucho talento.

Pasó un rato, y acabada la lectura del documento por Verdier, encontraron el resto suficientemente aceptable, según la señora Herblay. Guenaut hubiera deseado que fuera algo más fuerte, algo más

vigoroso. Su ideal era Garousse, pero moderado. ¡Las ideas de Verdier y el *tono* de Garousse!

Aunque las ideas de Verdier no le llenaban por completo. ¡En todas estas cosas las ideas son gran parte á la victoria! Guenaut pensaba, por ejemplo, que el comandante debía haber hablado en su manifiesto de los curas, que era preciso, indispensable, hablar de los curas. La señora Herblay no era de este parecer, y Charvet opinaba tan pronto como Enriqueta, como decía que tenía razón Guenaut.

Se entabló nueva discusión sobre este particular, y después de veinte minutos de inútiles divagaciones, se sometió á votación, como en la Cámara. Verdier venció por mayoría de votos.

—¡Tanto peor!—dijo Guenaut amostazado.—Garousse disparará bala rasa, mientras que nosotros gastaremos la pólvora en salvas.

—¡En todo caso, mi querido Guenaut—concluyó con cierta gravedad el senador,—no se nos tendrá que acusar de violentos!

—Según y conforme—dijo el veterinario.

Viendo Enriqueta que la discusión iba á renovarse, hizo notar que había recaído ya una votación y que urgía enviar el manifiesto á la imprenta.

—¡Yo mismo lo llevaré!—se apresuró á decir Cappois, tomándolo de manos del comandante.

Esta vez terminó la discusión por completo, aunque todos parecían tener particular interés en prolongarla, entorpeciendo el desenvolvimiento de los

sucesos. Nadie, excepción hecha quizás de Ducasse, estaba satisfecho de la *soirée.* Decididamente Guenaut encontraba tímido hasta el exceso al comandante. «¡Un candidato tímido!» decía. Cappois, aunque menos severo, no por eso estaba más entusiasmado, y Verdier, el mismo Verdier, sintió que la desilusión ganaba su cerebro hasta oprimírselo y torturárselo.

Al salir de casa de la señora Herblay, Guenaut salía murmurando:

—¿Quién nos ha proporcionado semejante candidato? ¡Bonito manifiesto! ¡No le ha faltado más que hablarnos de la Alsacia y la Lorena!

Charvet salió de allí sin haber manifestado su opinión, como de costumbre, y Enriqueta, pensando en Ducasse, se decía: ¡Qué país tan admirable éste para grandes hombres!... Y creía ver en Ducasse disposiciones para llegar á ser un Barnave ó un Barbaroux. ¡Un Barbaroux, porque Barnave!...

Verdier quiso, antes de encerrarse en su cuarto, dar un paseo para tomar el aire y evitar la congestión que parecía amenazarle. Gilberta tomó su mantilla, y juntos, como en sus habituales paseos, salieron á dar una vuelta por los alrededores.

La noche estaba deliciosa, y una agradable claridad, ligeramente sombreada, envolvía los campos. Las casas parecían más blancas bajo el lácteo brillo de las estrellas. Y allá á lo lejos negras siluetas se veían deslizarse en el horizonte. El comandante

contemplaba ansioso todo lo que le rodeaba, respirando con cierto placer. En el profundo y misterioso silencio de la noche, tan sólo interrumpido por el lejano ruido de un tren en marcha, las voces de gentes que se alejaban llegaban hasta ellos como sordo y apagado murmullo. Eran segadores que volvían á sus casas después de un día de pesado y continuo trabajo.

El veterano, indicando á su sobrina, apoyada en su brazo, la dirección en que iban los aldeanos, cuyas siluetas eran cada vez más confusas en la débil luz de la noche, la decía:

—¡Esos al menos han aprovechado el día! Han recogido el trigo y preparado el pan en lugar de pasar el tiempo en inútiles exhibiciones y forzadas correrías. ¡Labrar sencillamente la tierra ó defenderla, ese es el bello ideal! Tengo envidia á esas pobres gentes.

XI

En el gran salón blanco, cuyas ventanas daban á un jardín rodeado de fuertes muros, como si fuera el de un convento, el Conde de Montbrun refirió á su padre la entrevista del día anterior con Elena Morgan. El viejo noble, sentado en el rincón de la chimenea, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, miraba maquinalmente el tapiz de lana bordada á flores grandes por la difunta Marquesa y el Conde se paseaba de un extremo á otro del salón, como si esto apaciguara su cólera y calmara sus nervios.

Una misma inquietud les atormentaba; la misma tristeza nublaba la frente de aquellos dos hombres. El Marqués, que había sido un juez para su hijo, era ahora su mejor amigo y su más prudente consejero.

—¡Mi pobre Roberto!—decía el viejo Marqués, que veía al joven triste y abatido.—¡Desgraciado hijo mío! ¿Qué vértigo, qué locura te llevó á tal pre-

cipicio? ¡Cómo expías ahora la locura, la fiebre de la juventud!

Los ojos del Marqués se dirigían al propio tiempo al retrato de la Marquesa, bella y fría, representada de pie, muy pálida y con un libro de oraciones en la mano, en un magnífico cuadro obra de uno de los discípulos de Ingres. También tenía su parte de responsabilidad en la locura de su hijo aquella santa, á quien Roberto había querido á todo trance evitar un disgusto, casándose en el extranjero con la aventurera que ahora quería su parte de honor, y ¿quién sabe si su plaza en el hogar de la familia?

—Eso sí que no—dijo firmemente Roberto.—No, jamás consentiré que ponga los piés en la casa en que murió mi madre.

—¡Eso no impedirá que llegue á ostentar el título que llevó tu madre—interrumpió el señor de Montbrun.—¡Cuando yo haya muerto y tú seas Marqués, será ella la Marquesa de Montbrun!

El joven se paró de pronto delante de su padre, y dirigiéndole una respetuosa y penetrante mirada, en la que se reflejaba el dolor.

—¡Jamás—dijo—he sentido tanto el peso de mi falta como hoy! ¡Jamás lo he expiado tan duramente! ¡Vuestro nombre, el nombre de la pobre querida y adorada, que fué mi madre, dado por mí á esa mujer!... ¡Ah, qué imbécil y qué culpable he sido!

—¡Imbécil! No, no: ni imbécil ni culpable; enamorado es lo que has sido. Hace ya mucho tiempo,

mi querido niño, que te lo he perdonado todo, y desde que sufres tan atrozmente por el pasado he hecho más que perdonarte: te compadezco con toda mi alma. La Marquesa, tu madre, que no conocía de la vida más que los dolores que ella impone, no hubiera, de seguro, perdonado jamás; pero yo no soy un santo, yo soy un hombre, y hubiera hecho quizás mayores tonterías que tú si no hubiera encontrado en los comienzos de mi vida á la adorable criatura que fué tu madre... Es preciso ser indulgentes con las locuras de los demás. Cuando es un extraño quien las comete, le excuso. Cuando es un hijo, mi pobre Roberto, le compadezco y lloro con él.

Había tendido una mano á su hijo, y éste, tomando un taburete, fué vivamente á sentarse á su lado, aproximándose á él tierna y cariñosamente como cuando era pequeñito.

—Sólo que—añadió el Sr. de Montbrun—¿cómo salir de este atolladero?... Porque, créeme, hijo mío, ¡nos amenaza algún peligro!... Si esa mujer se ha decidido á intentar el asalto de manera tan directa, es que está resuelta á cualquier escándalo. ¡Y al fin y al cabo es tu mujer!

—¡Mi mujer!—dijo Roberto con voz irritada y violenta.

Y todo su dolor, el amargo disgusto de la decepción y la rabia de haber sido engañado vibraron en aquellas dos palabras, que le causaban el efecto de una injuria.

—¡Mi mujer! Sí, fuí tan sincero, fuí tan inocente y estaba tan dominado por la pasión, que dí ese nombre á esa infame, ese nombre, que hoy me parece un ultraje... un ultraje á vos... y á mí... ¿Pero acaso la conozco siquiera á la miser...? ¡Es un sér imaginario; á quien yo he amado no ha sido á ella!... ¡La mujer adorada por mis veinte años murió, ó mejor dicho, no era más que un fantasma perseguido por mi juventud, y no queda de él, aunque material, más que una pérfida y falsa criatura, que me presenta al cobro la factura de mis ilusiones!

—Lo malo es—dijo el Marqués—que la ley no admite la dualidad de personas. Fantasma ó no, estás casado, y el Código no está llamado á dilucidar ni á resolver sobre esto. ¡Si has sido moralmente engañado, debes pagar y pagas, lo confieso con dolor, caro, muy caro, ese engaño, pues pagas con tu nombre!

Roberto había cogido las manos del Marqués y las oprimía cariñosamente, y mirándole con fijeza, como si buscara en su tranquila mirada una nueva resolución, apoyó la cabeza sobre el hombro del anciano y le dijo:

—Querido padre, tenéis razón en pensar que Elena empleará todos los medios que estén á su alcance, por bajos que éstos sean, para hacernos capitular á ambos ante ella. La lucha está entablada entre los Montbrun y la Inglesa. ¿Pero no creéis también que todos los medios son buenos en una lucha semejante?

—¿Todos los medios?—preguntó el Marqués.

—Engañado, burlado, escarnecido, ¿no tengo derecho á recobrar mi libertad, amparado por esa misma ley que habéis invocado hace un momento?

—¡Ciertamente que sí! La ley no puede prohibir que cuando un hombre de honor ha sido engañado por una miserable emplee todos los medios que estén á su alcance para recobrar su honor escarnecido y su libertad perdida.

—Pues bien—dijo Roberto levantándose;—puedo, si quiero, decir á Elena Morgan que no es mi mujer.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—He consultado sobre el particular.

—¿A un abogado?

—Sí, á Trapelarde. Según el art. 170 del Código civil, el matrimonio efectuado en países extranjeros entre un francés y una extranjera será válido sólo en el caso de que haya sido celebrado previos todos los requisitos exigidos en Francia para estos actos. El señor Trapelarde me ha llamado la atención sobre estas palabras, que encierran por sí solas la nulidad de mi matrimonio:

«Estas uniones se considerarán legales siempre que hayan sido precedidas de las publicaciones prescritas en el art. 63; es decir, de las publicaciones en la alcaldía del punto de que es natural el francés.»

De suerte que todo matrimonio realizado sin este requisito es nulo. Este artículo me comprende de medio á medio. Resulta, pues, que mi matrimonio

es clandestino, puesto que carece de este requisito y además de vuestro permiso, que también es indispensable, según el Código. Pero lo que da aún más fuerza á esta nulidad es el haberlo tenido oculto tanto tiempo, aun después de mi regreso á Francia;—hablo en esto como un procurador, pues Trapelarde me ha instruído hasta en los más pequeños detalles.—De modo que el temor de desagradar á mi querida madre, el miedo, tan grande como mi pasión, que desde luego tuve á su desesperación posible, ¡me salvan hoy, mejor dicho, pueden salvarme!

—¿Salvarte? ¿Cómo?

—Vos sois el padre y el juez—dijo gravemente Roberto, poniéndose muy pálido.—La nulidad de este matrimonio puede ser entablada y obtenida por vos.

—¡Un pleito!—dijo el Marqués, levantándose.

El Marqués sufría. Una especie de sorda irritación se había apoderado de él, mientras que Roberto oficiaba, por decirlo así, de procurador y la idea que por un momento le había asaltado de lanzarse á un litigio, en que su buena fe y su proverbial honradez lucharan contra las argucias de las gentes de ley, le repugnaba, como si despertara en él, en toda su altivez, el antiguo desprecio de las gentes de espada á las de *justicia*.

—Mi querido Roberto—dijo lentamente y con voz triste:—he pensado mucho en esto, y creo que sólo en último extremo, extremo á que me sería muy

doloroso llegar, debemos consentir en el escándalo. *La Gaceta de los Tribunales*, los periódicos todos se ocuparían de él, y el nombre de Montbrun correría de boca en boca por toda Francia para ser escarnecido y vilipendiado. Creíste de buena fe en la virtud de esa mujer, y no te acuso por ello; tuviste la debilidad de ofrecerla que compartirías tu vida con ella; fuistes sincero una hora, un día, y no se necesita más para comprometer la tranquilidad de toda una existencia. ¡Resígnate á pensar que aún tendrás que llevar largo tiempo sobre ti el peso de esa locura! Y yo, yo, que hubiera vertido gustoso toda la sangre de mis venas para evitar que cayeras en ese abismo, te aconsejo hoy que tengas paciencia, que esperes...

—¿Y qué es lo que he de esperar?—preguntó bruscamente Roberto.

—¡No lo sé! Una algarada cualquiera de esa miss Morgan, algún acto suyo que la quite el derecho de perseguirte, de desafiarnos.

—No os comprendo, padre mío. ¿Qué queréis decir con eso? ¿Consentiréis que esa mujer, á quien vos mismo llamáis miss Morgan, se presente aquí reclamando su puesto y sentándose en el salón ocupe en él el lugar de mi querida madre? ¿Podré yo soportar el verla ahí sentada?... Nunca... Teméis el escándalo, y el escándalo está tras de la puerta. Ella está ahí amenazándonos con entrar á reclamar sus derechos.

—Pues bien, si llama á la puerta, mandaremos á los criados que la echen á la calle; pero provocar nosotros el conflicto no me parece prudente. No pediré la nulidad del matrimonio mientras que ella no pretenda ser públicamente la Condesa de Montbrun. Eso será aceptar la guerra, no provocarla.

—¡La guerra!—dijo Roberto.—¡La guerra! Esa es precisamente la frase de miss Morgan. Ella la ha declarado ya, y yo he telegrafiado á Ruaud para que traiga aquí á Cipriana.

—¡Tu hija!... ¡Crees acaso!...

—¡Creo que va á ensayarlo todo, y que lo mejor es poner en salvo á Cipriana, trayéndola cerca de nosotros, porque no sólo no quiero que me la robe, sino ni que la vea, y si vos me lo consentís, la traeré aquí mismo, es decir, á Melun!

—¿Que si consiento? ¡Pobre niña! Tenerla á mi lado será mi mayor alegría...

—Sois muy bueno, padre mío, y yo os adoro. Pero Cipriana necesita aire puro que respirar, el aire de los bosques, ya que no el del mar, y nuestra casa es demasiado triste y fría... Y luego, que estará más oculta, y tan bien guardada como aquí, allá abajo. ¡Ah! ¡Nos la disputaremos! ¡Quiero doblemente á esta querida hija por mí y por la madre que le falta, porque no es su madre la que no se ha cuidado de ella jamás; pero que en cambio va á intentarlo todo, estoy seguro de ello, para representar la comedia ó el drama de la maternidad!... ¡Ah!—añadió

violentamente el joven, dejándose caer delante de una mesa en medio del salón.—Qué desgraciado soy, Dios mío, y cómo pesa sobre mí esta miserable vida!

Sentado en una silla, triste y cabizbajo, con los codos sobre la mesa, contemplaba el jardín, invadido por el sol, en que las flores de vivos colores y los macizos de rosas se destacaban irónicamente alegres sobre el verde subido de los campos cultivados.

Le parecía ver que en el fondo de la alameda, bajo los tilos, cuyas copas unidas, proyectaban su sombra sobre la fina arena de los paseos, desfilaban constantemente alegres espectros: los espectros de los agradables ensueños de su juventud muerta.

Aquella repentina exclamación: «¡qué desgraciado soy!» fué algo así como una arteria desgarrada de pronto en su interior. Entonces su padre, el noble anciano, adivinando lo que pasaba en su corazón, se acercó á él cariñoso, y poniendo con sin igual ternura el dedo sobre la llaga, le dijo:

—Sí, mi pobre Roberto; ahora, ahora es cuando comprenderás cuán grande es la diferencia entre el verdadero amor y lo que tú habías creído serlo.

El joven, estremeciéndose, volvió vivamente la cabeza hacia su padre y en la intensa mirada que fijó sobre el Marqués, leyó, como en un libro abierto, en aquellos tiernos y cariñosos ojos, que lo sabía todo. Las confidencias de Roberto; sus recuerdos de Trouville; sus conversaciones, en las que figura-

ba siempre el nombre de Gilberta, habían llamado la atención del Marqués, dándole que pensar, y Roberto, que creía no haber confesado nada, había, sin saberlo, entregado su secreto á la tierna afección de su padre.

—¡Gilberta!—pensaba.—¡Gilberta! ¡El amor puro! ¡El amor eterno! ¡El amor verdadero!

¿Pero por qué el señor de Montbrun había hecho la menor alusión á este amor imposible? Sí, imposible de todo punto, porque la señorita Verdier no pertenecía á la clase del Conde y además éste había enajenado su libertad. El Marqués dejaba á su hijo que adorase esta ilusión, como había amado algunos años antes á la inglesa. Jamás el padre había dejado comprender que conocía el nuevo secreto del hijo. Roberto adivinó que este secreto le era conocido en la cariñosa compasión con que el Marqués le miraba, y, levantándose, se abrazó á su cuello, besándole con locura; después, ocultando su frente entre el hombro y la cabeza de su padre, permaneció llorando largo tiempo, como en otra época, cuando era pequeño.

Y el padre, como entonces, trataba de calmarle con sus caricias.

—¿Qué quieres, mi querido hijo? ¡Esa es la vida!... ¡Es preciso tomarla tal como es! Tú mismo lo has dicho... ¡No te resta más que Cipriana!... ¡Ama á tu hija!... ¡Edúcala! ¡Protégela!... ¡Eres viudo, y eso es todo! ¡Hazte cuenta de que eres viudo!

—¡Viudo!—exclamó Roberto con cólera, desprendiéndose de los brazos de su padre.—¡Si yo fuera viudo sería libre!

El Marqués trató de sonreir.

—¡El divorcio—dijo—es una viudez! Lo malo es que será siempre lo que yo quiero evitar: el ruido y el escándalo. ¡Ah! ¡El escándalo, la alegría de los imbéciles! Por librarme de él he renunciado á toda candidatura. Apropósito de candidatura, parece que ayer cometí una grave tontería.

—¿Una tontería?

—Un crimen, que los puritanos de mi partido no me perdonarán jamás.

—¿Qué crimen?

—¡Oh! querido, una enormidad: ¡he dado la mano á tu antiguo capitán!

—¿Al señor Verdier?

—Sí. Dos adversarios políticos están obligados á despreciarse en absoluto y hasta á destrozarse, aunque se estimen. Así me lo han hecho notar... Y tú pensarás—añadió el Marqués—que si se desconfía así de los sentimientos del hijo del pseudo-candidato realista hacia la sobrina del candidato republicano...

Se detuvo al ver que el rostro de Roberto se nublaba de repente.

—¡Perdona, querido hijo; olvidaba que eso es más serio que una elección, tanto más cuanto que no soy ni seré, á Dios gracias, candidato!... ¡En fin, te repi-

to que la vida es una broma harto pesada! Así lo he creído siempre, y hoy, desgraciadamente, tengo la prueba en la mano. El medio de poder siquiera soportarla es el de hacer de ella un deber y cumplirlo valientemente. ¡La vida tiene, sin embargo, en medio de sus grandes defectos, agradables desquites! ¡Quizás te reserve uno de éstos!

En aquel instante llamaron á la puerta del salón.

—¡Adelante!—dijo el Marqués.

Era un criado que llevaba «al señor Conde» un despacho telegráfico.

Roberto desgarró el sobre azul y alargó el telegrama á su padre.

El bueno de Ruaud contestaba al señor de Montbrun que en el acto saldría de Villerville, llevando él mismo á *la pequeña* á Fontainebleau.

—¡El desquite!—dijo el Marqués sonriendo—¡el desquite!

Y en tanto que Roberto firmaba el recibo del telegrama, su padre, inclinándose sobre él, como lo había hecho momentos antes, le dijo al oído muy bajito, con acento cariñoso y lleno de esa alegría instintiva, propia de la paternidad:

—¡Conque llegará mañana! ¿A Fontainebleau?

—Sí, á Fontainebleau.

—¡Te empeñas en que sea á Fontainebleau!... ¿Crees que estará mejor en Fontainebleau que en casa?

—La familia Debray empleará todo su tiempo en cuidarla, y por ahora estará mejor allí... Después... Más adelante...

—Sea, puesto que así lo quieres; pero yo no la conozco bien todavía, y quisiera tenerla á mi lado algún tiempo.

Roberto entregó el recibo del telegrama al criado, y cuando éste hubo salido dió un fuerte apretón de manos al Marqués, preguntándole:

—¿Queréis verla?

—¡Y abrazarla! ¡Estrecharla contra mi corazón! ¡Ah! ¡Ella no es lo mismo que su madre; la niña es nuestra propia sangre, es de la familia!

Dijo estas últimas palabras volviéndose instintivamente hacia el retrato de su esposa, severa y rígida en su severidad:

—¿Quieres que te diga mi parecer? Creo que si tu madre... que si tu madre viviera, hubiera corrido conmigo á Fontainebleau para ver á quién se parecía la pequeña Cipriana.

XII

Con estas cosas, el Marqués, que había olvidado en absoluto la lucha electoral, se entregó por completo á las emociones que le hacía experimentar su nieta y al recuerdo de la aparición y amenazas de Elena. Los días trascurrían, sin embargo, sin que *miss* Morgan diese señales de vida.—«Tal vez dude de sus fuerzas en la lucha, y no pase todo ello de ser una amenaza,»—pensaba para sí el señor de Montbrun.

Acompañando á su hijo se encaminó á casa de Debray, su antiguo criado, que vivía en Avon, al extremo del parque de Fontainebleau, á ver á la pequeña Cipriana, tan bruscamente llevada de orden de su padre, por Ruaud desde Villerville.

La niña, algo molestada por el viaje y sorprendida por tan repentino cambio, parecía triste; apesar de esto, al abrir Roberto la puerta del cuarto en donde Debray la había acostado para que descansa-

ra, se levantó y tendió sus bracitos á su padre, diciéndole: ¡Papá, papá!

Roberto se adelantó, y cogiéndola en brazos, la colmó de besos y de caricias. El Marqués se había parado en el dintel de la puerta, entre Debray, su antiguo servidor, la mujer de éste y el marinero Ruaud, y desde allí contemplaba encantado, á través de las lágrimas que nublaban sus ojos, á aquella niña rubia, á aquella niñita de cuatro años que rodeando sus blancos brazos al cuello de Roberto, primero, jugueteaba después, sin dejar de besarle, con los cabellos del Conde.

¡Sí, á no dudarlo, era hija de Roberto aquella niñita de cabellos de oro, blanca como la nieve y de grandes ojos muy azules, profundos, tiernos y risueños!... ¡Su nietecita! Contemplándola olvidaba hasta el nombre de la madre, el nacimiento de este inocente y hermoso sér, nacimiento clandestino, tan clandestino como el casamiento de Roberto, y sentía renacer en él para aquella niña el sentimiento de paternidad de las personas ancianas que ven su existencia continuada por estos nuevos retoños, misteriosos, desconocidos.

Se acercó poco á poco al grupo formado por el padre y la hija, muy conmovido, y mirando á Cipriana, á quien seguía teniendo el Conde en los brazos, la presentó las dos manos, diciéndola muy cariñosamente:

—¿Quieres darme un beso, hijita mía?

Sonrió con tanta dulzura bajo su blanco y atusado bigote, que la pequeña, un poco intimidada en el primer momento—los niños no quieren á los viejos y desconfían de las barbas blancas,—se tranquilizó, sonrió y dejó entre los flacos dedos del Marqués su suave y linda manita, que el Sr. Montbrun besó con una especie de voluptuosidad retrospectiva, como había devorado á besos en otro tiempo á Roberto.

—¿Sabes que soy el papá de tu papá, hija mía?—la dijo el Marqués, golpeando suavemente en el hombro á éste para que la niña lo comprendiera.

Entonces la pequeña miró sucesivamente á uno y otro, como si algún problema bullera en su cerebro. ¿Por qué no la había dicho esto mismo aquel señor el día que la vió por primera vez?

Y buscaba, mirando por encima de la cabeza del Marqués, á Ruaud, que seguía aún inmóvil en el dintel de la puerta, como pidiendo al marino la explicación de lo que ocurría.

—Sí, Cipriana, hijita mía, quiérele tanto como á mí—decía Roberto;—tanto como á mí, ¿oyes? ¡Somos las dos personas á quienes más debes querer en el mundo! ¿Querrás mucho al abuelito?

La niña reflexionó un momento, volvió á mirar al Marqués, le sonrió, y como un pajarito que busca el alimento en el pico de su madre, buscó la boca de su abuelo para colmarle de besos.

—Pero, ¿y papá Ruaud?... ¿Podré querer también á papá Ruaud?—decía dirigiendo sus grandes y vi-

vos ojos hacia el marinero de Villerville, marido de su nodriza, por cuyas tostadas mejillas corrían gruesas lágrimas en aquel momento.

Mucho trabajo le había costado al marinero desprenderse de la pequeña—¡qué de lágrimas le había costado á su mujer!—es verdad que querían, palabra de honor, decía Ruaud, tanto ó más que á los otros mocosuelos á aquella picarilla. Pero el padre, el señor, así lo quería, el parte así lo ordenaba... Y Ruaud se pasaba horas enteras repitiendo á Debray y á su mujer que cuidasen mucho á Cipriana. Su mayor deseo era que la pequeña estuviese tan contenta en Avon como en Villerville. ¡Ah, caramba! Por mucho que la cuidasen no dejaría de echar de menos las orillas del mar, los cangrejos, las conchitas...

—No temáis—le decía Debray.—La cuidaremos, la cuidaremos.

La casita que habitaba Debray, el viejo criado del señor de Montbrun, había sido comprada por el Marqués, y Debray se había retirado á ella con *su vieja* cocinera, que llevaba muchos años en casa del Marqués, no queriendo continuar más en el servicio, porque la edad impedía que fuese tan buen servidor como en otros tiempos. Después de la muerte de la Marquesa fué cuando los Debray pidieron su retiro.

En vano el Sr. de Montbrun quiso retenerlos por más tiempo.

—Estáis en vuestra casa, Debray—le decía;—vi-

vid entre nosotros vos y vuestra mujer. ¡Nada os faltará en vuestra vejez!

—¡No, señor Marqués; cuando no se sirve para nada se debe dejar el puesto á los jóvenes! ¡Yo me voy á otra parte con mis reumatismos y mis fricciones!

Entonces fué cuando el Marqués insistió en dar á aquellos viejos la casa de Avon, adonde se fué á vivir con ellos su hijo, todo un buen muchacho de oficio ebanista, que trabajaba en Fontainebleau. Los tres, padre, madre é hijo, se hubieran dejado hacer pedazos por los Montbrun, y Roberto, que quería tener cerca de sí á Cipriana, pensó en seguida en los Debray.

La niña estaría tan bien cuidada allí como en Villerville, y desconociendo, como desconocía Elena, la existencia de aquellas honradas gentes, podía estar tranquilo respecto á una tentativa cualquiera de rapto. Además de Avon á Melun había muy poca distancia, y en una hora podía presentarse allí. Otra cosa le tranquilizaba, y era que el viejo Debray, hombre fuerte todavía apesar de lo que él confesaba, su mujer y su hijo, sabrían guardar, y si el caso llegaba, defender bien á la niña.

—No importa—decía Ruaud, oyendo de labios del Conde todas estas explicaciones,—no importa, señor; la verdad es que en Villerville estaría mejor, y que la casa nos va á parecer ahora vacía.

—Descuidad, Ruaud; os prometo que volveré á

llevaros á Cipriana, que seguirá siendo vuestra hijita.

—Lo que yo deseo, sobre todo—replicaba el marino,—es que no la pase aquí más que lo que la ha ocurrido en nuestra casa. ¡En nuestra casa no la ha ocurrido ni el menor contratiempo!

A Roberto le dolía mucho causar tanta pena al honrado marinero; pero era preciso despistar á Elena. La idea de que Cipriana estaba tan cerquita de él era lo único que le tranquilizaba. «Tiene necesidad —se decía—de permanecer en el campo para fortalecerse, y el aire de los bosques la será tan beneficioso como el del mar. Además, estando tan cerca podré verla á cada momento.»

Los primeros días que sucedieron á la partida de Ruaud fueron muy tristes para Cipriana. Nada la distraía. El hijo de los Debray la llevaba al bosque á ver las rosas; pero ella parecía buscar otra cosa en el horizonte: el mar. Después fué olvidándolo poco á poco y acostumbrándose á aquella nueva vida.

El ver todos los días á Roberto acabó por volverla la alegría. El Marqués, por su parte, hacía cuanto podía por distraerla. La llevaba todos los días pasteles, golosinas y muñecas. Un comerciante de juguetes de la calle de Saint-Aspais en Melun se preguntaba si el Marqués se había vuelto loco, al ver que iba con tanta frecuencia á comprarle muñecas, con las cuales ocupaba todos los bolsillos,

cuando no se las llevaba, si eran grandes, debajo del brazo envueltas en un periódico.

¡Un hombre de su importancia, y que debía haber presentado su candidatura frente á las de Verdier y Garousse!...

Pero el Marqués ni se acordaba siquiera de la política. Estaba absorto en el cariño de su nietecita, en quien encontraba cada vez más parecido con una especie de fantasma, tiempo hacía desvanecido; con su primera hija, muerta cuando era muy pequeñita, á quien Roberto no llegó á conocer y cuya miniatura se veía en el despacho del Marqués al lado de los retratos de familia.

—Es asombroso—decía algunas veces al contemplar á Cipriana en casa de Debray. —Es un retrato de Genoveva... ¡Tu pobre madre!

Había algo de furtivo en las visitas del Marqués y de su hijo á la casita de Avon. El temor de ser espiados por Elena les hacía tomar todo género de precauciones. El viejo Ruaud había escrito una extensa carta desde Villerville, en la que, después de decir que «la casa era un desierto por la ausencia de Cipriana,» contaba que «gentes extrañas y que se conocía desde luego que no eran del país, habían rondado la casa, dispuestas, á no dudarlo, á aprovechar un descuido para penetrar en ella.»

Además una señora muy rubia con traje negro, se había presentado en la casa so pretexto de alquilar unas habitaciones para acabar de pasar la estación;

pero en realidad, y según él creía, para ver si la «señorita estaba allí aún.»

«Apesar del grandísimo disgusto que tal determinación nos causa, bien reflexionado, creo que el señor Conde ha obrado muy cuerdamente alejando de aquí á la pequeñita.»

Evidentemente, Elena, con su habitual decisión, se había propuesto atacar de frente y llevar comrehén, por medio de un atrevido golpe de mano, á Cipriana; pero el despacho de Roberto, tan á tiempo puesto, había desbaratado todos sus planes. Sin embargo, la inglesa no era mujer que retrocediera ante el primer obstáculo y á no dudarlo, su astucia y su diplomacia estaban en juego en su grado máximo de actividad, para descubrir el retiro de su hija. Roberto abrigaba estos temores y velaba por ella con la ansiedad con que el avaro vela por sus tesoros. Entraba en casa de los Debray como enamorado que acude á cita amorosa en que abundan los peligros. Le asaltaban serios temores, fundados en el silencio de Elena y temiendo ver que le arrebataban á su hija, la besaba con efusión, con locura, como si de un momento á otro hubiera de no volverla á ver.

—¡Mira mucho por ella, Debray!...

—¡Oh! ¡Señor Conde, no temáis, no corre peligro. Me dejaría hacer pedazos antes que nadie tocara á un cabello de la pequeña. Descuidad, pues si bien no tengo ya aquellos puños que á los veinte años

podían dejar fuera de combate al hombre más forzudo, está ahí mi hijo, que tiene músculos de treinta... ¡Está bien guardada la señorita Cipriana!

Roberto iba amenudo á Avon, atravesando el bosque y pensando en lo que Cipriana representaba para él de amor pasado, de decepciones y de esperanzas. ¡Pobre pequeñita! ¡Ella era todo lo que restaba á Roberto de su ilusión, de la locura de su vida! ¡Cómo olvidar después de haber amado tan profuudamente! ¡Olvidar! No, no olvidaba á Elena; pero en lugar de pensar en ella con los amorosos estremecimientos de otras veces, pensaba con una especie de cólera, preguntándose al propio tiempo qué era lo que le había seducido en aquella mujer. Y mientras más la comparaba con Gilberta, más palpable veía su locura y más y más maldecía el momento de extravío en que la cometió. No encontraba consuelo á su tontería hasta que no abrazaba é inundaba de besos á su hija, ocultando su rostro entre la blonda cabellera de ésta, como para echar sobre sus penas una especie de velo que ocultara su pasado.

Un día que paseaba á caballo se encontró gratamente sorprendido, al atravesar la encrucijada de la Meseta del Rey, cerca del depósito de aguas, y ver á Gilberta solita, sentada en un banco con un libro en la mano. La había percibido á lo lejos, y aunque la conoció desde luego, se resistía á creer que fuese ella. ¿Cómo estaría allí tan sola? se preguntaba. Al

parar el caballo y saludarla se mostró Gilberta tan confusa y avergonzada que no parecía sino que había sido sorprendida cometiendo alguna falta. Sin embargo, nada más sencillo de explicar que su presencia allí, conocidas sus aficiones y el estado de la lucha electoral en aquellos días. Había salido con la señora Herblay y Emilio Ducasse, y mientras éstos corrían acá y allá trabajando en pro de la candidatura Verdier, animando á unos electores y conquistando á otros, Gilberta les esperaba allí leyendo una novela de Rhodo Broughton «tan sola,» como decía Roberto.

La contempló risueño, encontrándola tan encantadora como siempre, con su traje negro, que resaltaba más en la verde penumbra del bosque.

¿Salía amenudo á pasear por allí? ¿La gustaban como á él aquellos bosques? Había en esto maravillas alrededor de Melun. Y lleno de entusiasmo, la habló de *Franchort*, de *Apremont*, del *Bois-Breau*; pero pensaba menos en lo que la decía que en contemplarla.

Ella se había puesto en pie, conservando el libro abierto en la mano y medio oculto el rostro por el sombrero de paja que llevaba puesto.

Una agradable y melancólica sonrisa se dibujaba en sus labios; sonrisa que acariciaba á Roberto como una de esas melodías que, al unísono de nuestros pensamientos, acarician nuestra alma. Experimentaba en su presencia extraña sensación. ¡Aquella

era la mujer nacida para él, la que le hubiera amado y á quien él debió amar tan solo!

Todo un poema de ternura, dulces palabras de amor que no esperaba oír jamás, le parecían vagar en los castos labios de la joven. ¿Por qué no había tenido, por qué no había de tener el derecho de decir todo lo que pensaba de ella?

La vida suele jugar esas malas pasadas; hace pagar las deudas de la juventud con toda una existencia.

Entre Gilberta y él—llegara ó no á llamarse la señora de Montbrun—estaba Elena.

Cuando vió á lo lejos el carruaje de la señora Herblay que se aproximaba, saludó á Gilberta y se apresuró á retirarse antes de que pudieran verle.

Al día siguiente, sin haberse puesto de acuerdo, se encontraron en el mismo sitio. Una especie de magnetismo les empujaba el uno hacia el otro, y seguían viéndose todos los días.

Gilberta no se preguntaba si era casual ó premeditado lo que hacía llegar al Conde hasta ella. A haberlo reflexionado, no hubiera vuelto al bosque. ¿Pero qué pasaba allí, que no podían confesar á su tío, decir á todo el mundo?

El comandante, á quien no dejaban reposar un momento, arrastrándole á continuadas é interminables reuniones, volvía cada vez más preocupado y más ansioso de que le dejaran en paz.

La señora Herblay, aunque callaba, veía con dis-

gusto que *La Anguila* atacara de manera tan innoble á Verdier y á Gilberta, y desplegaba todas sus fuerzas para luchar con el enemigo. Gilberta, esperando con impaciencia el resultado de la lucha electoral y siempre con su libro, se internaba en el bosque, en donde, reflexionando lo amargo de la existencia, daba rienda suelta á sus lágrimas. Había tomado la costumbre de ver todos los días á Roberto, y aunque no se decían nada, este mismo silencio tenía singular encanto para ellos. Un día volvió á casa más triste y pensativa que de ordinario. Roberto no había acudido á la cita apesar de haber dicho el día antes que tenía que ir á Fontainebleau por aquel mismo camino. La joven pensó en alguna desgracia al ver trascurrir dos días sin que el Conde hubiese parecido por el bosque.

Estuvo tan nerviosa toda la velada que la señora Herblay comprendió que algo extraordinario la ocurría; pero no se determinó á preguntarla nada. Ducasse hablaba de política con el señor Charvet, y Enriqueta les escuchaba, repasando las hojas de un volumen de economía social, mientras que Verdier debatía con sus adversarios en una reunión á la cual no había creído conveniente acompañarle el senador. El pensamiento de Gilberta estaba en otra parte, pensaba en el Conde de Montbrun. ¿Qué le habría ocurrido?... Su corazón no la engañaba. Alguna desgracia le habría impedido verla. «¡Hasta mañana!» la dijo, y no le había vuelto á ver.

La joven pasó una noche cruel, atormentada por la incertidumbre y el temor. Ningún pensamiento lisonjero que calmase su pena acudía á su mente. «¿Por qué no he de ir á Melun?—pensó por fin.— Mi tío necesita guantes, y al mismo tiempo que se los compro indagaré lo que le pasa al Conde.»

Sabía perfectamente dónde estaba situado el hotel Montbrun; pero vacilaba en dirigirse hacia allí; maquinalmente, y sin darse cuenta de ello, vagaba por las calles de la villa, apareciendo á su vista en todas las esquinas los carteles de diversos colores en que se leían distintamente los nombres de *Verdier*, de *Garousse* y de *Favouillet*, carteles en que se combatía ó recomendaba la candidatura de su tío. Le parecía que éstos la eran indiferentes y que la elección de que trataban no la interesaba en nada. Siguió por la avenida Thiers, bajo los tilos, entró en el boulevard de San Ambrosio y, siguiendo la calle del mismo nombre, en donde su tío había nacido, contempló desde allí el Sena y los jardines regados por sus aguas, viendo á lo lejos las dos torres de *Saint Etienne*. Sin confesarlo erraba por las calles con la vaga esperanza de encontrar á Roberto en ellas.

No se determinaba, apesar de sus vivos deseos de saber si algo le ocurría, á ir hacia el hotel Monbrun. ¿Con qué derecho se había de presentar allí? Además, ¿no era una locura creer que porque hiciera dos días que no veía al Conde le había de haber ocurrido alguna desgracia? ¡Qué insensatez!...

¿Pero por qué la había dicho «hasta mañana,» si no había de volver á parecer?...

Caminó entonces al azar, encontrándose, sin saber cómo, en la plaza de *Notre-Dame*, en que se eleva triste y sombría como una fortaleza la cárcel del partido, frente por frente de la iglesia, que parece otra prisión. Los cristales de la una dan frente á las rejas y barrotes de la otra. Por uno de los ventanillos que existen en las puertas de la iglesia se veía un calvario, con un Cristo blanco, exangüe y desolado, sobre una cruz de madera de color rojo sanguíneo. Gilberta pensó detenerse allí y orar. Estaba muy triste y sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. De pronto dejó la plaza de *Notre-Dame* y se encaminó con decisión al hotel Montbrun.

Después de todo—pensaba—nada tenía de particular el que preguntara por el Conde y se fuese sin entrar. Cuando llegó al hotel, su decisión flaqueó y no se atrevió á llamar. Decididamente estaba perturbada. Contemplaba el edificio, elevado é imponente, con fría abstracción. Por la pesada puerta entreabierta se veía el patio, cuyas altas paredes estaban cubiertas completamente de yedra, que parecía negra á causa de su frondosidad, y como un anacronismo que asombraba, se veía un mechero de gas, que sin duda iluminaría alguna vez aquel recinto (como flor roja y luminosa de su follaje), ocupando el lugar de algún humoso reverbero de pasados

tiempos más en armonía con aquel hotel triste y sombrío.

Se preguntaba si debía llamar, empujar aquella puerta, entrar. ¿Pero con qué derecho iba á llamar? ¿Por qué se había encontrado al Conde en la senda de la vida? ¿Por qué había adquirido la costumbre de verle todos los días desde hacía algún tiempo, y por qué no le veía hacía dos días? ¿Y por tan fútiles razones, ella, desconocida allí, iba á llamar á aquella puerta y preguntar si le había ocurrido algo al Conde? Vamos á ver—se decía,—¿á qué he venido yo aquí?... He venido por los guantes de mi tío. ¡Los guantes de su tío! ¡Ni siquiera se había vuelto á acordar de ellos!

Se alejaba ya del hotel Montbrun, cuando sintió un ruido, que notó ser de pesada puerta que se cerraba, y volvió la cabeza: era Roberto que salía.

No pudo contener un grito de satisfacción, después de lo cual, avergonzada y confusa, apretó el paso todo cuanto pudo para volver la esquina sin ser vista; pero Roberto, que la conoció en seguida, corrió hasta alcanzarla. Venía pálido, desencajado, y como si estuviera bajo la impresión de alguna gran desgracia.

—¿Qué tenéis?—le preguntó Gilberta parándose.

El Conde estaba convulso, y su rostro parecía haber envejecido veinte años más en tan solo dos días.

La contestó con una especie de grito que alarmó á la pobre joven.

—¡Ah! ¡Si supiérais lo que me pasa!...—y sin pronunciar una palabra más continuó andando, como si temiera que el tiempo le faltase.

Gilberta le seguía, con intención de dejarle en seguida... ¡Lo había adivinado!... ¡Una desgracia! ¿Pero qué clase de desgracia era esa?

Bajaron hacia la calle de las Campanas, y el sonido de las de la iglesia, que parecían tocar á muerto, hizo estremecer al Conde.

—¡Ese doblar de las campanas me hace mucho daño! Venid, huyamos de él.

Diciendo esto apretó el paso en dirección al camino de hierro.

Gilberta, sin darse cuenta de ello y sin pensar en que las gentes les miraban con curiosidad, seguía al Conde.

—¿No os ha sucedido nada?—preguntó al fin, admirándose de haber podido hablar: tan grandes eran su turbación y aturdimiento.

—¿Por qué me preguntáis eso?

—No lo sé... Parece que estáis intranquilo... ¿Acaso vuestro padre?...

—Mi padre está bueno, gracias á Dios.

—¿Es que... que?...—balbuceó Gilberta; y antes de que Roberto pudiera contestarla vió en su imaginación, pero esta vez pálida, enferma y amenazada de muerte, á la niñita que, como un rayo de luz, ha-

bía percibido un año antes en las costas de Francia.

Y nada había dicho aún el Conde, cuando notó que ella lo había adivinado y que pensaba en la niñita, de quien no habían hablado jamás.

—¿Os acordáis?—preguntó bruscamente Roberto, bien cierto, en efecto, de que se acordaba del encuentro, de su fuga y de Cipriana.

La joven dudaba si debería contestar.

—¡En las costas de Gracia, un día... me visteis con ella!...

—¿La niñita?—preguntó Gilberta.

—Mi niñita, mi hija—respondió el Conde con apasionada ternura, en la que además se notaba un dolor violento.

—¿Está enferma?—balbuceó la joven.

—¡Con pocas esperanzas de vida!—dijo moviendo tristemente la cabeza, esforzándose al mismo tiempo en contener las lágrimas y volviéndose bruscamente hacia la iglesia, cuyas campanas seguían doblando, exclamó en voz alta:

—¡Qué daño me hacéis persiguiéndome con vuestros tañidos!...

Le parecía que extendían su eco hasta el lecho de la pobrecita niña moribunda.

—¿Qué es lo que tiene?—se atrevió á preguntar aún Gilberta.

—Una fiebre tifoidea...

Y entonces Roberto, sin dejar de apresurar el paso, refirió á la joven detallada y minuciosamente

todas las alternativas de la enfermedad desde que la niña había empezado á sentirse mal hasta el momento en que él había salido de la casita de Avon para ir á Melun á tomar el tren y dirigirse á París en busca de un médico afamado. La enfermedad presentaba ahora aspecto grave. El doctor Bouvet, de Fontainebleau, á quien había llamado apresuradamente, se mostraba intranquilo por el estado actual de la enferma. Había otra cosa que aterraba á Roberto, y era que los Debray, si bien eran gentes muy honradas y capaces de sacrificarlo todo á su servicio, carecían del tacto y de la delicadeza necesarios para cuidar á la enfermita. ¡Eran necesarios tantos cuidados en una enfermedad semejante! ¡Se necesitaba el tacto, la intuición de una madre, para administrar los medicamentos venenosos, los vomitivos, aplicar los vejigatorios!...

La palabra madre le recordó á Elena, y una sacudida nerviosa agitó todo su cuerpo al considerar que tenía que defender á su hija, no sólo de la enfermedad, sino que también de su propia madre.

—¡Es decir, que tenéis miedo!...

—¡Miedo de perder á mi pobre hija! Sí. Y lo que me horripila es el convencimiento de mi impotencia. ¡Ah, qué horrible es no poder nada contra el mal que le arrebata á uno los seres más queridos! ¡Si dando hasta la última gota de sangre de mis venas pudiera salvarla, la daría sin vacilar! ¡Yo me pregunto qué es lo que he hecho en toda mi vida en vez

de aprender!... ¡Médico, sí, si yo fuera médico, creo que la salvaría!—añadió lleno de fe y con voz vibrante.

Luego ocurría que á él le faltaba la habilidad necesaria para cuidarla, y más aún para encontrar las palabras cariñosas, los mimos, que obligaran á la niñita á tomar los medicamentos y dejarse poner los vejigatorios que la martirizaban... ¡La pobre señora Debray—repetía Roberto—pone cuanto está de su parte en sus cuidados; pero no tiene la suficiente inteligencia, el tacto necesario para cuidarla!... El tenía mucho miedo, vivos temores de que la señora de Debray no sabía administrar las prescripciones del doctor, las pociones del farmacéutico...

Mientras que el joven Conde se expresaba así, Gilberta sentía en su interior un inmenso deseo de sacrificarse en todo y por todo, cierta especie de sentimiento maternal en estado latente, impulsos de abnegación propios de una Hermana de la Caridad. Acudían á sus labios algunas preguntas espinosas, que no osaba formular; hubiera querido preguntar á Roberto si no contaba en su familia, entre sus relaciones, con alguna mujer que pudiese, en Avon, ocuparse de cuidar á la enferma.

Por fin, cerca del camino de hierro dejó escapar la pregunta que tiempo hacía la abrasaba los labios:

—¿No hay en vuestra familia alguna mujer que pueda dedicarse á cuidar á la enferma?

—¡Una mujer!

Vió la joven contraerse aquel rostro varonil y

comprendió la indiscreción que había cometido, poniendo cruelmente el dedo en la herida. Reflexionaba el modo de disculparse, cuando Roberto replicó bruscamente:

—¡No tengo á nadie á mi lado! ¡A nadie!

Esta frase de desconsuelo, este grito de dolor causó tan honda pena en Gilberta, que, instintivamente, sin darse cuenta de ello y guiada tan sólo por un impulso de compasión, por una emoción que estuvo á punto de hacerla sollozar, tendió la mano á Roberto, y mirándole con dulzura,

—¿Yo no soy nadie?—le dijo.

—¡Vos!...

—¿Por qué no he de ayudar yo á cuidar á vuestra enferma?

En vez de responder, Roberto sintió deseos de estampar un ósculo en aquella mano, que aún conservaba entre las suyas, y todo su reconocimiento, la violenta, turbación de su alma se reflejó en sus ojos, que ahora tenía fijos en Gilberta, á quien contemplaba con pasión en fervoroso éxtasis.

—¿Vos, señorita... vos?

Y como ella insistiese, preguntándole una y otra vez, él la dió los nombres de los Debray, la indicó la calle... una casa blanca, próxima á la iglesia, en dirección del bosque...

Le parecía á Roberto que Cipriana no corría ya tanto peligro, y que un hada benéfica iba á velar por ella.

—Pero, ¿y su madre?...—interrumpió de pronto y á su pesar, Gilberta, con suave acento.

—¿Su madre?—replicó Roberto, palideciendo.

—¿Ha muerto?

—¡Sí! ¡Al menos para mí! La madre no existe ya—añadió bruscamente.

Dejó deslizar la mano de Gilberta, y se alejó precipitadamente antes de que le ahogase el llanto.

La joven no le perdió de vista hasta que se hubo internado en la estación del ferrocarril.—Dirigíase á París en busca de una eminencia, en busca del doctor Fargeas, á quien iba á consultar, á suplicar que salvase á su hija.—Y en tanto la joven permanecía inmóvil, absorta con lo que se había atrevido á decir, en un momento de arranque, por decirlo así, pero sin olvidar las señas que acababa de darle Roberto... Y en la casa blanca de Avon, próxima á la iglesia, veía, ó mejor dicho, creía ver, pálida, en su lecho de enferma, á la encantadora niña de las costas de Gracia, á quien desde luego se proponía, por su parte y con todas sus fuerzas, arrancar á la muerte.

XIII

Enriqueta había instalado al comandante á dos pasos de Gilberta, en una habitación que era la destinada á los amigos, empapelada de color azul de cielo con profusión de flores estampadas en el papel; habitación clara y alegre como ella sola. El comandante gustaba de encerrarse allí, y no habían dejado de llamar su atención los grabados que adornaban las paredes de aquella estancia, con sus sillones forrados de tela encarnada, con dibujos figurando un amorcillo tocando la flauta y rodeado de flores. El mobiliario recordaba á la vez el de una mansión de provincias y el de un *hôtel garni*. Armario de luna; cómoda de caoba; sobre la chimenea un reloj de bronce dorado, cuyo asunto era una *castellana* á quien un poeta, coronado de laureles, algún Petrarca de pacotilla, recitaba un soneto al mismo tiempo que pulsaba la lira. Pero los grabados, dos de Schopín, eran lo que sobre todo atraía, como magné-

ticamente, las miradas de Verdier, quien los había examinado maquinalmente la víspera en tanto que escribía su famosa profesión de fe, que tanto había asombrado á Guenaut. Uno de estos grabados representaba á Sancho Panza en el acto de ir á tomar posesión de su ínsula, abrazado á las piernas de su amo, el cual estaba en pie, con el flaco cuerpo metido en su vetusta armadura, llena de tajos y de abolladuras, como la que, perteneciente al Duque de Guisa, existe aún en el Museo de Artillería: el otro representaba al mismísimo D. Quijote sentado entre los arrieros y tomando por Princesas á las maritornes destinadas á cuidar de su rocín. El escuálido aventurero había inspirado á Verdier una simpatía instintiva, cierta especie de admiración portentosa, hasta el punto de que, cuando estaba en el regimiento, creyendo halagarle, y halagándole en realidad, sus compañeros le comparaban con D. Quijote

Los revolcones, las duras pruebas, los lengüetazos de las aspas de los molinos no le tenían más sin cuidado que al «caballero de la triste figura.» También él había tropezado con no pocas decepciones en su vida, y sin embargo, imitando en esto al errante paladín, conservaba aún sus trasnochadas ilusiones y su fe de muchacho. Los grabados de Schopin le hipnotizaban, como si descubriese en ellos una vaga representación de su propia existencia.

Y sin poderlo remediar, sin perder la costumbre, al retirarse á su cuarto por la noche, al despertar

por la mañana, aquellos dos grabados de Schopin le fascinaban y el fantasma del escuálido héroe de la novela le hacía recordar mil circunstancias de su propia vida.

Desde luego se hacía á sí mismo el efecto completo del desdichado caballero en su acometida á los molinos de viento. ¡Qué comedia aquellas elecciones! Mejor dicho, ¡qué desgraciada comedia! ¡Y ahí es nada cuando pensaba en las chinchorrerías que aún le aguardaban! ¡Tres semanas de la vida de candidato, tres semanas de peroratas, de discusión, de reuniones, de fiebre y de aburrimiento!

Por lo demás, el comandante había puesto manos á la obra, y se dejaba llevar de ceca en meca á gusto de los demás. A la sazón su manifiesto, fijo en todas las esquinas de Dammarie y de Chailly, le saltaba á la vista cada vez que entraba y salía, encontrándolo hasta en los árboles del bosque, camino de Barbizón. Los vetustos troncos de las encinas se convertían, durante este período electoral, en otras tantas columnas de anuncios, como si la misma naturaleza se asociase á la ambición de los hombres y —confundiendo la política con el idilio—hiciese que el viento arremolinase por los caminos, con las verdes hojas de los árboles, hojas de papel en blanco, papeletas impresas con los nombres de los candidatos.

Favouillet movíase ahora tanto como Garousse. Atacaba, con toda la furia de un neófito y con el

furor de un tránsfuga, al mismo orden de cosas del cual se había servido antes durante catorce años, y distribuía entre sus antiguos amigos las carretadas de fiemo que antes amontonase para distribuir á los jesuitas. ¡Después de combatir á los jesuitas negros hacía lo propio con los jesuitas rojos! Tal era su tema favorito. Al retirar el Marqués de Montbrun su candidatura, no habiendo otro candidato para el partido conservador, Favouillet, que había representado otras veces el papel de jefe de los republicanos, votaba hoy como legitimista, como bonapartista ó con quien quiera que le apoyase. Lo que él se proponía era derrotar al candidato de la señora Herblay, sin reparar en los medios para conseguirlo.

—El Marqués de Montbrun—decía Guenaut—hubiera sido menos temible que este candidato. Hasta los mismos republicanos, por la costumbre de votar por él, lo harán también ahora, sin fijarse en que ha cambiado la casaca. ¡He ahí lo que son los electores! ¡Bestias hechas á la costumbre!

—¡Escrutinio por lista, escrutinio por lista!—repetía entonces Cappois.—No tenemos más solución que el escrutinio por lista.

Pero Guenaut se encogía de hombros y contestaba:

—¡Bah! Las listas llegarían confeccionadas de París ó de otra parte.

—¿Qué queréis, pues, que hagamos?—preguntaba con sequedad el notario.

Y el veterinario, acorralado en sus últimas trincheras, sólo tenía una respuesta:

—¡Combatir á la reacción á todo trance!

Y añadía suspirando algunas veces:

—¡Si al menos tuviéramos como adversario al señor de Montbrun, le aplastaríamos!

Se condolía del Marqués como de una víctima cuyo sacrificio era ya seguro, y calculando las probabilidades de triunfo en la futura lucha, se decía que Verdier era incapaz de vencer á Garousse y á Favouillet.

—Yo creo que Garousse obtendrá de cinco á seis mil votos, Favouillet otros tantos y Verdier ocho mil—decía Cappois.

El comandante estaba luchando ya hacía veinte días. ¡Veinte días de fatigas y veinte noches de insomnio y de desvelos!...

—¡Pobre D. Quijote!—se decía, y le contemplaba colgado en la pared, dirigiéndose, ridículo al par que sublime, á la conquista de sus sueños. Al menos éste tenía una persona que le era fiel: ¡Sancho Panza!

Pero el pobre Verdier estaba solo en la lucha con su triste figura, y no había sido elegido más que como instrumento para lograr fines que á otros interesaban y de los cuales se proponían sacar partido.

Esta idea tomaba cada día más cuerpo en la mente de Verdier y le hacía sufrir. Además, Cappois,

ante la perspectiva de una derrota posible, tenía un humor de todos los diablos; Guenaut se mostraba cada vez más grosero, y Charvet parecía más frío. Hasta el joven Ducasse dejaba asomar á sus finos labios, de cuando en cuando, una sonrisa burlona. Enriqueta era la única que mostraba cada día mayores simpatías hacia Verdier, y esto porque quería mucho á Gilberta.

—Lo mismo da—pensaba el comandante, consultando la Agenda;—estamos á 20 de julio... domingo... La elección se verificará el 3 de agosto... Aún faltan tres semanas. ¡Cuán largo se hace el tiempo!

Y se preguntaba á sí mismo si tendría paciencia suficiente para aguardar hasta entonces sin echarlo todo á rodar; y, aun llegando, ¿se acostaría diputado el domingo? ¡Diputado! ¡Ah! Al otro día tendría derecho á exponer sus ideas de reformas, á hablar ante un Congreso en que la menor palabra tendría por auditorio el país entero. El haría que oyeran de su boca algunas verdades sin rebozo. ¡Le atenderían!... ¡Diputado! ¡Pero aún quince días más! ¡Dos semanas de polémicas, de debates furiosos y mezquinos!

D. Quijote, allí, desde su altura, lanza en ristre, parecía dirigirle profundas y compasivas miradas. ¡Ah! ¡Qué largos son quince días de suplicio semejante!

Verdier leía y releía la Agenda, fijándose con obstinación en la fecha del 3 de agosto, cuando llama-

ron suavemente á la puerta, tan suavemente que hubieron de llamar más fuerte para que él dijera: «¡Adelante!»

Eran Cappois y Guenaut. El veterinario tenía el rostro tan encendido que parecía amagado de una congestión.

Verdier, sin saber por qué, presentía algún disgusto. Cappois adelantó un paso y le preguntó si podían hablar «sin ser oídos de nadie.»

—¿Cómo sin ser oídos? ¿Por qué esos temores?

—La señora Herblay nos ha dicho que aquí os encontraríamos. ¿Estáis seguro de que no seremos oídos?

—¡Bah!—dijo Verdier, tratando de sonreirse.—¿Tan grave es lo que tenéis que decirme?

—Sí, señor, muy grave, ¡sumamente grave!—respondió Guenaut.

El comandante les indicó una silla á cada uno, cerró la puerta, aseguróles que podían hablar sin temor de que nadie les escuchase y añadió:

—Vamos á ver. ¿Qué es ello?

Cappois, que debía tomar la palabra, parecía perplejo. Se quitó los lentes, los limpió con el pañuelo y se los volvió á poner; pero sin determinarse á hablar.

Fué preciso un «acabad,» acompañado de un pisotón por debajo de la mesa que le dió Guenaut cuya mirada, además, parecía decirle: «Nada temáis. ¡Aquí estoy yo!»

—Querido comandante—dijo por fin Cappois, tratando de dar á su voz una entonación firme y segura,—sois hombre, ¿no es verdad?

Verdier miraba frente á frente y con profunda extrañeza á su interlocutor.

—Ya sabéis que somos amigos vuestros... amigos... lectorales. Vuestra causa es la nuestra, nuestra.. causa es la vuestra, vuestro honor es el nuestro. nuestra reputación es...

—¡Concluid de una vez, Cappois!—dijo Guenaut, viendo que el notario no llevaba trazas de salir del atolladero.

—¡Sí, pardiez—añadió Verdier, que empezaba á exasperarse previendo alguna nueva¡infamia y que no podía desechar de su imaginación la dichosa *Anguila*,—concluid! ¿Qué más hay?

—Hay... Hay...—balbuceó Cappois.—Hay... ¡No es tan fácil de decir!... Hay...

La mirada picaresca del hombrecillo quería penetrar en las desarrolladas pupilas, propias del duro mirar de Guenaut. Parecía implorar el apoyo del veterinario. Y, cauteloso, miraba después alternativamente hacia Verdier y hacia la ventana, como temiendo que el comandante le hiciese pasar á través de ella en cuanto hubiese dicho lo que tenía que decir.

—Escuchad—dijo rudamente Guenaut, viendo que Cappois no abordaría la cuestión nunca.—Lo que tenemos que comunicaros es muy enojoso y

muy delicado, pero ello es preciso decíroslo... Corren voces... habladurías nada más... Dicen... de vos y de vuestra sobrina...

Verdier adivinó por estas palabras una nueva calumnia, tal vez más grave que la primera, y pálido como un cadáver replicó friamente:

—¡Sepamos que es lo que dicen!

—¿No os enfadaréis?

—No, lo que quiera que sea, lo escucharé con calma.

—Nosotros no creemos nada de lo que dicen.

—Por de contado—interrumpió Cappois.

—Venimos solamente á repetiros lo que se dice.

—Os doy gracias por vuestro interés—dijo Verdier, á quien todo aquel misterio ponía fuera de sí.

—Vuestro honor es nuestro honor...

—Vuestra reputación es nuestra reputación...

—Ya lo habéis dicho, señores, y os ruego que habléis claro de una vez.

—Pues bien—dijo brutalmente Guenaut,—vuestra sobrina está dando mucho que hablar... Eso es lo que queríamos deciros. ¿Estáis satisfecho ahora?

—¿Mi sobrina? ¿Gilberta?...

El comandante permaneció por algunos momentos como enbrutecido, sin comprender una palabra. ¿Qué tenía que ver su sobrina con aquellos dos hombres que él tenía delante de sí en aquel momento? «Se habla mucho»... ¿Qué miserable había podido

mezclar en las contiendas de una candidatura el nombre de su sobrina, atacando tal vez á su honra?

Tuvo idea de echar de allí á los dos camaradas y no escuchar semejantes absurdos, ni dejar pronunciar el nombre de su sobrina por bocas tan sin autoridad para ello.

Después, reflexionando, comprendió que no debía dejar de oír una calumnia fraguada contra ella, porque si no la conocía mal podría castigar á su autor. No era lo mismo hablar de él que hablar de una joven que no tenía más tesoro que su honra y á quien había educado con tanto esmero y tan cuidadosamente, para obtener de ella un modelo de virtudes.—¡Ah! ¡D. Quijote! ¡D. Quijote!... El escuálido caballero miraba al pobre comandante desde el fondo de su cuadro con ojos de compasión.

—¡Acabemos de saber que es lo que dicen!...

El mismo Guenaut se encontraba perplejo, sin poder precisar nada... Y esta vez fué Cappois quien tuvo más valor para introducir, como quien no hace la cosa, el nombre de Montbrun en la conversación.

—¿El señor de Montbrun?—replicó Verdier cada vez más sorprendido.

—Sí, el Conde, dicho se está. El Marqués no. El joven Conde.

—Bueno ¿y qué?—balbuceó el comandante, sintiendo que se le agolpaba toda la sangre á la cabeza.

—¡Pues bueno, qué!...

Y Cappois miró á Guenaut como para convencerse de si podría contar con los puños del veterinario para contener la cólera del comandante, en el caso de que ésta se desbordase.

—Se asegura—prosiguió—que gracias á la intervención de la señorita Verdier...

—¡Gracias á la intervención de la señorita Verdier!...—repitió el veterano como un niño cuando deletrea una frase incomprensible.

—Sí, que gracias á su intervención el Marqués de Montbrun, que debía haberos hecho la oposición, como sabéis...

—Sí... ¡Adelante!

—Pues, según parece, gracias á la intervención de vuestra sobrina retiró el Marqués su candidatura.

Cappois miró por encima de los lentes á Verdier para ver el efecto que le producía tan terrible golpe.

Pero el golpe, aunque asestado tan á quemarropa, no causó efecto alguno. Verdier permanecía asombrado, tratando de comprender el sentido de aquellas palabras y preguntándose cómo podía Gilberta haber ejercido la menor influencia sobre el Marqués de Montbrun. Juzgaba que aquellos dos hombres ó se burlaban de él ó estaban locos.

—¡Su intervención! ¡La intervención de Gilberta! ¿Que queréis decir con eso? Gilberta ni aun conoce al Marqués.

—Es posible—repuso Cappois envalentonándose, —es posible; pero conoce al Conde.•

—¿Al Conde?

—Sí, al señor Roberto de Montbrun... ¡Al joven Montbrun!—dijo con gruesa voz Guenaut, añadiendo:—¡La juventud simpatiza!...

Estas palabras fueron seguidas de una sonrisa tan grosera como significativa por parte del veterinario, que despertó las sospechas del comandante, quien, como si le hubiera picado una víbora, se levantó amenazador y con el semblante lívido y descompuesto.

—¡Quisiera conocer á los inventores de semejantes infamias para arrancarles la lengua!—exclamó con voz de trueno abrochándose la levita de manera tan nerviosa y con tanta precipitación que parecía que iba á lanzarse sobre los impostores, como si los tuviese en su presencia.

—Reflexionad, señor Verdier, que si hemos venido á referiros lo que se dice ha sido para advertiros, como amigos vuestros que somos, y no es nuestra la culpa si os calumnian, á vos, á vuestra sobrina y al joven Montbrun... ¡Además, es preciso confesar que las apariencias!...

—¿Cómo las apariencias?—exclamó Verdier fuera de sí é interrumpiendo al notario.

—Sí, las apariencias, vos mismo... en Dammarie... el día en que encontrásteis al Marqués de Montbrun...

—¿Qué?

—Que fuísteis muy amable con él, estrechásteis su mano...

—¡Es verdad; fuí en un tiempo capitán del hijo, y he cometido además el delito de estimar al padre!...

—En política no debe estimarse á los adversarios; á lo menos no debe aparentarse...

—¡Ah! ¡Rayos del cielo!—exclamó Verdier furioso.

El veterinario le contuvo diciéndole:

—Si os sulfuráis ó no nos dejáis hablar, no sabréis nada... Tened un poco de paciencia... Os lo decimos por vuestro bien.

A Verdier le faltaba la respiración. Se dirigió á la ventana y la abrió bruscamente, en tanto que Cappois, no del todo tranquilo, espiaba sus movimientos. Verdier se asomó á la ventana para poder respirar el aire libre, y entre tanto el notario se retiró hacia la puerta para, en caso necesario, evitar el primer ímpetu de la cólera de Verdier.

Después éste preguntó, exigió que le refirieran minuciosamente todo, sin omitir ningún detalle, tal y como lo hubieran oído.

Guenaut y Cappois le contaron ingenuamente cómo habían visto á Gilberta y al Conde, en Avon, salir juntos de una casa cerca de la iglesia, añadiendo que no podía haber engaño en esto, porque los mismos que lo presenciaron les habían seguido hasta cerciorarse bien de que eran ellos.

—¡Gilberta y el Conde!...

—¡La señorita Verdier y el Conde de Montbrun, sí, señor!

—¡Eso no puede ser!

—¡Os contamos lo que afirman!

—¿Y quién afirma esa infamia?

—¡Todo el mundo!

—Todo el mundo miente—contestó Verdier alzando la voz.

Cappois le advirtió que, estando como estaba la ventana abierta, podían oirle en el jardín.

—¡Tanto mejor! ¡Quisiera que todo el mundo me estuviera escuchando... y que todo ese mundo, que afirma lo que me habéis contado, tuviese un solo nombre y una sola cara para abofeteársela!

Guenaut, viendo que la cuestión iba de mal en peor, hizo notar que ellos no hubieran dicho nada al comandante si no fuera su candidato!

—¡Sí, un candidato debe sufrir, no sólo que le insulten y deshonren, sino que insulten y deshonren á su familia, con tal de salir diputado! ¿Y quiénes son los que le calumnian? Unos perdidos, que quieren se les deje el campo libre, y que esperan lograr por medio de tales infamias lo que no lograrían por procedimientos lícitos y honrados.

—En eso tenéis razón; muchos candidatos...

—¡Si llego á descubrir al infame calumniador!... ¡Calumniar á Gilberta!...

—Ante todo—dijo el notario, acercándose aún más á la puerta para poder huir, en caso necesario.—Ante todo debéis preguntar á vuestra sobrina á qué fué á la casa de Avon, acompañada del Conde.

—¿Gilberta? ¡Gilberta no ha ido jamás á Avon, y si hubiese ido sería para ejercer alguna buena obra, por más que nada me haya dicho!—afirmó el comandante con energía.

—Iría á eso mismo—replicó el notario—la noche en que Guenaut y yo la vimos salir del *Gran Monarca*. ¿No os parece, Guenaut?

—¿El *Gran Monarca?*—interrogó Verdier sin saber adónde iban á parar los dos compadres.

—¡Sí, la fonda del *Gran Monarca*... en Melun!... —dijo Guenaut.—El día que se celebró la primera reunión electoral en Chailly...

—¿Qué pasó? Sepamos qué pasó—dijo Verdier con rabiosa impaciencia.

—Comimos en el Gobierno civil Cappois y yo...

—Sin el Gobernador, que estaba en París, como de costumbre—interrumpió el notario.

—¡Al grano, al grano!—repitió cada vez más impaciente Verdier.

—Vimos... Cappois y yo...

—Guenaut y yo...

—Vimos... á vuestra sobrina...

—¿A mi sobrina?

—Sí, á vuestra sobrina, que salía de la fonda.

—¿Mi sobrina salía de la fonda?

—Con...

Cappois miró á Guenaut como diciéndole: «¡Concluid!»

—¡Con el señor de Montbrun!—dijo por fin el veterinario, de igual modo que si hubiera dado un pinchazo con su lanceta.

Verdier, separándose de la ventana, se lanzó hacia la mesa; pero tuvo que apoyarse en ella para no caer. Jamás había sentido una sensación tan brutal, como no fuese en Coulmiers, en donde le cayó una viga sobre la cabeza al penetrar en una casucha que estaba ardiendo y en la cual se había hecho fuerte un destacamento de bávaros.

Permaneció un momento como anonadado y tan pálido que el veterinario temió seriamente por su vida; pero el soldado se repuso, y retorciéndose el bigote con despreciativa sonrisa y procurando aparecer sereno:

—Vamos—dijo,—veo que no se trata de un dicho cualquiera...—¡Vuestros propios ojos han visto!...

—¡Visto, lo que se dice ver!—apoyó Cappois.

—En ese caso nada tengo que decir... Mi sobrina será la que se encargue de eso... Os ruego que me dejéis solo... ¡Buena necesidad tengo de ello, os lo aseguro!...

El notario creyó ver en las últimas frases del comandante, más que dolor, una amenaza, por lo cual se apresuró á decirle:

—Comandante, creed que lamentamos sincera-

mente... Pero el deber... ¡Sois nuestro candidato!...

—¡Vuestro honor es el nuestro!—añadió con tono sentenciador el veterinario de Chailly.

Verdier les dió las gracias.

—Después de todo, estos imbéciles—pensó—están en su derecho. Son miembros del comité... Han creído que veían...

Iban ya á retirarse, cuando Verdier los detuvo. Por imposible que ello fuese, quería saber cómo vestía Gilberta cuando la vieron en Melun y la hora á que la habían visto.

Cappois precisó entonces. La *toilette* que describió podía muy bien ser la de Gilberta; pero, ¿cómo era posible que estuviera la joven en Melun á semejante hora?

—No; no era tan tarde—dijeron ambos.—El señor Berlemont tenía que trabajar y nosotros le dejamos después del café. Serían las nueve ó nueve y media de la noche.

Verdier, sin que por esto sospechase lo más mínimo de Gilberta, creyó recordar, sin embargo, que su sobrina había salido precisamente aquel domingo por la noche para pasear un rato por el camino real, según dijo, sola. Pero con toda seguridad no había llegado hasta Melun.

—¡Sería otra persona!

—Probablemente—replicó Cappois con ironía...—probablemente.

—Sí—dijo Guenaut;—pero sería preciso que esa

otra persona se pareciese mucho á la señorita Gilberta para que se la confundiese con ella en Avon; además de que nosotros mismos... nosotros mismos... ¡Y yo no tengo mala vista, vive Dios!

—Pues yo—dijo Cappois—tampoco tengo malos lentes.

Partieron, dejando aterrado al comandante. Sabía hasta la evidencia que nada podía á sus ojos perjudicar á Gilberta. Pero ¿qué significaba aquella calumnia? ¿Cómo era posible que hubiesen creído ver á Gilberta en Melun y en Avon á la vez, y que la hubieran visto hablando con Mr. de Montbrun y entrar con éste en una casa cualquiera? Imposible, le parecía de todo punto imposible. Pero, en fin, ¿qué habría de fundamento en semejante calumnia?

En su vida se había conceptuado tan desgraciado.

Experimentaba una sensación semejante á la que produce una pesadilla.

¿Aquellos hombres habían estado realmente en su habitación? ¿Le habían dicho en realidad lo que acababa de escuchar? ¿Todo ello no era más que un sueño?

Se dirigió á la ventana, y lo primero que vió fué al notario y al veterinario que se despedían de la señora Herblay, á quien acompañaba el joven Ducasse.

Cappois saludaba con mucho comedimiento; Guenaut enviaba con la mano un adiós á Ducasse, y En-

riqueta parecía sonreir oculta debajo de la sombrilla. Verdier cerró bruscamente la ventana.

¿Sería de él, de Gilberta, de quien hablaban y se reían aquellos que él divisaba á lo lejos?

—¡Ah!—exclamó.—¿Qué es lo que me han conta do esos charlatanes, Dios mío?

Y dejándose caer sobre una silla, fué reconstruyendo palabra por palabra la conversación que habían tenido.

No podía comprender que pudiera haber dado lugar á tan absurda calumnia, y se acusaba de no haber estado bastante enérgico con aquellos dos majaderos.

—Debí meterles el resuello en el cuerpo con mis puños... Creían hacerme un favor... Mi honor es el de ellos también... Quien ataca al candidato les insulta á ellos... ¡Ah! ¡qué animales!

Las lágrimas le abrasaban y sentía además un peso en el pecho y una falta de respiración tan grande que creía inevitable una catástrofe. El aire le faltaba, y más que el aire las ganas de vivir. ¿Por qué habré venido á este castillo de Dammarie, Dios mío?—se decía, y miraba maquinalmente á la flaca figura creada por la imaginación del inmortal Cervantes, que parecía decirle:

—¡Una prueba más, comandante! ¡Una etapa más para completar tus hazañas!

El sabía que la vida es un continuado combate, donde el rencor y la maldad se enseñorean; pero no

podía dejar tan mal parada la honra de su sobrina.

—¿Se puede entrar?—preguntó una voz argentina dando un golpecito á la puerta.

Verdier dió un grito y se levantó. Era Gilberta, quien quedó muy sorprendida al reparar en la descompuesta fisonomía de su tío.

—¿Qué tenéis?—preguntó con ansiedad.

El la cogió de la mano, la besó en la frente y, acercándola á la ventana, contempló su cándida fisonomía.

—¡Ah! si supieras, querida Gilberta, lo que dicen... ¡Pobre niña!... Dame un beso.

Acariciaba á su sobrina, medio riendo y medio llorando, con una compasión y una angustia que le ahogaban.

—¡Pobre criatura! ¡Tanto como yo la quiero!

Gilberta tuvo miedo.

—¿Qué pasa?

Reparó en los ojos de su tío y vió que éste había llorado. ¿Llorar? ¿Por qué había llorado?

—¡Ah! ¡Por qué! ¡Porque hay imbéciles en el mundo y me han hecho mucho daño! ¡Mucho daño!

Le contó todo lo que le habían dicho, sin olvidar el pueblo en donde decían haber visto á Gilberta.

—¡Avon!

El comandante se quedó estupefacto al ver que su sobrina no contestaba nada.

—¿No es verdad que es horroroso verse calumniado de ese manera?—continuó Verdier.

Gilberta no contestó; pero sus preciosos ojos permanecieron inmóviles y fijos en su tío. Estaba aterrada y como si no hubiera comprendido hasta aquel momento la imprudencia que cometiera ocultando á su tío sus excursiones.

¡En Avon! ¡La habían visto en la casita de Avon! ¿Quién la habría espiado?

Verdier, aunque no creía ni siquiera en la posibilidad de que fuera cierto, estaba trastornado por el silencio de su sobrina.

¿Quiere decir que había estado en aquel pueblo? ¿Cuándo? ¿Por qué no se lo había dicho? Sin embargo, no solía ocultarle nada.

No lo había dicho porque para ella sus visitas á una niña enferma equivalían, ni más ni menos, que á llevar el consuelo á un desgraciado que sufría, y además, el secreto no era suyo, sino del señor Montbrunt, y cuando él no había dicho nada...

—Sea, lo creo como lo dices; pero á mí bien podías habérmelo confiado...

Gilberta le interrumpió diciéndole:

—¡Es verdad; pero estábais tan preocupado é inquieto con la política!... ¿Para qué añadir ese disgusto más á los que ya teniais? Porque seguramente hubiera sido un disgusto para vos ver sufrir á la niña.

—¡Pobre Cipriana, sin madre, moribunda y en manos de criados!—añadió Gilberta como hablando consigo misma.

Y le habló con angustiada voz de aquella po-

bre Cipriana, que sin el consuelo de una madre cariñosa sufría postrada en su lecho.

Se había entregado al cuidado de Cipriana afanosa, como el buen artista se afana por su obra. Se obstinaba con todas sus fuerzas en arrancarla de los brazos de la muerte. ¡Encontraba á la niña tan linda en su camita blanca!

Cipriana la había tomado gran cariño, y la sonreía con esa sonrisa propia de los seres que están entre la vida y la muerte. Quería que Gilberta estuviese siempre sentada á su cabecera, y la decía muchas veces: «dame la mano,» y quería cortarla las uñas ó roérselas—empeño que suelen tener los niños bajo la impresión de la fiebre—y esto la entretenía. Jugaba con Gilberta como con una muñeca.

Roberto, de pie cerca de la cama, contemplaba aquel cuadro sin tener suficiente fuerza de voluntad para acallar los quejidos de su paternidad y disimular al mismo tiempo el inmenso cariño que sentía por aquella criatura, que con tanta abnegación, y sin preocuparse de la maledicencia, se había prestado á llevar el consuelo y prodigar sus cuidados á la enfermita.

Gilberta contaba á su tío que había tomado como una peregrinación los viajes á la casita de Avon, refiriéndole lo contenta que estaba por la confianza que ahora abrigaba de que se salvaría la pobre niñita..

—¿Qué queréis que haga? La he tomado tanto cariño, y ella me lo ha tomado á mí tan grande, que

aquellas honradas gentes están celosas porque Cipriana no quiere tomar nada de manos de nadie más que de las mías. Como comprenderéis, es necesario que vaya todos los días. No es extraño que sepan dónde voy, porque no me oculto para ello. ¡Soy —añadió con dulce y tranquila sonrisa—Hermana de la Caridad, sin haberlo pensado!

El comandante rodeó con sus brazos á su sobrina, estrechándola con paternal á la vez que respetuoso cariño.

—¡Tienes muy buen corazón! ¡Eres un ángel!... Sí, un ángel; pero has cometido una gran imprudencia sin saberlo.

—¿Una imprudencia?

—¡Sí!... En la sociedad no hay tan sólo gentes honradas. Hay también muchos imbéciles... (digo imbéciles por no darles otro calificativo, que si es más apropósito también es más duro) que no están deseando más que ver cómo pueden clavar sus emponzoñados dardos en el corazón de las personas sencillas y honradas.

Se contuvo, no queriendo que Gilberta comprendiera lo que habían pensado de ella; pero ésta insistió en querer saber por qué decía su tío aquello.

—¡Pues bien, lo sabrás!

Verdier la manifestó cuán grande era el peligro de caer en boca de los malvados conduciéndose con tan poca precaución, y la refirió cómo hablaban muy desfavorablemente de ellos, quedando atónito al ver

la tranquilidad con que su sobrina oía el relato, pues no observaba en ella ni admiración ni cólera.

—¿No es más que eso? Eso no es nada—dijo haciendo un movimiento despreciativo de cabeza; y mudó de conversación.

—Eso no significa nada para ti ni para mí; pero para la sociedad, que juzga sin compasión...

—¿La sociedad, querido tío? ¿Qué sociedad?

—¡Yo no sé cómo explicarme!... ¡La sociedad!...

—Nuestra sociedad querréis decir. Pues la mía sois vos, y la vuestra soy yo; conque no sé por qué os inquietáis tanto. Nunca se ha ocupado nadie de nuestras acciones en la calle Mausart, en París, ni se ocuparán tampoco de lo que pasa ahora en Dammarie-les-Lys.

Verdier guardó silencio. Había en la voz y en la calma de Gilberta una resignación que le admiraba.

—Todo eso está muy bien; pero no debemos pensar sólo en nosotros... ni olvidar el mañana...

—¿Qué es el mañana, querido tío? El mañana no es otra cosa que el hoy continuado para vuestra sobrina, que os amará tanto como hoy, sin diferencia ninguna.

—Sí; pero cuando te cases, si habladurías como esas...

—¡Bah! ¡No os inquietéis por eso! ¡Yo no me casaré nunca!

—¡Nunca!

—¡Jamás!

Su voz clara y lenta dejaba traslucir un hondo sufrimiento, que no escapó á la penetración de su tío.

—Veamos por qué hablas así...

—¡Ah!—exclamó cogiéndole ambas manos y mirándole fijamente con la sonrisa en los labios,—no me preguntéis. Es cosa decidida en mi interior. Pueden decir lo que quieran de mí; no sería eso lo que me impidiese encontrar un buen partido, puesto que no lo busco... ni lo quiero.

Trató de sonreir y añadió:

—¡Moriré soltera! Profesando semejantes ideas, nunca se ocupa una de lo que dirá la gente.

La campana, anunciando la hora de la comida, sonó, y Gilberta dijo á su tío que no hablase de lo ocurrido, y si le preguntaban que á qué iba ella á Avon, contestase que él sabía á qué, y eso le bastaba.

Oyeron pasos en el corredor. Era Ducasse.

Traía en el ojal de la levita una magnífica rosa que había cogido en el jardín, para él, la señora Herblay.

—Comandante—dijo después de saludar á Gilberta, — no olvidéis que esta noche, en el *Café del Eclair*, es la reunión magna...

—¡Ah! sí, la reunión magna...

El comandante no se acordaba ya. Garousse y sus partidarios se habían propuesto ocasionar mucho

ruido en una reunión que preparaban, y Ducasse anunciaba la proximidad del combate, usando de reticencias socarronas.

—Ahora bajo—añadió Verdier.—Estoy preparado para la noche.—Y volviéndose á Gilberta cuando hubo desaparecido el joven Pitt en dirección del salón:—¡Tienes razón—la dijo;—olvidemos tanta infamia, y á tu puesto, candidato!

¡Garousse y la elección le preocupaban ahora bien poco! Lo que absorbía por completo su pensamiento era su sobrina, la calumnia lanzada sobre ésta y todo lo que se adivinaba de rastrero y de miserable en las habladurías de aque llos necios.

La campana anunció por segunda vez que les esperaban en el comedor. Verdier atrajo hacia sí á su sobrina y la abrazó con efusión.

—¿Pero cómo habrá tantos bribones en el mundo? —la dijo.

La joven trató de sonreir, cogiéndose á su brazo para bajar.

—¿Ahora—dijo—os dáis cuenta de eso, querido tío? ¡Sois un niño!...

—No, lo que soy es un hombre honrado, que no puede transigir con las infamias ni con los infames.

XVI

Elena Morgan, desde su última entrevista con Roberto, no perdía el tiempo; meditaba, con la sangre fría de una reflexión calculada, la manera de reconquistar el terreno perdido. Evidentemente el Conde no la amaba ya. ¿La había amado alguna vez? Deseado sí; pero amado...

Y la linda inglesa, mirándose al espejo como para estudiarse á sí misma, movía irónicamente su linda cabeza.

No había sido nunca amada (aunque Roberto la hubiera asegurado lo contrario). *¡Never!* (jamás). Ese *never*, que repetía ahora, sonaba en sus oídos de una manera lúgubre. ¡Después de todo, la preocupaba poco haber inspirado ó no eso que llaman amor y que ella no sintió nunca! Había tenido caprichos; pero enamorarse, ¡jamás! No había amado nunca otra cosa que á su persona y á su belleza, que cuidaba como á plantas raras y delicadas. Todo lo que no fue-

ra su persona la tenía sin cuidado. No era por atraer á Roberto por lo que cuidaba de su hermosura, sino porque contaba con ella como un recurso para en caso necesario.

Se burlaba del amor del Conde, y sin embargo, los celos—ya que no de mujer enamorada, de mujer herida en su amor propio—la encolerizaban al pensar en Gilberta, en la mujer que se atravesaba entre ella y el Conde de Montbrun. Como no la conocía, se la imaginaba tímida, fría: ¡una hermosura de pensionista!

Mucho era preciso que el Sr. de Montbrun, débil de suyo, la amase para hacer frente con tanta energía á su legítima mujer cuando ésta se presentaba á reclamar sus derechos.

—¡Sí, su legítima mujer!—se decía Elena, buscando entre sus papeles la fe de casamiento que le había de dar la victoria, haciendo que se reconocieran sus derechos...

Estaba decidida á luchar contra los Montbrun.

Había dicho formalmente al Conde que se cansaba de ser Condesa anónima. ¿Estaba casada? ¿Sí? Pues bien, quería llevar su título (¡Condesa!) aunque la costara acudir á los tribunales para conseguirlo.

¡Los tribunales! ¡Pleitear! Para pleitear se necesita dinero, y la miseria llamaba á sus puertas. Todo lo que la dió Roberto lo había despilfarrado, y tenía además hipotecada la pensión. De los obje-

tos de valor que la restaban, parte habían sido vendidos para sostenerse ella, y parte para la señora Morgan, que, vieja, enferma y necesitada de reposo, se había retirado á Warwickonire, en donde vivía. No restaban, pues, más que algunos despojos de su lujo que vender para sostenerse algún tiempo más. Pero con ellos, su belleza, su energía y su derecho—Condesa de Montbrun—no se moriría de hambre.

Sin embargo, aislada como se encontraba, estaba condenada á la prudencia. Un proceso bruscamente entablado podía exasperar al padre y al hijo. Pensaba esto dando vueltas entre sus blancos dedos al acta de matrimonio, ya un poco amarilla por el tiempo, extendida por el pastor Borlow. ¿Y si la ley francesa no reconocía esta unión? ¿Si casada en Inglaterra, no se la consideraba como tal en Francia?

Antes de acudir á los tribunales trataría de convencer á Roberto—peesaba—de que debía acceder á sus deseos.

Pero éste contestó con la altanería y el desprecio á sus proposiciones. De los dos caminos que pensaba seguir para lograr lo que se proponía, el uno no le había dado resultado, que era el de la persuasión. Necesitaba, pues, emprender el otro, el de la amenaza.

Sabía que el Conde adoraba á su hija, y pensó que robando á Cipriana le obligaría á consentir en lo que ella le propusiera.

Decidida á cometer el rapto, tomó todas sus me-

didas para ello. Escribió á una de sus antiguas doncellas, que vivía en Trouville casada con un judío, y ésta se enteró de que la niña no estaba en Villerville, porque allí se decía que Ruaud había salido una mañana muy temprano llevándosela consigo á París.

Elena comprendió que había adivinado su pensamiento.

—¡No importa!—se dijo;—puesto que toma tantas precauciones, es evidente que tiene miedo que se la roben. ¡Adelante, pues! Me alegro saberlo; le tengo cogido, puesto que conozco su flaco. ¡Lograré mi intento!

Desde aquel instante, con las precauciones y la sangre fría de un polizonte avezado, se puso en persecución de su hija.

Es imposible que la tengan en el mismo Melun—pensó;—debe estar ó en sus alrededores ó en París.

Volvió á Melun, é indagando por todas partes, supo que el Conde iba casi todos los días solo hacia Fontainebleau. Esto prueba que por allí debe estar Cipriana, se dijo.

No necesitó más que espiarle para ver dónde entraba y deducir que estaría allí la niña.

Al volver á París desde Fontainebleau se encontró en la estación con un joven muy elegante y risueño, que la saludó, y á quien reconociendo ella, se apresuró á tender la mano diciéndole:

—¡Ah! ¡Qué suerte la de encontraros, mi querido Reville! Sabía que vivíais aquí, pero...

—¡Y establecido en Melun, que es lo peor!... Voy á París para fortalecerme un poco y comer en la fonda de los *Embajadores*. ¡Se ahoga uno en Melun!

—¿Estais engolfado, como siempre, en la política en Melun?

—¡En la polémica, pues eso no es política!

La inglesa sonrió maliciosamente y añadió con cierta dulzura y ligero acento británico:

—¡Oh, oh! ¿Polémicas en Melun?

—¡Electorales!

—¡En verdad que no sé por qué os pregunto esto! Leo *La Anguila*. ¿Sois muy *amigo* del comandante Verdier?...

Saboureau de Reville soltó la carcajada.

—¿Amigo del comandante yo?... Es un moderado furibundo y todos los medios me parecen buenos para combatirle y aplastarle siempre que pueda. ¡Los radicales avanzados como nosotros no transigimos!... ¡Nada de concesiones!...

El periodista de conveniencia pronunció estas palabras con cierto tono de dignidad.

—¡Ah! ¡Bah!—exclamó Elena.

Le conocía perfectamente. Se habían visto en Luchon, en Dieppe y en Vichy y viajado juntos un verano en un vapor que navegaba por el Rhin.

—No os comprendo, querido Reville. ¿Os he conocido legitimista?

—¡En tiempos de la fusión, sí! ¡Ahora soy radical de los más avanzados!

Elena, que había hablado muchas veces al Conde de este Reville, «hombre dispuesto para todo,» estaba encantado de haberle encontrado. Independientemente de su verbosidad, que tan agradablemente la había distraído en otras ocasiones, Saboureau tenía para Elena ahora un valor inapreciable, en que ni siquiera había pensado: era adversario decidido del personaje cuya sobrina la estorbaba.

¡Era, pues, preciso utilizar á este Reville! Subió en el vapor y tras ella el periodista, en el momento en que un hombre, joven aún, elegante y risueño, á quien todos saludaban, montaba en un compartimiento reservado.

Reville saludó también, mas expresivo que los demás, á aquel caballero, oficial de la Legión de Honor, que contestó con extrañeza, pero con amabilidad, á su saludo.

—¿A quién habéis saludado?—preguntó Elena sentándose frente á Reville.

—¿A quién? ¡Al Gobernador!... Va á París, como yo. Siempre está en París. Gobierna á distancia. ¡Sin duda piensa que, así como cuando los Cuerpos Colegisladores están cerrados, la nación está más tranquila, cuando los Gobernadores están ausentes las provincias están mejor gobernadas!

Saboureau de Reville decía esto con burlona sonrisa.

—Estoy muy bien con él—añadió.—No se sabe lo que puede ocurrir. Yo puedo volver á ser conservador, ó él convertirse en radical, y... ¡siempre es bueno entenderse!

Este vergonzoso cinismo del hombre que está siempre alerta de lo que más le conviene, no desagradaba á Elena. A falta de la corista retirada, podía valerse de Reville para lograr sus propósitos. ¡Viviendo como vivía Reville en Melun, combatiendo como combatía la candidatura Verdier y pudiendo vigilar el hotel Montbrun, era el colaborador soñado! De Melun á París Elena se mostró lo suficientemente coqueta é insinuante para que Reville, que la había encontrado siempre encantadora, pensara en que volvía á reanudar la lectura de la novela abandonada, en el barco que navegaba por el Rhin, en la página más interesante.

Elena había encontrado lo que buscaba. Sabría por él todo lo que ocurriera en Melun, y la pluma del periodista la sería más útil que la elocuencia de todos los abogados.

—Nada de escrúpulos—se decía,—mucha audacia y asociémonos á él por todos los medios, exija lo que exija. ¿Me exige que le ame?... Eso es imposible; pero *le apreciaré*... Me valdré de él para hallar á Cipriana, no porque me importe el verla, sino para obligar al Conde á que capitule...

Esta decisión pareció á Elena la más acertada, porque si era verdad que los matrimonios verifica-

dos con franceses en Inglaterra no eran válidos en Francia si no se habían llenado ciertos requisitos, perdería su tiempo y su derecho, mientras que apoderándose de Cipriana y teniendo el periódico á su favor, desempeñaría el papel de mártir, tomando por pretexto su maternidad, y conseguiría que Roberto cediera...

La Anguila de Melun tomó diferente actitud desde que Elena y Reville se entendieron. Todo lo que Cappois y Guenaut habían dicho al comandante con relación á su sobrina se publicó en *La Anguila.* No era ya sólo la oposición al candidato la que hacía el periódico, sino una propaganda baja y soez contra Verdier y su sobrina.

Elena supo muy pronto el paradero de su hija, y desde entonces sólo pensó en los medios de apoderarse de ella. Proyectó seducir por medio de dinero á la familia que la cuidaba; pero eso es imposible —se dijo.—Antiguos servidores de los Montbrun y profesándoles tanto cariño y respeto, nada podré conseguir por ese lado.

Un día se propuso entrar en la casita de Debray; pero temiendo infundir sospechas, desistió de su empeño por entonces, contentándose tan sólo con observar lo que pasaba dentro. La puerta estaba abierta y Elena pudo ver muy bien á una joven vestida de negro que se parecía á la que ella se había imaginado.

Poco después bajaba Roberto de un carruaje

y entraba en la misma casa. El corazón de Elena, que no latía ni de amor ni de entusiasmo, latió en aquel momento de despecho y de cólera. Era su rival la que estaba allí dentro.

¡Se dan citas amorosas aquí! ¡Tanto mejor! Ya no solamente tengo el arma de Cipriana... la honra de la sobrina del comandante está comprometida; esto hará ceder al Conde para evitar mayor escándalo, y mi suerte quedará decidida en la casita de Avon...

Dió cuenta á Reville de todo lo que pensaba y había visto.

—¡Bravo! ¡Ah! Todo está explicado ahora. ¿Cómo había de aceptar el Marqués la presentación de su candidatura? ¡Cómo nos vamos á reir de esa mogigata, que pretende pasar por tan honrada!... La desenmascararemos y será la mofa y el escarnio hasta de los más indiferentes. Verdier conoce su negocio. Aparentando una honradez que no existe, hace pasar á su sobrina por una joven honesta. ¡Honesta!,.. ¡La anécdota de ahora será de más sensación que la de Guelmá!—Y el redactor de *La Anguila* se frotaba las manos mientras decía esto.

—No vayáis á decir que la sobrina del comandante...

—¡No temáis, cuestión de adjetivos! Existen medios de decir cuanto se propone uno decir sin comprometerse. No se afirma, se indica, se insinúa y todo el mundo comprende. ¡En política se permite todo!—dijo.

Y añadió cogiendo la diminuta y fría mano de la inglesa:

—¡Me burlo de la política!... ¡Por vos me burlaría del mundo entero!

Un relámpago de satisfacción animó por un segundo los verdes y lindos ojos de la inglesa.

Los artículos de *La Anguila* y las murmuraciones de que el veterinario y Cappois habían hablado á Verdier tenían su origen en la peligrosa asociación, en la comunidad de odios y de amores entre Elena Morgan y Saboureau de Reville.

Gilberta y su tío ignoraban hasta qué punto se había extendido la calumnia.

La joven se preocupaba tan sólo de su tío, y suplicaba á Ducasse que no le abandonase en la empresa á que le habían lanzado.

El joven Pitt sentía viva satisfacción en complacer á la sobrina del comandante, hacia quien se sentía muy inclinado apesar de su firme propósito de no dar entrada en su corazón más que á la pasión política.

La señora Herblay, algo celosa, se apresuró á hacerle entender que perdía el tiempo, porque Gilberta amaba á otro.

—¿Y quién os dice, señora, que...—murmuró el vicepresidente de la conferencia Montesquieu una tarde que Enriqueta se lo repetía irónicamente.

Ella sonrió, sin darse por entendida.

Encontraba á Ducasse de mucho talento, y se con-

vencía cada vez más de que sería un buen político.

—¡Ah! ¡Si ese bueno de comandante no fuera candidato!...—pensaba.

Mientras Verdier, acompañado de Ducasse, se dirigía al *café de L'Eclair* para discutir con los partidarios de Garousse, Enriqueta se quedó sola con Gilberta en el gran salón, pues el señor Charvet había tenido que privarse de la visita acostumbrada á causa de un fuerte dolor de muelas. Pobre senador, tenía dolor de muelas!...

Enriqueta, sin darse cuenta de ello, recordaba la fina sonrisa de Emilio Ducasse y veía en su imaginación las dos hileras de perlas que éste dejaba ver al separar sus acoralados labios para sonreir; pero se acordó de que no estaba sola, y volviéndose á Gilberta, á quien encontró muy triste.

—¿Qué os pasa, hija mía?—le preguntó.

—¡Nada, señora!

—¡Algo os pasa! ¡Estáis muy triste!

Estaba más aturdida que triste con lo que le había contado su tío. ¡Ah! ¡Cuánta infamia hay en el mundo! ¿Qué daño había hecho? ¿Por qué se ocupaban de ella, cuando ella no se ocupaba de nadie? Ansiaba vivir tranquila, olvidada, y la mezclaban en vergonzosas historietas, que despreciaba, sí, pero que la entristecían por su buen tío.

Contó todo lo ocurrido á la señora Herblay, quien moviendo la cabeza la dijo sonriendo:

—No os inquietéis, eso no es nada... ¡esta dichosa política!

—¿La política?

—Sí, ¡sois sobrina de un candidato! ¿Comprendéis? ¡Oh, miseria humana! ¡Si supiérais lo que han hablado de otras! ¡De mí misma!

—¡De vos, señora! ¿Y qué han podido hablar de vos?

Enriqueta quedó algo pensativa, admirando el candor y la pureza reflejados en la fisonomía de la inocente joven, y continuó:

—Sí, de mí; pero es distinto. Yo soy viuda y figuro mucho en política; pero vos, querida niña, sois un ángel. ¡No acierto cómo ha podido la maledicencia llegar hasta vos!

Un criado que traía una esquela escrita con lápiz para Gilberta interrumpió la conversación.

—¡Una esquela para mí! Debe ser de mi tío. Algo desagradable le ocurre. ¿Qué habrá pasado?

—No, señorita; no es de vuestro tío: la ha traído el cochero del señor Conde de Montbrun, que viene de Avon.

¡Avon! Enriqueta miró á Gilberta, que se había puesto muy pálida. La señora Herblay había leído, como Cappois y Guenaut, los artículos de *La Anguila* de Melun, en los que Reville daba á entender que «la señorita Verdier y el Conde de Montbrun debían tener una afición especial á Monaldeschi, puesto que se les veía muy amenudo hacia la iglesia

en donde la víctima de Cristina de Suecia había sido enterrada.» Pero la gran electora no había dado importancia á la noticia del periodiquillo. Creía que todo aquello eran argucias de la política, como acababa de decir á Gilberta; así es que la turbación de ésta la dejó muy sorprendida. ¡Avon! ¡El señor de Montbrun la mandaba una esquela desde Avon!

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó con viveza.

Gilberta se puso lívida de pálida que estaba; leyó precipitadamente la carta, olvidando hasta las leyes de la cortesía, y, después de leerla, se la dió á la señora Herblay, diciéndola:

—Leed, señora.

Rápidamente, y con una letra casi ininteligible, había escrito Roberto algunas desesperadas líneas en un pedazo de papel cualquiera:

«¡Cipriana está casi espirando, y la pobre niña os llama, os necesita! ¡Os ama tanto!... ¡La habéis cuidado con tanto esmero! No tiene madre, y la ha encontrado en vos; venid, venid. Os lo ruego con lágrimas en los ojos. No quiere tomar nada de manos de nadie. Perdonad la importuna petición de un padre dolorido; pero como no deja de llamaros... El comandante no se negará á acompañaros. El cochero tiene orden de esperar hasta que vengáis. He prometido á mi moribunda que estariais aquí muy pronto. Estoy loco de dolor...

Vuestro más humilde servidor, *Roberto de Montbrun.*»

Enriqueta miró á la joven, que instintivamente buscaba su sombrero, cualquier cosa, para partir.

—¡Pero vuestro tío no está aquí!

—¡Es verdad—contestó Gilberta;—pero es preciso ir!... ¡Iré sola!

Dijo esto con tal decisión, que Enriqueta quedó muy complacida.

—Sí, pero esos imbéciles, que trabajan tanto por desacreditaros...

—¡Oh! ¡A esos... les desprecio! No existen para mí.

—Tenéis razón; pero no podéis ir sola. ¿Os negaréis á que os acompañe yo?

Reflexionó algunos instantes, y luego añadió:

—¿Seré indiscreta?... ¿El señor de Montbrun?...

—¡Vos indiscreta, señora! El señor de Montbrun tiene pocas personas que se compadezcan de su situación, y una de esas pocas personas seréis vos. Os quedará muy agradecido, no lo dudéis.

La señora Herblay miró al reloj.

—Las ocho menos diez minutos. ¡Vamos!—dijo, y en el camino supo por Gilberta la historia de Cipriana, de la pobre moribunda.

La interesó mucho aquella historia, y repetía á cada momento, mirando á Gilberta:

—¡Qué lástima, qué lástima de boda!...

Al pasar por Fontainebleau se apearon para tomar algunas medicinas en la botica.

Gilberta pensaba por el camino si la pobre enfermita estaría peor, y temía que cuando llegaran fue-

ra ya tarde. La quería con la efusión de una madre, y hubiera dado gustosa su vida por salvarla.

El carruaje paró á la puerta de Debray, y Gilberta no se determinaba á entrar. Estaba muy conmovida, y un secreto presentimiento la hacía temer una desgracia.

—¡Entremos!—dijo la señora Herblay.

—¿Sois vos, señorita?—exclamó la mujer de Debray al verla entrar.—Me alegro. ¡Ah, señora!

—¿Cómo está?—preguntó Gilberta con ansiedad.

La anciana mujer no respondió.

Entraron en la alcoba, y Enriqueta, reparando en la camita blanca de Cipriana, creyó que la niña estaba muerta.

El Conde estaba sentado al lado de su hija, tan pálido y tan descompuesto como la enfermita. Se pintaba una tristeza tal en su semblante que era imposible mirarle sin compadecerse de él.

Al reparar en los recién llegados, se levantó para saludarlos, pintándose en su rostro la extrañeza al ver á la señora Herblay, quien se apresuró á decirle:

—No he querido dejar venir sola á esta niña, y si puedo seros útil...

Gilberta corrió hacia la enferma y la encontró fría, con los dientes apretados y casi moribunda.

—¡Unos sinapismos!—pidió en voz alta.

Enriqueta se quitó los guantes, y con gran ligereza, apesar de la precipitación con que lo hacía, des-

ató el paquete que había traído consigo de la botica y, acercándose á la cama, puso con Gilberta los sinapismos á la enfermita.

El médico desconfiaba de salvarla y Roberto había esperado con gran ansiedad á Gilberta, creyendo que sólo su presencia podría mitigar los sufrimientos de la pobrecita niña y reanimarla.

Reinaba un silencio sepulcral en aquel recinto. Las dos improvisadas enfermeras miraban ansiosas á Cipriana.

La pobre niña abrió instintivaments los ojos sonriéndose, como para darles las gracias por sus cuidados, y los volvió á cerrar enseguida. Roberto dió un grito de alegría.

Los sinapismos habían producido efecto.

Al sonreir la niña, Enriqueta le puso el dedo entre los labios para impedir que encajara de nuevo los dientes, mientras que Gilberta le daba friegas por todo el cuerpo con una medicina con que había ordenado el médico se la dieran algunas fricciones. De pronto abrió los ojos de nuevo, y con voz débil, muy débil, murmuró como si delirase:

—¡Me gustaría más!... ¡Ah!...

Roberto creyó llegada la última hora de su hija, y como un loco mordió el pañuelo que tenía en la mano para disimular algo su inmenso dolor y ahogar sus sollozos.

—¡Mamá! —murmuró la niña entre dientes.

Roberto se estremeció y Gilberta sintió que un

frío glacial recorría todo su cuerpo: la mirada vaga é inquieta de la niña parecía buscar algo. Pasados algunos momentos, añadió con voz un poco más firme:

—¡Papá! ¿Dónde está papá?

Roberto enjugó sus lágrimas, y tratando de sonreir, se acercó:

—¡Ah! ¿Estás aquí?... Dame la mano.

Cuando la hubo asido, se volvió hacia Gilberta.

—¡La tuya, mamá!

El señor de Montbrun dirigió á la sobrina del comandante una mirada tan profunda que penetró hasta el fondo del alma de la joven. Esta, comprendiendo toda su intensidad, no pudo impedir un estremecimiento.

—¡Pobres víctimas!—pensó Enriqueta.

—¡Dame tu mano, mamá!—repitió Cipriana con mucha lentitud y respirando apenas.

Gilberta obedeció. Dejó caer la mano, fría como la de una muerta, sobre la de la niña, y al rozar con la de Roberto creyó que había tocado con un hierro candente. La niña oprimió con fuerza, en medio de su debilidad, ambas manos, diciendo con tono cortado y breve:

—Ahora ya no me dejaréis sola... Yo tengo una mamá; papá Rouand me lo ha dicho... y no la veo... Os quedaréis á mi lado, ¿verdad? ¿Estaréis siempre conmigo?

Roberto estaba muy sofocado, y Gilberta parecía

impasible, como si se hubiese jurado sacrificarlo todo á la salvación de la niña.

El viejo Debray, ahogado por el llanto, había subido al piso superior para poder dar rienda suelta á las lágrimas.

Enriqueta, muy nerviosa también y conmovida, se aproximó á la ventana, y levantando los visillos, miró hacia afuera como para ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas. De pronto retrocedió asombrada ahogando un grito. De la parte de afuera una cabeza de mujer, con el rostro convulso, pálido y descompuesto, miraba ávidamente lo que pasaba dentro de la habitación. Enriqueta creyó soñar, y pensó que quizás la fisonomía extraña que había creído ver era su propia imagen. Se acercó de nuevo al cristal. La pálida figura seguía allí inmóvil. En la claridad de aquella noche de julio la aparición se destacaba clara, palpable, en el jardín, bañado por láctea luz.

La señora Herblay tuvo bruscamente la intuición de quién era aquella mujer. ¡La madre!—se dijo.—La madre que espía, que ronda la casita de Avon. Espiaba á Gilberta y era ella, á no dudarlo, quien dictaba al miserable periódico sostenido por Garousse las calumnias que la habían indignado más de una vez.

¿La madre? ¡Ah! ¿Era la madre? Enriqueta no tuvo más que una idea: la percepción clara de un peligro. ¿Qué iba á pasar si aquella mujer entraba allí?

La niña seguía repitiendo á aquellos dos seres, separados por una imposibilidad trágica y á quienes ella reunía en su delirio de enferma, palabras sin ilación, desgarradoras para Roberto, atroces para Gilberta:

—¿Es verdad que no os queréis?... ¡Un papá y una mamá deben quererse! ¡Yo quiero... yo quiero!...

Enriqueta salió bruscamente y sin que lo notaran. En dos segundos estuvo en el jardín, detrás de aquella mujer, que seguía con el rostro pegado al cristal, y dándola un golpecito en el hombro, le preguntó con viveza:

—¿Qué se os ofrece, señora?

La mujer, sorprendida, se volvió precipitadamente.

—¿Qué se me ofrece?

—Sí. ¿Qué hacéis aquí?

—¡Vengo á buscar á mi hija!

—¡Ah! ¿Es vuestra hija la que está en aquel lecho?

—¡Sí, mi hija!

—¡Pues bien, señora, vuestra hija se muere! ¡Dejadla cuidar por los que la aman!

La señora Herblay, en aquel extraño *tete-á-tete* con una mujer desconocida, de noche, á la puerta de una casa en que ella misma era la primera vez que había entrado, encontraba una singularidad que no carecía de encanto. Por violenta que fuera su emoción—y lo era mucho en aquel momento,—

la gran electora conservaba siempre la rara facultad de analizar las situaciones y hasta sus propios sentimientos. Lo que la asombraba en el caso presente era la sangre fría de aquella mujer, cuyo acento, de ligeras inflexiones británicas, apenas si mostraba algo de cólera.

—¡No tiene corazón!—pensó para sí.

La extranjera dió dos ó tres pasos en dirección de la puerta, como disponiéndose á entrar.

—¡Oh! No, no—dijo vivamente la señora Herblay,—no entraréis!... ¡Eso es imposible!

—¡Me decís que mi hija se muere, y no queréis dejarme entrar!

—¡No entraréis, porque la menor emoción la mataría!—dijo Enriqueta interponiéndose entre ella y la puerta.

—¿Y dejaré al señor de Montbrun, mi marido—acentuó la palabra marido,—á la cabecera de mi hija con una extraña?

—¡Con dos extrañas, puesto que también yo estoy aquí!

Enriqueta añadió en tono de interrogación:

—¿Y decís que sois?...

—¡La Condesa de Montbrun, sí!

—Pues bien, señora Condesa—dijo Enriqueta con irónico respeto,—si me permitís daros un consejo, os diré que la menor emoción en los actuales momentos, en vuestra hija, es peligrosa, muy peligrosa. ¡Vuestra hija está en peligro de muerte!

La cuestión amenazaba eternizarse, y Enriqueta, tanto por esto como porque temía un escándalo por parte de aquella mujer, trató de darla por terminada.

—Debéis estar muy inquieta, señora Condesa, muy inquieta. Si tuviérais la bondad de darme vuestras señas de Fontainebleau ó de París, os juro que os llevaré ó enviaré noticias de vuestra hija.

—¿Que me llevaréis noticias?...

—Sí. ¿Queréis fijarme hora para veros?

—¿En nombre de quién?—preguntó Elena.

—En nombre del Sr. de Montbrun—respondió la señora Herblay.

—¿Mi marido quiere hablarme?

—Quizás... Acaso... Nos veremos... ¿A dónde debo enviaros las noticias del estado de vuestra hija?

Elena dió las señas de la fonda de Melun, cerca de la estación.

—¡Ah! ¿Vivís en Melun? ¡Somos vecinos!: «¡Viuda Herblay, en Dammarie-les-Lys!» Ahora—añadió—me dirijo á la madre... ¡Dejadnos cuidar y salvar á vuestra hija!

Y acompañó á Elena hasta la puerta del jardín. Esta, vagamente intrigada, esperando sin duda que la señora Herblay, autorizada por el Conde, la manifestaría que éste capitulaba en su orgullo, se fué muy despacito para que tuviera tiempo de llamarla antes de que desapareciera; pero viendo que no

era así, volvió de pronto hacia ella, preguntándola:

—¿Me prometéis que mañana tendré noticias de Cipriana?

—Esta noche, por el cochero que nos llevará á casa más tarde. ¡Mañana por mí! ¡Hasta mañana, Condesa!

Elena iba á alejarse y buscaba ya el coche que la había llevado hasta allí, cuando se volvió de nuevo diciendo:

—No; no me marcho... ¡Si me alejase, vos misma dudariais de si soy su madre!

Y en tono en que se notaba más orgullo que dolor, añadió:

—¡Quiero ver á mi hija!

Pasó con ligereza rechazando á Enriqueta, que, aterrada, trataba de impedírselo, y al ver las dos manos unidas que entre las suyas tenía Cipriana, la rabia y el odio se pintaron en su fisonomía; todo su encanto desapareció, dejando ver el rostro de una furia infernal; y como para aterrar al Conde y á aquella mujer que creía un insulto á su hermosura y un robo á su derecho de esposa, dijo acercándose á ellos:

—¡Soy yo!

Roberto volvió la cabeza y soltó la mano de Gilberta. La niña retuvo á la joven, repitiendo con toda su fuerza:

—¡Mamá, no me dejes! ¡No me dejes, mamá!

—Tu mamá soy yo—exclamó Elena con voz ame-

nazadora, dando algunos pasos hacia la cama de la enferma.

Roberto dió un salto, y, cogiéndola de la mano:

—¡Idos! ¡Idos!...—la dijo.—Lo que queréis es matarla más pronto...

Viendo la energía de Roberto, tuvo miedo.

El hijo de Debray, que, aunque nada comprendía, veía un peligro para Cipriana, se presentó, y, amenazándola con frialdad, la obligó á salir de la sala.

—¡Me voy, sí, veo que es preciso ceder el puesto á los extraños! ¡Pero será la última vez! ¿Me entendéis? ¡La última vez!... ¡Hasta muy pronto!

A Roberto no le asustaban sus amenazas, y la miró con desprecio, mientras que Cipriana atraía hacia ella á Gilberta como si ésta fuera su único apoyo.

Enriqueta corrió á la ventana para ver si se alejaba Elena. Se alejaba, en efecto, pero volviendo de cuando en cuando la cabeza, como si desafiase á todos los que estaban en la casa. Enriqueta la siguió con la vista hasta que que hubo desaparecido. Después pensó que volvería á ver á aquella Condesa de Montbrun. Sí, quería volverla á ver.

Volvióse hacia Gilberta pensando en esto y recordando al comandante:

—Es indispensable—dijo—que volváis á Melun, Gilberta; vuestro tío estará inquieto y si la enferma tiene necesidad de alguien... yo me quedaré aquí y

velaré con el Sr. de Montbrun. *La Anguila de Melun* dirá lo que quiera... Vamos, hija mía, el coche del Sr. de Montbrun os conducirá á Dammarie, y alguien de esta casa tendrá la bondad de acompañaros.

Gilberta obedeció.

XV

El comandante no pensaba más que en su sobrina al dirigirse al café del Eclair. Lo que se había dicho de ella era su idea fija.

¡Ah, miserables! ¡El encontraría al inventor de tanta infamia, y entonces!... Entre tanto era preciso tirar, tuviera ó no fuerzas para ello, de la pesada carga de aquel oficio de candidato. ¡Continuaría hasta que no pudiera más!

Al entrar en el café se sintió sofocado por el gran calor que producía tanta gente como allí había aglomerada, las luces y los vapores de las bebidas, que con el humo de las pipas y de los cigarros cargaban la atmósfera hasta hacerla irrespirable.

Cuando le vieron entrar tan pálido y con paso más vivo de lo que ordinariamente acostumbraba, un inmenso murmullo se elevó por todas partes y hasta algunos entonaron el malicioso estribillo:

¡Aquí está!... ¡Aquí está!...
¡Ah... ah... ah!...

Fournerel, rodeado de algunos camaradas de armas tomar, estaba en pie cerca del mostrador.

Emilio Ducasse, vestido como un milord, iba á una distancia conveniente detrás del comandante. Pensaba que, aunque la reunión se había mostrado algo imprudente, no era hostil, como lo probaba el que se habían oído algunos vivas al pasar el comandante.

Fournerel, al verles, les alargó dos sillas.

—¿Dónde está Garousse?—preguntó Ducasse al antiguo artillero, sentándose cerca de Verdier.

—No ha llegado aún; pero sus satélites se encuentran aquí en gran mayoría, y están decididos á derrotar al comandante. Esta reunión no es para discutir, no es más que para insultarse.

Jamás había sufrido tanto el pobre comandante. Se le representaba pálida y tan sufrida como una mártir su pobre sobrina. ¡Mezclar á aquella pobre niña en estas infamias!

Mientras él estaba embebido en estos pensamientos, los oradores se sucedían los unos á los otros. Las arengas grotescas é insultantes se repetían. Ensalzaban á los suyos y zaherían ó insultaban á los adversarios.

Viendo tanta confusión y tanto disparatado orador, el presidente llamó repetidas veces al orden

aunque sin lograr ser atendido. Verdier, comprendiendo el móvil que guiaba á aquella desaforada turba, dijo á Ducasse, que, grave y con su acostumbrada sangre fría, guardaba un sepulcral silencio:

—Esto, más que irritar, avergüenza.

—¡Paciencia!—dijo Emilio. —¡La política!...

Garousse, que había llegado cuatro ó cinco minutos antes de promoverse tan gran algazara, pidió la palabra, y después de varios gestos grotescos y fuera de tiempo, presentó, como siempre, el pavoroso cuadro de la miseria y preguntó si, votando á los reaccionarios, querían volver á los tiempos en que los señores feudales obligaban á sus vasallos á pasar la noche al pie de los estanques, golpeando el agua, para que las ranas, amedrentadas, no interrumpieran con su canto el sueño de los señores.

Una voz:—Jamás ha pasado eso en este país.

—¿Qué sabéis vos de historia, ciudadano?—replicó Garousse de muy mal talante.

—Yo no sé de historia; pero sí sé que aquí carecemos de estanques, y apenas si contamos con el agua suficiente para cocer nuestras legumbres.

—¿Podréis asegurar que no la hubiese en otros tiempos?—replicó Garousse sin desconcertarse.— ¡Ahora mismo tendríamos la suficiente para llenar más de un estanque si recogiéramos todas las lágrimas que vierten los pobres!

Tivolier y sus amigos se deshicieron en aplausos y vítores al tribuno.

Garousse reanudó su discurso (siempre sobre el mismo tema), demostrando que sus pobres antepasados habían vivido trabajando el campo como animales, tratados sin piedad y esclavos de la voluntad de los magnates. «¡Yo mismo—añadió—he alcanzado los tiempos en que los individuos de corporaciónes municipales, como la de París, obligaban á sus subalternos á entregar las cartas en bandejas de plata!... Nuestro deber es coger todas esas bandejas, venderlas y socorrer con su producto á tanto desgraciado como se muere por ahí de hambre.»

El efecto de esta parte de su discurso fué indescriptible. Una salva de aplausos lo acogió y un ¡viva Garousse! repetido, prolongado, salió de los labios de casi todos los concurrentes.

Verdier rugía de cólera. Se horrorizaba de que un malvado, un hipócrita capitalista excitara así los ánimos de aquellas pobres é ignorantes gentes contra los ricos.

—¡Esa es la política!...—le repetía Ducasse.

El comandante, impulsado poı la indignación, pidió la palabra sin darse cuenta de ello. Pero estaba tan irritado que no acertó á hablar.

La asamblea, al ver la precipitación con que pidiera la palabra, creyó que algún fuerte y contundente argumento saldría de sus labios para aplastar á Garousse; pero pasaron algunos minutos sin que Verdier pudiera decir esta boca es mía. Le ahogaba la rabia.

Ducasse sufría con toda la fiebre de un orador al ver la estrangulación sorda de Verdier, y Fournerel sentía frío al contemplar á su comandante.

—¡Hablad!—dijo al fin Rouillard, que, como el auditorio, estaba asombrado del silencio del candidato. No se oían más que murmullos por todas partes, y Garousse cambiaba miradas de inteligencia con sus paniaguados.

—Me es imposible—comenzó por fin Verdier—dejar pasar sin... sin protesta... el... las palabras... las provocaciones... al... el... el llamamiento á la expoliación...

Al pronunciar estas cortadas frases parecía haberle afluído toda la sangre á la garganta, impidiéndole hablar. La multitud no veía más que el embarazo y la turbación de Verdier, cosa que la divertía grandemente y le ayudaba con vocablos insolentes á concluir sus frases. Algunos imitaban el canto del gallo, con el que le acompañaban á guisa de música. El presidente llamó al orden, sin poder contener la risa que le sofocaba, y la multitud exclamó:

—¡Silencio!... ¡No hay que perder la ilación del discurso!!!..—Y so pretexto de restablecer el orden armaban un ruido diabólico.

Verdier, comprendiendo que caía en el ridículo, recobró la calma, y, dominando por algunos momentos el tumulto, pronunció algunas palabras levantadas y enérgicas, que consiguieron volverle el crédito de orador elocuente.

Los pagados por Garousse para desprestigiar ante la reunión á Verdier preguntaron intencionadamente:

—¿Por qué ha renunciado el Marqués de Montbrun á sostener su candidatura?

Y otro, de entre ellos mismos, contestó desde el fondo de la sala:

—Preguntádselo á la sobrina del comandante, que es quien lo sabe.

Verdier, con los ojos tan inyectados que parecían querérsele salir de las órbitas, buscó al insolente que había osado empañar con tal calumnia la pureza de su sobrina, y con la dignidad propia de la nobleza de su alma, dijo, ya sin balbucear, ni detenerse más que para unir la acción á la palabra:

—¡Si cojo al canalla, cobarde, que ha tenido la osadía de pronunciar el nombre de mi sobrina!...

Adelantó hacia la multitud con el puño levantado, y toda la asamblea tuvo como la rápida visión de un sér terriblemente sacudido por la mano del comandante.

—¿Quién ha hablado?... El que ha hablado será de fijo tan cobarde como villana es su acción. ¡Que se presente!...

Un silencio trágico sucedió á la algazara de momentos antes. Verdier les dominó, les impuso su actitud y nadie se atrevió á declararse autor de aquellas palabras...

Ducasse encontraba en aquel momento en Ver-

dier cierta actitud tribunicia. «¡No, no es un Pitt—se decía—no es un Pitt; pero pudiera ser muy bien un ¡General Foy!» Garousse se miraba las puntas de sus zapatos para evitar el encuentro de su mirada con la del comandante.

Todos parecían muy embarazados con el giro «un poco personal» que había tomado la cuestión.

De pronto se apagó el gas, y aquella multitud, que momentos antes parecía petrificada, cobró ánimo y se agitó en la oscuridad, mostrando la valentía propia de los malvados, cuando esperan que su delito quede impune, é insultó á Verdier en la sombra, como no se habían atrevido á ejecutarlo á la claridad.

—¡Bien se conoce—dijo una vez—que el comandante huye de la luz!... Por eso las ha apagado...

Y otra voz contestó:

—¡Se ha hablado del Sr. de Montbrun, y el espectro de la Monarquía ha producido las tinieblas!...

Y mientras acá y allá las cerillas encendidas por los concurrentes arrojaban sus fosforescencias en la oscuridad, el comandante sentía ahora á la calumnia batir sus alas más segura de no ser adivinada en la sombra en que había nacido.

—¿Y la sobrina?

—¿Y el señor de Montbrun?

—¡Abajo los artilleros!

—¡Fuera ese mameluco!

Verdier sentía estallar su cólera ante aquellos insultos, sin que pudiera explicarse qué le indignaba más, si los insultos al uniforme que vestía ó las infames calumnias de que era víctima su sobrina.

—¡Nada!—pensaba.—No existe nada para estas gentes; ni el respeto al ejército, que vierte generoso su sangre por la patria, ni la familia, ni nada.

Garousse tan sólo surgía elevado por ellos con su sonrisa de demoledor y sus apetitos de canalla. Se abrió paso por entre la apiñada multitud en medio de la oscuridad, y adivinando, más bien que viendo, la puerta, se encontró de pronto en la calle.

—Retorceré, retorceré el pescuezo á alguno. ¡Ah! ¡infames!

—¿Os váis, mi comandante?—dijo Fournerel saliendo detrás de él.

—Sí.

—Tenéis razón en dejar á semejante canalla; yo me quedo; quiero ver si encuentro al valiente de la lengua larga...

—¡Ah! ¡Dejad á esos parásitos de la honra!

—¡No quedarían ellos poco contentos!... ¡Hasta la vista, mi comandante! ¿Tengo que hacer aquí?

—¡Me las pagarán! ¡Oh! sí, me las pagarán!—murmuraba Verdier dirigiéndose á casa de la señora Herblay.

Fournerel se puso á la puerta del café á esperar al que creía el promovedor de todo aquello.

—¿Qué hacéis aquí, mi sargento?—dijo acercán-

dosele un soldado joven que pasaba por allí cantando y que se dirigía de retirada al cuartel.

—¿Yo?... Nada... Espero á alguien que hace un momento se ha atrevido á insultar á la sobrina de mi comandante... ¡Quiero ver si tiene tantas manos como lengua!

—Me quedo con vos...

—No hagáis tal; me basto yo solo. Además, llegariais tarde á la lista.

El soldado, pariente de un camarada de Fournerel en el 7.º de artillería, apreciaba mucho á éste y le debía consideraciones y enseñanzas, pues más de una vez había seguido sus consejos, siempre acertados y cariñosos.

—Os acompañaré hasta que os retiréis—le dijo.

—No tardaremos, después de todo; espero á Tivolier para arreglar cuentas con él, y...

La gente salía en tropel del café. Fournerel, viendo entre los que salían al que esperaba, se dirigió á él.

—Dispensadme—le dijo;—tengo que haceros una pregunta.

—¿Qué queréis?—dijo el obrero, á cuyo alrededor se agruparon los partidarios de Garousse, haciendo lo propio los de Verdier, á cuya cabeza se hallaba el soldadito, al de Fournerel.

—¡Una cosa muy sencilla! Quiero saber si fuísteis vos el que nombró á la sobrina del comandante en el café.

Fournerel esperaba cruzado de brazos la respuesta.

Tivolier contestó con tono burlón:

—No, no había sido él el que la había nombrado; pero después de todo, si hubiera sido él, ¿qué?

—No faltaba más sino que no pudiera uno deci en tiempos de libertad todo lo que se le antojase—murmuraron algunas voces al lado de Tivolier.

—¿Es culpa nuestra si las gentes cuentan por todas partes?...

—¿Qué es lo que la gente cuenta? ¡Quiero saberlo!

—Nada... Yo no sé...—balbuceó el obrero.—Pero sí debo advertiros que cuando se pide el sufragio á un pueblo, es necesario estar limpio... Es preciso ser puro...

—¡Bravo!—gritaron los amigos de Garousse.

—¿A qué llamáis pureza? ¿A la de Garousse? ¿A la de ese farsante, que mientras él lleva la barriga bien repleta, os la hace llevar vacía, llenándoos tan sólo de viento la cabeza?

—Te prohibo que digas nada que pueda ofender al ciudadano Garousse. Garousse es el amigo del pueblo.

—Respetad al lobo para que se coma los corderos; pero no es esa la cuestión: lo que yo quiero saber es quién fué el bribón que se atrevió á nombrar á la sobrina del comandante.

—¡Bribón!—exclamó el obrero fuera de sí y en

tono amenazador.—¡Supongamos qúe haya sido yo! No lo he sido; pero tomo la cuestión como mía. ¿Qué quieres?

—Lo que quiero, si te determinas á decir que la señorita Verdier es...

—La querida del Conde de Montbrun, sí... Bueno, ¿qué?...

—¡La sobrina del comandante!... ¡Canalla!... ¡Granuja!... ¡Toma! ¡toma! ¡toma!

Los amigos de Tivolier se echaron encima para librarle de aquella granizada de golpes que llovían sobre él, descargándolos á su vez sobre Fournerel. Tivolier, cobrando ánimo con el socorro de sus compañeros, sacó un cuchillo y se fué derecho hacia Fournerel. El soldadito, viendo el peligro que corría éste, trató de contener el golpe, cogiendo por el brazo á Tivolier; pero éste se había lanzado con tal ímpetu que no fueron bastantes las fuerzas del soldado para contenerle, y resbalando el arma, quedó sepultada en su pecho.

El infeliz cayó en tierra, exclamando:

—¡Me ha muerto!

Fournerel cogió á su amigo entre sus brazos, buscando con la vista á Tivolier para amenazarle con la mirada, ya que no le era posible otra cosa; pero éste estaba en tierra sin sentido, con la cabeza ensangrentada de los golpes que recibiera de manos de Fournerel primero y sobre las piedras al caer después.

Recogieron á Tivolier sus compañeros, y todas aquellas gentes, furiosas un momento antes, estaban aterradas ahora. ¿Qué hacer? ¿Adónde llevar los heridos?

—Al cuartel—murmuraba débilmente el soldado,—al cuartel. Quiero volver al cuartel...

Formaron apresuradamente camillas con tablas que el carpintero ofreció espontáneamente, decidiendo llevarles á Melun, donde podrían ser bien curados y estar mejor atendidos; y en medio de la noche, alumbrada por una hermosa luna, se dirigieron lentamente á la villa. El cortejo, que era numeroso, fué disminuyendo en el camino, como si todos temieran ser acusados de autores de lo ocurrido. Al llegar al puente del ferrocarril Fournerel iba ya solo con algunos canteros y un compañero de Tivolier en la fábrica de dulces secos. Aunque también herido, Fournerel se inclinaba de cuando en cuando al oído del pobre soldado y le decía:—¡Animo! ¡Ya estamos cerca!

Cerca ya de Melun se reunieron á ellos dos gendarmes, que, prevenidos no se sabe por quién, se dirigían al trote largo á Dammarie.

—Demasiado tarde—dijo Fournerel mostrándoles los heridos.—¡La reunión pública ha terminado como véis!

Se notaba cierta amargura en las irónicas frases del sargento.

Mientras abrían una farmacia y se buscaba un

médico, uno de los gendarmes se dirigió á casa del Gobernador. ¡Llevaba graves noticias! ¡Se habían batido en Dammarie!

—¿El Sr. Gobernador?—preguntó al portero.

Y éste contestó como asombrado de la pregunta:

—¡El Sr. Gobernador está en París!

Añadiendo como si fuera acostumbrada muletilla:

—¡Si creéis que sea preciso prevenir al señor secretario general!...

Se avisó al secretario general.

El Sr. de Berlemont se presentó á medio vestir, é informado de lo que ocurría,

—Al hospital—dijo.

Y cuando hubieron echado á andar, añadió dirigiéndose muy risueño el gendarme:

—¡Y el Sr. Gobernador que aseguraba no ocurriría nada de particular en la sucesión Charvet!... ¡He ahí un contratiempo!... ¡Bah! No se cogen truchas á bragas enjutas... ¡Buenas noches, gendarme!

Y se fué á acostar.

XVI

Al entrar en su casa el comandante, notó que había luz en el cuarto de su sobrina y se dirigió á él.

Antes de llamar á la puerta se abrió ésta. Gilberta esperaba el regreso de su tío levantada.

Este, apesar de su turbación, se sorprendió al notar la palidez de su sobrina.

—¿No tienes sueño? ¿Qué te pasa?

—¡Ah, querido tío, si supiérais!... ¡La pobre Cipriana!...

—¿Está peor?

—Sí, recibí una esquela del Conde suplicándome que fuera sin demora, pues la enfermita me llamaba... La señora Herblay me acompañó, para evitar que *La Anguila de Melun*...

Después, en un momento de expansión, le contó todo lo ocurrido en casa de Debray, sin ocultarle la escena á que había dado lugar Elena Morgan con su presencia.

Verdier olvidó por un momento sus penas, creyendo encontrar en el relato de su sobrina un nuevo peligro para ésta.

Había obrado bien acudiendo al llamamiento del señor de Montbrun; pero ¿no daría esto lugar á nuevas intrigas por haber ejercido un acto de caridad?

Al ver la resignación con que sufría su sobrina todo lo que de ella querían decir, se conmovió y la estrechó entre sus brazos, pidiéndola perdón por haberla sacado de París, en donde vivían tan tranquilos y sin que las malas lenguas se ocuparan de ellos. Después, y reparando de nuevo en la palidez de ésta, la volvió á preguntar si efectivamente no estaba enferma.

—No, querido tío; no tengo más que el disgusto natural por el estado de la pobrecita Cipriana, como os he dicho.

Y poniendo su diminuta mano sobre la frente del comandante:

—Vos sois quien tiene calentura; vuestra frente abrasa. ¿Habéis tenido algún nuevo disgusto en la reunión de esta noche?

—No... no... Me han contrariado un poco; pero eso no es nada. En todas las reuniones públicas, cuando se discuten cuestiones como la que traemos entre manos, hay siempre alguna desavenencia.

Verdier estaba ahora más tranquilo que cuando salió de la reunión. Los disgustos de su sobrina le hacían olvidar los suyos propios.

Se despidió de ella repitiéndose su propia divisa: *Haz siempre lo que temas hacer.*

Más animado después de su entrevista con Gilberta, se durmió pronto, y levantándose mejor dispuesto, bajó al jardín, en donde encontró á Emilio Ducasse vestido de blanco, hablando de política con un viejo aldeano que parecía muy taimado y á quien el jardinero de la señora Herblay tomaba de cuando en cuando para ayudarle en sus trabajos.

—¿Qué dicen de las elecciones, tío Buland? —le preguntaba Ducasse en aquel momento.

—No dicen nada, señor.

—¿Cómo que no dicen nada?

Verdier se había aproximado á ellos entre tanto.

—Es decir—añadió el aldeano,—se dice y no se dice. Unos dicen esto y otros dicen lo otro...

—¿Pero vos qué decís?

El aldeano no contestó.

—Creo que no dejaréis que os cambien vuestra papeleta, como os la cambiaron en las últimas elecciones, según me ha dicho el Sr. Cappois ¿No os acordáis de eso?

—Me acuerdo y no me acuerdo; pero lo que sí puedo aseguraros es que ahora no me la cambiarán. Aunque no sé leer, me la escribirá mi sobrino, que es tejedor.

—¿Tenéis papeleta?

—Sí, señor; recibí esta mañana un paquete muy abultado de ellas.

—¿De quién son?

—No lo sé; no he abierto el paquete. No sé si son buenas ó son malas. Lo que puedo aseguraros es que están dirigidas á mí.

—No votéis sin que las hayamos leído antes. Dádmelas á mí, y yo veré si son las que debéis votar.

—No tengo inconveniente en ello.—Y cogiendo la azada, cambió de conversación.—Esta tierra está muy mala de trabajar; todo se vuelve piedras y grama en ellas—dijo.

Ducasse, volviéndose hacia el comandante, le dijo encogiéndose de hombros:

—No insistáis, porque no adelantaréis nada.

—¡Ya véis que no insisto, puesto que ni aun le dirijo la palabra!—contestó Verdier sonriendo.

Según se alejaban, el joven Pitt se volvió, y señalando al aldeano, dijo al comandante con tono despreciativo:

—¡Es, sin embargo, de la masa electoral, como vuestros artilleros son carne de cañón! Se sirve uno de ellos; pero los desprecia.

—¡Perdonad!—se apresuró á decir el comandante con tono severo.—¡Yo he querido y respetado siempre á mis soldados!

Ducasse calló, pensando para sí que no era posible entenderse con un hombre tan poco parisiense y tan mojigato. «¡Vive con dos siglos de retraso este comandante!»

Verdier, á quien la comparación entre sus compañeros de armas y la *masa* electoral había molestado, iba á separarse de Ducasse cuando un gran murmullo, casi una gritería, llegó á sus oídos desde la parte afuera del jardín.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—¡Vamos á verlo, comandante!—dijo Emilio.

A algunos pasos del jardín, un numeroso grupo de hombres adelantaba hacia las verjas de éste, hablando en alta voz la mayor parte. En medio de ellos, sobrepujándolos á todos en estatura, se agitaba colérico Fournerel.

Al distinguir al comandante, se le acercó preguntándole si no iba al hospital de Melun á ver al pobre Marsioloux.

—¡Marsioloux!... Verdier no conocía á nadie que se llamara Marsioloux.

—¡Toma, pues es verdad! Os pido mil perdones, mi comandante; creía que sabiais ya...

Fournerel le contó todo lo ocurrido la noche antes; la herida del soldado, la de Tivolier y la caminata á Melun, añadiendo que el pobre soldado herido, que era Marsioloux, se alegraría mucho si el comandante iba á verle.

—¡Ya lo creo que iré! ¡Al momento! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Verdier abrió la puerta y se lanzó entre el grupo, siendo saludado por la mayor parte de los que lo componían.

—Vengo de Melun—dijo Fournerel,—y no se habla en todo el pueblo más que del accidente de anoche.

Verdier reparó entonces en que el veterano tenía rodeado al cuello un pañuelo de seda, ocultando un vendaje que llevaba bajo él.

—¿También á ti te han herido?

—¡Bah! No vale la pena hablar de ello. ¡Un arañazo! ¡Qué vale eso comparado con las granadas de Sebastopol!

Verdier sentía ahora más horror que nunca hacia la política. ¡Pensar que cuatro majaderos ó imbéciles, que apenas si conocían de su existencia más que el nombre, le insultaran en todas partes, dando lugar á aquellas luchas y á que un pobre soldado estuviese en el hospital mal herido!...

—¡Qué queréis—decía Ducasse, siempre práctico y razonador como el señor de Berlemont,—el que algo quiere, algo le cuesta!

El comandante quería enterarse por sí mismo de si el estado del soldado herido y de Tivolier era grave, y se dispuso á salir para Melun en el acto.

Ducasse adivinó en el tono con que Verdier se expresaba una algarada próxima del militar, visiblemente irritado, y se apresuró á preguntarle:

—¿Me permitís que os acompañe?

—Como gustéis.

Emilio empezaba á creer seguro que el comandante no llegaría á ser diputado, y la esperanza renacía en él más viva que nunca.

¡Ah! si le hubieran elegido á él—pensaba—¡cómo hubiera manejado á los electores y hecho saltar á Garousse!

Y sentía vivos deseos de decir á Verdier cómo se hubiera conducido él en su lugar. ¡Un simple aviso, por amor al arte!

—Hay que tener calma y no mostrarse demasiado brusco, comandante. Yo me mostraría más amable.

—¿Cómo brusco? ¿Demasiado brusco?...—dijo Verdier agitando el bastón, que sentía no haber llevado á la reunión el día anterior.—Decid más bien que he sido un ángel para lo que se merecen esos tunantes, que de tal manera me han tratado. ¡Pero ya se acabó todo eso, ya se acabó! Me canso ya de tanto miramiento.

—¡Perdonad, perdonad, amigo mío; no ha sido á vos á quien han atacado!

—¿Que no ha sido á mí?

—No.

—¿No fué á mí á quien acusaron de exacciones en Guelmá?

—No, comandante; no fué á vos.

—¿Pues á quién fué entonces, al Gran Turco?

—¡No, al candidato!

—¡Buena es esa! ¡El comandante Verdier y el candidato son una sola y única persona! ¡Quien insulta al uno insulta al otro!

—¡De ningún modo! Al comandante todo el mun-

do le respeta. Al candidato todo el mundo tiene derecho á discutirlo.

—¿Lo cual significa que un candidato es una bestia de carga, que puede y debe recibir los encontrones de todo el mundo, como ese pobre soldado, ese Marsioloux, ha recibido la cuchillada del otro loco?

—¡Qué queréis, comandante, esos son gajes del oficio!

—Pues bien; yo prefiero cualquier cosa á tales oficios. Lluevan balas si es preciso; las balas matan, pero no deshonran: la saliva y el lodo arrojados á la cara, deshonran y envilecen.

—¡Pues no hay más remedio, comandante! ¡Para ser diputado es preciso pasar antes por ser candidato!

—¡Buen provecho les haga á los que aspiren á ser diputados!...—dijo bruscamente Verdier, añadiendo con un gesto de disgusto, que presentó de pronto infinitas perspectivas á las ambiciones de Ducasse:—¡Yo!... ¡Ah!... ¡Yo!...

Y todo el odio que guardaba en el pecho parecía subírsele á los labios.

Ya en Melun, y al pasar por la calle de Saint-Aspoid, se vieron obligados á detenerse un momento, para poder pasar, á la puerta de una litografía, en donde había un grupo muy numeroso de gente contemplando algo que provocaba su hilaridad; ese algo era un *Suplemento á La Anguila de Melun*, recién impreso, en el que se veía un retrato á lápiz de un

personaje á quien Ducasse reconoció en seguida: un Don Quijote con su yelmo de Mambrino calado hasta los ojos, con insignias de comandante de artillería y arrastrando con un bramante un cañoncito de madera, sobre el cual cuatro mineros montados y unidas las manos como para elevar una plegaria, decían: *¡Salvados! ¡Gracias á nuestro Dios... y á nuestro viejo!*

Debajo del retrato, que era una caricatura, se leía: ¡Paso á *Don Quijote de la Mancha!*, y un epigrama en verso firmado por el *acólito* de Garousse, «Germán Trouillard.» Este epigrama, que algunos repetían en alta voz para aprenderlo de memoria, acababa de completar la burla.

—¿Qué es eso?—preguntó Verdier, atraído por ese extraño magnetismo que empuja al hombre hacia todo aquello que puede hacerle sufrir.

—¡Nada!—dijo Ducasse tratando de que el comandante no lo viera.

Después, reflexionando que quizás esto pudiera contribuir á que renunciara á la candidatura, añadió:

—¡Después de todo, como un día ú otro lo habéis de ver!

Y se detuvo con Verdier entre la gente que contemplaba la caricatura, la cual, al verle, se separó á alguna distancia, quizás por malicia, á fin de cotejar si el parecido era perfecto.

El comandante se puso lívido y tuvo que apoyarse en el bastón para no caer.

Los concurrentes repitieron entonces los versos de *La Anguila*, y Verdier, sin esperar á más, abrió la puerta de la litografía y entró bruscamente en ella.

—¿Dónde vais?—preguntó Ducasse con viveza.—¿Qué vais á hacer?

—Voy á preguntar quién ha hecho ese retrato y de quién son esos versos...

—¡Comandante—decía Ducasse por lo bajo,—nada de escándalos!...

—¿Escándalos? ¡Pues me gusta!... ¿Soy yo el que insulta ó el que es insultado? ¿Me diréis aún que es al candidato?...

—¡Ciertamente que es al candidato! Todo lo que escriben, lo que hablan, no es al comandante á quien se dirige, sino al candidato—repitió Ducasse.

—¡Bueno! ¡El candidato va á desaparecer; pero antes de presentar su renuncia quiere que sepan quién es Don Quijote!...

Empujó la puerta y entró seguido de Ducasse, que, un poco inquieto, apesar de lo que le alegraba la actitud del comandante, quería ver en qué iba á parar aquello.

Los curiosos se retiraron algo de la puerta, temiendo que pudiera alcanzarles algún bastonazo á la salida de Verdier.

—Tengo el honor de saludaros...—dijo un señor anciano, quitándose su gorro de grana, al ver entrar á Verdier.

—Soy el comandante Verdier y vengo á pregun-

teros quién os ha autorizado para exponer al público esa asquerosa suciedad que tenéis ahí expuesta.

—¡Suciedad! ¿De qué suciedad habláis?

Verdier, con la prontitud del rayo, arrancó la hoja de muestra y la aproximó á las narices del buen hombre.

—¡Esta!—dijo.—¿Comprendéis ahora lo que quiero decir?

Ducasse presenciaba impávido aquella escena, comprendiendo que el viejo litógrafo no sabía lo que pasaba. Le habían llevado un trabajo, y él lo había hecho sin ocuparse de quién era el retratado ni á quién se referían los versos.

—Si el Sr. Verdier quiere saber algo sobre el particular, debe dirigirse al Sr. Saboureau de Reville, que precisamente se encuentra allí presenciando la tirada—dijo el viejo señalando hacia el taller.

¡Saboureau! Ducasse tuvo una inspiración y miró á su antiguo compañero de la Conferencia Montesquieu, que estaba por la parte de adentro, acompañado de una elegante y linda mujer de blonda cabellera.

Al adelantarse Verdier, el periodista, descubriéndose, saludó cortesmente á los recién llegados.

—¿Sois vos quien ha mandado exponer esta caricatura y estos versos al público?—dijo Verdier acercándole el papel.

Reville contempló al soldado con alguna inquietud.

Después, serenándose un poco, dijo:

—¿Por cuatro líneas y una caricatura?...

Trataba de aparentar la mayor tranquilidad delante de Verdier, que rugió de cólera al oír la contestación. La joven rubia sonreía satisfecha viendo sufrir al comandante.

—¿Veis?—dijo Ducasse á Verdier.—No es á vos á quien se dirigen los tiros. Es al candidato.

Diciendo esto cogía suavemente á Verdier por la mano, como para contenerle, pues le veía dispuesto á lanzarse sobre Reville; pero Verdier le rechazó, y cogiendo á Reville por la corbata:

—Contestadme categóricamente—le dijo:—¿Habéis sido vos ó no el autor de esa burla?

—Comandante, mi amigo Ducasse tiene razón. No se trata de vos, sino del candidato.

—¡No hay candidato que valga! ¡Aquí lo que hay es un hombre de bastante dignidad para obligaros á respetar su vida privada!

Desdobló el arrugado papel y señaló la litografía, preguntando:

—¿Este es un suplemento á vuestro asqueroso periódico?

Reville, aunque con aparente sangre fría, estaba á punto de estallar.

—¿Se ha publicado ya?—añadió Verdier.

—Aún no; pero, como véis, está á punto de publicarse.

—¡Pues bien: os prohibo darlo á luz! ¿Lo entendéis? ¡Os lo prohibo!

La joven rubia cruzó una mirada de inteligencia con el periodista, mirada que fué una especie de aguijón para él, quien, volviéndose á Verdier, le dijo que *La Anguila de Melun* tenía un director y propietario, que era Garousse; que allí no se recibían más órdenes que las suyas, órdenes que, no sólo acataba, sino que aplaudía, y que si el comandante quería impedir viera la luz el suplemento de *La Anguila*, debía dirigirse al Sr. Garousse.

—¡Excusárais hablar tanto si hubiérais dicho desde luego que sois un testaferro de vuestro magnate!—Y añadió:—¿Os paga bien por vuestro honroso oficio?

—¡Sí, muy bien!

—Pero nunca recompensará la paga las bajezas á que os obliga.

Ducasse comprendió que aquello iba á acabar mal, porque á Reville se le iba acabando la paciencia y había mudado de color. Contestó al comandante irónicamente que su intervención era para él una orden, añadiendo:

—He aquí mi respuesta...

Se volvió rápidamente hacia los obreros y les dijo con tono imperioso:

—¡Concluid la tirada en seguida!

Aún no había acabado de pronunciar la última palabra, cuando ya el puño de Verdier caía sobre su mejilla. Reville quiso lanzarse sobre él; pero el comandante, cogiéndole por el cuello, le sacudió

con violencia, arrojándole como quien arroja una pelota á los pies de los obreros.

—¡Ah! ¡Me pagaréis este atropello!... ¡Me daréis una explicación!...—gritó Reville.

—¡Cuando gustéis, donde gustéis y como gustéis!

La joven de que hemos hablado se acercó á Verdier mientras que Saboureau se levantaba, y le dijo en voz muy baja:

—¿Un nuevo escándalo, comandante?... ¡Tanto peor para vos y para vuestra sobrina!

En medio de la cólera de que estaba poseído, el nombre de su sobrina le dejó absorto por algunos momentos. ¿Por qué le hablaba de su sobrina aquella mujer á quien él no conocía?

Reville dió una tarjeta á Verdier, y mientras la sacaba de la cartera, Elena Morgan (que no era otra aquella mujer), adivinando los pensamientos del comandante, se acercó de nuevo á éste, diciéndole:

—¡Soy la Condesa de Montbrun! ¡La esposa del Conde Roberto de Montbrun... á quien la Srta. Verdier conoce mucho... según creo!...

El comandante estaba tan poco acostumbrado al mal que no comprendió el insulto que encerraban estas palabras de Elena hasta que estuvo lejos de ella.

—¡Qué imbécil soy! ¡No comprendí á esa miserable mujer! ¡Ah! ¡Tan buena es ella como ellos!

Quiso entrar de nuevo en la litografía; pero esta vez Ducasse pudo contenerle.

—¡Condesa de Montbrun! ¿Qué me importa? ¿Acaso la conozco yo? ¿Por qué se ocupa así de una joven honrada?

—¡No más candidatura! Ya encontrarán otro á quien poder tratar á puntapiés. ¡Por mi parte, todo ha concluído!...

Se dirigió maquinalmente hacia el Hospital Militar, á ver á los desgraciados heridos por defenderle. Ducasse le acompañaba, tratando de disuadirle, por política, de su propósito de retirar su candidatura, pero admirado, encantado, de aquella cólera y aquella energía, que le dejaban el campo libre.

—No sois bastante flexible—dijo Ducasse al comandante...—Os sulfuráis muy pronto... muy pronto...

—Decid que soy justo. ¡Al menos, así lo creo!

—¡Sí! ¡O simple!—pensó Emilio.

Buscó un pretexto para dejar á Verdier solo, pues le interesaba formar atmósfera con la noticia de la retirada del comandante, y se dirigió en seguida á la litografía, en donde pensaba encontrar aún á Reville y asegurar su neutralidad en la elección al retirarse el comandante.

El periodista reía estrepitosamente al ver concluída la tirada de la caricatura de Verdier.

—¡Ah! ¡Qué pronto se venderá este suplemento! ¡En este número no habrá que dar ejemplares de balde!

Al ver entrar á Ducasse, le dijo:

—Me alegro verte, porque quiero que me sirvas de testigo en mi desafío con el comandante.

—¡Eso es imposible! ¡De todo punto imposible! Te diré la razón. ¿Sabes que retira su candidatura?

—¡El comandante!

—¡Sí! Está cansado de luchar.

—¡Qué lástima!

—Tienes un excelente medio si quieres vengarte de él.

—¿Cuál es?

—El se verá contrariado si Garousse vence; pero se quedaría atónito si uno de sus mismas ideas y que pasa por amigo suyo le reemplazase como candidato.

—¿Y quién es ese candidato?

—¿No lo adivinas?—contestó el joven Pitt.

—¡Tú!—dijo Reville.

—¡Yo! ¿Qué te extraña?

—No, no me extraña nada. Los hay peores á cada paso.

Ducasse, no queriendo perder la ocasión que se le presentaba de atraerse al periodista para en caso de ser elegido candidato, convidó á almorzar á Reville para hablar largamente con él.

Una hora después de estar en el restaurant, los dos camaradas habían dispuesto de la sucesión Charvet como si fueran los dueños absolutos de ella.

Convinieren en atacar á Verdier hasta el último

día, y en caso de que Ducasse fuera elegido candidato, Garousse no podría á última hora perjudicarle más que de soslayo.

—¡Entendido! — dijo Reville.—Daría cualquier cosa por que derrotaras á Garousse. Y si puedes conquistar á la señora Herblay para que te apoye, tu elección no será dudosa. Yo haré en tu favor todo lo que esté á mi alcance y en armonía con los intereses de la señora Condesa de Montbrun, y te aconsejo que no pierdas el tiempo.

Ducasse era demasiado buen diplomático para pedir á Reville ciertas confidencias. Después de todo, ¿qué le importaba á él la Condesa de Montbrun? Se despidió, y fué á dar cuenta á la señora Herblay de lo ocurrido con el comandante. Charvet y Enriqueta, que departían amigablemente, se alarmaron al verle llegar solo, apresurándose ambos á preguntarle cómo no venía con él el candidato.

Ducasse les refirió lo ocurrido, aprovechando de paso la ocasión para pintar con negros colores el peligro que corrían si Garousse ganaba la elección.

—¿Pero es cierto que el comandante retira su ¡candidatura?—preguntó Enriqueta.

—Ciertísimo, señora, y su resolución me parece irrevocable.

—¡En vísperas de la elección! ¡Eso es imposible!

—¡Diablo!—dijo Charvet.—¡Entonces la victoria es de Garousse!

—¡Y si Garousse vence, mi querido senador, vuestra influencia disminuirá!

—¡Y la vuestra quedará destruída en absoluto, querida amiga!

—¡Si Verdier se retira, podrá darnos mucha guerra Favouillet!

—¿Qué hacer?...—preguntó gravemente Charvet.

Entonces Ducasse, con voz persuasiva, dulcemente insinuante, hábilmente tímida, dejó entrever en tan apurada situación un rayo de esperanza, débil, muy débil en el primer momento, después y poco á poco más intenso... Si algún candidato de buena voluntad, sin antecedentes en el país, y por consecuencia sin odios, aceptase la honrosa y gloriosísima sucesión Charvet, convertida hoy en la difícil y temible sucesión Verdier, y... resueltamente se lanzase á la pelea...

La señora Herblay interrumpió vivamente á Emilio, y mirándole con entusiasmo,

—¿La aceptariais vos?—le preguntó.

—Con resignación; pero con ardor—respondió el joven Pitt.

Charvet hizo un ligero gesto de disgusto.

—Se creería difícilmente—dijo—que á vuestra edad tengáis una égida, esa égida que...

—Ducasse—dijo la señora Herblay—tiene la juventud. ¡Eso no es una égida, pero es un arma! Y si el comandante se retira...

—¡Oh! Está retirado ya—dijo Emilio con alegría.

—Pues bien: convoquemos á Guenaut y á Cappois, al comité Verdier, sin perder un momento, y á la lucha...

—Luchemos—dijo Ducasse mirándose al espejo y buscando en él la actitud marmórea del gran Pitt en Westmínster; añadiendo con desenvoltura:

—He neutralizado una parte de las fuerzas de nuestro adversario y reducido al enemigo. He conquistado al redactor de *La Anguila.*

Después, con cierta frialdad, continuó:

—En cuanto á los amigos políticos, no hay que ocuparse de ellos, puesto que os quieren... por el interés. Eso es elemental.

Charvet, con aspecto resignado, murmuró:

—En fin, sea éste ó el de más allá... puesto que es preciso que me sustituyan...

Mientras que rápida, ligera, dejaba la Gran Electora correr la pluma sobre el papel timbrado, Emilio, desvanecido, cerraba los ojos y veía las tribunas públicas llenas de gente, esperando á que su excelencia Emilio Ducasse, Ministro de Justicia ó de otro ramo—¡qué importaba con tal que fuera Ministro!—dejase oír su elocuente palabra.

—Trataré de imitar al gran Pitt en lo del célebre Ministerio de los diecisiete años. ¡Mi Ministerio durará tanto como el de aquella gran figura!

XVII

Gilberta no olvidaba la, para ella triste, noche en que vió á la mujer rubia que llevaba el nombre del Conde y tenía derecho á ser amada por él...

Supo por Enriqueta que Cipriana había pasado muy buena noche, que estaba mucho mejor y que se la consideraba fuera de peligro.

Mientras que el comandante corría presuroso al hospital de Melun y Enriqueta se encerraba con Charvet y Ducasse para reunir apresuradamente el comité Verdier, Gilberta, sentada en el jardín, se entregaba á profundas meditaciones, pensando en Roberto, Cipriana y Elena.

Tan distraída estaba que no sintió los pasos de alguien que se acercaba; fué preciso que la hablaran para que levantara la cabeza, y entonces, poniéndose muy colorada, exclamó:

—¡Vos!

Era Roberto, que venía loco de alegría á partici-

par á la señora Herblay y á Gilberta la opinión del doctor:

—¡Salvada!

—¿De veras?—preguntó Gilberta con lágrimas en los ojos.

—El médico así lo ha asegurado solemnemente.

Roberto se interrumpió al ver que Gilberta había dejado caer bruscamente la cabeza entre las manos y que lloraba.

—¿Qué tenéis? ¿Qué os pasa, Gilberta?

Tomó instintivamente una de sus manos, que ella se apresuró á retirar, enjugándose los ojos, riendo y llorando á la vez.

—Perdonadme... No sé lo que me pasa—dijo.—¿Es absurdo, no es verdad? Estoy muy nerviosa, ¡y esta noticia me alegra tanto!...

Roberto experimentaba ahora, al lado de la joven, una sensación extraña, agradable y dolorosa á la vez. Una tristeza profunda se apoderó de él. ¡El peligro había desaparecido para la hija; pero el sufrimiento aumentaba para el padre, pues no podía ver á Gilberta como antes!

—¡Oh!—dijo como hablando consigo mismo.—¡Mi hija está salvada, sí; pero la convalecencia será larga, y si no estáis vos allí!...

Y las lágrimas, como momentos antes los ojos de Gilberta, llenaron los del Conde.

¡La terrible hora de la separación había sonado!

—Gilberta—dijo de pronto con melancólica voz, —tengo una súplica que haceros... ¡Algo de gran importancia que pediros!

Y viendo que la angustia se pintaba en el rostro de la joven, se apresuró á añadir:

—Lo que voy á pediros es insensato; pero tal confianza tengo en vos que estoy seguro que no rehusaréis concedérmelo... Curada Cipriana, pienso partir...

—¿Partir?—dijo Gilberta, como si hubiera algo más que un anuncio de ausencia en aquellas frases. —¿Partir? ¿Por qué?

—Llevo aquí una vida triste y desolada. Empleé mal mi primera juventud, y... quiero ser útil á mi patria en lo que me resta de vida... Permanecer en Francia, pleitear para arrancar mi nombre de las manos de una aventurera, lo he reflexionado bien, y no he de hacerlo... Quiero evitar ese escándalo á mi padre... Mi padre velará por mi hija; pero desgraciadamente es anciano... Ya sabéis que Cipriana no tiene madre, ó, mejor dicho, que hay que librarla de ella; mientras yo este ausente, si por desgracia mi padre muriera, ¿queréis encargaros de velar por la educación de Cipriana?... Yo iré... no sé á dónde, á Panamá ó á la Indo-China. Me parece que teniendo vuestra palabra, saldré de Francia más tranquilo...

—¿Me lo prometéis, Gilberta?—añadió el joven con voz ahogada.—Vuestro tío es muy bueno, y

os autorizará para hacerlo... Estaré tranquilo al pensar que la pobre niña estará bien cuidada, y que la amaréis como la amaría una madre cariñosa, ¿no es verdad?...

Y sin saber lo que hacía, se inclinó hacia ella, añadiendo:

—¡Amadla como yo os amo!

Gilberta no contestó, ni se alteró en nada por las palabras del Conde. Le amaba, y sabía que era correspondida. En cuanto á encargarse de Cipriana, lo haría con gusto, pues la quería muy de veras.

—Tendré dos hijos—pensaba para sí:—el pobre militar tan cruelmente tratado por la fortuna, y la no menos desgraciada niña.

—¿Y si Elena me reclama su hija?—dijo en voz alta.

—No temáis... La daré todo lo que pida por ceder sus derechos de madre, como la otra vez; pero ahora arreglaré mejor las cosas.

—¿Cómo? ¡Una madre... es capaz de!...

—Elena Morgan ambiciona dos cosas: mi nombre y mi fortuna. Pero elegirá la fortuna, prefiriéndola al nombre.

Le mortificaba hablar de la aventurera y mudó pronto de conversación.

—Queda—dijo—convenido, prometido y jurado que Gilberta se hará cargo de Cipriana.

La joven juró con todo el fervor de que era capaz, diciendo:

—¡Os juro que vuestra hija lo será también mía!

—Y si algún día os casáis, ¿la reservaréis un poco de cariño?—dijo con temblorosa voz Roberto.

Gilberta, con dulce y tranquila sonrisa, contestó al Conde lo que en otra ocasión había contestado á su tío:

—¡Yo no me casaré jamás!...

Se levantó, miró con sus grandes ojos entristecidos á Roberto, y repitió:

—¡Jamás!

El se levantó también, y cogiendo una de las manos de la joven la atrajo hacia así, y con emoción indescriptible, temblorosos los labios, estampó un fraternal beso en su casta frente, un beso de esos que significan una separación eterna. Gilberta lo comprendió, y no se opuso á recibirlo.

El comandante, que volvía de Melun un poco congestionado y muy nervioso, llegó pocos momentos después. Venía sofocado por el calor, y sin haber tomado alimento alguno desde que salió por la mañana.

Lo primero que preguntó, al divisar desde lejos á Roberto, fué:

—¿Cómo está la niñita?

El Conde repitió entonces á Verdier lo que acababa de decir á su sobrina, incluso la petición hecha á Gilberta, el juramento de ésta y el anuncio de su partida.

Nada de esto admiró al comandante. La partida

del Conde era una manera digna de salir de una situación difícil, y el juramento de su sobrina muy lógico dada su grandeza de alma.

—No sería mi sobrina—dijo—si ignorara que las consignas más graves son las que han de cumplirse mejor.—Y tendiendo la mano al joven, añadió:—¡Mientras que yo respire, vuestra hija estará bien protegida, querido Roberto! Sólo que tendré muy buen cuidado de inculcar á Gilberta y á Cipriana el que no sean tan cándidas ni tan confiadas como lo habéis sido vos, ni tan necias como este viejo Verdier.

Y entonces, con amarga elocuencia y violenta cólera, tronó contra Garousse, Saboureau y los otros —todos los políticos y politiquillos,—refiriendo después á los jóvenes lo que había visto en el hospital de Melun.

—¡Ah! ¡Infelices!—exclamó.

Tivolier, el exaltado de las reuniones públicas, el obrero fanático, y el soldado Marsialoux, estaban en el hospital casi juntos: el pobre Marsialoux gravemente herido, y Tivolier arrepentido, aterrado al contemplar su funesta obra.

—¡Cómo!—dijo Roberto.—¿Los han puesto el uno al lado del otro?

—¡Casi, casi!—contestó el comandante.

Les habían llevado á ambos al Hospital civil por haber sido desalojado días antes el Hospital militar, que estaba en el centro de la población, á consecuencia de una epidemia; no les separaba más que un

camastro. El pobre Marsialoux se quejaba mucho, y Tivolier, que le había mirado antes con odio, le miraba ahora con curiosidad, como tratando de darse cuenta de quién era aquel hombre á quien había puesto á las puertas de la muerte casi sin conocerle.

—Cuando Tivolier me vió—dijo el comandante—me miró con rabia. Después, al ver que recomendaba á los enfermeros que les cuidasen, se pintó en el escuálido rostro del obrero una extrañeza que no olvidaré jamás.

—¿Cómo, vos?... ¡Vos, á quien yo he tratado como al último de los miserables!—me dijo con voz entrecortada.

—Ya lo véis, amigo mío—le dije.—Los hay peo res que yo.

Le tendí la mano, y no se atrevió á estrecharla. Se notaba aún algo de desconfianza en él.

—Eso os probará, añadí, que no se debe hablar de las gentes sin conocerlas.—Entonces la mano que vacilaba en estrechar la mía, la callosa mano del obrero que Garousse ha convertido en la de un homicida estrechó fuertemente la de aquel á quien momentos antes consideraba como su enemigo.—Marsialoux seguía quejándose y pronunciando palabras incoherentes: ¡Oh! ¡la... la!... ¡mamá! ¡mamá!...—¿Qué dice?—me preguntó asombrado el obrero.—Dice mamá, amigo mío; se acuerda de su madre. Al oírme esto el obrero, bajó la cabeza entristecido y murmurando: «¡Es verdad, no se piensa en eso cuando uno se en

furece!» Y miraba con compasiva y obstinada mirada al pobre soldado. ¿Y era él, él, Tivolier, la causa de que aquel pobre soldado, casi un niño, estuviese allí mal herido? ¿Y por qué? ¡Porque llevaba pantalón encarnado!... ¡Qué bestia había sido!...

El comandante había leído como en un libro abierto estos pensamientos, esta estupefacción y esta angustia en las intensas y persistentes miradas del hombre del pueblo al militar.

—No me ha disgustado del todo la visita... O mucho me equivoco, ó el obrero y el soldado han de salir del hospital buenos amigos. ¡Si el hombre se conociera mejor!... ¡Si no se dejase arrastrar por los agitadores!... ¡El diablo lleve á los fabricantes de guerras civiles!... ¡Ahora—continuó, animado, satisfecho—voy á anunciar que retiro mi candidatura

—¿Que retiráis vuestra candidatura?—dijeron á la vez ambos jóvenes.

—Sí, retiro mi candidatura—repitió con voz en que se notaba la más franca alegría.—¡Candidato! Se acabó la candidatura. ¡Ya nadie tendrá pretexto para insultarnos!

Tenía tal prisa por comunicárselo á todo el mundo, que ni se acordaba de comer.

—¿Cómo—dijo Gilberta,—las dos de la tarde y sin haber tomado nada?

¡Bah! ¡Cuántas veces se había pasado en campaña sin poder comer en treinta y seis horas!

Tomó apresuradamente un poco de carne fría y

un vaso de vino de Burdeos, y despidiéndose del Conde, que se marchaba, fué á ver á la señora Herblay, que hablaba en el salón con Charvet, Guenaut, Cappois (estos últimos habían sido llamados á toda prisa) y Emilio Ducasse.

Charvet y la señora Herblay esperaban evidentemente al comandante. porque cuando éste se presentó el senador no pudo contener estas palabras:

—¡Ah! ¡Aquí está! —inmediatamente seguidas de estas otras:—¡Por fin!—pronunciadas por Cappois y Guenaut—cosa que hablaba poco en favor de la educación de unos y otros.

Ducasse, al ver á Verdier y notar su alegría, abrigó por un momento el temor de que éste hubiese vuelto sobre su acuerdo.

¿Si no retirará ya su candidatura? ¡En verdad que se veía ahora al comandante muy tranquilo y satisfecho!

La inquietud de Emilio duró poco. Verdier, con marcado apresuramiento, deseoso de quitarse de encima tan penosa carga, les dijo que no se sentía con fuerzas para soportar las necesidades de una lucha electoral, y que retiraba su candidatura.

Ducasse, loco de contento, cruzó con la señora Herblay una mirada de triunfo, que no se le escapó, ni dejó de disgustarle, á Mederico Charvet. Cappois movió la cabeza de un lado para otro, como para aprobar con su aquiescencia la determinación de Verdier. El veterinario Guenaut se apresuró á de-

cir con aspereza que hacía mucho tiempo que el comandante debiera haber tomado tal determinación, puesto que no se sentía con fuerzas para afrontar la batalla... Pero Verdier le interrumpió con tono que no admitía réplica:

—¡Perdonad, caballero; yo no sabía hasta qué punto era baja y rastrera la política en sus luchas! ¡Ahora lo sé, y no quiero más embrollos ni bajezas! ¡Para muestra basta con lo que he visto!...

Ya no era el hombre tímido que había entrado temblando en aquel salón para ser examinado como un doctrino, y temeroso de parecer desagradable á los electores. Era el soldado irritado, disgustado por la aventura y resuelto á desafiarlo todo, desde las calumnias de los adversarios hasta las frases encubiertas de los falsos aliados.

Había hablado con tal resolución, que Charvet, que tenía preparada una frase redundante sobre el abandono de un puesto de honor en el momento del peligro, la trasformó en un cumplimiento sobre el sacrificio generoso de una legítima ambición en aras de su patria, y felicitó vivamente al comandante por aquella renuncia cívica.

—¡Y digo renuncia cívica—repitió solemnemente Mederico Charvet, después de haber pensado decir *deserción,*—porque no es esta la primera vez, comandante, que nos dáis ejemplo de abnegación!...

Cappois aplaudió «las acertadas frases del señor senador» y Guenaut refunfuñó un poco, pero con

cierta prudencia. Verdier no se cuidaba lo más mínimo ni de los cumplimientos del senador, ni del descontento del veterinario. Se sentía libre, podía respirar con libertad y esto le bastaba. Dejaba á otro—á Ducasse, puesto que su comité elegía á Ducasse—el cuidado de pordiosear, de charlar, de fantasear y convertirse en el más humilde servidor de los Esaú del escrutinio, que vendían su voto por el plato de lentejas de una cinta de color violeta, una concesión, un favor cualquiera, trasformando á Francia en un inmenso baratillo, en que el elector daba su voto á cambio de una promesa, y el elegido traficaba con su libertad futura á cambio de un pedazo de papel deslizado en la urna electoral.

Verdier se halló encantado al encontrarse en la soledad de su cuartito, é instintivamente volvió la vista al cuadro de Schopin.

—¡Ahora sí que han concluído para mí los molinos de viento, mi querido caballero!—dijo dirigiéndose á D. Quijote.

¡Sí, había escapado á los Guenaut, á los Cappois, á los Garousse, á los Trouillard, á los imbéciles, á los malvados, á todo el mundo! ¿Pero el deber?... ¡Bah! ¡Otros se encargarían de salvar al país! ¡Candidato! ¡Oficio detestable! ¡Viaje al país de los desencantos! ¡Qué necedad colocar vuestra suerte en manos de gentes que no os conocen ó de algunos que os desconocen! ¡Candidato! ¡Ser candidato cuando se es altivo y de buena fe!... ¡Qué tontería!...

Pensó en que tenía «que arreglar sus cuentas» con el redactor de *La Anguila*, y escribió á uno de sus antiguos camaradas que vivía en Melun, rogándole le sirviera de testigo. El antiguo sargento, el viejo Fournerel, sería el otro. Se batirían al día siguiente, y luego Verdier se iría á París.

Se iría, á menos que fuese herido por su adversario. ¡Herido, herido, eso sería el colmo! ¡Herido por un señor Reville!... ¡O muerto!... ¡Muerto por la sucesión Charvet!...

Esta absurda idea de que podía escapar mal en aquel encuentro se fijó pertinaz en su imaginación, como pensamiento único, pensamiento de que se burlaba, pero que poco á poco llegó á ponerle nervioso.

Se acordó de algunos de sus antiguos compañeros, que después de exponer sus vidas cien veces en medio de las balas y haber salido ilesos, habían ido á morir, terminada la guerra, en la primer disputa que habían trabado.

—¡Todo puede ocurrir!—pensaba.

Entonces pensó en hacer testamento. Quería que los cuatro cuartos que tenía fuesen para Gilberta si llegaba á morir él. Esta ni sospechaba siquiera lo que ocurría.

—¿Se me conoce que ya no soy candidato, Gilberta?—la preguntó.—Ducasse es el que debe tener ahora la cara de pocos amigos que tenía yo ayer.

—¡Si Ducasse está tan contento!

—Tienes razón; no me acordaba de que la política es su oficio.

Por la tarde Verdier no se presentó á la mesa á la hora de comer. No tenía apetito. Estaba escribiendo en su cuarto. Un criado le subió, de parte del impresor de Melun, la factura de lo que debía por la impresión y colocación de los anuncios electorales.

Gilberta había subido curiosa por saber lo que el criado le llevaba.

—¿Esto?—dijo el comandante contestando á su pregunta.—Es un recibo que he pedido. ¡La factura del manifiesto, de la famosa profesión de fe!

Había rasgado el sobre y leía:

—¡Caramba!—dijo de pronto.—¡Esto es escandaloso! ¡Muy escandaloso!...

—¿Cuál?—preguntó Gilberta.

—Toma, lee.

La joven leyó, en efecto:

IMPRENTA BOURGEOIS É HIJOS
Plaza de San Juan, 7.—Melun.

El señor comandante Verdier debe, por carteles anunciando su candidatura y profesión de fe:

	Pesetas
Composición...........	40
Papel de color (8 resmas á 15 pesetas).......	120
Tirada de 8 resmas á 5 pesetas una.........	40
Colocación de 4.000 carteles á 250 pesetas el millar................................	1.000
Total.....	1.200

—*¡Mil doscientas pesetas!* ¿Mil doscientas pesetas tiradas á la calle, gastadas, perdidas para recoger los insultos de Garousse y las calumnias de Reville? ¡Esto es caro, excesivamente caro!...

—¡Querido tío!—dijo sencillamente Gilberta, que sentía sus ojos inundados por las lágrimas, y que en la matemática precisión de las cifras veía como totalizados los disgustos y las decepciones del comandante.

—¡Después de todo—dijo éste tratando de sonreirse,—peor podía haber escapado! ¡Paga, paga, candidato!

Suplicó á Gilberta que le dejase solo. Quería quedarse solo para redactar su última voluntad. Había encendido una vela, y, á la movediza luz de su llama, las mariposas, que penetraban por la ventana abierta, iban á quemarse, como él se hubiera quemado al falso sol de la sucesión Charvet. Don Quijote parecía como que se burlaba de él bajo el cristal del cuadro colgado en la pared.

No era la suerte material, si vale la frase, de Gilberta lo que le preocupaba. Sabía que sus necesidades eran pequeñas y que con poco dinero podría vivir bien. ¿Pero qué sería de ella si se quedaba sola? Aun suponiendo que el lance con Reville no fuera mortal (lo cual era más que probable), un día ú otro el viejo Verdier desaparecería, y entonces la pobre joven quedaría sola...

Si al menos al morir la dejase casada, sentiría

menos morir. ¡Pero Gilberta no quería casarse, no amaba á nadie, ó, mejor dicho, amaba un imposible!...

Se quedó dormido pensando en Gilberta y despertó pensando en Gilberta. Cuando Fournerel fué á decirle que el lance se había fijado para las doce, cerca de Barbizon, se despidió de su sobrina diciéndola que iba á dar un paseo.

Verdier y sus testigos llegaron los últimos á la cita. Saboureau esperaba acompañado de dos jóvenes de Melun y un médico amigo del periodista á quien habia avisado por telégrafo á París. Fournerel llevó dos espadas. Los testigos de Reville las entregaron á los adversarios, y éstos se pusieron en línea. Antes de ponerse en guardia Reville saludó como si estuviera en una sala de esgrima.

—Es inteligente en la materia—pensó Verdier.—¡Tanto mejor!

El encuentro fué breve. Aunque Saboureau tiraba muy bien, el manejo cerrado del comandante, parando bruscamente en cuarta, le puso á peligro de ser atravesado de parte á parte; y lo hubiera sido si el comandante no hubiera instintivamente levantado la mano.

—¡Tocado, caballero!—dijo Verdier arrojando la espada.

—Muy bien—exclamó Reville.

El doctor se acercó, y, rasgando la camisa, practicó la primera cura.

—Ahora, comandante—dijo el periodista en alta voz,—os suplico creáis que todo lo que he podido decir ó escribir se dirigía, no al hombre, sino...

—¡Al candidato, lo sé!

—¡Dispensad!...

Verdier saludó cortesmente; pero no llegó su abnegación hasta estrechar la mano que Saboureau le tendía.

—¿Creéis que tiene aún demasiada tinta?—dijo el redactor de *La Anguila.*—¡La sangre lo limpia todo, comandante!

—Sea—respondió Verdier con tono áspero.—¡No hablemos más de eso!

Y se dirigió á Dammarie.

Saboureau tuvo que ser conducido á Melun en un carruaje. Como la herida no era grave, á los dos días estaba bien y había fundado un periódico titulado *La Nueva Anguila*, para apoyar la candidatura de Ducasse y vengarse del patrón Garousse, que se había portado muy mal con él á última hora.

—¡Si Garousse se figura que expone uno su vida por defender á otro, y que este otro no ha de dar siquiera las gracias por ello, se equivoca!

—Vuestro duelo me ha proporcionado un decidido defensor—dijo Ducasse al comandante al aparecer el primer número del nuevo periódico, cuyo artículo de fondo estaba consagrado á ensalzar la decisión tomada por el *honrado Verdier*: *El Cincinatus del 7.º de artillería.*—Saboureau—añadió—tiene

talento y ha sabido daros una satisfacción, en que el honor ha quedado á cubierto, sin que haya habido que lamentar ninguna desgracia personal.

El comandante se encogió ligeramente de hombros.

XVIII

La señora Herblay experimentaba una de las más vivas elegrías que había experimentado en su vida. Su prodigiosa actividad se encontraba en su elemento con la nueva situación que creaba al *partido* la retirada del comandante. Era urgente popularizar la candidatura hasta el momento mismo de la elección. Charvet creía la campaña comprometida.

—¡Veremos!—decía la gran electora, y redoblaba las invenciones, multiplicaba sus trabajos, las invitaciones y las promesas. No se veía otra cosa que su coche por toda la circunscripción. Tan pronto se la veía en Melun como en Chailly, distribuyendo saludos, tirando candidaturas desde el coche, hablando á las mujeres, sonriendo al cura, alabando al maestro y visitando á Zavouillet, que había tenido la veleidad de retirar su candidatura, para probarle que Ducasse, joven, erudito y activo, era el hombre del distrito—el diputado modelo que condecoraría á

Zavouillet;—y en la fiebre de aquella candidatura improvisada, empleaba recursos infinitos, como si estuviera personalmente apasionada por el triunfo de Emilio Ducasse.

—¡Jamás, mi querida amiga—decía Charvet,—jamás os habéis molestado tanto por mí!

—¡Ingrato!—le contestaba ésta, yendo de un lado para otro á conquistar votos...

Pitt no descansaba ni un momento; daba cuatro reuniones por día, y *La Nueva Anguila* trabajaba desesperadamente, encabezando siempre los artículos en que se ocupaba de Ducasse con el epígrafe: *Un hombre grave.*

—¡Ya ves—decía Saboureau á Ducasse—lo injusto que es el mundo, y qué criterio tan recto tiene! ¡Tú, que nunca has hecho ninguna obra meritoria, ni sin méritos—esa es tu ventaja,—eres aclamado con entusiasmo; y Verdier, que ha consagrado su existencia entera al provecho de la humanidad, ha estado en poco que no haya *subido al calvario*!... ¡Tú no has salvado ni salvarás á nadie, de seguro!...

—Es verdad que no he salvado á nadie, como Verdier; pero espero que podré salvar á mi país—contestaba *Pitt.*

—¡No le arruines demasiado! ¡Es todo lo que se te puede pedir!

Enriqueta, como todo el mundo, estaba entusiasmada con su nuevo candidato. Le miraba algunas veces suspirando, como la mujer que entrevé, cuan-

do menos lo espera ya, la realización de sus ensueños. Las esperanzas que se forjara con Charvet habían salido fallidas. ¡Mederico no llegó á pronunciar el famoso discurso que ella había esperado oírle siendo Ministro!... ¿Se lo oiría á Ducasse?... Pero antes de pensar en el discurso era preciso pensar en la elección. ¡Bah! Enriqueta pensaba en todo. Hasta en Gilberta y en el señor de Montbrun. En medio de aquel caos del período electoral, la gran electora tenía aún algún tiempo que destinar á sus jóvenes amigos. César—se decía—dictaba varias cartas á la vez; pues bien, ella, Cesarina (y se reía cuando esto pensaba), sostenía dos campañas á la vez: la de Ducasse y la de Gilberta. Gilberta, interrogada por Enriqueta, contó á ésta el proyecto del Conde.

—¿El Conde cede el campo á la Inglesa? ¡Está loco! ¡No sabe lo que se hace!... Necesito hablar con él.

Mandó á buscarle, y el joven se apresuró á ofrecerla sus respetos.

—¿Cómo es eso?... ¡Yo creía que amábais á Gilberta!

—¡Con todo mi corazón!

—Entonces, ¿por qué no os casáis con ella?

—Señora... No sabéis...

—Sí—dijo interrumpiéndole.—Mi marido tenía un amigo que se casó también con una inglesa, ilegalmente como vos, y que después contrajo nuevas nupcias con una francesa, de la cual tuvo once hijos. Ya véis cómo ciertas uniones pueden romperse.

¿Qué diriais si yo viera á la pretendida señora de Montbrun?

—¿A Elena Morgan?

—¿Me autorizáis para que yo trate con ella esta operación comercial?

—Sí; pero Elena Morgan os contestará, como á mí, que quiere mi nombre y mi fortuna.

—¡Bueno! ¿Me dáis amplias facultades para arreglar el asunto? Os prometo que no quedaréis descontento. ¿Qué dariais á esa Morgan por que os dejara libre?

—Toda mi fortuna.

—¿Toda?

—Con la mayor alegría...

—Sois muy generoso, señor Conde. Pero en fin, tenéis razón. ¡Fiad en mí!

—¿En vos?

—Sí, en mí; quiero arreglar ese asunto—dijo tendiéndole la mano como si se despidiera.

Enriqueta sabía, por Ducasse, que Reville conocía á Elena. El redactor de *La Nueva Anguila* podía, en un momento dado, proporcionarla una entrevista con la inglesa.

Una nueva violencia, un insulto lanzado al comandante por el periódico que había dejado Reville, y que ahora redactaba Garousse solo, un artículo injurioso publicado por éste, puso al comandante fuera de sí.

Esperando el resultado definitivo de la elección se

hallaba, pues no le parecía prudente volverse á París hasta que la elección hubiera terminado, cuando recibió una carta anónima, de letra de mujer, en que le advertían de algún peligro ó de alguna nueva infamia. La carta, que no llevaba firma alguna, decía: «Os envío el último número de *La Anguila de Melun*. ¡Leed y meditad!»

Preguntó por el número del periódico. Nadie lo había recibido.

Gilberta, sin embargo, parecía violenta mientras que los criados buscaban el periódico.

Uno de ellos creía recordar que se lo había llevado por la mañana á la señorita Gilberta. «Si el señor comandante tenía empeño en leerlo, se iría por él al puesto de periódicos de la estación.»

—¿A la estación? ¡Iré yo mismo!—dijo, y cogiendo el sombrero, salió. Su sobrina quiso acompañarle, temiendo algún acceso de cólera de su tío. Por el camino trató de conseguir que desistiera de su propósito... Pero todo fué en vano.

Ya en la estación, trató aún de impedir que Verdier comprase el periódico, diciéndole:

—¿Qué adelantáis con leerlo? ¡Alguna nueva calumnia, que, como las otras, debe despreciarse! ¡No entréis, querido tío, os lo suplico!

Pero no hubo razón que le contuviera, y entró en la sala de espera, que estaba llena de gente. Verdier no vió á nadie. Se acercó al puesto de los periódicos y pidió *La Anguila*.

—¿La nueva ó la antigua?

—La antigua probablemente.

Tomó las dos, y dió un vistazo al periódico de Reville.

No encontrando nada de lo que buscaba en él, desplegó vivamente el de Garousse y vió en seguida el artículo en que hablaba de él. Tal cólera experimentó que Gilberta tuvo que sostenerle. Garousse contestaba al nombre de *Cincinatus*, que Reville había dado al comandante, con una perfidia innoble. So pretexto de despedir al candidato que se retiraba, unía al nombre de éste el de «la señorita Gilberta, no menos virtuosa que su tío, y quien, como Hermana de la Caridad de los pobres huérfanos, había mostrado en Avon por una niña, que Cincinatus Verdier debía bendecir como abuelo feliz, una abnegación verdaderamente maternal.» Y Garousse pedía irónicamente una recompensa al valor del comandante Cincinatus, y para su sobrina uno de los premios Mothyon de la Academia Francesa.

El elogio era tan brutal y tan insolente como la más grosera de las injurias. Gilberta cogió nerviosamente del brazo á su tío y quiso llevárselo de allí con viveza.

—¡Venid, venid! —le dijo aterrada.

Verdier creyó vei algo extraño en aquel apresuramiento, y miró en derredor suyo. Allí estaba Garousse, sonriente, luciendo su enorme persona, con el billete para París en la mano. Verdier rechazó brus-

camente á Gilberta, y de un salto se puso al lado de Garousse, diciéndole:

—¿Eres tú el que has escrito esto? ¿Eres tú?

Y acordándose entonces de que llevaba bastón, lo levantó rápidamente y sacudió con furia al hombretón en la cara.

Garousse lanzó un grito y trató de precipitarse sobre el comandante, impidiéndoselo los empleados y las gentes que allí estaban.

—¡Soldado!... ¡Fusilero!... — gritaba Garousse echando espuma por la boca.—¡Sí, sí, es verdad lo que digo en ese artículo!... ¡Andate con cuidado, porque no lo he dicho todo!...

Verdier forcejeaba por llegar hasta él, cuando de entre la apiñada multitud que les rodeaba salieron dos caballeros, uno de ellos joven y de aspecto militar, que se dirigió á Garousse, diciéndole: «Miserable,» y otro de más edad y encanecido, que, sujetando al joven por un brazo, le decía:

—Perdonad; pero no es á vos á quien corresponde tomar la defensa de esta señorita.

Y encarándose con Garousse:

—Sois un canalla—le dijo.

Luego, y haciendo saltar de la cabeza el sombrero de Garousse con su bastón:

—Soy el Marqués de Montbrun—añadió.—¡Saludad á esta señorita!

Y le mostraba, enérgico, á Gilberta rodeada por la multitud.

—¡Saludad!...—repitió el Marqués, cuya nerviosa mano oprimía fuertemente el brazo del socialista.

—¡Señores viajeros para París!—gritó la voz de uno de los empleados, dominando el tumulto.

—Tengo que marchar—rugió Garousse.—¡Pero nos veremos! ¡Nos veremos! ¡Todos! ¡Todos!

—Así lo espero—dijo secamente el Marqués.

Y Garousse desapareció en medio del irónico murmullo de los que presenciaban esta escena.

—¡No creo—dijo el Marqués viéndole alejarse—que gane mucho su elección con esto!

Pronto llegó lo sucedido á noticia de la señora Herblay, quien lo supo con júbilo, porque en ello iban ganando Ducasse y el comandante. «Ese diablo de comandante, cordero convertido en tigre—decía,—gana mucho en respeto y hace ganar á nuestra candidatura desprestigiando al candidato contrario.» Después pensó que quien perdía con todo esto era Gilberta, y se apresuró á preguntar á Ducasse:

—¿Y la inglesa? ¿Se puede ver á esa terrible inglesa?...

La inglesa se sorprendió cuando la anunciaron la visita de la gran electora; pero saliendo pronto de su estupor, se adelantó á recibirla y la indicó, después de saludarla, una silla.

—¿A qué debo el honor de veros por mi casa?—preguntó.

—A un negocio de importancia para vos.

Conversaron largamente, después de lo cual exclamó la inglesa algo amostazada:

—Según veo, conocéis toda mi historia.

—Así parece...

—Entonces no ignoraréis que soy la Condesa de Montbrun, y que estaba en mi derecho cuando me vísteis queriendo arrojar del lado de mi marido á la mujer que ocupaba mi lugar en la casita de Avon.

—¿Qué mujer?—preguntó Enriqueta, como si no comprendiera.

—La señorita Verdier.

Enriqueta le dirigió una mirada de indignación por el tono de desprecio con que pronunció aquellas palabras.

—Veo lo que pretendéis—dijo la inglesa, que había notado esta mirada.—¡Vuestras obras de caridad se extienden hasta los jóvenes que han cometido alguna locura, y queréis favorecer al Conde!...

—No— interrumpió vivamente Enriqueta,—es precisamente lo contrario lo que pretendo.

—¡No os comprendo!

—El Sr. de Montbrun, figurándose que debéis estar... ¿cómo diré yo? aburrida... me ha encargado que os traiga, con su proposición de paz, la manera de salir de todos vuestros apuros.

—¡Sé lo que váis á pedirme! El Conde tiene vivos deseos de ser libre, para casarse con la señorita Verdier, y como el único inconveniente que hay

para conseguirlo soy yo, se trata de desarmarme ó de suprimirme.

—¡Oh! no. No se trata más que de enriqueceros.

—No quiero más riqueza que el título de Marquesa cuando muera mi suegro... ¡El ser Marquesa vale mucho!

—¿Cuánto dinero valdrá eso?—preguntó resueltamente Enriqueta.

—O mi casamiento es válido, ó no lo es. ¡Si no lo es, no vale nada! Si lo es, soy Marquesa y no vendo mi título.

—Pues bien—dijo la señora de Herblay con mucha frialdad.—Debéis sacar el mejor partido posible, y vender lo mejor que podáis lo que no os pertenece. Vuestro matrimonio es nulo.

—¿De veras? ¿Lo creéis así?

—El artículo 170 del Código civil francés dice que «el matrimonio entre un francés y una extranjera es válido, *con tal que*, escuchad bien: *con tal que* se haya verificado con arreglo á lo prescrito en el artículo 63 de la ley francesa,» es decir, «con tal que se hayan verificado las publicaciones en la alcaldía del punto de que sea natural el francés...» De modo que, os pido mil perdones por este lenguaje legal, el Conde de Montbrun, por ejemplo, casado por un clérigo inglés con una inglesa, con vos, supongamos, y no habiendo cumplido las prescripciones de la citada ley francesa, puede pedir cuando le plazca la anulación de ese contrato... ¡Por eso os he dicho antes que

aprovechéis la ocasión, puesto que nada vuestro vendéis!...

—Según eso, lo que yo debía haber exigido del Conde es que nos hubiéramos casado ante el cónsul francés.

—No hubiérais adelantado nada. El matrimonio no sería menos nulo por eso. Es raro, pero es cierto: el cónsul no tiene atribuciones más que para casar á un francés con una francesa, pero no con una extranjera, sobre la cual no ejerce jurisdicción.

—Voy creyendo—dijo Elena después de haber mirado con asombro á Enriqueta—que el señor de Montbrun os ha mandado aquí como abogado.

—¡Sí, y como negociante!... Hablemos claro, y nos entenderemos. El señor de Montbrun quiere ser libre y vos queréis ser Marquesa. Hay un término medio: contentaos con ser rica, y mi misión habrá terminado.

—¿Es decir, que?...

—Que á cambio del acta de casamiento, vulnerable y nula en Francia, el Conde Roberto de Montbrun os da toda la fortuna que posee de su madre, quien, podéis estar segura de ello, hubiera dado hasta el último céntimo por rescatar á su hijo.

—¿A cuánto asciende esa fortuna?

—¡A cuatrocientos mil francos! ¡Por un papelote cualquiera, me parece un bonito negocio! ¿Lo tenéis con vos?

—No—dijo con sequedad Elena.—¡Lo dejé en París!

Reflexionó cortos momentos, al cabo de los cuales preguntó:

—¿Y mi hija?

—¿Vuestra hija?

—Sí, Cipriana.

—¡Ah! El Sr. de Montbrun la adora. Y puesto que él la tiene, debe continuar con él.

Y añadió sonriendo:

—Sed franca, vuestra hija os inquieta poco. ¡La costumbre de no verla!...

—¿De suerte—dijo Elena con sorda rabia—que aquella mujer se queda con mi marido y con mi hija?...

—Sí, aquella señorita—contestó dulcemente Enriqueta.

Miró á la inglesa frente á frente, y añadió con ligera y casi amistosa ironía, ironía de parisiense:

—¡Doscientos mil francos por el contrato matrimonial, doscientos mil por vuestra hija y para vos la libertad!

Elena, encogiéndose de hombros, replicó:

—¿Y si rehuso?

—Peor para vos. Si el padre, si el Marqués reclama la nulidad de ese matrimonio, contraído sin su consentimiento y sin llenar los requisitos legales, la obtendrá inmediatamente. Y el Marqués la reclamará, puedo afirmároslo.

—¿No temerá el escándalo?

—Entre el escándalo que vos daríais y el que él pueda causar, preferirá el suyo.

—¡Tenéis unas magníficas leyes en vuestro país!... ¡Confié en la palabra de honor de un caballero francés!...

—También el caballero francés confió en vuestra honradez—dijo con lentitud Enriqueta.

Elena se levantó, y, saludándola:

—Está bien—dijo.—Lo reflexionaré.

—¿Para qué queréis reflexionar?

Una contracción rápida como un relámpago alteró el rostro de la inglesa, de ordinario tan tranquilo.

—¿Por qué? Porque no debe una dejarse despojar tan fácilmente de sus derechos y de su nombre para verlos en poder de otra. ¡Me falta el dinero! ¡Oh, si tuviera dinero!...

—¿Dinero? ¡Lo tendréis si lo queréis!

—¡Renunciando á mis derechos!...

—¡No se puede lograr todo en este mundo; pensadlo bien! Espero vuestra respuesta mañana en Dammarie. Adiós.

—Cederá—pensó Enriqueta; pero al otro día ni al siguiente llegó la respuesta.

Cuando ya iba impacientándose la señora Herblay, dos días después de la entrevista, recibió un telegrama de París que decía:

«Llevaré el contrato el domingo. Esperadme en Melun á las dos. Acepto.—E. M.»

La señora Herblay dió un grito de triunfo al leer el telegrama.

—¡El domingo! ¡Justamente era el día de la votación! Sería, pues, un día de emociones para ella. Estaba muy contenta por haber podido retener hasta ese día al comandante y á su sobrina, y citado al Conde de Montbrun á las seis y media de la tarde.

Mientras se verificaba la votación, Ducasse estaba pálido. Un sudor frío invadía todo su cuerpo. Le habían asegurado que Garousse tenía grandes probabilidades de triunfo. Los electores no habían visto en lo ocurrido en la estación más que á un soldado maltratando á un servidor del pueblo. La Fuerza aplastando á la Justicia.

Charvet le decía con gravedad:

—Joven: ante la urna electoral el candidato, es donde, como ante la boca del cañón el soldado, debe mostrar su entereza.

Ducasse no respondía, no le oía, la emoción le embargaba.

La señora Herblay, antes de ir á la cita con la inglesa, se mostró por todas partes, deslizando al oído de los electores decisivas promesas.

—¡Esta tarde—pensaba,—esta tarde venceré por Ducasse, ó seré vencida por Garousse!

Pensando en esto se dirigió al lugar de la cita con Elena, que salió á recibirla. Al llegar á la puerta de la sala, Elena, sin pronunciar una palabra, sacó un papel de una cartera, y, mostrándoselo, la dijo:

—¡Aquí está el documento!—y señaló á Enriqueta la firma del pastor Burton y del notario Hartey cerca de la de Roberto y de la suya.

—Y aquí también el documento extendido á petición mía, y que os pertenece. El Sr. Trapelard, notario del Sr. de Montbrun, os remitirá lo que ya es vuestro. No tenéis necesidad de ver al Conde.

—¡Me alegro!—dijo la inglesa.

Miró aquel papel timbrado, aquel acta notarial que la devolvía su libertad, y con frialdad, con marcada resolución, preguntó si la justicia francesa la disputaría ahora su fortuna.

—¡No—contestó Enriqueta;—es un pago que se os hace, y que ninguna ley puede disputaros!

Elena cogió el acta entre sus lindos y blancos dedos y la rompió en pedacitos pequeños, que dejó caer en montón sobre la mesa, diciendo:

—¡Eso es todo lo que resta del amor! ¡Bien poca cosa!

—¿Y esto?...—dijo con ironía Enriqueta, mostrándola el acta de donación de Roberto.

Después, recogiendo los papelitos, añadió:

—El señor de Montbrun tendrá quizás curiosidad por ver los restos de su acta matrimonial.

Se despidió después de esto, diciendo desde el dintel de la puerta:

—¡Buena suerte!

La inglesa se encogió de hombros, sin responder.

Aquella tarde Charvet, silencioso y grave, esperaba en la biblioteca de la señora Herblay noticias de la elección. Y cerca de él, nerviosa, agitada, Enriqueta, se decía que á aquella hora debía haber terminado ya el escrutinio en todas partes, y que, por consiguiente, la suerte de Ducasse estaba decidida. Iba y venía, sin poder estar dos minutos en ninguna parte.

Por fin, y no pudiendo contener su impaciencia, se asomó á una de las ventanas de la biblioteca para ver llegar á los emisarios. Tan absorta estaba en esto, que no fijó la atención en un agradable grupo que paseaba bajo los castaños. Componíanle un hombre de edad, en cuyo brazo se apoyaba una joven; delante de ellos, y señalando á una niña rubia—convaleciente aún, pero de animada fisonomía,—otro hombre joven les decía:

—¿No es verdad que querréis mucho á mi Ciprianita? ¡No tiene en el mundo más que á mí, y si yo me voy de Francia no tendrá más que á vosotros!...

—¿Y vuestro padre?—exclamó Verdier, que sentía el brazo de su sobrina temblar entre el suyo.

Roberto, haciendo un poderoso esfuerzo,

—Si vos quisiérais, comandante...—dijo.—Hay un medio de que Cipriana tuviera un padre, y...

Se detuvo al ver la palidez de Gilberta, y pasado un instante, murmuró entre dientes:

—¡Y una madre!

Verdier había comprendido, y su huesosa mano buscaba nerviosamente la de Gilberta.

—¡Ah! ¡Nosotros somos pobres, señor Conde!...

—Mi comandante—dijo éste con voz firme.—He pagado con toda mi fortuna el rescate de mi libertad. ¿Queréis conceder á uno de vuestros antiguos subordinados, más pobre hoy que vos, la dicha de formar parte de vuestra familia? Tengo el honor de pediros, para esposa mía y madre de Cipriana, á vuestra sobrina Gilberta.

El pobre comandante temblaba y las lágrimas asomaron á sus ojos; buscaba en la mirada de su sobrina una contestación; pero ésta, fría como un mármol, no respondía nada, aunque toda su alma parecía estar reconcentrada en sus hermosos y tristes ojos.

La joven permaneció muda, y el soldado parecía decir á Roberto:

—Os ama; pero como yo me opondría, se opone ella.

Una voz delicada, la vocecita de Cipriana, les sacó de tan difícil y embarazosa situación.

—Papá tiene razón...—dijo empujando á Gilberta hacia el Conde.—¡Haz lo que te dice papá, sé mi mamá! ¡Te quiero tanto! ¡Mucho, mucho! ¡Y te querré más!

Sin pronunciar una palabra, y anegada en llanto, Gilberta dejó caer su mano entre las del Conde.

En aquel momento se oyeron fuertes gritos por la

parte afuera del jardín y á poco paró un carruaje á la puerta. Ducasse bajó de él precipitadamente, loco de alegría.

—¡Melun, 7.000 votantes!... ¡Para mí 5.800 votos; para Garousse 1.200!... ¡Magnífico!...

La señora Herblay, que al ver venir á lo lejos el coche había bajado precipitadamente de la biblioteca, le saludaba con entusiastas ¡bravos!, palmoteando al mismo tiempo con sus blancas y lindas manos.

Ducasse se enjugaba la frente: ¡Qué emoción! ¡Qué batalla! ¡Austerlitz!... ¡Aquello había sido Austerlitz!

—¡Sin la muerte de Pitt! ¡Por el contrario, con el advenimiento de Pitt!—dijo Enriqueta sonriendo.

De cuarto en cuarto de hora seguían llegando nuevas noticias. Fournerel trajo el resultado de la votación de Chailly: ¡Garousse, derrotado!

Casi todos los electores habían votado por Ducasse, á excepción de algunos mineros fieles á Verdier, á pesar de haber retirado éste su candidatura.

Guenaut, sofocado, congestionado, llegó de Barbizon. ¡Victoria en toda la línea! Ducasse parecía ensancharse con las noticias, estaba que no cabía en el pellejo. El notario Cappois deslizó muy bajito á su oído estas frases:

—¡Cuando seáis Ministro, estableced el escrutinio por lista!

La gran electora había pedido hacía ya algún

tiempo para aquella tarde un servicio de fuegos artificiales, con el que celebrarían la victoria, y la murga de Dammarie se disponía ya á darles serenata.

—¡Doce mil quinientos votos!—gritaba Guenaut.

—¡Garousse, cuatro mil! ¡Valiente puñado!

—¡Yo tuve doce mil setecientos cuarenta y dos votos!—dijo Charvet, á quien Ducasse se apresuró á replicar:

—¡Esperad, esperad, mi querido senador, me faltan aún dos secciones!

—¡Vamos—dijo la señora Herblay mirando á Emilio llena de orgullo,—la sucesión Charvet es nuestra!...

Volvióse hacia Roberto, que con el comandante y Gilberta estaba en el salón, y como acordándose de pronto, sacó un sobre del bolsillo lleno de pedacitos de papel y, tendiéndolo al señor de Montbrun:

—¡Con todo esto me había olvidado!... ¡Estos papeles os pertenecen!

Y como Charvet, lleno de curiosidad, preguntase qué era aquello,

—¡Estad tranquilo, mi querido senador—le dijo,—no son papeletas electorales!

Después, tendiendo una mano á Ducasse y la otra á Roberto,

—¡Uf!—dijo.—He hecho un diputado. No es la primera vez. He hecho un matrimonio, eso no es raro. ¡Pero he deshecho también un matrimonio: eso

es original! ¡No he perdido el tiempo! ¡Vaya, vámonos á ver los fuegos!

La pieza más principal de los fuegos, que fué saludada por la murga de Dammarie y los hurras de la multitud, á la cual se había dejado el libre acceso al jardín de la gran electora, llevaba esta inscripción: *Al sucesor del Sr. Charvet.* Y en su derredor Emilio, tuvo la alegría de oír repetir una y otra vez este grito, que le ensanchaba el corazón:

—¡Viva Ducasse!

—Este es el hombre que necesitaba el distrito—dijo Cappois.

—¡Allá veremos!—respondió Guenaut.

Y mientras que los últimos cohetes se elevaban, Verdier, se decía que todo aquel ruido, aquella alegría, aquellos clamores y aquel triunfo no valían lo que una lágrima de alegría de las vertidas por Gilberta al verse amada, y con esto el comandante estaba muy contento y era muy feliz.

XX

Han pasado algunos días. Las calles de Melun están engalanadas, y un gentío inmenso discurre por ellas. Por todas partes se ven letreros como estos: *¡Viva Jacques Amyot!* y *¡Viva la República! ¡Homenaje á Jacques Amyot!...*

Esto era cosa del nuevo diputado, que quería que en adelante la villa de Melun tuviese su fiesta anual á su grande hombre, como Versalles tiene la de Hoche y Chartres la de su héroe Marceau. Le fué muy difícil conseguirlo, porque la municipalidad expuso que Amyot había sido Arzobispo de Auxerre y gran limosnero del Rey, y no quería que la fiesta tomara un carácter clerical.

—¿Cómo clerical? ¡No sabéis que Amyot fué acusado de tener simpatías por los hugonotes, y que tradujo á Plutarco?...

El nombre de Plutarco concluyó la discusión, y quedaron conformes con Ducasse. Este propuso á

Amyot, como pudo haber propuesto al gran Tamberlán. Su objeto no era otro que el de producir ruido, para que se ocuparan los periódicos de él, y como la estatua de Amyot estaba levantada, pudieron celebrar al pie de ella la fiesta del triunfo.

Emilio Ducasse pronunció un brillante discurso, y fué saludado por las autoridades civiles y militares, que habían presidido la fiesta.

La señora Herblay, disimulando mal su alegría, decía á Charvet, que disimulaba menos su disgusto al ver las preferencias de Enriqueta por Ducasse:

—¡Qué elocuente ha estado ese querido Emilio!

Dos jóvenes, en cuyo rostro se veía pintada la satisfacción y la alegría, presenciaban el acto desde una ventana del palacio Montbrun. Eran Gilberta y Roberto, ya casados, que tenían de la mano á Cipriana. Detrás de este grupo se destacaba la enjuta fisonomía del comandante, que cada vez estaba más satisfecho de su determinación.

Los gritos, los vivas, las aclamaciones se sucedieron, y el comandante, á quien fatigaba todo aquello, dejó á Roberto y á Gilberta y salió á dar un paseo.

Bajó hacia el río, buscando las calles menos frecuentadas, y aun así llegaban hasta él, mezcladas con el vago griterío de voces humanas, los resoplidos de las charangas y el eco lejano de la *Marsellesa*.

Aquel continuo ruido le tenía desesperado desde por la mañana y ansiaba la soledad.

El aire fresco de la orilla del río le calmó algún tanto. El cielo, completamente azul, sin una mancha, se reflejaba suavemente en el agua.

Verdier se quedó contemplándolo, con la penetrante alegría del que descansa, dejando de pensar en los hombres, ante el espectáculo de las cosas: el río, los árboles, cuyas ramas se agitaban blandamente, y en lontananza algunos militares, cuyos pantalones encarnados parecían amapolas, que se paseaban tranquilamente, apartados del bullicio de la fiesta.

Una voz que pronunciaba su nombre le hizo volverse.

Un hombre venía hacia él, sombrero en mano; un joven alto, delgado, de pálido rostro.

—¿No os acordáis de mí, comandante?

—¡No!...—dijo Verdier, observando atentamente al que le hablaba.

—Soy Tivolier. ¿No recordáis? ¡Tivolier!—repetía el joven sonriendo.

Verdier recordó entonces haber visto en los talleres de Chailly, y más tarde en el *Café de l'Eclair*, en Dammarie, á aquel cuerpo alto y flaco, en pie, gesticulando, y aun se lo representó también, y posteriormente, en el hospital al lado del soldadito Marsioloux.

—Sí, ya recuerdo; os conozco perfectamente—dijo el comandante.—Pero, ¿y vuestra herida?

—Aún me resiento de ella. ¡Ya véis cómo cojeo!

Es muy probable, según dice el cirujano, que tenga cojera para mucho tiempo.

Trató de sonreir de nuevo, y añadió:

—Me perjudicará para buscar novia; pero si os he de decir la verdad, comandante, no siento lo que me ha sucedido. ¡Así se aprende!

Y como Verdier le mirase algo sorprendido de lo que oía, añadió:

—¡Oh! ¡Yo obraba de buena fe, vaya si obraba de buena fe; y me hubiera dejado sacar el pellejo á tiras por... vamos, por los otros!... Sólo porque érais soldado y habiais usado charreteras, hubiera sido yo capaz de apalearos, pensando para mí: «¡Ea, un espadón menos; adelante!» Pero al verme allá arriba, al lado del pipiolo... ya os acordaréis... de Marsioloux, á quien yo había malherido... al oirle quejarse, dar voces, llorar durante noches enteras, me dije: «¡Tivolier, eres un animal!» «¡Y si llegase á morir ese pobrecillo!» ¡Oh! ¡Al pensarlo, me acusaba yo mismo de asesino! ¡Sí, palabra de honor, de asesino! Está muy bien eso de la política, la emancipación del proletariado, pero si no hay que empezar por aplastar á infelices chicuelos que lloran por su «mamá.» Por fortuna, comandante, Marsioloux no ha muerto. Ha ido á reponerse á la *Souterraine*, su país natal. No será nada, se pondrá bien... Y eso que, una mañana, cuando estábamos en el hospital, ¡caramba! ¡No me llevé mal susto!... Se *largaba*, sí que se *largaba*... ¡Y como yo estaba ya mejor, y sé escribir

—él no sabe escribir,—me rogó que escribiese por él á sus vejetes, al Lemosín!... ¡Yo! ¿Qué os parece de eso? ¡Yo!... Les enviaba cuanto tenía el pobre chico, y se disculpaba por no poderles enviar más... Les decía que había estado enfermo, y que acaso *desfilase* para el otro barrio... Y les hacía toda suerte de recomendaciones á los pobres padres... ¡Ah!, sí, pobres, más pobres que yo!... Tres hermanitos... una abuela idiota... el padre y la madre cavando en el campo y la madre con una hernia... El dinero que le quedaba era para un braguero que deseaba enviarla... Entonces, yo, mientras escribía todo eso, decía para mí: «¡Y tú te quejas!... ¡Y vociferas! ¡Y gritas! ¡Y quieres matar á esos infelices, que también son hijos del pueblo ¡vive Dios!, del pueblo que se revienta, que suda y que sufre como tú!... ¡Más que tú!...» ¡Vaya que la vecindad de Marsioloux en el hospital me ha traído unas ideas á la cabeza!... No hay cosa como la desdicha verdadera para enseñar... Y ahí tenéis, desde entonces no pensé más que en el soldado á quien había querido matar: le he velado, le he curado y he sido su enfermero, y cuando me llevaban los periódicos, en que leía que yo había sido un héroe, que había dado mi sangre por el proletariado... los hacía pedazos, lleno de cólera, y decía á Marsioloux: «No te apures; tu madre tendrá todo el dinero que quiera, ¡yo tengo ahorros!... ¡Garousse me llamaría capitalista!...»

Verdier se conmovió al escuchar cómo aquel energúmeno de antaño se mofaba ahora de sus antiguos furores y daba al traste con sus ideas de odio.

—Vuestra mano, amigo mío—dijo el veterano,—y si en algo puedo serviros...

—Gracias — respondió Tivolier. — No necesito nada. ¡El tribunal ha sido indulgente! ¡Seis días de arresto! Los he cumplido ya, y no ha habido día que no haya dicho para mi coleto: «¡Vaya, que si hubieses matado á aquel infeliz mozuelo, que estará ahora en su país cogiendo nidos!...» ¡Ah! ¡ya me he arrepentido de esas faranduleríás! Los que no tienen nada son para los políticos como el perro de caza para el cazador. ¡Busca! ¡Busca! ¡Trae acá! Y cuando ha traído á la mano: ¡Vete á echar!

—¡Justamente! Así es—replicó el comandante.—Pero hay que comprender que el sacrificio, en este mundo, tiene su mérito, y que quizás no haya sacrificio más verdadero que aquel que consiste en gastarse sirviendo á los demás. ¡Aun cuando sólo sea para convencerse uno á sí mismo de que vale más que ellos!

De repente, y por la misma orilla del río en que el comandante y Tivolier estaban conversando, llegó al trote largo de los caballos que la arrastraban, una carretela cuyo cochero venía gritando desde lejos:

—¡Ahí va! ¡Eh!

A fin de que no les atropellara, el comandante y el obrero se echaron instantáneamente cada uno á un lado del carruaje, que pasó por entre ambos.

Como por instinto, Verdier miró al interior del carruaje y vió un hombre grueso, coloradote y de ojos encendidos arrellanado en los almohadones del carruaje y lanzando al aire el humo de un cigarro habano.

El personaje ni siquiera pestañeó al reparar en Verdier; pero el veterano se estremeció de pies á cabeza al reconocerle. Todo lo que había sufrido como candidato se presentó á su imaginación. Volvió á representársele Garousse, pues era él, en las reuniones, triunfante, insolente, haciendo alarde de su desvergonzada elocuencia ante los pobres y los humildes.

Cuando la carretela hubo pasado, desapareciendo entre el polvo en dirección á *Bois-le-Roi*, en donde Garousse habitaba un castillo pesado como una Bastilla, Tivolier, que le había reconocido también, el desgraciado Tivolier, muy pálido y cojeando para reunirse de nuevo al comandante, tendió su flaca y huesosa mano hacia Garousse, y como si Garousse, el consejero de todos los odios, ya lejos, hubiera podido oír este grito del obrero, llegado hasta él como la voz de su conciencia, Tivolier, el eternamente engañado, Tivolier la carne de cañón, Tivolier el pueblo que sufre y paga para ser eternamente mal-

tratado, lanzó al viento una palabra, que el viento se llevó, pero que desahogó el pecho del pobre diablo:

—¡Canalla!

FIN

